

ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA

TOMO DIEZ Y NOVENO.

ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA

del

SIGLO DIEZ Y NUEVE.



ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA

SEBASTIÁN ERASMO DE VILLALBA

R. 20

ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA

DEL

Siglo Diez y Nueve,

O BIBLIOTECA COMPLETA

DE

CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, OFICIOS ETC.

POR UNA SOCIEDAD

DE LITERATOS ESPAÑOLES Y DE HOMBRES ESPECIALES EN
DIVERSAS CIENCIAS Y PROFESIONES.



FILOSOFIA.—HISTORIA.—POLITICA.—ECONOMIA POLITICA.—ESTADISTI-
CA.—LITERATURA ANTIGUA Y MODERNA.—MATEMATICAS.—ASTRONO-
MIA.—FISICA.—QUIMICA.—GEOLOGIA.—ZOOLOGIA.—BOTANICA.—
AGRICULTURA.—MAQUINAS.—ARTES Y OFICIOS.—ARQUITECTURA.—
PINTURA.—ESCULTURA.—MUSICA



Los principales articulos han sido encomendados à los literatos mas distinguidos de nues-
tra nacion: escribiràn el articulo:

ADMINISTRACION . . .	D. Alejandro Olivan.	NOVELA	D. Patricio Escosura.
ARISTOCRACIA	D. Juan Donoso Cortés.	ODA	D. Ramon Campoamor.
DECLAMACION	D. Ventura de la Vega.	PRESUPUESTO	D. Gervasio Gironeña.
DOCTRINARIOS	D. Francisco de Cárdenas.	POESIA	D. Fermin de la Puente y Apezechea.
DRAMA	D. Antonio Gil y Zárate.	SATIRA	D. Antonio Segovia (el estudiante).
ECLECTICISMO	D. Alejandro Lorente.	SOCIALISMO	D. Nicomedes Pastor Diaz.
ECONOMIA POLITICA.	D. José Morales Santis- teban.	SUSTANCIACION	D. Manuel Perez Her- nandez.
ESPAÑA	D. Francisco Martinez de la Rosa.	IGLESIA	D. Antonio de los Rios Rosas.
HISTORIA	D. Pedro Pidal.		
JURISPRUDENCIA . . .	D. Juan Bravo Murillo.		
LEGISLACION	D. Joaquin Francisco Pa- checo.		



MADRID:—1842.

BOIX: EDITOR.

IMPRESOR Y LIRRERO, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA

DEL

Siglo Diez y Nueve

ENCICLOPEDIA COMPLETA

EN 12 TOMOS

Ciencias, Literatura, Artes, Oficios etc.

Por una Sociedad

de Autores Distinguidos y de los Mas Ilustres Profesores de las Universidades de España

Historia.—Política.—Economía política.—Estadística.—
Literatura.—Lingüística.—Matemáticas.—Astronomía.—
Física.—Química.—Geología.—Botánica.—
Agricultura.—Artes y Oficios.—Arquitectura.—
Música.—Escultura.—Pintura.

Los principales artículos han sido encomendados a los literatos mas distinguidos de nuestra nación.

Antropología D. Alejandro Cifuentes	Novela D. Patricio Rodríguez
Astronomía D. Juan Domingo Cortés	Oratoria D. Ramon Campomanes
Botánica D. Ventura de la Vega	Paseos D. Gerardo Girón
Caricaturas D. Francisco de Goya	Plaza D. Fermín de la Puente
Comercio D. Antonio Gil y Nuñez	Y Aparatos y Aparatos
Crítica D. Alejandro Cifuentes	Satira D. Antonio Ségovia (el estabato)
Escultura D. José Manuel de Cárdenas	Sociedad D. Ricardo Pastor Díaz
Estadística D. Alejandro Cifuentes	Statística D. Manuel Pérez de los Rios
Historia D. Patricio Rodríguez	Teatro D. Antonio de los Rios
Historia Natural D. Juan Bravo Murillo	Horas Horas
Industria D. Juan Bravo Murillo	
Lingüística D. Alejandro Cifuentes	
Música D. Alejandro Cifuentes	
Pintura D. Alejandro Cifuentes	
Política D. Alejandro Cifuentes	
Química D. Alejandro Cifuentes	
Religión D. Alejandro Cifuentes	
Teatro D. Alejandro Cifuentes	
Urbanidad D. Alejandro Cifuentes	
Urbanidad D. Alejandro Cifuentes	

MADRID:—1818.

EDICION:—TERCERA

IMPRESOR Y LIBRERO, CALLE DE CARRETERA, NUM. 8.



PRÓLOGO.

ENTRE las obras cuya falta mas se siente y conoce en España, no tememos equivocarnos al señalar el primer y preferente lugar á una ENCICLOPEDIA general de ciencias, artes, literatura etc., obra de tan conocida importancia que mas bien que encarecer la necesidad de publicarla seria acaso oportuno justificar nuestro atrevimiento en emprenderla. Y en verdad podria ser tachada de temeraria esta empresa, si para llevarla á cabo no contásemos con cuantos elementos pueden ser necesarios, y cuantos es dable reunir en nuestro pais y en la presente época, y si no hubiésemos previsto de antemano las dificultades asi como los medios mejores de superarlas.

La publicacion de una obra de tan grande importancia, de tan extensas proporciones, y de tan difícil desempeño, parece empresa mas árdua que nunca, en esta época en que la prensa periódica nos tiene acostumbrados á la superficialidad y ligereza de sus apasionadas y parciales polémicas. Pero lo que á distintos ojos puede parecer un obstáculo, ha sido para nosotros un estímulo, y es una justificación de nuestro propósito.

Los periódicos, del mismo modo que las enciclopedias, han considerado de su jurisdiccion y dominio, no solo todas las pasiones de los partidos, no solo todos los intereses de las sociedades, sino tambien todos cuantos ramos abraza la inteligencia humana. Los periódicos juzgan al artista, discernen aplausos ó censuras al poeta, y fallan soberanamente sobre el mérito de cualquier libro de filosofia ó de ciencia, dando lugar en sus columnas á todo linage de cuestiones. Pero estas cuestiones, cuya resolucion improvisa el periodista diario, se dilucidan aisladamente aun en las mas graves y sábias revistas, sin método, sin orden, sin unidad, como si esas resoluciones aisladas no hubieran de ser siempre arbitrarias: como si las teorías de una ciencia no estuviesen unidas con estrecho enlace, como lo están de

la misma suerte entre sí todos los conocimientos humanos.

Para ese fraccionamiento de las ciencias, para esas teorías aisladas, para esas cuestiones resueltas sin regla ni enlace alguno, para esa anarquía del pensamiento, nosotros no conocemos sino un solo contrapeso. La publicación de una de esas obras de método, de orden y de conciencia, donde á cada cuestión, á cada hecho, á cada teoría, á cada ciencia, está asignado el lugar que les corresponde en el vasto dominio de los conocimientos humanos. La publicación de una ENCICLOPEDIA escrita bajo la inspiración de la verdadera ciencia, de la meditación, de la imparcialidad filosófica, así como están escritos los periódicos bajo el influjo de las especulaciones mercantiles ó de los intereses de partido. De un libro en fin, que por la gravedad de su enseñanza, así como por la autoridad de sus escritores pueda contrarestar la acción poderosa incesante, y á nuestro entender perniciosa de los periódicos (1).

Así es que las naciones extranjeras que mayores adelantos han hecho en el camino de la civilización, han comprendido largos años hace, esta necesidad literaria de nuestros tiempos. Así es que la Francia, descontenta con su enciclopedia del siglo XVIII, ha acogido por repetidas veces con aprobación y aplauso la publicación de nuevas y excelentes enciclopedias. Así es que la enciclopedia británica, obra de los esfuerzos y del saber de los más eminentes escritores ingleses de nuestros días, ocupa tan alto puesto en la literatura contemporánea. Así es que todas las más ilustradas naciones han creído interesado su orgullo científico y literario en poseer alguna de esas obras que al mismo tiempo que son el sábio resumen de la ciencia humana, son un punto de partida indispensable para futuros adelantos y descubrimientos.

La enciclopedia francesa del siglo XVIII, obra de gran saber y de mérito nada escaso, fué escrita bajo las inspiraciones de una filosofía materialista, de una ciencia escéptica, de una política destructora y revolucionaria. Desde entonces puede haber quedado enlazada esta palabra á los ojos de personas cuyas opiniones respetamos, con ideas de impiedad y de nivelación.

Posteriormente se han publicado otras obras con el mismo título, escritas bajo el influjo de distintos y aun acaso encontrados principios.

La Enciclopedia Española del siglo XIX, no será obra de ninguna secta religiosa, ni filosófica, ni de ningún partido político. Será la exposición metódica, imparcial y desapasionada, de todos los he-

(1) Claro es que no aludimos á los periódicos como instrumentos de las banderías políticas, ó como medios de publicidad, sino solo como vehiculos de ilustración ó como órganos de opiniones científicas ó literarias.

chos que conoce la ciencia moderna, de todas las teorías y de todas las cuestiones que tienen dividido al mundo literario; y así de todos los mas sublimes sistemas religiosos, políticos, económicos, sociales ó filosóficos, como de las mas modestas verdades, de los mas humildes secretos de las facultades, artes y oficios.

Una obra de esta clase, una vez publicada, no es solamente útil: es casi indispensable para todo género de personas: los que no hacen gala de eruditos, podrán encontrar en ella á cada momento los medios de suplir su ignorancia: los que mas presuman de sábios, los que aspiren á descubrir nuevas verdades para la ciencia, encontrarán mas llano el camino, si pueden encontrar reunidas y ordenadas en una obra de esta clase todas las verdades conocidas.

Por esta misma razon una enciclopedia no puede ser obra de un corto número de hombres, por grande que sea su talento, y estensa su erudicion. Los artículos relativos á cada materia, á cada ciencia, á cada arte ú oficio, han debido ser encomendados á hombres especiales de reconocida competencia y profundidad, sin que esto obste al encadenamiento y órden de las partes que son tan necesarios para la unidad y objeto de la obra.

Bien pudiéramos nosotros haber emprendido simplemente la traduccion de cualquiera de las enciclopedias extranjeras cuyo mérito acabamos de ponderar. Fácil nos era entre tantas como se han publicado de sobresaliente estima escoger alguna que reuniese todas las cualidades que consideramos mas esenciales: la unidad y filosofia en el plan y pensamiento de la obra, riqueza en sus detalles, acierto en las doctrinas, novedad y exactitud en sus datos y noticias.

Hemos preferido la publicacion ORIGINAL de una ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA. Para llevar á cabo tan vasto proyecto, hemos solicitado la cooperacion de nuestras primeras celebridades literarias y científicas, así como de personas especiales en diversas facultades y profesiones. Obtenido su concurso nos lisonjamos de publicar una obra que sea española no menos por el carácter de sus doctrinas que por el nombre de sus escritores, por la distribucion y objeto de sus artículos.

Debemos explicar sin embargo lo que en nuestro concepto debe entenderse por la originalidad de una ENCICLOPEDIA. No están destinados semejantes libros á estender el dominio de las ciencias, sino á presentar el cuadro fiel y exacto de las ciencias contemporáneas. No es inventar la mision de los enciclopedistas, sino esponer los agenos descubrimientos, pero esponer con órden, con método, y con aquel encadenamiento y enlace, con aquella unidad lógica y poderosa, sin la cual hay para una nacion ó para un siglo, descubrimientos, adelantos, ideas: pero no hay filosofia, ni aun hay ciencia en el sentido riguroso de la palabra.

En todas las materias que corresponden a las ciencias morales

y políticas, hoy día tan encarecidas y cultivadas, y especialmente en los artículos de historia, biografía, jurisprudencia y estadística, así como en los de erudición y literatura, se estiende cada enciclopedia en aquellos asuntos que ofrecen un especial interés, ó hacen relacion á aquella nacion donde se escriben, pasan de ligero sobre las leyes, historias, hombres célebres, costumbres y literatura de los demas paises. Por esta razon las enciclopedias extranjeras nos son en esta parte poco menos que inútiles, y era de todo punto necesaria una enciclopedia en que desde el punto de vista español fuese tratado todo este género de materias.

No diremos otro tanto de lo que hace relacion á las ciencias físicas y naturales. En ellas ademas de llevarnos gran ventaja los extranjeros, es evidente que con cortas diferencias ofrece cada asunto el mismo interés para todas las naciones del globo. Claro es que no hay una física, ó una álgebra española, como hay una historia, ó una jurisprudencia de España. Así es que en esta parte nos hemos valido de los buenos diccionarios tecnológicos y de ciencias naturales, de los escelentes tratados, manuales y enciclopedias que han visto la luz pública en el extranjero. Ajenos á todo género de charlatanismo, repetimos de nuevo que no pretendemos esa originalidad que consiste en la novedad de las doctrinas y de los descubrimientos, sino la que funda su mérito en el orden y método de las materias. Pretendemos escribir un exacto y vasto resúmen de las ciencias de nuestro siglo, y no ensanchar sus límites.

Escusado es decir que una enciclopedia ha de ser una estensa obra que comprenda gran número de volúmenes. La nuestra será ordenada de manera que reuniendo las mas ventajosas condiciones toda ella para quien la posea, sea una biblioteca completa; al paso que cada artículo sea un breve tratado, un libro completo y por sí solo importante y útil para quien no posea sino un volumen ó una sola entrega.

Publicada ademas, y con el fin de llenar cumplidamente nuestro objeto segun lo hemos explicado por cortas entregas y á precios cómodos, su adquisicion será tan fácil como la de los mismos periódicos; al paso que por la claridad del estilo procuraremos acomodarla á todos los grados de inteligencia y de ilustracion, en cuanto puedan consentirlo las diferentes materias.

Sin vanidad podemos decir, puesto que solo el primer pensamiento ha de ser nuestro en esta obra, y que su desempeño está confiado á los primeros talentos, á las mas ilustres reputaciones de nuestro pais, que una vez terminada será un verdadero monumento de orgullo nacional. Por eso estamos autorizados para contar con las simpatías, la cooperacion y el apoyo de todos los españoles amigos de la ilustracion de su patria.

INTRODUCCION.

Antes de comenzar la esposicion ordenada de todos los conocimientos humanos en la obra que damos á luz, hémós creído necesario manifestar nuestro plan, nuestro propósito, y la idea fundamental bajo cuya influencia escribimos. Una Enciclopedia es el cuadro abreviado de todas las ciencias y de todas las artes; es el compendio de todas las ideas útiles, de todos los conocimientos provechosos que andan esparcidos entre millares de volúmenes: es el resumen de una civilizacion, la manifestacion razonada y filosófica de una época científica, artística, política y literaria de la historia de la humanidad. Ahora se comprenderá cuanta es la importancia de la obra que publicamos. Ella será el depósito de todos los conocimientos que poseemos; ella abarcará en un cuadro razonado y breve todas las ideas, todos los hechos, todos los descubrimientos que en las ciencias, en las artes y en la literatura son el patrimonio de la presente generacion. Grande es á la verdad nuestra tarea, superior quizá á nuestras fuerzas; mas aunque no lo desempeñemos como deseamos, tendremos la gloria de haber sido los primeros en intentarla, y de haber abierto el camino á los que despues de nosotros quieran volver á emprenderla.

Pero si al hacer la esposicion y el resumen de todos los conocimientos humanos no lleváramos una idea fija, capital, dominante, que nos sirviera de guia en el camino que emprendemos, que uniera y enlazára entre sí las ideas separadas y diversas, y que diera cierta uniformidad á toda nuestra obra, poco ó nada habríamos adelantado. Semejante Enciclopedia seria un resumen deforme de conocimientos diferentes, de principios contradictorios, de sistemas incompletos, inútil y dañoso tal vez para quien se

ocupára de su estudio: seria el compendio de muchas obras diversas, y no el resúmen de los conocimientos segun el estado en que estos se encuentran en el siglo en que vivimos.

Asi como el que escribe el tratado especial de una ciencia debe hacerlo bajo el influjo de unas mismas ideas y de unos mismos principios; asi, los que escriben una Enciclopedia deben dar á todas sus partes la uniformidad y la relacion que los conocimientos humanos tienen entre sí en la época en que emprenden este trabajo. ¿Pero en qué consiste esta uniformidad? ¿Cómo es posible que ciencias diferentes, que conocimientos diversos, tengan entre sí tal relacion, que cuando los unos varian se modifican los otros necesariamente? La secreta analogía de los conocimientos humanos es un descubrimiento de la filosofía moderna. Cuando se desenvuelve y progresa cierto linage de ideas, se desenvuelven y se modifican las ideas de un órden diferente.

Asi lo convence la razon, asi lo enseña la historia de todos los siglos. Una revolución religiosa ha sido sucedida á veces de un admirable progreso en las ciencias naturales: una modificacion en estas ciencias ha solido producir tambien otra de la misma clase en las morales y en las políticas. La razon de esto es que hay ciertos principios fundamentales y generadores de los conocimientos humanos que se aplican siempre y en todas circunstancias á las ciencias, á las artes y á la literatura, los cuales, variando con la sociedad y con los siglos, hacen variar tambien los conocimientos á que se aplican.

¿Pero cuáles son estos principios? ¿A qué ciencia corresponden? Una sola hay que pueda contenerlos, porque no hay mas que una tan universal en sus aplicaciones, y tan eficaz en sus influencias: tal es la filosofía. La filosofía es la que da unidad á todos los conocimientos, porque solo á ella está reservado decidir ciertas cuestiones que influyen de una manera activa y eficaz en todas las otras ciencias, en todas las artes y en la literatura de todas las edades. Fácil nos seria demostrar este aserto con la historia de la humanidad: con ella mostrariamos como siempre que la filosofía es diferente, lo son tambien todos los otros conocimientos que al parecer no tienen relacion con ella: como bajo la influencia de ciertos sistemas filosóficos se desenvuelven y se perfeccionan con rapidez las ciencias naturales, al paso que cuando predominan sistemas de filosofía diversos, aquellas ciencias se estacionan ó marchan tal vez por el error: como, en fin, ha variado la literatura de cada nacion y de cada siglo, á medida que ha predominado en ellos una diversa filosofía. A esta relacion íntima y necesaria que acabamos de señalar se debe la analogía y la semejanza que nota el que estudia la historia literaria y científica en cada una de

sus épocas. ¿Ni cómo podrían explicarse de otra manera el carácter profundo de unidad que reina en la filosofía, en la religion, en las ciencias, en la literatura y en las artes del Oriente? Todo es allí estacionario, porque la filosofía lo es: todo revela allí la unidad de Dios y la inmovilidad del mundo, porque la inmovilidad del mundo y la unidad de Dios son los principios fundamentales de sus creencias filosóficas. Por la misma teoría es necesario explicar el adelanto rápido y el desenvolvimiento prodigioso que los conocimientos humanos recibieron en la Grecia. Aquí no había como en Oriente una filosofía única y panteísta que dominaba despoticamente en la sociedad, que abrumaba la inteligencia, y que sofocaba los instintos progresivos del hombre. En Grecia al contrario, se cruzan y se chocan todos los sistemas de filosofía: fructifican los conocimientos, y por consiguiente progresan con la misma rapidez las ciencias, las artes y la literatura. Lo mismo ha sucedido en todas las épocas posteriores: la filosofía ha sido siempre la que ha dado su carácter y su sello á todos los descubrimientos humanos.

No se crea por esto que todas las partes de la filosofía contribuyen de la misma manera á dar unidad á las ciencias, pues aunque cada una de ellas tienen mas íntima relacion con uno que con otro ramo del saber, hay ciertas cuestiones capitales que influyen tan activamente sobre el adelanto de todos los conocimientos, que sería imposible explicar su historia sin acudir á aquellas cuestiones. Tales son: primera, la cuestion del origen de los conocimientos: segunda, la del criterio de la verdad: tercera, la de la perfectibilidad humana. No es nuestro ánimo dilucidar detenidamente ahora estas árdidas cuestiones, habiendo de hacerlo con toda profundidad en el texto de la obra; mas para esponer por completo nuestro pensamiento, necesitamos manifestar cómo, segun ha sido diferente, la manera que han tenido los filósofos de decidir las, así han sido diversos los principios y las ideas generales aplicables á todas las ciencias, y por consiguiente la ciencia en sí.

Cuando los filósofos han creído que la inspiracion sobrenatural era el único origen de los conocimientos humanos, que la autoridad era su único criterio, y que la humanidad había tocado los límites de su perfeccion, la autoridad de cualquier género que ella fuera ha sido el único principio que dominaba en las ciencias, en la literatura y en las artes, y por consiguiente la única que ha dado á todas estas armonía y unidad.

Mientras ha dominado este principio no ha sido igual su influencia sobre todos los conocimientos: unos se han resentido mas que otros de su benéfico ó su dañoso influjo, por mas que todo

hayan participado de él. ¿Cuál pudo haber sido el progreso de las ciencias naturales, cuando todos creían que la inspiración sobrenatural era el único origen infalible de los conocimientos humanos? Ninguno, porque aquellas ciencias en que la observación era el principal origen de los adelantamientos y de las ideas, no debían ser á la verdad muy consideradas cuando este medio de conocer era tenido por de poca valía. ¿Ni cuáles pudieron ser los progresos de las ciencias exactas, cuando el dicho de la autoridad era superior á todos los cálculos y á todas las demostraciones? ¿Qué estímulo ni qué fe podían tener en sus descubrimientos los hombres para quienes la humanidad no era susceptible de ulteriores adelantamientos? Por eso en Oriente y en la edad media no progresaron como debían las ciencias naturales; por eso la geología y la química son obra de la civilización moderna.

No decimos por esto que no se conocieran en tales edades las ciencias del hombre físico, la de tierra y la del cielo; pero si sostenemos que encerrado su estudio en los estrechos límites de la autoridad, no era posible su desenvolvimiento: y que faltos de estímulo los hombres que á él pudieran dedicarse por una creencia que pesaba sobre sus entendimientos, así como sobre sus acciones y su voluntad, rara vez se aventuraban en nuevos caminos, ó si se atrevían á separarse del anteriormente trazado, al punto eran detenidos en él, ó por los remordimientos de una conciencia preocupada, ó por la acción de una autoridad intolerante y ciega. Mil ejemplos podríamos citar que comprobáran la verdad de nuestro aserto. Copérnico, encerrado en la inquisición por haber descubierto el movimiento de la tierra; y Buffon, perseguido también por sus descubrimientos en la historia natural, son el testimonio más elocuente de que cuando la autoridad de cualquier especie que ella sea domine exclusivamente en la filosofía, dificulta el progreso de las ciencias naturales cuando no lo hace precario ó imposible.

La consecuencia natural de esta falta de progreso es harto evidente. Las artes útiles para la vida marchan siempre á paso igual con las ciencias exactas y naturales. Raro es el descubrimiento que se ha hecho en este ramo importante del saber humano que al punto no haya tenido aplicación á los procedimientos de la industria. El estudio profundo de los gases condujo al descubrimiento del vapor, el de la electricidad al de los telégrafos eléctricos. Pero cuando la ciencia de la naturaleza estaba poco adelantada, cuando las creencias que dominaban en la sociedad dificultaban su progreso y su estudio, no podían las artes útiles perfeccionarse como debieran, no podía la industria obtener los grandes resultados que bajo la moderna civilización ha conseguido.

La acción de este mismo principio sobre las ciencias morales y políticas no es menos evidente. Cuando se sostiene que la inspiración sobrenatural es origen de todos los conocimientos, y la autoridad el criterio único de la certeza, la inspiración sobrenatural es también el origen de todas las instituciones sociales, y la autoridad pública la única fuente de la justicia y del derecho. La moral entonces no es una ciencia de observación, sino un dogma de fé que está sobre la razón de los individuos: el derecho civil y el derecho criminal dejan de ser una ciencia para ser una colección de preceptos arbitrarios: la historia es una enseñanza útil, pero que no se sujeta á ninguna combinación científica ni á ninguna teoría; y las ciencias económicas y el derecho político no existen, porque los preceptos de la autoridad pretenden sustituir á las primeras, y la voluntad de los que gobiernan se pone en lugar del segundo. ¿Qué era la ciencia moral en la edad media? Era un fragmento de la religión que apenas admitía en su ayuda la cooperación de la filosofía. ¿Qué era en el mismo tiempo lo que se llama hoy la ciencia del derecho? No era otra cosa que la colección de todos los preceptos divinos y humanos, y el comentario erudito y superficial de los orígenes de la legislación y de sus relaciones con la Sagrada Escritura y con la teología. El derecho era, pues, la autoridad manifestada, no por la razón, no por el convencimiento, sino por la fé en los principios y en las creencias que dominaban entonces en la sociedad, y que así buscaba su apoyo en los libros revelados, como en el dicho de los antiguos y en los descubrimientos de la erudición. Si el género humano no era susceptible á nuevos adelantos, si nada había que buscar en el porvenir, era necesario empeñarse en la investigación de lo pasado para encontrar en ello, no la razón de lo que fué, sino el fundamento de lo que debía ser en la actualidad.

La influencia de esta filosofía sobre la literatura y las bellas artes no es menos notoria. Cuando se lleva el principio de la autoridad á este ramo importante del saber humano, la poesía, la pintura, la arquitectura, la escultura, todo queda sujeto á reglas eternas é inflexibles. Nada queda que hacer al genio: la inspiración es un arte: el pensamiento de la belleza un precepto de autoridad: la concepción y la viva representación de un asunto una operación mecánica. Nada representa mejor la inamovilidad social, filosófica y científica de los egipcios, que los monumentos que nos quedan de sus artes. Esas pirámides uniformes, semejantes, eternas: esas estatuas que representan á sus dioses y á sus héroes en inmóvil actitud, prueban sobradamente que los sacerdotes que las inspiraban y los artistas que las hacían, estaban muy lejos de creer en el movimiento y progreso de la especie humana. Al contrario

sucede en Grecia: los monumentos artísticos que se conservan de este país son un signo brillante de la movilidad, del progreso de aquella civilización. Allí los dioses y los héroes no se representaban como en Egipto por figuras, cuyos brazos estaban unidos al cuerpo y en inmóvil actitud, sino por estatuas en ademán de movimiento con los brazos separados del cuerpo, y con el signo cada una, y su activo y eficaz poder.

La poética de Aristóteles tan en boga, después del renacimiento de las letras en Europa, es un homenaje rendido en puntos de bellas artes al imperio de la autoridad. En las obras literarias de estos tiempos no se buscaba genio, no se buscaba inspiración, sino conocimiento de las reglas establecidas por los maestros, y fidelidad y exactitud en su aplicación. Creíase entonces que las bellas artes no eran otra cosa que la imitación de la naturaleza: el poeta era un retratista: un copista el pintor. No había para los filósofos un tipo ideal de la belleza que, según su mayor ó menor desenvolvimiento en cada uno de los individuos, producía obras de talento, de genio ó de imitación. Separarse de las reglas establecidas era siempre contrario al buen gusto y á la filosofía, por más que el que se separaba sobrepujase en habilidad y en talento al inventor de la regla. No era lícito al artista imaginar otros asuntos que los mismos que la naturaleza ofrecía, ni hacer otra cosa que copiarlos sin salirse de las reglas establecidas. Sus concepciones no eran verdaderas cuando cada una de sus partes tuviesen en el mundo una realidad separada, sino cuando el todo de ellas la tuviesen juntamente también. La autoridad, en fin, de la antigüedad y de la regla pesaba sobre las bellas artes lo mismo que sobre las ciencias naturales, sobre las artes útiles, las ciencias morales y políticas y la filosofía.

De la influencia y de la aplicación de este principio provino aquella cuestión que hasta hace poco se ha agitado en las aulas, sobre si las bellas artes son ó no verdaderas ciencias. Y en efecto, reconocido como axioma que las reglas que gobernaban en este ramo del saber eran inflexibles, y que por consiguiente no era dado descubrir en ellas nada nuevo, ni la poesía, ni la pintura, ni la escultura, ni la arquitectura, podían ser más que artes mecánicas, ni los que las cultiváran debían tener otra consideración que la que merecen los obreros industriales. Si la tarea del poeta ó la del pintor es puramente artificial, ni la pintura ni la poesía podrán elevarse nunca á la categoría de ciencias.

Hé aquí cómo la autoridad, dominando exclusivamente sobre los conocimientos; y como la filosofía, acudiendo á la revelación sobrenatural para explicar el origen de las ideas, invocando la autoridad como criterio de la certeza, y negando la perfectibilidad

de la especie humana, da á las ciencias y á las artes un carácter de semejanza y unidad, una relacion tan estrecha de parentesco que todas juntas esplican completamente un periodo de la civilizacion, y una época entera de la historia.

Pero si el resolver de la manera anteriormente dicha las tres cuestiones filosóficas que al principio propusimos daba esta especie de unidad, este carácter comun á los conocimientos humanos, el resolverlas de otra manera debia necesariamente conducir á darles un carácter distinto, una clase de unidad diferente. En el siglo XVIII, y aun en épocas anteriores en que ciertas escuelas filosóficas han dominado parcial ó exclusivamente, no era por cierto al principio de la autoridad al que conducia la solucion de dichos tres problemas. El origen de todos los conocimientos no estaban para estos filósofos en la revelacion sobrenatural, sino en las sensaciones materiales del cuerpo: el criterio de la certeza no se encontraba tampoco en la autoridad, sino en la observacion física de los sentidos; y el género humano, en fin, era perfectible hasta lo infinito, sin que su propia y esencial condicion pusiese nunca límite á su adelantamiento y progreso. Estos principios fueron una reaccion contra los que habian dominado precedentemente: sus tendencias, pues debieron ser contrarias, sus resultados diversos. Si los primeros pretendian inmovilizar los conocimientos sujetándolos al imperio de una autoridad estacionaria, los segundos procuraban hacerlos movibles y progresivos, rompiendo con toda autoridad comun para no reconocer otra que la limitada de los individuos. Si los unos conducian necesariamente á anudar los lazos que las ciencias tenian entre sí, los otros debian arrastrar por fuerza á disolverlos. Y así, como el primer carácter general de los conocimientos humanos que arriba espusimos, era el predominio de la autoridad, así el que resulta de esta nueva filosofía es la dominacion del individualismo: es decir, la derogacion de todas las reglas comunes y la elevacion del sentido individual, á origen y á criterio del saber humano. Porque si las sensaciones son tan varias como lo son las personas, si la observacion que se hace por su medio suele ser tan precaria y tan mudable como las circunstancias exteriores que influyen en nuestra organizacion, ¿qué puede haber de fijo, de estable, de duradero en las ciencias en que la sensacion es la fuente única de la certeza? Todo en ellas deberá ser movable: todo será transitorio. Si la observacion esperamental es el único origen de los conocimientos, y si por otra parte el género humano es indefinidamente progresivo, ¿qué regla comun es posible reconocer como no sea la de que no hay ninguna superior al sentido del individuo? ¿Quién puede tener derecho para imponer á los otros la verdad, cuando todos son igualmente capa-

ces de poseerla? Y si los sentidos son iguales en todos, ¿por qué no han de ser todos iguales tambien en el conocimiento de lo verdadero, de lo útil, de lo bello y de lo justo?

La tendencia sin embargo de esta errónea filosofía encerraba para el porvenir fecundos gérmenes de progreso. Si entregar el depósito de las ciencias al sentido material de los individuos, era abandonar los conocimientos á todos los errores y á todas las extravagancias de que es susceptible la imaginacion humana, tambien el señalar como origen fecundo de su progreso la observacion individual, era abrir un camino para grandes adelantamientos, era mostrar la verdad entre las sombras del error que la oscurecen por donde quiera. No menos fecundo en grandes resultados debia ser el principio de la perfectibilidad indefinida de la especie humana. Cuán poderoso estímulo es esta creencia para el adelantamiento de todos los ramos del saber, solo puede comprenderlo quien haya observado los que se hicieron en el siglo último, especialmente en ciencias naturales. Esta nueva filosofía debilitaba ciertamente los vínculos sociales, introducía en las ciencias, si puede decirse así, un germen fecundo de anarquía, y derrivaba la venerable autoridad de lo pasado para elevar sobre ella el dogma de la razon individual y de la esperanza en el porvenir. La lucha entre unos y otros principios fué empeñada desde luego: el individualismo, al triunfar sobre la autoridad, rompió la unidad de los conocimientos; pero una vez vencedor, una vez elevado á creencia comun, debió dar á todas las ciencias y á todas las artes una nueva unidad y una nueva analogía, que si no era tan fuerte y tan duradera como la precedente, no debia ser menos eficaz.

El influjo de estos principios sobre las ciencias sagradas no podia menos de ser pernicioso. Si la sensacion es el único origen de los conocimientos, si la observacion individual es el único criterio de la certeza, y si la perfeccion del género humano es ilimitada, claro es que aquellas ciencias fundadas sobre los hechos que los sentidos no pueden comprender, y que solo la fe puede alcanzar, debian destruirse por su base. Si la teología está fundada sobre la revelacion, la revelacion debe admitirse como medio de comprender ciertos hechos sobrenaturales, á los cuales no puede alcanzar la observacion de los sentidos. Si se supone que esta observacion es el único origen de los conocimientos, se niegan aquellos hechos, y se destruye por consiguiente toda la ciencia sagrada. Así sucedió en el siglo XVIII: la filosofía que en su origen era esclava de la teología, que despues vino á ser su igual, y que luego fué su señora, concluyó por abjurar y por renegar de ella. La escuela filosófica de que tratamos rompió primero la alianza que de antiguo existia entre las ciencias sagradas y las filosóficas,

separándolas , no para que fueran hostiles , sino para que fuesen tenidas por extrañas. No dijo ella que los principios de la nueva filosofía fuesen incompatibles con los de la teología antigua , pero sí que no tenían relacion con ellos , puesto que procedían de distinto origen , y tenían una naturaleza diferente y un fin diverso. Mas de la extrañeza á la hostilidad no hay mas que un paso , y este paso lo dió la nueva filosofía. No era cierto como ella aseguraba que entre la filosofía y la teología hubiese una separacion tan honda , tan profunda : esta última ciencia resuelve , asi como la primera , ciertas cuestiones que son comunes á ambas , porque los hechos sobre que versan son á un mismo tiempo enseñados por la fé y descubiertos por la razon. Si la filosofía , por ejemplo , profesaba doctrinas contrarias á la teología , sobre Dios , sobre el alma , sobre el mundo ó sobre el hombre , claro es que esta contradiccion no podia permitir la separacion amistosa de una y otra ciencia. Al contrario , debia empeñarse entre ellas una lucha , en la cual fuerá el triunfo por mucho tiempo dudoso , porque no tan fácilmente se destruyen las antiguas creencias y se desmoronan las costumbres seculares. Pero la victoria al cabo , si bien efímera , si bien poco duradera , debia pertenecer á la nueva filosofía , que llena de vigor y de entusiasmo , tenia todas las ventajas sobre una ciencia , que si en su fondo era eterna , vigorosa é inmutable , en su forma era débil , estemporánea y pasajera. Asi , el individualismo de la filosofía en guerra con la autoridad teológica , anuló para ser consecuente consigo mismo todas las ciencias sagradas.

Otra debió ser la influencia de este principio sobre las ciencias naturales , donde la observacion de los sentidos debia tener un lugar mas señalado. Si la filosofía de los siglos anteriores habia detenido el progreso de estas ciencias , si habia mezclado y confundido las verdades descubiertas por la observacion con los errores impuestos por la autoridad , la nueva filosofía , creando un método rigoroso de induccion y de análisis (1) , condujo á separar los er-

(1) Cuando hablamos de la novedad del método científico no se entiende que lo consideramos como una pura invencion de Descartes , ni como un descubrimiento de los filósofos del siglo actual. Todos los grandes sistemas filosóficos son tan antiguos como la misma ciencia , porque todos tienen su origen en los primeros tiempos de la filosofía. Pero estos métodos y estos sistemas se han desenvuelto y perfeccionado con el trascurso de los siglos hasta el punto de no parecerse á lo que en otro tiempo fueron , sino en reconocer ahora como entonces un mismo principio como punto de partida. Bajo este relacion llamamos innovadores á los que sirviéndose de un descubrimiento hecho antes que ellos , fundan un sistema diferente del que con los mismos ó con mas escasos datos fundó el autor del descubrimiento. Asi Aristóteles y Epicuro eran dos filósofos sensualistas como Loke y como Bentham ; mas ¿por qué Bentham y Loke se sirvieron de las verdades ó de los errores sostenidos por Epicuro y Aristóteles no ha de poder decirse que fueron tan innovadores como ellos? ecléctico era Sócrates : ¿pero cuánta diferencia no hay entre el eclecticismo de Sócrates y el de Royer-Collard ?

rores de las verdades, y á descubrir muchas de estas hasta entonces desconocidas. La duda universal fué el punto de partida de esta nueva escuela; la observacion fué su método; la confirmacion de todos los conocimientos adquiridos fué su fin. Segun ella era preciso rehacer las ciencias naturales, asi como las otras ciencias, porque este era á su juicio el único medio de purgarlas de todos sus errores. Y asi era la verdad, porque la mágia y la alquimia habian sembrado en las ciencias naturales hechos falsos y teorías absurdas que no podian desvanecerse ni refutarse de otro modo que llamándolos á juicio, y sometiéndolos á una crítica severa en union con los otros hechos verdaderos y con las teorías justificadas. Dos cosas debian resultar de este nuevo exámen: primera, la reduccion del número de los hechos consignados hasta entonces en el catálogo de los de las ciencias: segunda, el esclarecimiento de los que resistiendo á esta dura prueba debiesen continuar formando parte de aquellas. Los hechos, asi purificados y mejor conocidos, no podian consentir las antiguas teorías: otras nuevas debieron forzosamente nacer, puesto que nuevas relaciones acababan de descubrirse en lo que debia ser asunto de observacion para la ciencia.

Aun hay mas. Este nuevo método aplicado en toda su estension, y esta nueva teoría del origen de los conocimientos, de la perfectibilidad humana y del criterio de la certeza, llevaban necesariamente al descubrimiento de nuevas verdades que variarían todo el mecanismo de las ciencias. Por eso, cuando mas han progresado las naturales, es cuando este linage de filosofía ha prevalecido en el espíritu humano. Desde fines del siglo XVII datan casi exclusivamente todos los descubrimientos de la química, de la historia natural y de la astronomía modernas. Newton, Buffon, Haüi, Cuvier, y casi todos los naturalistas á quienes debe la ciencia sus mas importantes descubrimientos, proceden de esta secta de filósofos para quienes el método esperimental es el único origen y el esclusivo criterio de la certeza. Una razon muy natural habia para que sucediera asi: el individualismo podrá, si se quiere, conducir al error, podrá introducir la anarquía en las ciencias, asi como esparce el desórden en el Estado, pero desenvuelve prodigiosamente la actividad humana, y da á los espíritus una direccion fecunda y progresiva, que si los puede estraviar, tambien los conduce muchas veces á descubrimientos importantes y á verdades inesperadas.

Este fué el resultado que el nuevo método filosófico tuvo para las ciencias naturales. A beneficio de las nuevas ideas, y con la ayuda del reciente método, estas ciencias progresaron en el camino seguro de la esperiencia, se enriquecieron con muchos hechos ignorados, con el conocimiento de muchas relaciones que hasta enton-

ces pasáran desapercibidas, y fué tal su importancia y su poder, que ocuparon el primer lugar en el catálogo de los conocimientos humanos, dando á todos ellos su fisonomía, su carácter y su naturaleza. Las ciencias naturales adquirieron así una preponderancia exagerada: los que las cultivaron fueron tenidos por los primeros, si no por los únicos sábios: los matemáticos y los químicos fueron los únicos hombres útiles, y sus profesiones las únicas provechosas.

Muy diverso influjo debió ejercer el individualismo sobre las ciencias morales y políticas, puesto que estas ciencias, aunque de observacion como todas, no daban tanta cabida á la esperiencia de los sentidos. Ellas tomaron sin embargo la direccion que les imprimiera la nueva filosofía, cuya direccion, siendo exclusiva, debia conducir á mas absurdos resultados. El método de observacion experimental aplicado á las ciencias naturales no podia llevar á consecuencias absurdas por mas que estorbaba hacer en estas ciencias altas y comprensivas teorías; pero ese mismo método aplicado á la moral, aplicado á la legislacion, aplicado á la política y á todas las otras ciencias de la sociedad y del hombre, conducia necesaria y fatalmente á errores abominables y á consecuencias absurdas. Hé aquí cómo debia raciocinar en moral el que profesára las doctrinas filosóficas de que ahora nos ocupamos. Si la sensacion es el único origen de los conocimientos, no hay para el hombre otras nociones de bien y de mal que el mal y el bien que se perciben por los sentidos: por los sentidos no puede conocerse mas que el bien y el mal físico, luego el mal y el bien físico son la única base de toda la moral humana. El bien así considerado no es mas que lo útil, de donde se deduce que la utilidad es el fundamento de todas las ciencias morales. Y llevado este principio á sus consecuencias mas remotas, seria preciso convenir con Helvetins en que la moral, la ciencia de las costumbres es una *especie de fisica experimental*. La utilidad de cualquier modo que se la considere es el egoismo: el egoismo, pues, es no solo el origen, sino el fin y la regla de las acciones. Fácilmente pueden descubrirse cuales serian en la práctica las consecuencias necesarias de estas doctrinas.

Si de la moral pasamos á la legislacion hallaremos resultados no menos absurdos. Cuando se ha proclamado lo útil como regla moral de las acciones, mucho menos se podria dejar de proclamarle como norma de los legisladores y como base fundamental del derecho. Si la utilidad es el único fin de la ley, no hay en el súbdito un deber verdadero de obediencia, porque no merece este nombre la conveniencia de practicar lo útil; y por consiguiente no hay derecho en la autoridad para hacer cumplir las leyes establecidas, puesto que no hay razon para cohibir á nadie en nombre de la

utilidad á que haga aquello que le repugna. Así la utilidad, elevada á principio de derecho, ó es inconsecuente consigo misma imponiendo su autoridad en nombre de la fuerza, ó hace inútil é ineficaz la ley despojándola de su carácter obligatorio para darle el de interesado consejo.

En vano, para evitar esta consecuencia absurda, han acudido los partidarios de la doctrina sensualista á convertir la utilidad privada en utilidad comun, y á protestar en nombre del buen sentido contra el inflexible rigor de la lógica. Ya se ha demostrado en muchas ocasiones que si la utilidad comun es la suma de las utilidades privadas, no puede diferenciarse de estas ni por su naturaleza, ni por sus caractéres. Ahora bien: si la utilidad particular no puede elevarse á regla de las acciones, ¿con qué razon podrá ser considerada la utilidad comun como principio del derecho? Si la utilidad privada, siendo variable, insegura, difícil muchas veces de conocer y de apreciar, no puede ser la ley de las acciones: ¿cómo la utilidad comun, que es asimismo insegura, y mas difícil sin duda de apreciar y de conocer, podrá proclamarse con razon ley de las sociedades?

La influencia del mismo principio sobre la política ha producido las sangrientas catástrofes que de medio siglo á esta parte hemos presenciado. La soberanía del mayor número y el derecho de insurreccion proceden naturales y legítimamente de la filosofía de los sentidos. Si los sentidos y la voluntad son iguales en todos los hombres, ninguno de estos tiene mas derecho que otro para mandar y ser obedecido. Nivelado así el género humano, no es posible otra superioridad que la que viene de la mayoría de número, y por consiguiente tampoco lo es otra soberanía que la que reside en la mayor suma de los individuos. Si ninguna regla hay superior al hombre, puesto que el hombre es el origen de toda ley, la ley política no fué mas que un pacto, la soberanía del mayor número debe ser ilimitada. Y si el gobierno fué un pacto y no tiene límites la soberanía, cuando una de las partes falte á lo estipulado, tiene derecho la otra para faltar tambien. De aqui el contrato social de Rousseau, y el derecho de los pueblos ó de las mayorías de los pueblos para insurreccionarse siempre que se consideren mal gobernados. Sucede, pues, en política lo que hemos observado en las ciencias naturales, en las ciencias sagradas, en la legislacion y en el derecho: que la regla es inferior al individuo, que la autoridad que antes era esclusiva y única, ha se convertido ahora en universal y multipla.

Cuando esta misma filosofía ha llevado sus doctrinas á la historia, ha sido para hacer de ella una ciencia falsa ó incompleta. Si la sensacion es el único origen de los conocimientos, la historia

no puede tener por legítimos otros hechos que los que la experiencia y la sensación pueden reconocer por ciertos. Resulta de aquí que los hechos de la historia sagrada, aquellos de cuya verdad solo la revelación puede asegurarnos no deben hacer parte de la historia. Si estos hechos se niegan ó se olvidan, la historia es incompleta, y sus orígenes son incomprensibles. Aun hay mas: negada la revelación, tampoco puede comprenderse ni esplicarse una época entera de la historia, la del nacimiento y progresos del cristianismo. Asi es que para los historiadores materialistas no hay en la historia otra verdad que la que directa é inmediatamente ha podido percibirse por los sentidos. Todas las religiones son segun ellos hijas de la impostura; todos los gobiernos producto de la usurpación; las alianzas del sacerdocio con el imperio, una liga de los sacerdotes y de los príncipes para tiranizar al mundo y oprimir á la humanidad. Y como es achaque de esta filosofía no reconocer otra ley que la voluntad individual, la historia es para ella una reunion de hechos que si bien tienen cierta relacion entre sí, no reconocen otra causa ni guardan otra regla que la voluntad de los individuos. Así cuando esta escuela pretende juzgar los sucesos no tiene en cuenta el espíritu general del tiempo en que ellos acontecieron ni las creencias, las ideas, ó las pasiones que á la sazón dominaban. Todo lo que sucedió pudo no haber sucedido; en la historia no hay nada necesario ni fatal; los errores y los crímenes que ella refiere son el resultado de la ignorancia de esta nueva filosofía. Admiran la libertad de Esparta y de Atenas sin comprenderla y sin advertir la profunda tiranía que se ocultaba bajo ella: detestan á Roma porque se sirvió de la conquista para civilizar al mundo: desprecian á Aristóteles y á Platon porque no profesaron francamente como ellos el materialismo. La historia considerada así no es la historia de la sociedad sino la historia de los individuos, y su objeto presentar al hombre grandes escarmientos del pernicioso influjo del fanatismo de la ignorancia y de las preocupaciones.

La filosofía de la sensación aplicada á la literatura ha matado las inspiraciones del genio, corrompido la belleza y el gusto. Si el hombre no tiene otro medio de conocer que los sentidos, tampoco puede elevarse á consideraciones ni á pensamientos que sean superiores á estos. El genio no es mas que la organización, el sentimiento no es otra cosa que la facultad de percibir por los sentidos; ó mas bien el sentimiento y el genio son incompatibles con esta clase de filosofía. Si el hombre no puede comprender mas que por la sensación, la idea de la belleza que es el fundamento de la poesía, y de todas las bellas artes, ha de entrar forzosamente por los sentidos. Por los sentidos no puede percibirse otra be-

lleza que la de las formas; no la belleza moral, no la belleza de los pensamientos; luego la filosofía de la sensación no alcanza ni explica otro género de belleza que el material y positivo. Resulta de aquí que la poesía no esté nunca en el pensamiento sino en la forma de su expresión: que la belleza en pintura y en las otras artes de su género no consiste jamás en la idea que el artista se propone representar por ella, sino en la de las formas de que se vale para representarla.

Si la filosofía de la sensación no puede comprender sino de una manera tan imperfecta la idea de lo bello, mucho menos puede alcanzar la de lo sublime. Este sentimiento no cabe en los estrechos límites del materialismo. La idea de lo sublime es el sentimiento espontáneo é irreflexivo de un poder superior que se muestra por las obras del arte ó se revela por la naturaleza. El materialismo que negando á Dios ha negado la idea de todo poder sobrehumano, no podía comprender ni explicar el sentimiento de lo sublime. Y siendo esto así, tampoco las bellas artes que estaban sometidas á su influjo podían expresar este grande y alto sentimiento.

Si se suprime en la poesía y en las bellas artes la idea de la belleza moral, y la idea de lo sublime ¿qué queda por ventura á las bellas artes y á la poesía? Esa belleza material, esa belleza de individualidades que mata la inspiración, que corrompe el gusto y que hace de las bellas artes un asunto de mera diversión, y de agradable entretenimiento. Examínense sinó los monumentos que quedan de los tiempos y de las naciones donde dominára tan absurda filosofía. Ese siglo XVIII tan fecundo en descubrimientos útiles y en adelantos importantes, ese siglo XVIII que tan grandes hombres produjo, y tantas obras de observación y de análisis dejó á la ciencia, ¿qué monumento ha legado á las bellas artes y á la literatura? ¿Qué poetas, qué pintores, qué artistas florecieron en ese siglo de análisis? Ninguno: Ese siglo no ha producido poetas porque la poesía está mal avenida con el escalpel del anatomista: ese siglo no ha producido pintores porque la pintura para progresar necesita de que los que la cultivan profesen sinceras y profundas creencias: ese siglo en fin no ha dado el ser á grandes artistas porque las bellas artes tienen mucho de sublime, no poco de ideal, y lo ideal y lo sublime son un sarcasmo sangriento de la filosofía materialista. El siglo XVIII debía producir grandes químicos, grandes astrónomos, grandes naturalistas, porque en la historia natural, en la astronomía, y en la química, es donde más parte tienen la observación experimental; pero donde esta observación tiene menos cabida, donde el olvidar los otros elementos de la naturaleza humana puede conducir á más

funestos errores; en las ciencias morales y políticas, en las bellas artes y en la literatura lo incompleto de la observacion debia conducir á la falsedad y al absurdo.

Hé aquí como la filosofía de la sensacion, aplicando sus principios y su método al adelantamiento y progreso de las ciencias, de la literatura y de las artes les daba un carácter comun, una especie de unidad distinta y contraria á la que mas arriba indicamos, pero unidad al fin con cuyo auxilio se podian juzgar desde un mismo punto de vista todos los conocimientos.

Supuesto que la filosofía es la única que puede dar á las ciencias relacion y unidad, claro es que las que nosotros apetecemos para las que comprenderá esta ENCICLOPEDIA deberá provenir de la filosofía dominante. No es nuestro propósito esponer ahora estensamente toda esta filosofía: lugar habrá de hacerlo mas oportunamente en el testo de la obra; pero sí tenemos necesidad de decir lijeramente lo que es ella para que se comprenda la especie de unidad que daremos por su medio á todos los conocimientos. Los mismos tres problemas filosóficos que indicamos al principio y que nos han servido como de prisma para buscar el carácter comun de los conocimientos en las épocas pasadas, nos servirán ahora para indagar el que tienen los de la época en que vivimos. Ni la sensacion, ni la inspiracion sobrenatural se consideran ya hoy como el origen de los conocimientos: ni la autoridad ni la observacion de los sentidos son tenidas tampoco por criterio esclusivo de la certeza: ni el dogma de la perfectibilidad indefinida ni el que niega la posibilidad de todo progreso son creidos ya hoy como verdades de inconcusa certeza. Una filosofía mas ámplia, mas comprensiva, menos apasionada ha resuelto de diferente modo estos tres importantes problemas. Para hacerlo de una manera acertada ha estudiado cuidadosamente todos los elementos de la naturaleza humana, ha interrogado á todos los sistemas, ha consultado todas las opiniones, y tomando de unos y de otras lo que creyera verdadero, y desechando lo que juzgara falso, incompleto ó absurdo, ha creado un nuevo método de observacion, ha encontrado un criterio distinto de la certeza, y ha defendido dentro de sus verdaderos límites el progreso de las ciencias y la humana perfectibilidad. La sensacion no es para ella el origen único de las ideas sino la ocasion de los conocimientos. La observacion experimental no es tampoco el criterio de la certeza sino cuando se trata de averiguar la que tienen los hechos físicos y materiales. La perfectibilidad del género humano tiene por límites inflexibles la condicion esencial de la humana especie. Así la filosofía de la época actual ha aceptado lo que habia de cierto en el sensualismo, ha recogido lo que habia de verdadero en el sistema de la autoridad, y ha fundado una ciencia que si no es

nueva en cada una de sus partes lo es en el todo que resulta de la combinacion. La nueva filosofía es ecléctica: las ciencias que ella ha fundado deberán serlo tambien. El eclecticismo es el carácter comun, es el punto de analogía que tienen hoy los conocimientos: en el eclecticismo pues deberá consistir su unidad. Asi es que la nueva filosofía admite el dogma de la autoridad religiosa; pero es cuando trata de las ciencias sagradas: acepta tambien el principio del individualismo, pero es cuando el individualismo no conduce á la extravagancia ni al absurdo: acepta la idea de la utilidad pero no como principio y fin de las acciones ni como base exclusiva de la ley, sino como consideracion que deben tener en cuenta los legisladores de las sociedades, y como base de las ciencias económicas. Hariamos interminable esta introduccion si fuésemos examinando una por una las cuestiones que en cada ramo del saber humano resuelve de este modo elevado y completo la nueva filosofía; porque como es un principio constante que en el mundo así como en las ciencias, y así como en todos los sistemas aun en los que son al parecer mas falsos y absurdos, no hay verdad pura de todo error ni error puro de toda verdad, la filosofía necesita averiguar en cada una de las controversias que se han suscitado entre las diferentes opiniones lo que por una y otra parte se ha alegado de cierto, lo que por una y otra parte se ha supuesto de absurdo. Así como los filósofos del siglo XVIII llamaron á juicio á todos los conocimientos para sujetarlos al escalpel de su análisis y al punto de vista de sus doctrinas, así los filósofos del siglo XIX han sujetado tambien á examen todas las ideas, todas las noticias que les suministraron las generaciones pasadas para someterlas á la prueba de su método y al influjo de sus principios. Hay sin embargo entre unos y otros una notable y capital diferencia. El análisis de la pasada filosofía olvidaba un órden de hechos no menos importante que el de los hechos de los sentidos, y mutilando á la humanidad, mutilaba á la ciencia: el análisis de la actual filosofía abarca todos los hechos, así los fisicos como los morales, así los del mundo como los de la inteligencia, y comprendiendo al hombre y á Dios, comprende tambien por completo todo el saber humano.

Si la enciclopedia ha de ser el monumento de una civilizacion, es necesario que esté escrita bajo el influjo de este pensamiento y que revele en su conjunto y en cada una de sus partes el carácter comun de la ciencia humana. Las doctrinas que profesan los filósofos bajo las fórmulas científicas de las escuelas, descienden á las sociedades despojadas de estas fórmulas y con el carácter de creencias comunes, aunque no sean los principios abstractos los que constituyen estas creencias, y sí las ideas prácticas que son su re-

sultado. Estas ideas se traducen en instituciones; llegan á formar costumbres, y así como dan un carácter peculiar á las creencias y á la filosofía, dan tambien otro propio á las sociedades, á la legislación y al gobierno. Las doctrinas de los filósofos imprimen pues su sello á una civilización: la enciclopedia que abarque todas las ideas que trabajan las entrañas de nuestra sociedad, que van formando creencias generales y traduciéndose en instituciones y en costumbres, será pues la única que merezca el nombre de monumento de la civilización presente.

Por este mérito sobresalía la enciclopedia del siglo XVIII. Nada mas lógico, nada mas consecuente que aquel repertorio de los conocimientos humanos. El siglo XVIII con todos sus errores, con todas sus verdades, con todas sus preocupaciones está representado allí. La unidad que la filosofía de la sensación dá á los conocimientos humanos es la unidad de aquella enciclopedia. Ciencias, artes, literatura, política todo tenia el sello de esa filosofía material que negaba á Dios, que mutilaba al hombre, que derrocaba los gobiernos y que disolvía las sociedades. Sus principios podían ser falsos como sus teorías eran sin duda incompletas, pero sus procedimientos eran lógicos, sus resultados necesarios. No así algunas de las enciclopedias que se han escrito en el presente siglo. Inspiradas las unas por doctrinas que no son las de este tiempo ni las de esta sociedad, y dictadas las otras por sistemas que aun cuando fueran verdaderos tampoco dominan en la civilización presente, ninguna de ellas representa la época científica, artística y literaria en que vivimos, ni ninguna es la fiel expresión de esas ideas que van formando las creencias generales influyendo en las costumbres, pasando á las instituciones, y gobernando en fin la sociedad. La que nosotros emprendemos, tendrá un carácter distinto, pues no siendo órgano de ningun sistema exclusivo ni de ningun principio cuya dominación haya ya pasado, reflejará fielmente la civilización bajo la cual vivimos apartándose de todo error sistemático y de todo peligroso extremo.

Pero antes de comenzar la razonada y metódica exposición de los conocimientos humanos, es necesario hacer una recapitulación no menos razonada y metódica de todos ellos; es preciso ordenar y disponer los materiales que deberán ser objeto de observación y de exámen. Para hacer esto de una manera completa, sencilla y ordenada fueron inventados los cuadros sinópticos de las ciencias, en los cuales teniendo en consideración las relaciones predominantes que las mismas ciencias tienen entre sí, aparecen estas clasificadas y divididas. Grandes eran á la verdad los inconvenientes de este procedimiento, pero no era menor su utilidad ni menos reconocidas sus ventajas. Solían estos cuadros ser incompletos, las divisiones y clasificaciones

que en ellos se hacian eran siempre falsas ó arbitrarias, pero consignaban al menos un método por cuyo medio se evitaba la confusión que por espacio de largos siglos habia reinado en los límites de las respectivas ciencias, y señalando á cada una de estas una jurisdicción separada, abrian una senda mas ancha para su progreso.

Bacon fue el primero si no nos engañamos que intentó una obra de esta especie: y su cuadro de los conocimientos generalizado mas tarde por los enciclopedistas (1) ha gozado por muchos años de indisputable crédito: todavía merece admiración el grande hombre que á principios del siglo XVI concibió una obra tan atrevida y tan profunda. Bacon habiendo sustituido al método escolástico el método experimental, advirtió que era necesario sujetar todos los conocimientos á un nuevo y escrupuloso exámen, que era preciso aplicar á todas las ciencias, este método desconocido y como trabajo preliminar trazó el cuadro que hemos citado. El principio de la autoridad religiosa dominaba entonces en todos los ramos del saber: la teología católica habia invadido las ciencias que no eran de su jurisdicción, y las doctrinas reveladas, los conocimientos de la razón y los hechos del mundo material, estaban mezclados y confundidos. La ciencia era una en su fondo por mas que apareciese varia y multipla en su forma. ¿De qué servía dividirla en humana y en revelada, si por los principios de la segunda habia de regirse la primera? No es posible separar convenientemente los conocimientos humanos mientras no lo sea dividir y separar los hechos y los principios que dominan en cada órden de ellos.

Para hacer esta division distinguió Bacon en el hombre tres facultades estableciendo cada una de estas como origen de un órden de conocimientos humanos; así la diferencia capital que encontró Bacon entre las ciencias fue la de las facultades que principal y respectivamente desenvuelven. Tales eran la MEMORIA, la RAZON y la IMAGINACION. A la primera de estas facultades se refiere la *historia*. La historia es SAGRADA, ECLESIASTICA, CIVIL, moderna y antigua, que comprende la civil propiamente dicha y la *literaria* y NATURAL.

La historia natural examina los fenómenos UNIFORMES de la naturaleza en los cuales se comprenden la historia de los *meteoros*, la de la *tierra* y el *mar*, la de los *minerales*, la de los *vegetales*, la de los *animales* y la de los *elementos*; examina asimismo los fenómenos IRREGULARES de la naturaleza que son los *prodigios celestes*, los *meteoros prodigiosos*, los *prodigios de la tierra y el mar*

(1) Los enciclopedistas pusieron al frente de su obra el cuadro de Bacon, con algunas ligeras correcciones.

los *minerales monstruosos* y los *prodigios de los elementos*: y por último la historia natural examina los *USOS y ABUSOS de la naturaleza*: de aquí nacen las artes y oficios que divide Bacon, en trabajo y uso *del oro y de la plata, de las piedras finas y de las piedras preciosas, del hierro, del vidrio, de las pieles, de la piedra y del yeso, de la seda, y de la lana.*

LA RAZON, es para Bacon origen de la filosofía. La filosofía comprende la *METAFISICA GENERAL* ú *ONTOLOGIA* ó ciencia del ser en general de la existencia, de la duracion &c.; LA *CIENCIA DEL HOMBRE* y LA *CIENCIA DE LA NATURALEZA*. De la metafísica nace la *ciencia de Dios* y de esta la *teología natural* y la *teología revelada* que comprenden la religion de cuyos abusos proceden las supersticiones y la *ciencia de los espíritus benéficos y maléficos* de donde nacen la *adivinacion* y la *magia negra*.

A la ciencia del hombre corresponde la *PNEUMATOLOGIA* ó ciencia del alma que se divide en *racional y sensible*, la *LOGICA* y la *MORAL*. La lógica comprende *el arte de pensar, el arte de retener y el arte de comunicar*. Al arte de pensar corresponde la *aprension* ó ciencia de las ideas, el *juicio* ó ciencia de las proposiciones, el *raciocinio* ó induccion, y el *método* ó demostracion que se divide el *análisis y sintesis*. El arte de retener trata de la *memoria* la cual puede ser *natural y artificial* (á esta última corresponde la *prencion* y el *emblema*), y trata tambien de los *suplementos* á la memoria que son la *escritura y la imprenta*: de aquí el *alfabeto* y las *cifras*; de aquí el arte de *escribir, de imprimir, de leer y de contar*; y de aquí por último la *ortografia*. El arte de comunicar comprende la ciencia del *instrumento del discurso* y la ciencia de las *cualidades del discurso*. La ciencia del instrumento del discurso es la *gramática*, que trata de los signos de la *Prosodia*, de la *construccion* de la *sintaxis*, de la *fisologia*, de la *crítica* y de la *pedagogia*. Los signos se dividen en *gestos y caractères*. Los gestos comprenden la *pantomina* y la *declamacion*, y los caractères son *ideales, geroglificos y heráldicos* ó de blason. La pedagogia trata de la *eleccion de estudios* y del *metódo de la enseñanza*. La ciencia de las cualidades del discurso se divide en *retórica y mecánica de la poesia* ó *versificacion*.

La moral es *GENERAL y PARTICULAR*. La moral general trata de la ciencia del bien y del mal en general, de los deberes, de la virtud y de la necesidad de ser virtuoso. La moral particular se ocupa de la *ciencia de las leyes* ó *jurisprudencia* la cual se divide en *natural, económica y política*; á estas dos últimas corresponden el *comercio interior y exterior de tierra y mar*.

La ciencia de la naturaleza comprende las *MATEMATICAS* y las *FISICOMATEMATICAS*. Las matemáticas se dividen en *puras y mistas*.

Las matemáticas puras comprenden la *aritmética* y la *geometría*. La aritmética se divide en *númerica* y *álgebra*. El álgebra es *elemental* é *infinitesimal*: y el álgebra *infinitesimal* se subdivide en *diferencial* é *integral*. La geometría se diferencia en *elemental*, que comprende la *arquitectura militar* y la *táctica*, y en *trascendental* que abraza la *teoría de las curvas*.

A las matemáticas mistas corresponden la *mecánica*, la *astronomía geométrica*, la *óptica*, la *acústica*, la *pneumática*, y el *arte de conjeturar*. La mecánica comprende la *estática* que se divide en *estática* propiamente dicha é *hidrostática*, y la *dinámica* que se divide en *dinámica* propiamente dicha, *balística* é *hidrodinámica*, la cual comprende la *hidráulica*, la *navegación* y *arquitectura naval*. A la astronomía geométrica pertenecen las *cosmografía*, la *cronología* y la *geneomónica*. La cosmografía se subdivide en *uranografía*, *geografía* é *hidrografía*. A la óptica corresponden la *óptica* propiamente dicha, la *dioptrica* y la *catóptrica*. El arte de conjeturar comprende el *análisis de las probabilidades*.

A las físico-matemáticas pertenece la *física particular*, que se divide en *zoología*, *astronomía*, *física*, *meteorología*, *cosmología*, *botánica*, *mineralogía* y *química*. La zoología abraza la *anatomía* la *fisiología*, la *medicina*, la *veterinaria*, la *equitación*, la *caza*, la *pesca* y la *caza dealcones*. La anatomía es *simple* y *comparada*. La medicina comprende la *higiene*, la *patología*, la *semyeoptica* y la *terapéutica*. La higiene se divide en *higiene* propiamente dicha, *cosmética* (ortopedia) y *atlética* (gimnástica). La terapéutica comprende la *dieta*, la *cirujía* y la *farmacia*.

A la astronomía física pertenece la *astrología* que se divide en *física* y *judiciaria*. La cosmología comprende la *uranología*, la *aerología*, la *geología* y la *hidrología*. La botánica se divide en *agricultura* y *jardinería*. La química se divide en *química* propiamente dicha y de aquí la *pintura*, y la *tintorería*, la *metalurgia*, la *alquimia* y la *magia natural*.

Bacon señala la **IMAGINACION** como origen de la **POESIA**, de la **MUSICA**, de la **PINTURA**, de la **ESCULTURA**, de la **ARQUITECTURA** y del **GRABADO**. Divide la poesía en *profana* y *sagrada* y una y otra en *narrativa*, *dramática* y *parabólica*. La poesía narrativa comprende el *poema épico*, el *madrival*, el *epigrama* y el *romance*. La poesía dramática se divide en *tragedia*, *comedia*, *ópera*, y *pastoral*. A la poesía parabólica pertenecen las *alegorias*. La música se divide en *teórica*, *práctica*, *instrumental* y *vocal*.

Hé aquí como dividió y clasificó Bacon los conocimientos humanos: nosotros empero no podemos aceptar esta clasificación. Ella es consecuente con la filosofía que supone, pero es falsa en sus principios y arbitraria muchas veces en sus procedimientos.

Para aplicar á las ciencias el método de observacion experimental, era necesario indagar sus orígenes en las facultades del entendimiento y marcar sus detalles por la diferencia de los hechos que cada una de dichas ciencias examina. Esto hizo Bacon, señalando una jurisdiccion especial á cada uno de los ramos del saber humano, y hé aquí en lo que consiste su gloria. Pero la filosofía de su tiempo clasificaba de una manera incompleta las facultades intelectuales, y Bacon aceptando esta clasificacion como origen de los conocimientos humanos, no podia hacer de estos una division exacta, natural y ordenada. No es cierto que la memoria, la razon y la imaginacion sean las únicas facultades del entendimiento, y siendo esto así, tampoco puede ser verdad que sean ellas las facultades que principalmente desenvuelve cada órden de conocimientos. ¿Por ventura la memoria puede llamarse facultad intelectual? ¿Acaso es ella la que concibe, la que piensa, ni la que imagina? La memoria es una facultad secundaria que retiene en el entendimiento las ideas percibidas, pero que no produce otras nuevas, ni ilustra, ni esclarece las ya alcanzadas. La memoria es una facultad análoga á la sensibilidad, que así como esta sirve del medio ó de ocasion para conocer las cosas presentes, ella sirve de intérprete para conocer las cosas pasadas. Asi esta facultad sin dar origen á ningun órden de ideas ni de conocimientos, interviene necesariamente en todos. ¿Mas por eso ha de ser ella menos indispensable para el estudio de la historia civil y natural, que para el de la anatomía? ¿Qué relacion especial tiene la memoria con los fenómenos y con los usos de la naturaleza, que no lo tenga asimismo con las ciencias morales, con las matemáticas ó con la filosofía? Y si esta facultad no entra sino muy secundariamente en el estudio y en la composicion de las ciencias, es absurdo señalarla como una de las que dan origen á cierto órden de conocimiento. Ninguna razon hay para colocar en este lugar á la memoria, y escluir de otro semejante á la sensibilidad: no es esta por cierto menos necesaria para la composicion y el estudio de las ciencias naturales, y sin embargo, nada se dice de ella en el cuadro de Bacon.

Es indudable que la razon considerada como facultad de comprender las ideas necesarias dá origen á la filosofía, y á todas las otras ciencias á quienes la filosofía sirve de fundamento. Pero no es así como Bacon comprende esta facultad humana: la razon es para él, la aprension, el juicio y el racionio, y por consiguiente, á esta facultad deben corresponder en su sistema la metafísica, la lógica, la moral, y las ciencias naturales. Como sí á las ciencias naturales pudiera aplicarse siempre el mismo método de observacion que á la filosofía: como si la esperiencia de los sentidos tuviera el mismo lugar en la química que en la metafísica ó en

la lógica. Mas en esto es en lo que principalmente ha errado Bacon: pues habiendo creado un nuevo método de observacion experimental, juzgó que su aplicacion debia ser universal sin tener en cuenta la diferencia de los hechos ni la dificultad de las observaciones. Por eso ha colocado en su cuadro las ciencias naturales al lado de las filosóficas: por eso ha comprendido bajo la facultad de la razon, lo que si fuera posible hacer un cuadro perfecto de los conocimientos humanos debería estar dividido.

No son menos evidentes los errores de Bacon respecto á la distribucion de las ciencias en cada una de las partes de su cuadro. El coloca la teología revelada entre los conocimientos que nacen de la razon, como si el carácter esencial de esta ciencia no fuese incompatible con el que tienen todas las otras que proceden á su parecer del mismo origen. Tambien es una falta muy grave por mas que la disculpen las creencias de aquellos tiempos, el señalar como parte de la ciencia divina la adivinacion magia ó la negra. La ciencia de las leyes ó la jurisprudencia no pertecen como quiere Bacon á la moral particular, pues la moral y la legislacion aunque tienen entre sí relaciones de analogía son dos cosas diferentes. Observase tambien que una misma ciencia se encuentra colocada en clasificaciones diferentes, de modo que no puede con certeza saberse al ramo de conocimientos á que corresponde. Y por último faltan á este cuadro todas las ciencias descubiertas ó reformadas nuevamente, al paso que se hallan en él las denominaciones de otras que han sido ya separadas del catálogo de los conocimientos.

Para enmendar estos errores y para llenar el vacío del cuadro de Bacon reformado por los enciclopedistas, se han inventado otros cuadros nuevos en que por los mismos ó por diferentes principios de los seguidos en el anterior se ha procurado trazar la generacion; el enlace y la division de los conocimientos. Todos empero han participado de los mismos ó de diferentes vicios, que los que hemos señalado en el de Bacon, porque no era posible imaginar un árbol genealógico de las ciencias sin incurrir en inexactitudes, sin suponer falsas relaciones entre los conocimientos, y sin acudir á divisiones arbitrarias. Nosotros tambien ideamos un cuadro de esta especie en que se espusieran la generacion, la division y el enlace de los conocimientos con arreglo á los principios de la filosofía ecléctica; pero despues de haber comenzado este trabajo nos convencimos de que es incompatible la aplicacion á las ciencias de esta filosofía con un cuadro que abrazara los extremos señalados. Tres puntos capitales debe comprender un cuadro de esta especie: primero la generacion de los conocimientos, ó el método segun el cual producen unas ciencias á otras; segundo la relacion de origen ó de naturaleza que tienen entre sí los conocimientos: tercero la

division mas l3gica, mas natural, mas verdadera que de los mismos conocimientos puede hacerse con arreglo 3 su generacion y 3 sus relaciones: es decir, cu3ntas ciencias hay, c3mo proceden las unas de las otras, y qu3 relaciones de semejanza y de diferencia tienen entre s3. Los que profesan un sistema esclusivo de filosof3a no deben hallar grandes dificultades en la resolucion de este complicado problema; porque los que piensan que es 3nico y esclusivo el origen de las ideas, los que creen que un solo principio basta para explicar casi todos los hechos de la naturaleza humana, no deben hallar gran inconveniente en explicar por el desenvolvimiento de una facultad esclusiva el desarrollo y generacion de un 3rden entero de conocimientos ni en asignar entre todos estos las divisiones 3 relaciones que crea mas adecuadas 3 sus principios. Pero quien no admite ninguna facultad como origen esclusivo de las ideas: quien piensa que el desarrollo de los conocimientos es un fen3meno complejo en que tienen parte todas las facultades humanas, y en el que influyen las ideas y los conocimientos anteriores, no puedo de manera alguna creer que las ciencias van procediendo exclusivamente unas de otras, ni que cada division de los conocimientos tenga su origen esclusivo en una sola facultad, ni en un solo hecho del entendimiento humano. Y si la generacion de los conocimientos es una cosa compleja, y sus relaciones son infinitas y variadas, mal puede imaginarse un 3rbol geneal3gico de las ciencias en que se se3ala 3 cada una de estas su origen sus procedimientos y sus relaciones.

De cuatro modos podria 3 nuestro parecer intentarse este trabajo. Primero, tomando como Bacon por punto de partida las facultades que principalmente se desenvuelven por cada 3rden de conocimientos, y que estos reconocen por exclusivos 3rdenes. Pero este m3todo tiene el inconveniente de que no contribuyendo ninguna de las facultades humanas con exclusion de las otras 3 producir las ideas ni 3 crear las ciencias, es arbitrario, es absurdo clasificar y dividir por las facultades los conocimientos humanos.

El segundo m3todo consiste en dividir y clasificar las ciencias, segun el objeto que cada 3rden de ellas se propone. Hase dicho que *saber, querer y tener* eran los tres fines del desarrollo de la inteligencia y de la actividad humanas, y de aqu3 se ha deducido que la division mas natural y verdadera de los conocimientos es la que los clasifica en ciencias que tienen por objeto cada uno de los fines indicados. Pero esta division es tambien incompleta y arbitraria, porque ningun ramo del saber se dirige exclusivamente 3 ninguno de aquellos tres fines: lo que perfecciona el entendimiento perfecciona la voluntad: lo que conduce 3 saber y 3 querer, conduce tambien 3 tener lo necesario.

El tercer método que en este punto puede seguirse, es el de dividir y clasificar los conocimientos según la diferencia que tienen entre sí los hechos á que se refieren. Estos hechos son relativos á Dios, al mundo y al hombre; de donde deducen algunos que la mejor division de las ciencias es la que toma por punto de partida estos tres objetos del conocimiento humano. Pero en esta clasificación hay tambien inexactitud. Estos tres órdenes de conocimientos se suponen los unos á los otros y estan enlazados entre sí. Las ciencias que se refieren al mundo tienen una íntima relacion con aquellas que tienen por objeto á Dios y al hombre. No puede decirse que procedan de distinto origen ni que su generacion siga un orden separado.

El último método en fin con cuyo auxilio puede intentarse un cuadro general de los conocimientos es el de dividirlos con arreglo á las cuatro ideas necesarias que son el fundamento de la inteligencia humana, es decir, en ciencias que tienen por objeto la *verdad*, la *bondad*, la *utilidad* y la *belleza*. Mas un escollo de la misma clase se encuentra en este procedimiento; porque si bien son estas ideas fundamentales las que dominan mas principalmente en cada una de las ciencias, tambien es indudable que ninguna de estas tiene un origen esclusivo, ni tiende de la misma manera al desenvolvimiento de aquellas ideas. La verdad por ejemplo está comprendida, en la bondad, en la utilidad y en la belleza; lo útil no está separado de lo bueno, ni lo bueno puede comprenderse sin lo verdadero.

Siendo esto asi, renunciamos á nuestro primer propósito de trazar un arbol genealógico de los conocimientos humanos, conforme á los principios de la actual filosofía, y hemos de contentarnos con la division completa de todas las ciencias teniendo solo presente los adelantamientos que de cincuenta años á esta parte se han hecho en algunos ramos del saber.

I.

Para proceder con orden dividiremos las ciencias en tres órdenes, cada uno de los cuales deberá comprender cierto número de ellas. Colocamos en el primero las ciencias morales, las creencias sociales, y las ciencias históricas. En el segundo las ciencias naturales, las ciencias fisico-matemáticas y las ciencias de aplicacion y utilidad. En el tercero las ciencias literarias y las ciencias de imaginacion.

CIENCIAS MORALES.

Llámanse así las que tienen por objeto la inteligencia, las ideas y la voluntad del hombre, es decir, toda la parte moral del individuo. A tres puntos pueden reducirse todas las investigaciones científicas en cada orden de conocimientos: primero, averiguar los caracteres generales de las ideas comprendidas en él, y por consiguiente de los hechos representados por estas ideas: segundo, investigar el origen de estos conocimientos, elevándose á las facultades ú operaciones intelectuales de donde ellos proceden: tercero, confirmar la verdad y certeza de estas ideas. Aplicando estos principios al estudio de la naturaleza moral del hombre, diremos, que esta naturaleza se revela por dos especies de actos, los actos de la inteligencia y los actos de la voluntad, es decir, las ideas y los deseos. La ciencia que examina los caracteres generales de las ideas no respecto á su objeto, sino con relacion á la inteligencia, pasando de este estudio al de las facultades y operaciones que son origen del conocimiento, se llama psicología. La psicología, pues, es la ciencia de las ideas y de las facultades intelectuales. La ciencia que analiza los caracteres de estas mismas ideas no con relacion á la inteligencia, sino con relacion á los objetos del conocimiento, se llama ontología. Las reglas segun las cuales debemos averiguar la verdad, y la legitimidad de los conocimientos, se llama lógica. Los actos de la voluntad tienen diferentes caracteres: unos son conformes con la idea del bien que está impreso en nuestra alma, otros son contrarios á esta idea, unos son libres, otros forzados, unos reflexivos, otros sin reflexion. Dedúcese de aquí que la facultad que producen estos actos es susceptible de muchas y muy diversas modificaciones, y que el origen de estos actos es tambien variable y distinto. La ciencia que los analiza, que descubre su origen, y que deduce de este exámen las reglas de las acciones, se llama filosofía moral. El conjunto de todos estos conocimientos, se llama ciencias morales.

Otra ciencia hay que tiene con las anteriores muy íntima relacion; pero que sin embargo se diferencia de ellas y merece ó no el nombre de ciencia segun la acepcion en que se toma esta palabra. La teología esplica así como la psicología las cualidades mas importantes del alma: examina como la ontología la existencia y los atributos de la divinidad, y enseña como la moral los deberes naturales del hombre. Pero la teología se distingue esencialmente de aquellas ciencias porque su punto de partida es diferente. La filosofía parte de la observacion, y no admite como verda-

deros, filosóficamente hablando, los hechos que no alcanza á descubrir la observacion: la teología por el contrario parte de la autoridad y de la fe, y reconoce como evidente un órden de hechos superior á nuestra débil razon, y á las investigaciones de nuestra esperiencia. Por fortuna una y otra ciencia vienen á parar á un mismo resultado, porque gran número de verdades que la teología enseña de la fé, las deduce la filosofía por la observacion: lo que la psicología, la ontología y la moral dicen del alma de Dios, y de los deberes morales del hombre, sin el auxilio de la fé, lo confirma la teología racionando segun los principios de la autoridad. Mas no por eso deben confundirse estos distintos órdenes de ciencias, porque si iguales son sus resultados son diferentes sus métodos. Aun diremos mas: si la ciencia es producto de la razon libre é independiente de toda autoridad, no debe darse á la teología semejante nombre, porque la teología es una enseñanza revelada exclusivamente por la fé, y desenvuelta y perfeccionada bajo los preceptos de la autoridad. Solamente debería ser llamada ciencia, cuando creyéramos que deben llevar este nombre todas las investigaciones, que se valen de un método científico cualquiera que sea el principio de donde partan, y el resultado á que tiendan. La teología se vale en efecto de los métodos filosóficos, y bajo esta relacion ha seguido las modificaciones de la filosofía. Razonadora y dialéctica, pero desprovista de toda fórmula en los primeros tiempos de la iglesia con san Atanasio y san Agustin: escolástica y aristotélica, en la edad media con santo Tomas y Pedro Abelardo: erudita y profunda con Bossuet en tiempo de la reforma protestante: despreciada y vilipendiada por las impías doctrinas del siglo XVIII, levántase hoy en alas de la ciencia en cuanto á sus formas, inmutable y eterna en cuanto á su creencia. ¿Podrá decirse por esto que la teología ha progresado? ¿Se deberá creer que la teología ha seguido el impulso dado de un siglo á esta parte todos los conocimientos humanos? Esta cuestion es en nuestro concepto muy obvia de resolver. La teología considerada como una enseñanza revelada por Dios y sostenida por la autoridad, ni ha progresado ni puede progresar, porque su fondo que es el cristianismo es inmutable y eterno. La teología considerada como ciencia, esto es, como método racional y filosófico para esponer y demostrar las verdades del dogma, ha progresado como las otras ciencias. Ciertamente comprendemos el dogma ahora lo mismo que en el siglo XII; pero ni lo esponemos, ni lo enseñamos, ni lo escribimos como en aquel tiempo. Cuando el escolasticismo dominaban en la filosofía, la teología era tambien escolástica: pero cuando el escolasticismo ha desaparecido para ser reemplazado

por una forma mas amplia, mas libre y mas comprensiva, la de la observacion racional, la teología ha empezado del mismo modo á olvidar las formas de la *escuela*, adoptando en cuanto era posible la de aquella observacion: la teología en fin pretende ahora con mas empeño que nunca demostrar por la razon lo que en otro tiempo creia sobradamente probado por la fé. Ahora tambien se escriben libros de teología: los alemanes católicos estan prestando á esta ciencia eminentes servicios: el cristianismo ha encontrado tambien ardientes defensores é ilustrados intérpretes, pero sus obras no se parecen en nada, en cuanto á su método, á las de santo Tomas, ni á las de Lugdunense, por mas que esten inspiradas por el mismo espíritu.

La razon de esta diferencia es en nuestro concepto muy obvia. Tal modificacion en las ciencias sagradas no nace ciertamente de que se hayan descubierto en ellas algunos hechos nuevos: no proviene tampoco de que se haya encontrado ahora entre los hechos conocidos relaciones nuevas, sino de que ha variado la influencia de la filosofía sobre la teología: de que la teología así como el cristianismo se ha acomodado no en su fondo, pero sí en su forma, á las exigencias de la nueva civilizacion.

Cúmplenos hacer ahora algunas indicaciones sobre la tan debatida cuestion de la importancia que merecen los supuestos progresos de las ciencias morales, verificados desde hace un siglo. Para resolver esta cuestion con acierto vamos á establecer una teoría que juzgamos fundada en la escrupulosa observacion de los hechos.

De tres modos puede progresar cada órden de conocimientos humanos: 1.º por el descubrimiento de hechos nuevos: 2.º porque se perciban nuevas relaciones entre los hechos anteriormente conocidos: 3.º porque varíe la influencia que necesariamente ejercen unas ciencias sobre otras. Ahora bien, ¿han sido descubiertos nuevos hechos en las ciencias morales? ¿Leibnitz, Kant, Descartes, Lock, Dugald-Steward han aumentado el catálogo de los hechos de la naturaleza moral del hombre que dejó la filosofía griega desde Talés hasta Zenon? Bien sabemos que muchos eruditos de estos últimos tiempos han pretendido demostrar que los filósofos que pasan por innovadores desde principios del último siglo, no han hecho mas que dar nuevos nombres ó presentar bajo diferentes puntos de vista las mismas doctrinas que aprendieron de los filósofos de la Grecia. De que la escuela sensualista por ejemplo tenga su origen en Epicuro y Aristóteles, la escuela idealista en Platon, la panteista en los eleáticos y la mística en los sistemas filosóficos de Alejandria, han deducido estos filósofos eruditos que Kant ha traducido á Platon, que Lock ha copiado á Epi-

curo y á Aristóteles, que Espinosa es un plagiario de la escuela de Elea y que Van-Helmont no ha hecho mas que reproducir la filosofía alejandrina. Pero semejante opinion sobre ser inexacta nos parece absurda en extremo. Es evidente que la filosofía moderna no ha enriquecido el catálogo de los hechos fundamentales que sirven de base á la filosofía. La humanidad no habria progresado, si tales hechos hubieran pasado desapercibidos por espacio de tantos siglos. Estos hechos que son la base de todo el saber humano, el fundamento de la moral y la regla de las acciones no podian permanecer ignorados á menos que la especie humana hubiera sido condenada por Dios á vivir cinco mil años en el caos del desorden y en las tinieblas de la ignorancia. Y aun diremos mas: la providencia habria sido sobradamente cruel con el hombre si hubiera hecho patrimonio exclusivo de los sábios las verdades fundamentales de la filosofía. Mas por fortuna no ha sucedido así: estas verdades han sido reveladas al hombre por la razon y confirmadas luego por la fé. No son los filósofos los que las han descubierto, es el género humano quien las ha comprendido sino por reflexion por instinto: sino bajo las complicadas formas científicas bajo las formas sencillas del buen sentido. Así estas verdades ó estos hechos no pertenecen á Kant ni á Platon: no los ha descubierto Epicuro ni Espinosa; pero lo que sí han hecho estos filósofos ha sido reducirlos á forma científica, compararlos y ordenarlos por medio de la reflexion y del análisis, deducir de ellos consecuencias mas ó menos verdaderas, mas ó menos legítimas, y fundar los sistemas. Estos sistemas fundados en la antigüedad son el precedente histórico de los establecidos recientemente, así como los hechos fundamentales de la filosofía descubiertos por el buen sentido son el precedente necesario de Aristóteles y de Platon. Si porque Kant y Lock se hayan apoyado en aquellos dos filósofos ha de decirse que son sus copiadores, menester es confesar tambien que no hay mérito alguno de originalidad en Platon ni en Aristóteles. Y así como estos filósofos no enriquecieron el catálogo de los hechos fundamentales de las ciencias, aunque descubrieron entre estos hechos nuevas y luminosas relaciones, origen de sus sistemas, así Kant y Lock tampoco aumentaron aquel catálogo sin embargo de haber enriquecido las ciencias con el conocimiento de nuevas relaciones entre los hechos ya conocidos. ¿Quién se atreverá á decir que porque sea uno mismo el punto de partida de la filosofía aristotélica que el de la de Lock, y el de la filosofía platónica que el de la de Kant, son respectivamente idénticos estos cuatro sistemas? ¿Por ventura nada ha adelantado Condillac en el análisis de la sensacion á lo que habian dicho sobre el mismo punto los filósofos griegos? ¿Nada mas ha dicho Kant en el exá-

men de la *razon pura* y de la *razon práctica* que Sócrates y Platon? Cada escuela exclusiva de filosofía ha analizado preferentemente alguno de los hechos fundamentales de la naturaleza moral del hombre. Resultado ha sido de esta preferencia un sistema tambien exclusivo, fundado principalmente en el hecho con exclusion examinado. Aunque cada uno de estos sistemas ha solido exagerar la influencia de los hechos que ha considerado principales, tambien ha profundizado su estudio y adelantado su conocimiento. Así se suceden unos á otros los sistemas filosóficos refiriéndose cada uno al que le precede que tiene con él mas analogía, pero desenvolviéndolo y perfeccionándolo, exagerando el error, ó corrompiendo la verdad, pero enriqueciendo siempre á la ciencia con alguna nueva observacion, con algun útil adelantamiento. Hé aquí todo el progreso posible en las ciencias morales: cuantas innovaciones se han hecho en ellas desde Talés, no han podido ni podrán variar en adelante los hechos ni los principios esenciales: cuantas reformas han sido intentadas con este fin han pasado y pasarán como extremas aberraciones. La Providencia si bien ha consentido que ciertos hechos del mundo físico, cuyo conocimiento no era mas que útil al hombre hayan permanecido ocultos por espacio de muchos siglos, no ha querido permitir que las verdades cuyo conocimiento no era solamente útil, sino necesario para la humanidad fuesen el secreto de ninguna ciencia ni la invencion de ningun filósofo.

Asi las ciencias morales han progresado hasta nuestros dias de la manera que ellas pueden hacerlo: es decir, trabajando siempre sobre unos mismos hechos fundamentales, y exagerándolos sucesivamente, pero profundizando siempre su estudio y su conocimiento. Nunca ha sido mejor analizado el fenómeno de la sensacion que cuando los materialistas exageraron este fenómeno para deducir de él la impía doctrina del ateismo.

Las ciencias morales ofrecen en la actualidad un aspecto muy diverso del que presentaban en el siglo pasado. Ya anteriormente dijimos como el principio de la sensacion, habia conducido estas ciencias á la impiedad y al absurdo. La filosofía fué entonces una máquina de guerra contra la religion y contra la sociedad: la moral una doctrina perniciosa para las costumbres. Hoy la filosofía es la fiel aliada de la religion, y el precedente necesario de todas las ciencias sociales: hoy la moral filosófica es la misma moral cristiana del evangelio. Y no ciertamente porque estas ciencias hayan retrocedido al estado que tenian antes del siglo XVIII, sino porque han recogido y aprovechado todo lo que habia en ellas de verdad antes de este siglo, como igualmente todo lo que no era absurdo en la filosofía de la esperiencia. Hé aquí en lo que

consiste el nuevo eclecticismo de las ciencias morales: hé aquí el carácter actual y predominante de estas ciencias.

II.

CIENCIAS SOCIALES.

Las ciencias sociales tienen por objeto al hombre considerado con relación á sus semejantes y formando parte de una asociación pública, ó mas bien establecen los medios de conservar la existencia y aumentar la prosperidad de las sociedades. Estos medios son el cumplimiento de la justicia, y el desenvolvimiento y perfeccion de los intereses públicos: de aquí nacen dos órdenes diferentes de ciencias sociales: las que fundándose principalmente en la justicia son tan inmutables como ella, y las que teniendo por fundamento la utilidad pública, sufren todas las modificaciones de que son susceptibles los intereses. En el primero de estos órdenes debemos colocar el derecho público que establece los deberes de la autoridad respecto al súbdito: el derecho de gentes que fija los deberes entre las naciones, y el derecho civil ó positivo que determina las relaciones de justicia entre los individuos, y define sus derechos y sus obligaciones. Al segundo orden pertenecen todas las ciencias que estudian principalmente los intereses sociales é investigan los medios de desenvolverlos: tales son, el derecho administrativo, y la economía política.

Una cuestion muy importante encierra la division que acabamos de hacer. ¿El primer orden de ciencias sociales que hemos indicado, es decir, el derecho público, el derecho de gentes, y el derecho civil se fundan única y exclusivamente sobre los preceptos rigurosos de la justicia, ó bien admiten asimismo por base los intereses y la utilidad? ¿Las ciencias que tienen por objeto el desenvolvimiento de los intereses públicos se fundan únicamente en el conocimiento de estos intereses, ó bien tienen en cuenta asimismo, los preceptos de la justicia? Cierta escuela de publicistas exclusivos, ha pretendido demostrar que las ciencias sociales que se fundan en la justicia, no deben tener en cuenta los intereses, esto es, que el derecho público, el derecho de gentes y el derecho civil, no admiten nunca las consideraciones de utilidad, como elemento que influya ellos ni modificando sus disposiciones. Un raciocinio muy sencillo, pero muy incompleto tambien, y por consiguiente muy falso les ha conducido á este resultado. La justicia han dicho es inmutable y eterna: el derecho es la realizacion de la justicia: la utilidad es precaria y variable; si pues admitimos la utilidad como elemento que junta-

mente con la justicia entre á componer el derecho, reconocemos que la justicia es variable, y que por consiguiente el derecho puede con razon ser injusto.

Este argumento al parecer concluyente, está fundado en un principio falso. El derecho es ciertamente la realizacion social de la justicia; pero no es ni puede ser de manera alguna la realizacion de toda la justicia, es decir, el derecho no debe mandar mas que lo justo; pero ni debe ni puede ordenar todo lo justo. Porque los publicistas de que hablamos han olvidado esta verdad, incurren en el error que combatimos. Si el derecho no comprende toda la justicia, es porque razones mas poderosas de utilidad declaran que esto es inconveniente ó imposible. ¿Cuántos preceptos de justicia comprendemos y aplicamos en nuestra conducta privada, y que sin embargo, no estan consignados en ningun código por ningun legislador? ¿Cuántos actos declara injustos la razon al mismo tiempo que juzga inconveniente el castigarlos y perseguirlos? Actos de injusticia son las injurias leves, y sin embargo, ninguna legislacion las castiga por temor de incurrir en mayores injusticias. Así pues la utilidad, el interés, no como tal interés ni utilidad, sino como consideracion tambien de justicia modifican algunas veces los que en rigor deberian ser preceptos del derecho.

¿Pero se sigue de aquí que los intereses materiales de la sociedad deban sobreponerse á los preceptos de la justicia? De ningun modo: cuando el interés social aparece en contradiccion con alguna máxima de justicia, no es ya este interés una mera exigencia de la utilidad comun, sino otra consideracion de justicia mas fuerte y elevada que la primera. Hé aquí porque sin dejar de ser el derecho tan inmutable en su fondo como la justicia, se modifica alguna vez por consideraciones de utilidad, que tienen un fin de equidad mucho mas importante y riguroso. Solo bajo este concepto puede decirse que la utilidad es tambien un elemento del derecho. Además, cuando los principios generales de esta ciencia pasan á los códigos particulares, sufren necesariamente no en su fondo, pero sí en sus aplicaciones, la modificacion que exige el estado político y social del país, su religion, su clima, sus costumbres y todas las otras circunstancias que influyen poderosamente sobre el derecho positivo. Entonces tambien el legislador tiene en cuenta los consejos de la utilidad, al reducir á derecho la justicia. Y no dirán por cierto los mas estóicos publicistas que esta máxima de acomodar las leyes al estado de las sociedades, sea una máxima inícuca ni absurda.

Las ciencias que tienen por objeto el desarrollo de los intereses materiales de la sociedad, aunque fundadas principalmente

sobre el principio de la utilidad comun tienen al mismo tiempo una tendencia moral y de justicias. Porque sabido es que si la miseria y el malestar social son ocasion de excesos y de crímenes, aquellas ciencias que tienen por objeto aliviar esta miseria y disminuir este malestar, tienen al mismo tiempo un fin moral mas elevado, el de prevenir las injusticias. Asi la ciencia de la administracion y la economía política, aunque fundadas principalmente en consideraciones de interés público, tienden lo mismo que el derecho á la realizacion social de la justicia.

Otra grave cuestion se ha suscitado en estos últimos tiempos acerca de la economía política que conviene apuntar. ¿La economía política tiene los caracteres de verdadera ciencia? ¿La economía política es una ciencia impía é inmoral que degrada al hombre porque tiende á materializar su especie? Tal es la vana pretension de los socialistas modernos, y de esa otra escuela que abrogándose el nombre de católica, pretende hacer retroceder la ciencia. La economía política es una verdadera ciencia, porque tiene todos los caracteres de tal: ella tiene principios generales tan ciertos y tan evidentes, como los de las ciencias exactas: estos principios proceden legítimamente del exámen de los hechos: y de las relaciones que estos mismos hechos tienen entre sí han resultado una ó muchas teorías que podrán ser si se quiere falsas ó incompletas, mas que no por eso dejan de tener una parte verdadera. ¿Dejará acaso de ser ciencia la economía, porque haya adoptado principios falsos y propagado errores absurdos? Si porque una ciencia no es completa, si porque una ciencia tiene algo de falso y de erróneo, no merece el nombre de tal, quítese desde luego este nombre á la filosofía porque ninguna ciencia ha producido mas aberraciones que ella. Convenimos en que la economía política es hasta ahora muy incompleta: convenimos en que la escuela llamada de los *fisiócratas*, le dió mas importancia de la que realmente tiene: confesamos que la distribucion proporcionada y justa de la riqueza, es hasta ahora un secreto de la economía; pero de aquí no se sigue que esta ciencia no tenga todos los caracteres de tal, porque para que tal oposicion fuese verdadera, seria necesario demostrar que no hay en la economía política ningun principio legítimo, ni ninguna teoría verdadera, y esta demostracion es á nuestro parecer imposible.

No es menos inexacto que la economía política degrade la dignidad del hombre reduciéndolo á la condicion de bruto; porque al hablar nosotros de esta ciencia no entendemos por tal ningun sistema esclusivo de esos que exagerando los verdaderos principios han terminado en consecuencias absurdas. De que Malthus dijera » que un hombre que nace en una sociedad ya ocupada, si su

no tiene medios de alimentarle, ó si la sociedad no tiene necesidad de su trabajo, este hombre no tiene derecho á reclamar la subsistencia y está demas sobre la tierra, porque en el banquete de la naturaleza no hay cubierto para él » no se sigue por cierto que esta máxima impía sea la consecuencia necesaria y legítima de la teoría sobre la poblacion del mismo economista, y mucho menos que sea el resultado de los principios incontestables de la ciencia. No es la economía política la que tiende á materializar la sociedad: si la sociedad no tuviera tendencias escépticas y materialistas, todos los esfuerzos de la economía no serian bastantes para comunicárselas. El carácter material que atribuyen algunos á la sociedad presente, no es el resultado de la ciencia, éslo sí del escepticismo que corroe las entrañas de la sociedad. La ciencia económica no contradice abiertamente este carácter; pero tiende á modificarlo satisfaciendo sus exigencias en cuanto esta satisfaccion es compatible con el bien común.

III.

CIENCIAS HISTORICAS.

La historia es el libro en que estan escritos los decretos de la Providencia: por eso es tan importante su estudio. Ella es la narracion razonada y filosófica de lo que los hombres, ya como individuos, ó ya como pueblos, hicieron en los tiempos pasados ó hacen en nuestros días. Todo hecho acontece en una época, y en un lugar determinado, y de aquí la ciencia de las épocas que se llama cronología, y la ciencia de los lugares que se llama geografía.

La arqueología y las antigüedades son tambien dos ramos importantes de la historia, los cuales tienen de comun entre sí el que ambos se ocupan de la vida política y privada de las antiguas poblaciones; pero con la diferencia de que las antigüedades se ocupan especialmente de las instituciones, las costumbres, las leyes, y el culto de los antiguos, y la arqueología se refiere con especialidad á los objetos materiales. Así esta última ciencia se divide en siete partes: arquitectura, escultura, pintura, gliptografía ó piedras labradas, paleografía ó inscripciones, numismática y utensilios.

La arqueología y las antigüedades trabajan hoy de consuno para determinar las diferencias que distinguen á las razas, á los pueblos, y á las tribus, y las relaciones de filiacion que existen entre las diferentes naciones. Así comienza una ciencia nueva que vá siendo mas importante cada dia, llamada ethnografía ó historia

de las razas y de las tribus. La mitología es también una ciencia histórica, porque dá á conocer las creencias religiosas y las supersticiones de los pueblos antiguos. Divídese esta ciencia en ritos, símbolos y ceremonias. Las fuentes de la historia son: primero, los escritos entre los cuales se comprenden los archivos, los periódicos, las leyes y los libros de filosofía y de literatura; segundo, los monumentos tales como las obras de arquitectura, las medallas y las inscripciones: tercero: las tradiciones populares como leyendas, himnos, usos, fiestas y etimologías.

La arqueología y las antigüedades nos dan á conocer aisladamente los hechos; pero estos hechos no podrán ser comprendidos ni esplicados, si ignoramos dos circunstancias importantes de su realizacion, á saber: el lugar y el tiempo en que acontecieron. Hé aquí de donde procede la grande importancia que se dá hoy al estudio de la cronología y de la geografía. La influencia del tiempo, la del clima, y la de las otras circunstancias especiales del territorio, es una consideracion indispensable para juzgar acertadamente sobre los sucesos de la historia y consideracion que seria imposible tener en cuenta sin el profundo conocimiento de la cronología y de la geografía.

Las fuentes de la primera de estas ciencias son las mismas de la historia aunque mas principalmente los monumentos, los escritos contemporáneos, las inscripciones y las medallas. Sucede muchas veces que estos monumentos de la cronología llevan consigo la fecha, mas cuando carecen de ella la deducen los inteligentes por sincronismo, ó por lo que se llama estilo de monumento.

La geografía es la ciencia que describe la superficie exterior del globo, esto es, la forma general de los continentes de las islas y de los mares, la direccion y altura de las montañas, el curso de los rios, la division de las tierras en reinos, provincias &c., las ciudades, la poblacion, las razas, las lenguas, los cultos, la posicion, distancias respectivas de unos á otros lugares, el temperamento, los productos minerales, animales y vejetales, la riqueza nacional, las rentas públicas, los establecimientos de todas clases y los monumentos. Estos diferentes puntos que son objeto de la geografía, divídense luego en secciones especiales: así la orografía es la ciencia de las montañas: la hidrografía la ciencia del mar y de los rios, la ethnografía la ciencia de las razas, la idiografía la ciencia de las lenguas, y la estadística la ciencia que cuenta y enumera los elementos de la riqueza de cada país.

Despues de haber enunciado los elementos que entran en la formacion de la historia, parécenos conveniente hacer alguna ligera indicacion, sobre el estado de esta ciencia en la actualidad.

La historia no es ya, como han querido suponer algunos, una narracion de hechos sin enlace ni relacion entre sí, sino una especie de drama cuyas partes y accidentes tienen una íntima relacion, cuyos actores son la humanidad, y cuyo autor es la Providencia. Así todo lo que sucede en la historia tiene su causa y su razon: los hechos históricos son el resultado de las leyes del mundo moral, así como los sucesos de un drama lo son del plan y del pensamiento del poeta. No entendemos por esto que la intervencion de la Providencia en los acontecimientos de la historia anule la libertad humana y la responsabilidad de los individuos: semejante doctrina es demasiado inmoral para que nosotros la profesemos. Pero la libertad y la responsabilidad humana, son ciertamente muy compatibles con una doctrina que no considera la necesidad de los sucesos históricos como una ciega fatalidad, que absuelve siempre á los individuos que en tales sucesos intervienen, sino como una consideracion que aumenta ó disminuye la responsabilidad del hombre por acontecimientos determinados, segun sea la influencia que hayan ejercido sobre su espíritu las ideas del tiempo, las costumbres, el clima y otras circunstancias. Tenemos por eminentemente moral y justa esta manera de apreciar los sucesos históricos; y los mismos que acusan de ceguera fatalista á la escuela que lleva este nombre, admiten como equitativo este método para apreciar en rigor de justicia los sucesos contemporáneos. ¿Por ventura no es un principio constante de jurisprudencia que las circunstancias personales de los delincuentes aumentan ó disminuyen su culpa, agravan ó aligeran su pena? Pues este principio aplicado á la historia es el mismo que hace estremecer á los filantrópicos adversarios del fatalismo.

Las ciencias históricas han hecho así grandes progresos en este último siglo. La historia era antes únicamente la cronologia de los príncipes que han reinado sobre las naciones, y la descripcion de las batallas que han asolado á los pueblos: cuidábanse poco los antiguos historiadores de examinar las leyes, la religion, las costumbres, el comercio, la industria de los pueblos cuyas hazañas referian. Hoy sucede todo lo contrario, pues al paso que se da mas importancia á este ramo esencial de la historia, ocúpanse menos páginas en describir las guerras y en referir las batallas, testimonio del poder de los príncipes ó de la heroicidad y la fama de sus generales. La historia es así una enseñanza útil en vez de un entretenimiento agradable, una leccion moral mas bien que un curioso pasatiempo.

CIENCIAS NATURALES.

Después de haber examinado la naturaleza moral del hombre sus relaciones en la sociedad y sus precedentes en la historia, la ciencia debe analizar la naturaleza física de la humanidad, la del cielo y la de la tierra. Resultan de aquí tres órdenes de ciencias, comprendidas bajo la denominación de naturales, unas que se refieren al cielo, otras que se ocupan de la tierra, y otras que estudian al hombre: esto es, la astronomía, la geología y la medicina.

¿Qué es el cielo? ¿Cómo son esos cuerpos opacos ó luminosos que encontramos en él? ¿Cuáles son sus dimensiones? ¿Cuáles sus movimientos? ¿Cuáles sus distancias respectivas? ¿Por qué leyes se rijen? La astronomía es la ciencia que resuelve estos graves problemas.

La tierra puede ser examinada en sí misma y con relación á los objetos que contiene. Deseamos saber lo que es la tierra, si es una masa ópaca, ó bien un cuerpo brillante y ardiente aunque frío en su superficie. Preciso es también averiguar qué revoluciones han ocurrido en este cuerpo: qué materias entran en la composición de él: qué orden guardan entre sí estas distintas materias: por qué unos volcanes lanzan ahora terribles llamas por sus inmensos cráteres cuando otros se han apagado y extinguido. No es menos importante de saber dónde nace el mar: cuáles son sus movimientos y de dónde provienen, de qué materia se compone la atmósfera: qué fenómenos pasan en ella, y qué leyes la gobiernan y la dirigen. La ciencia que se ocupa de estas importantes investigaciones y resuelve los problemas encerrados en ellas se llama geología en su más elevada acepción: pero comunmente ha solido darse este nombre á cierto número de hipótesis imaginadas sobre el origen de nuestro globo, sobre las revoluciones que lo han alterado, y sobre la masa solida de la tierra y de las rocas graníticas, profiliticas &c. que la componen. La ciencia del mar, la teoría de las mareas, y la historia de ese inmenso Océano y de sus invasiones sobre la tierra no tienen nombre conocido, pero deberian llamarse thalalogia. También es indispensable conocer esta masa fluida que se eleva sobre la tierra y que llamamos atmósfera, como igualmente la multitud de fenómenos que ocurren en ella. De aquí la atmosferologia y la meteorologia.

Los infinitos objetos que ocupan la tierra dan lugar á un número considerable de ciencias. Observamos primeramente que unos de esos seres que pueblan el globo, son inorgánicos y que otros

son organizados. Notamos entre los primeros tres clases de cuerpos: los minerales, los metales y las tierras. Deseamos saber de qué modo están compuestos estos cuerpos, cuáles son sus propiedades químicas ó físicas, cuáles son sus formas y cuáles sus usos. De aquí nace la mineralogia, ciencia que tiene relacion por una parte con la química y con la física, y por otra con los procedimientos industriales. La parte de esta ciencia que trata de las piedras, de las canteras y de los minerales, se llama orictognosia, y la que se ocupa de los cristales cristalografia.

Antiguamente se distinguian tres reinos en la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal; pero los naturalistas han alterado hoy esta division, sustituyéndola por la de cuerpos orgánicos é inorgánicos que ya hemos referido. Entre los cuerpos orgánicos hallamos que unos son vegetales y otros animales: la ciencia que trata de los primeros se llama botánica, y la que se ocupa de los segundos zoologia. Para conocer bien los cuerpos que son objeto de ambas ciencias necesitamos: 1.º clasificar los géneros, especies ó variedades así de los vegetales como de los animales: 2.º describir sus órganos y sus funciones. De este modo la clasificacion y descripcion de las plantas son objeto de una de las grandes secciones de la botánica que se llama fitografia; y como las especies de plantas que se conocen hoy suben de sesenta mil, la fitografia se subdivide en muchas ciencias parciales, como por ejemplo, la apotiledonia, la monocotiledomia, la dicotiledomia, y otras que espone y clasifica Jussieu. La parte de la botánica que analiza los órganos de los vegetales y sus funciones comprende la anatomía, la organografia y la fisiologia vegetales.

La zoologia es la ciencia del reino animal, ó como se decia otras veces, la historia de los animales. Distínguense en ella así como en la botánica dos grandes secciones: en la primera se describe las partes de los animales, ya como piezas aisladas y sin relacion, ó ya como porciones de un gran aparato destinado á ejecutar algunas de las funciones de la vida. De aquí la anatomía. Esta ciencia descubre á cada instante y en cada especie de animales hechos nuevos y órganos desconocidos: estos descubrimientos dan lugar á comparaciones entre las organizaciones de los diversos animales, y de aquí la anatomía comparada: ciencia nueva, que aunque imperfecta todavía, ha hecho en estos últimos años considerables progresos.

Conocidas las partes y los órganos del cuerpo, necesitamos conocer sus funciones y su destino: así despues de la anatomía viene la fisiologia. Esta ciencia examina las sensaciones, los instintos, las costumbres, el carácter de los animales y las diversas modificaciones que puede ejercer sobre ellos la educacion, los hábitos y

otras causas semejantes. Cada uno de los aparatos orgánicos da lugar á un ramo de la fisiología; mas el principal de estos ha sido siempre el cerebro, órgano del pensamiento. Los descubrimientos modernos han demostrado que este órgano no es uno como ántes se creía, pues que es preciso distinguir por lo menos el de la sensación, el de los movimientos automáticos y el de la voluntad. Es muy posible que queden aun otros muchos órganos por conocer. Gall pretendia haber determinado por las prominencias exteriores del cerebro los caractéres y los talentos de los hombres que se sometian á su inspeccion. Lavater se ha hecho célebre por su obra titulada *Arte de conocer á los hombres por su fisonomía*. Los que juzgan incontestable la verdad de esta ciencia suponen que el fisonomismo es una de las partes mas importantes de la fisiología.

Siendo las partes principales del cuerpo humano los huesos, los músculos, los nervios, los vasos y las entrañas, la anatomía se dividia otras veces en osteología, miología, neorología, angiología y esplancnología. Pero hoy se estudian por distinto método, el de los aparatos, estas diferentes partes del cuerpo humano. Así la anatomía conduce á la fisiología, la prepara y la invoca como su complemento esencial. Empieza pues dicha ciencia por el aparato de la locomocion, el cual se compone de huesos, músculos, ligamentos, tendones &c.; vienen luego la respiracion y la voz, la circulacion de la sangre, la nutricion, la sensación, la generacion, la preñez, el parto, la lactancia, y por último la descripcion del aparato dermoide ó de la piel de las glándulas lacrimales y de otras glándulas de menor importancia.

Como las razas de animales son tan numerosas, ha sido preciso clasificarlas para conocerlas. La ciencia que establece esta clasificacion y examina cada una de sus partes se llama zoología pura. Entre los animales unos tienen huesos, esqueleto, sólido y vértebras: otros por el contrario no tienen nada de esto, y de aquí la primera division de los animales en *vertebrados* y *no vertebrados*. Cada una de estas clases se subdivide luego en cierto número de órdenes. Cuatro órdenes comprende la clase de los vertebrados mamíferos, aves, pescados y reptiles: cinco órdenes abraza la de los no vertebrados moluscos, crustáceos, anélidos y zoolitas. La ciencia que trata de los mamíferos se llama mammalogía, la que se ocupa de las aves ornithología, la que trata de los pescados arthiología, y las que se ocupa de los reptiles herpetología. La malacología es la ciencia de los moluscos, y la entomología la ciencia de los insectos. El conocimiento de las otras familias de animales no tiene nombre aun.

Hasta ahora solo hemos hablado de los animales que pueblan la tierra en nuestros dias; pero debe saberse que se ha perdido un

gran número de razas, cuya existencia es sin embargo incontestable, pues la justifican los huesos y los fragmentos de esqueletos que han sido encontrados en las minas y en las canteras. Estos animales son conocidos con el nombre de fósiles. La ciencia que trata de ellos fué fundada en 1808 por Cuvier en su excelente tratado intitulado *investigaciones sobre los huesos fósiles*.

De dos modos puede hacerse el estudio de la zoología: ó viniendo de los animales mas simples á los mas compuestos, esto es, empezando por los zoofitas, y acabando por los mamíferos, ó comenzando por los mas compuestos y terminando por los mas simples. Al comparar así unos animales con otros se observan en unas clases ciertos aparatos y órganos que faltan en otras: de este modo formamos una escala de séres en cuya parte inferior estan colocados los mas simples, y en la superior los mas complicados. Pero se nota tambien que un gran número de séres estan casi en el mismo grado de composicion, ocupando al parecer pequeñas escalas colaterales del lado de la principal. Así los animales mas simples ó inferiores se aproximan á las plantas, pues no tienen mas sentido que el tacto, y aun este está reducido á una especie de estremecimiento ó de contraccion que sufren cuando reciben alguna lesion, al paso que los animales superiores tienen cinco sentidos y mas desarrolladas las facultades intelectuales, mientras mas alto es el lugar que ocupan en la escala. Al frente de estos animales está colocado el hombre. Por eso hemos considerado su estudio como parte de la zoología, ó mas bien de la mammalogia. Esta ciencia, que ha sido la mas cultivada, se llama anatomía.

La anatomía es la base de todos los estudios médicos cuyo conjunto forma una ciencia natural mista que colocamos despues de las ciencias naturales simples, la mineralogia, la zoología y la botánica. Las ciencias médicas comprenden: primero, la anatomía, que enseña á conocer el cuerpo sano: segundo, la patologia, que examina el cuerpo enfermo, y por consiguiente las causas, los efectos, la marcha, y las fases de las alteraciones que sobrevienen á la máquina animal: tercero, la nosologia ó clasificacion de estas alteraciones, que se llaman enfermedades: cuarto, la materia médica, que examina los cuerpos simples ó compuestos, naturales ó artificiales que pueden curar las dolencias: quinto, la terapéutica, que enseña á conocer á qué enfermedades ó grados de enfermedad conviene aplicar cada clase de remedios: sexto, la cirujía, ó el estudio de las operaciones manuales que es preciso practicar sobre el cuerpo humano para volverle la salud: séptimo, la higiene, que enseña á prevenir las enfermedades por cierto régimen de vida, de costumbres, ó de alimentos.

Esta larga série de ciencias pueden ser reducidas sin embargo á una clasificacion de tres partes: la primera, que tiene por objeto el cuerpo sano, ó la anatomia y la fisiologia: la segunda, que se refiere al cuerpo enfermo, ó la patologia y la nosologia: y la tercera, que enseña los medios de conservar la salud, cuyos medios si tienen por objeto prevenir las enfermedades constituyen la higiene; y si se proponen restituir la salud perdida, forman la ciencia que deberia llamarse iatrológia. Esta ciencia si obra mecánicamente sobre el cuerpo se llama cirujía, y si opera químicamente, toma el nombre de medicina. La medicina comprende la materia médica y la terapéutica.

Apréndese la anatomía por la diseccion, y la cirujía por la práctica. El profesor que esplica las alteraciones morbificas y prescribe los remedios, y las operaciones que pueden curarlas haciéndolas aplicar por sus discípulos, enseña un curso que se llama de clínica.

Mas el hombre no es el único animal sujeto á las enfermedades que todo ser orgánico; hasta las mismas plantas las padecen. Aunque casi todos los animales tienen el instinto de curarse á sí mismos, la necesidad que el hombre tiene de muchos de ellos le ha obligado á estudiarlos, y á indagar los medios propios de conservarles ó restituirles la salud; de aquí la veterinaria, que es la medicina y la cirujía aplicables á los animales.

V.
CIENCIAS FISICO-MATEMATICAS.

Conocidos los fenómenos de la naturaleza, obsérvase en ellos cierta regularidad, cierto orden que suponen la accion de ciertas leyes. El conocimiento de estas leyes que rigen la materia es el objeto de las ciencias fisico-matemáticas. En la escala de estos conocimientos las matemáticas puras ocupan el primer lugar, porque son las que establecen los principios en virtud de los cuales podemos elevarnos al conocimiento de aquellas leyes.

Háse dicho en estos últimos tiempos que las ideas matemáticas no tenían una realidad en el mundo: que estas ciencias creadas arbitrariamente por el espíritu habíanse mantenido luego por la convencion: que los números, por ejemplo, no existían en la naturaleza. Mas este errado concepto no puede pasar sin refutacion. Las ideas matemáticas tienen tanta realidad en la naturaleza como las de todas las propiedades por las cuales se diferencian los cuerpos. ¿Cuáles son por ventura las ideas en que están fundadas las matemáticas? La de cantidad y la de estension. ¿Y la cantidad

no es una cualidad de los objetos tan real como la estension, la impenetrabilidad y otras? Lo uno y lo múltiplo existen en la naturaleza, puesto que son diferencias de que nos servimos para conocer. Si existe lo uno y lo múltiplo existen tambien todas las graduaciones posibles entre uno y otro término, y por consiguiente existe la cantidad que es una de las bases fundamentales de las matemáticas. No diremos por eso que la imaginacion suponga en estas creencias ideas sin realidad, por ejemplo, el punto matemático; pero de aquí no se sigue que dejen de tenerla aquellos conocimientos sobre los cuales está basada toda la ciencia del cálculo. La imaginacion ha hecho pues en las matemáticas lo mismo que en todas las otras ciencias, es decir, ha observado los hechos, descubierto sus relaciones, y deducido su teoría y su ley. Los hechos en las matemáticas son la cantidad, y los grados de la cantidad, la estension y las formas de la estension: de las infinitas relaciones que tienen entre sí las cantidades y las formas estensas han deducido los matemáticos las reglas de la aritmética, las fórmulas del álgebra, y los resultados de la geometría. ¿La inteligencia ha procedido de otro modo por ventura al estudiar los cuerpos terrestres, ó al descubrir las leyes del sistema planetario? ¿El círculo ó el cuadrado no existen como cualidades de los cuerpos en la naturaleza del mismo modo que el tres ó el uno?

Divídense las matemáticas en elementales y trascendentales. En las primeras están comprendidas la aritmética, el álgebra, la geometría y la trigonometría, segun la opinion de algunos: á las segundas pertenecen la geometría descriptiva, el análisis y el cálculo diferencial é integral.

Estos conocimientos combinados con el de los cuerpos de que hablamos anteriormente, han dado lugar á las ciencias fisico-matemáticas, ó al estudio de las leyes por las cuales se rigen los fenómenos de la naturaleza. La ciencia que ha considerado estas leyes como propiedades generales de los cuerpos ó como agentes que producen los fenómenos, ha sido llamada física: la que ha examinado las reglas que guardan los cuerpos en su composicion y descomposicion, ha sido nombrada química.

La estension y la impenetrabilidad, son las únicas propiedades esenciales y generales de los cuerpos, de donde se derivan todas las otras. La movilidad supone fuerza motriz; la pesadez supone presion, y así por el estudio de las propiedades de los cuerpos, llegamos al de las fuerzas que se llama mecánica. Divídese esta ciencia en mecánica propia que trata de las fuerzas en general, ó de los cuerpos sólidos, y en hidrostática que se ocupa de los líquidos. De dos modos pueden ser consideradas las fuerzas: en reposo ó equilibrio, y en movimiento ó sin equilibrio: de aquí

resultan dos ciencias: la estática y la dinámica, las cuales cuando tratan de los líquidos toman el nombre de hidrostática é hidrodinámica. Los movimientos de los planetas en el espacio, dependen de la pesadez y de la presión: de aquí una mecánica celeste, cuyos fundamentos echó Newton descubriendo la gravitación universal y que ha sido completada por Laplace á fines del último siglo.

Los grandes agentes de los fenómenos naturales son ponderables ó imponderables. Pertenecen á los primeros el aire y el agua: el aire considerado como vehículo de los sonidos da lugar á la ciencia llamada acústica, y el agua considerada como principio del vapor, ha dado origen á la teoría de los vapores.—Los agentes imponderables son el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo. La ciencia de la luz se llama óptica. La óptica se divide en dióptrica y catóptrica, que tratan la una del modo de acercar ó separar los objetos por medio de los cristales, y la otra de los medios de reproducirlos con ayuda de los espejos. Las ciencias de la electricidad y el magnetismo no tienen aun nombre conocido.

Pero los cuerpos son simples, cuando todas sus partes tienen las mismas propiedades que el todo, y compuestos cuando cada una de estas partes tiene propiedades diversas. Es objeto de la química conocer los cuerpos simples y sus afinidades, los compuestos que con ellos se forman, ora en la naturaleza, ora en los talleres y en los laboratorios; las afinidades que estos compuestos tienen entre sí y con los cuerpos simples, las proporciones en que entran estos cuerpos en la composición, y el uso á que pueden ser destinados. Y como la ciencia á que nos referimos examina todos los cuerpos de la naturaleza, es preciso dividirla en química, inorgánica ó mineral y aeriforme, y en química orgánica que se subdivide en vegetal y animal.

VI.

Ciencias de aplicación.

Estas ciencias que se llaman tambien tecnológicas comprenden todas las artes útiles en que se desenvuelve la actividad material del hombre. Estas artes tienen por objeto la explotación, la transformación, y la traslación ó distribución de los productos de la naturaleza, ó bien la defensa del hombre, de las naciones y de los pueblos. De aquí las artes de explotación, de transformación, de traslación de los productos, y el arte de la guerra. Este último es un arte misto que participa de los caracteres de los ofi-

cios mecánicos, y del de las altas concepciones científicas (1). La primera comprende la agricultura, y la orictotecnia (arte de esplotar las canteras, las minas &c.) la segunda se llama industria, y en un sentido mas limitado tecnologia: la tercera es el comercio.

Artes de esplotacion.

La esplotacion puede ser mineral, vegetal y animal. La esplotacion mineralógica comprende: primero, las canteras de yeso, arcilla, petona, kaolin, y otras tierras que se usan en las artes industriales; segundo, las canteras de piedra, de cal, de greda, marmol y alabastro: tercero, las hornagueras: cuarto, las minas de carbon de piedra, las de metales como hierro, cobre, zinc, plomo, estaño, plata, oro &c., y las minas de piedras preciosas: quinto, las minas de sal gema, las salinas donde se confecciona la sal marina y otras sales.

La esplotacion vegetal comprende tres clases de trabajo: primero, la agricultura propiamente dicha ó cultivo del campo: segundo, la horticultura ó cultivo de los jardines: tercero el cultivo de los montes y plantíos.

La agricultura propia de nuestros climas comprende los cereales (ó granos y legumbres harinosas) las praderas, las viñas y las plantas tintoriales, y las oleosas que producen aceite.

El cultivo de los montes y plantíos se presta tambien á numerosas divisiones; la madera de construccion civil, la de construccion naval, los productos de los árboles, como resina, goma, corcho, &c., todo es objeto de artes especiales. Debe distinguirse tambien la madera de los árboles tropicales, cuya aclimatacion sería entre nosotros muy útil, y no tan difícil como algunos creen. A todos estos ramos de esplotacion vegetal, se agrega la recoleccion del sargazo y la de la criadilla de tierra, tan sujeta á peligros y variaciones.

La esplotacion de los animales consiste: 1.º en criarlos: 2.º en aprehenderlos. De aquí la higiene animal, la caza y la pesca.

(1) Hemos aceptado esta division, porque nos parece la menos imperfecta de todas y de ningun modo porque la creamos acabada. No es posible establecer en este punto como en otros, una clasificacion que no tenga nada de forzado ni de arbitrario.

Artes de transformacion.

Cuando un producto sale del taller del fabricante, ha pasado ya por infinitas manos que han cooperado á su transformacion, y los trabajadores que han contribuido á perfeccionarlo, forman uno ó muchos cuerpos de oficio. Pero esta materia no pasa solamente por muchas manos, si no por muchos y diversos talleres, de donde resulta que es casi imposible clasificar las artes segun la naturaleza de las materias que transforman, y casi imposible tambien el clasificarlas segun el uso para que sirven. La verdadera clave de sus divisiones deberá ser pues, la naturaleza de las operaciones que se ejecutan sobre los productos de la naturaleza. Diferenciamos las artes, pues, en químicas y mecánicas. Las artes químicas se refieren á seis operaciones principales: la maceracion y la ebullicion, la fermentacion, la destilacion, la fundicion, la tintura y los procedimientos de las artes mistas.

A las ebulliciones pertenecen el arte de elaborar las sales, el alumbre, el vitriolo, el salitre, el azúcar, la sosa y otras sustancias colorantes, la fundicion de la cera, la preparacion de los aceites &c. A la clase de las fermentaciones corresponden el arte de sacar el vino y todas las bebidas que se obtienen por el mismo medio. En las destilaciones se comprende el arte de extraer el espíritu de vino y todas las sublimaciones, volatilizaciones, esencias, aceites volátiles &c. A la fundicion pertenecen las artes de fundir las tierras y los metales. La tintura da lugar á un número considerable de industrias, que pueden reducirse á dos clases; las que tienen por objeto la coloracion y las que enseñan los medios de descolorar los productos.—Entre las artes químicas mistas debemos citar como una de las principales la del curtido y todo lo que es anejo á ella.

Distínguense en las artes mecánicas, siete operaciones principales que dan origen á un número igual de industrias: tales son: 1.º la trituracion: 2.º la operacion de aserrar: 3.º la de batir: 4.º el dibujo y pintura: 5.º el tejido: 6.º las artes de edificar: 7.º las artes de embutir.

Artes de traslacion y distribucion.

La traslacion da á los productos un valor nuevo, pero es necesario que se haga previo el conocimiento de las necesidades y de todas las circunstancias que aumentan ó disminuyen el precio de las cosas. Así pues todas las artes que tienen por objeto verifi-

car esta traslacion, de la manera mas adecuada á fin de dar á los productos el mayor valor posible, son las artes mercantiles.

Arte de la guerra.

Colocamos este arte entre las mistas, porque como dijimos arriba participa de los caractéres de las demas. Los elementos de este arte se dividen en materiales y personales: los primeros comprenden la fortificacion y la construccion de armas, y los segundos la artillería, la estrategia y la táctica.

VII.

CIENCIAS LITERARIAS Y DE IMAGINACION.

En las ciencias que llevamos enumeradas hasta ahora tres ideas fundamentales aparecen como norte de ellas. La verdad es el fin de las ciencias filosóficas, de las ciencias históricas y aun de aquella parte de las naturales que tiene por objeto el conocimiento de la naturaleza física. El primer ramo de las ciencias sociales, tienden, segun dijimos en su lugar, á la realizacion de la justicia: y el segundo ramo de las mismas ciencias, como igualmente algunas de las naturales y todas las de aplicacion, tienen por objeto la utilidad, el engrandecimiento de los intereses materiales. Pero otras ciencias hay que no se fundan sobre ninguna de dichas ideas, y que sin embargo tienen la realidad y los caractéres de la verdadera ciencia: tales son las ciencias literarias y de imaginacion, cuya realidad aunque de distinta especie de la de las otras que hemos nombrado, no por eso deja de serlo. La realidad de estas ciencias consiste en la de las ideas que las dan nacimiento, es decir, en la realidad de la belleza y de lo sublime: ideas necesarias y esenciales á las artes y á la literatura. Diferénciase pues la realidad de esta ciencia de la de las otras de que hemos hablado, en que la verdad de los pensamientos y de los juicios consiste en su conformidad, ó mas bien en su identidad con las existencias, al paso que la verdad de una obra literaria ó de arte consiste en la armonía de sus partes con el todo, ó en la relacion íntima de todos sus pormenores con la idea de que es expresion.

Al racionar cierta escuela de filósofos sobre las ciencias de imaginacion, han concluido que no merecen estas ciencias el nombre de tales por suponerlas fundadas en ideas de convencion cuya verdad no solamente es variable en cada siglo, sino en cada pueblo y hasta en cada hombre. La belleza han dicho es la generalizacion de la sensacion, y como la sensacion es contingente, va-

riable, caprichosa, desigual: la belleza no puede tener nada de necesario, nada de eterno, nada de constante. Son bellas las cosas agradables; las ciencias de imaginacion, pues, son artes puramente de recreo, que no tienen mas realidad que la de los placeres de los sentidos.

Pero discurren falsamente los filósofos, que consideran de este modo material las artes de imaginacion. Lo bello no es bello porque agrada, al contrario, agrada porque es bello. Los objetos que tienen atractivos, gracia, interés, agradan tambien, y sin embargo no merecen la calificacion de bellos. El sentimiento de la belleza se diferencia de la sensacion agradable en que esta es relativa solamente al sugeto que la experimenta, al paso que el otro tiene una verdad real y objetiva. Así el sentimiento de la belleza es al mismo tiempo una sensacion y una intuicion: como sensacion tiene relacion con nosotros: como intuicion tiene relacion con ciertas cualidades de los objetos. Hé aquí por qué la belleza tiene como la justicia, un carácter universal y algo de absoluto, por mas que sea tambien relativa bajo ciertas consideraciones. La belleza de los objetos consiste en la variedad de sus pormenores y en la unidad de su conjunto. La variedad satisface las necesidades de la imaginacion: la unidad es necesaria para que el entendimiento pueda aprobar una obra del arte. Pocos objetos han sido tenidos por bellos en todos los tiempos y en todos los lugares; mas los que con tal carácter han sido considerados, han tenido siempre respecto á sus admiradores, los signos característicos de la belleza, la unidad y la variedad. Y segun que en estos pueblos ó en estos hombres ha predominado la imaginacion, ó el juicio, así han sido juzgados bellos los objetos en que sobresalian los caracteres de variedad ó de unidad. En la literatura de los primeros habrá mas genio que gusto, en la de los segundos mas gusto que genio. Pero á ninguna literatura han faltado estos dos elementos de la belleza, porque á ningun pueblo ni á ningun hombre puede faltar esta idea. Hé aquí por qué en las ciencias de imaginacion no es todo caprichoso y variable: hé aquí por qué no son esas ciencias meras artes de pasatiempo y de recreo.

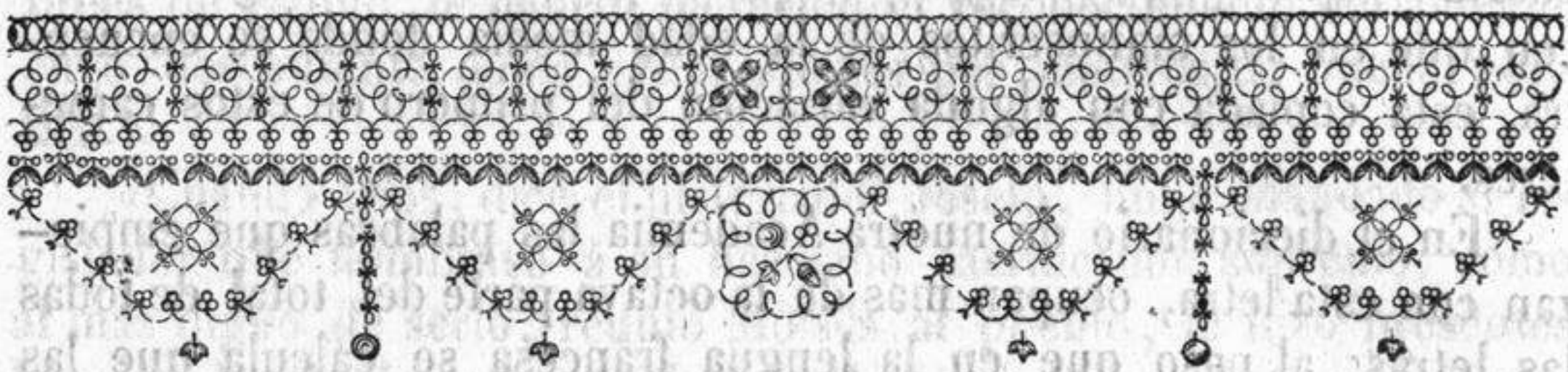
Todos los objetos que son la prueba, el signo ó la imágen de un poder grande, enérgico, cuyos límites no percibimos, inspiran el sentimiento de lo sublime. Esta idea que bajo sus infinitas formas inspira así como la belleza muchas obras del arte tiene una realidad incontestada.

Las ciencias de imaginacion tienen por objeto realizar estas dos clases de ideas. La ciencia que enseña el modo mas adecuado de conseguirlo se llama *Estética*. — La belleza y lo sublime pueden consistir en el pensamiento y en la forma del pensamien-

to que son las dos partes esenciales de toda obra del arte. De varios modos podemos espresar y hacer sentir un pensamiento bello ó sublime, ó sirviéndonos de la palabra, y de aquí la literatura, ó empleando otros medios que hablan á diferentes sentidos, y de aquí la música, la pintura, la arquitectura &c.

Tal es la division y clasificacion de los conocimientos que va á servirnos como de punto de partida en la obra que emprendemos. No nos hemos propuesto comprender en esta division toda la generacion y el enlace de las ideas capitales de cada órden de conocimientos, porque como ya hemos dicho, semejante empeño sería escusado, atendidos los principios ecléticos que dominan hoy en todos los ramos del saber, sino referir simplemente su division y su nomenclatura, apuntando con harta brevedad algunas de las cuestiones fundamentales que ponen en duda la existencia, el carácter y la importancia de ciertas ciencias. Para ello hemos tenido presentes las últimas clasificaciones adoptadas en cada ramo de los conocimientos, de cuya esposicion nos vamos á ocupar. Mas estas clasificaciones consideradas aisladamente no son del todo arbitrarias, porque ó se fundan en el estudio de algunos de esos hechos que han cambiado recientemente la faz de muchas ciencias y de muchas artes, ó proceden de la aplicacion de un método eclético y filosófico.

La Enciclopedia, pues, no solamente tendrá unidad entre todas sus partes, esa unidad que proviene del método eclético, sino que será completa, es decir, no olvidará ningun ramo del saber humano por mas que no atribuya á todos ellos una importancia igual. Pero aun no habriamos llenado todas las condiciones de una obra de esta clase, si en la que escribimos no consignásemos los últimos descubrimientos de cada ciencia y de cada arte. No sería la Enciclopedia el monumento de una civilizacion sino tuviesen cabida en sus páginas cuantos hechos, cuantas observaciones, cuantos adelantos son fruto y resultado de la misma.



AA

A «primera letra del abecedario, dice el **Diccionario de la lengua castellana** por la Academia española, y la de sonido más lleno entre las vocales: se pronuncia abriendo la boca, estando la lengua, labios y dientes quedos y dejando salir libre la pronunciación sonora. Es también la primera de las siete letras llamadas dominicales que sirven para señalar los días de la semana según el cálculo cronológico. Sirve para la composición de muchos verbos y otras partes de la oración que se forman de sustantivos y adjetivos, como de blando **ABLANDAR**, de brazo **ABRAZO** y **ABRAZAR**. Se añadia al principio de muchas voces como **ABAJAR**, **AMATAR**, pero el uso moderno la omite como del todo inútil. Da principio á muchas frases ó modos de hablar que llamamos adverbiales como *A sabiendas*, *A brazo partido*.» Como preposición se usa en diferentes sentidos. Significa el lugar donde sucede ó ha sucedido una cosa. *A la puerta de casa*. Denota la distancia que hay de un lugar ó término á otro, v. g. *De Madrid A Cádiz*, &c. &c.

Los caracteres de que se usa en Europa tanto para la escritura corriente como para la monumental están tomados, de los antiguos alfabetos griego y romano. Cinco especies de A correspondian á estos alfabetos: de la primera proviene nuestra A mayúscula. Nuestra *a* itálica ó cursiva proviene de la tercera; y de la

cuarta y quinta nuestra a de imprenta, aun cuando algunos dicen que en los manuscritos de la edad media donde se encuentra, está copiada con alguna variacion del primero de estos caracteres.

En el diccionario de nuestra Academia las palabras que empiezan con esta letra, ocupan mas de la octava parte del total de todas las letras: al paso que en la lengua francesa se cálcula que las palabras que empiezan con A forman la duodécima parte de todas las del idioma, y aun se asegura que en la misma proporcion se encuentran en la mayor parte de los demas idiomas. Mas que en los idiomas europeos, sin escluir el Español ni el Italiano se usa á lo que parece en el idioma sanscrito; y con tanta frecuencia que en lugar de señalar su presencia, se le supone siempre colocada en seguida de toda consonante, á menos de encontrar cierta señal que indica su falta. Para dar á conocer el efecto del uso repetido de esta letra, citan cierto pasaje del Vedda los que entienden aquel idioma. Pero es mucho mas frecuente citar el siguiente verso de Virgilio.

Mollia luteola pingit vaccinia caltha.

AALBORG, condado de Dinamarca donde hay tambien una ciudad de este nombre (véase el artículo Dinamarca.)

AAR, rio de Suiza notable por llevar en sus aguas polvos de oro que recojen los habitantes de sus orillas. De todos los rios de aquel pais solo el Rhin y el Ródano le esceden en importancia. Antes de desembocar en el Rhin atraviesa por el valle Oberhalli; y empieza á ser navegable desde los lagos Briens y Huin. Pasa por Thun, Berna, Aarberg, Buren, Soleura, Arau y Brugg. Su nacimiento está en las fuentes de las montañas Grimsell y Schveckhora. Está atravesado por veinte y nueve puentes y recorre en su curso el espacio de 48 leguas.

AARON, hermano mayor de Moisés, era gran sacerdote del pueblo hebreo. Aunque escogido para desempeñar este cargo por su propio hermano influyeron al parecer en tal nombramiento mas bien que motivos de parentesco razones de conveniencia pública: Aaron, dice el autor (1) de uno de los mejores libros que se han publicado en nuestro tiempo acerca de la historia del pueblo de Dios, «era sin duda el hombre mas digno por su talento y elocuencia de desempeñar las funciones de gran pontífice. Los eminentes servicios que habia prestado en la salida de los he-

(1.) Mr. Salvador en su historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo. Sin embargo de los justos elogios que hemos tributado á la erudicion de su autor, este libro debe ser leído con cierta prevencion por las impías doctrinas que contiene. M. Salvador profesa la religion judaica.

breos de Egipto le habian merecido el reconocimiento del pueblo, cuyo descontento debia evitar Moisés por motivos de buena política.»

«Cuando Dios, dice el historiador Josefo, hubo mandado al legislador que nombrase á su hermano sacrificador supremo, como al mas digno de serlo, reunió Moisés al pueblo, le hizo presentes las virtudes de Aaron, su celo por el bien público que tantas veces le habia movido á aventurar su vida, y todos aprobaron esta eleccion con el mas vivo regocijo.» (1)

Y aun se pueden añadir á estas citas otras muchas razones que del mismo modo persuaden lo que hemos dicho, puesto que dió Moises grandes pruebas en su vida de prescindir de semejantes afectos. Asi es que sus hijos quedaron confundidos sin distincion alguna entre la multitud de los levitas. Antes de morir este legislador nombró por sucesor suyo á quien ni era miembro de su familia ni de su tribu, y en vida solo fué gefe del pueblo judío pudiendo haber sido su rey, y aun ser incensado como un Dios.

Carecia Moisés (cuya pronunciacion era torpe segun se infiere de los libros sagrados) de una dote cuya falta haciendo imposible toda elocuencia, le impedia de ser escuchado y obedecido por la multitud. Por eso Aaron que le aventajaba en el uso de la palabra, marchaba constantemente á su lado y le servia de intérprete cuando habia de dirigirse á su propio pueblo ó á Faraon.

Era, por lo demas, débil y tímido el carácter de Aaron, como lo demuestra la prontitud con que accedió á los deseos y exigencias del pueblo que le pedia ídolos visibles á semejanza de los de Egipto, mientras estaba retirado Moisés en el monte Sináí. Mandó entonces el gran pontífice que se construyese un becerro de oro, ante el cual el pueblo de Dios ofreciese sus sacrificios. Grande fué la cólera de Moisés á su vuelta de Sináí : las razones de que se valió Aaron para conjurar su ira, bastan por sí solas para darnos completa idea asi de la sencillez de los tiempos como de la falta de energía del carácter de aquel gran sacerdote. «No os entregueis de ese modo á la cólera, dado que ya conoceis á este pueblo, y no sabeis cual es su inclinacion hácia el mal. Me dijeron «dadnos Dioses que marchen delante de nosotros, pues no sabemos que ha sido de Moisés, despues que nos sacó de Egipto. Y yo les dije: ¿quién de vosotros tiene oro? Trajéronme oro y me lo entregaron, yo lo arrojé al fuego, y del fuego ha salido este becerro.»

Aaron de la misma suerte que los demas profetas hebreos, pudo escuchar alguna vez la voz de Dios en sueños ó apariciones. Pero como él y su hermana María hubiesen llegado á persuadirse de

(1) Josefo antig. Judaic.

que Dios les habia hablado de la misma manera que á Moisés, el Señor les dirigió las siguientes palabras á la entrada del tabernáculo. «Escuchad mis palabras: si entre vosotros se encuentra algun profeta de Dios, yo me apareceré á él en vision ó le hablaré en sueños; pero no asi á Moisés que es el fiel servidor de mi casa: le hablaré de la boca á la boca: él vé al Señor claramente y no por enigmas y figuras.» Para esplicar estas visiones de los profetas, y su diferencia de las revelaciones directas que fueron el privilegio de Moisés, hacen algunos escritores modernos ciertas esplicaciones que la razon iluminada por la fé cristiana no puede considerar admisibles. Segun estos escritores, á la manera que en nuestros dias se atribuye un superior talento al hombre que se distingue de la generalidad, [asi decian los] hebreos de aquellos de sus contemporáneos dotados de superiores facultades, de razon, de imaginacion, de virtud y de genio, que estaban inspirados por el *espíritu de Dios* ó sea el espíritu ó talento por excelencia. Porque en efecto una de las maneras de espresar gramaticalmente el superlativo en su lengua, consiste en añadir al sustantivo el nombre de Dios: diciendo por ejemplo, los árboles de Dios, para espresar árboles corpulentos: ó la espada del Eterno para significar una espada terrible. Sirveles de fundamento á los espresados autores entre otras cosas, el siguiente testo de Maimonides. «Cuando un hombre está penetrado de la suprema influencia se siente inclinado á alguna accion grande y heróica, á libertar al pueblo ó siquiera á un solo individuo de la tiranía de los malos, ó bien á ser el bienhechor de un cierto número de hombres: llamamos á este don *el espíritu de Dios*: y del hombre que lo ha obtenido decimos que está revestido de este espíritu, que este espíritu reposa sobre él, que está con él, y otras cosas del mismo género: tales son los jueces de Israel, á propósito de los cuales se espresan nuestros libros en los términos siguientes. «Entonces el Eterno dió jueces á los hebreos y estuvo con estos jueces para libertarlos.»

Añaden que entre las diferentes facultades de los que estaban animados por el espíritu divino habia una que abrazaba á todas las demas y se significaba por un vocablo hebreo semejante á *vision*, y que nuestra palabra prevision la espresa imperfectamente, porque el profeta no solo preveia el porvenir sino que veia el estado actual de las cosas y repetia en voz alta su pensamiento. «Sois un pueblo que no observa la ley, esclama Isaías, pues habeis dicho á los profetas no *veais*, no *veais* lo que es recto y *justo*: decidnos cosas agradables: decidnos cosas que aun cuando no fuesen ciertas puedan lisongearnos.» Segun esta opinion todo hombre de ánimo elevado y de carácter bastante firme para defender el derecho público y la ley, podia en Israel decir «soy profeta» y *orador*

popular, defensor de los públicos intereses, hablar y predicar sin que nadie pudiera impedirselo. Tal es el carácter humano de los profetas segun los modernos escritores á que nos referimos: nosotros aceptamos solo en una parte su esplicacion: en cuanto aclara las funciones políticas de los profetas, pero de modo alguno en cuanto contradice el sentido tradicional y religioso de la palabra, como mas estensamente esplicaremos en los artículos *profeta*, *profecia* etc. etc. etc.

Castigó Dios la presuncion del supremo sacerdote y de su hermana María, afligiendo á esta última con la lepra, mas cediendo luego á la intercesion de Moisés permitió que se viese libre María de tan terrible plaga sin sufrir mas castigo que el de ser desterrada del campo por espacio de siete dias. De la relacion que el libro de los números hace, se infiere que como se hubiese casado Moisés con una muger de raza etiope, le causó gravísimo disgusto el desprecio que le manifestaban asi Aaron como María.

Al hablar de Moisés tendremos ocasion de referir otros sucesos de la vida de aquel pontífice. Baste para dar completa idea de su carácter recordar á nuestros lectores la muerte de sus dos hijos Nadab y Aviron, los cuales como hubiesen dejado de observar la ley en la manera de ofrecer el incienso, dispuso Dios que quedasen muertos en el seno del tabernáculo: ejemplo de la estricta fidelidad con que los preceptos divinos anunciados por Moisés habian de ser cumplidos. «El Señor me ha dicho: yo debo ser santificado por los que se me acercan, y glorificado ante mi pueblo.» dijo Moisés á Aaron, con cuyas palabras impuso silencio á la afliccion de aquel padre próximo á lamentarse de la divina justicia. Mandó ademas que el cadáver fuese arrojado del campo y quedase sin sepultura, consintiendo en que el padre y los hermanos de las víctimas dejasen de hacer un festin con sus restos, en fuerza de las súplicas de Aaron, llenas, segun los libros sagrados, de resignacion y de dulzura.

No permitió Dios que Aaron ni Moisés llegasen á ver la tierra prometida, de cuya manera castigó la incredulidad con que oyeron las palabras divinas al ofrecerles que les proporcionaria milagrosamente en el desierto cuanta agua necesitaran. La muerte de Aaron se refiere de una manera misteriosa. Negáronse los Edomitas á que el pueblo de Dios atravesase libremente por medio de sus tierras, por cuyo motivo hubieron los hebreos de dar un largo rodeo al redor del pais de Edom para continuar su camino hácia Canaam. Entonces en las cercanías de la montaña de Hor anunció el Señor á Moisés que era llegado el tiempo de que su hermano muriese. Subieron ambos á aquella altura en compañía del hijo de Aaron Eleazar, el cual, muerto su padre, fué adornado con los vestidos sa-

cerdotales por el gefe del pueblo hebreo, quien llevó por treinta dias los duelos de su profeta. Murió Aaron segun la cronologia judía en el siglo XV antes de Jesucristo.

De los cuatro hijos de Aaron murieron los dos mayores sin descendencia.

ABA

ABACERIA. *El puesto ó tienda pública donde se vende aceite vinagre, pescado y legumbres secas.* D. Fernando y doña Isabel en pragmática de 4 de diciembre de 1492, y D. Carlos y doña Juana, en 1532 (ley 1, tít. 21, lib. 6, Novis. Recop.) abolieron el monopolio que en este ramo hacian algunas personas, las cuales consentian tan solo el derecho de establecer abacerías, á quienes lo tomaban en [arriendo.

Mas no se crea que con esto quedó establecida y firme en España la libertad de tan útil tráfico. Antes por el contrario hubo de levantarse contra esta reforma no solo la voz de los interesados en el monopolio, sino la preocupacion de otros muchos á quienes parecian de mas bulto que los inconvenientes del antiguo privilegio, los de esta nueva libertad de ejercer un tráfico del cual depende en gran manera la subsistencia pública. Asi fué que lo colocaron los ayuntamientos de los pueblos bajo su inmediata tutela, administrándolos en unas ocasiones por cuenta de los fondos municipales, y en otras entregándolos á merced de asentistas que hicieron de él un monopolio tan pernicioso como el mismo que trató de evitar la pragmática de los reyes católicos. Produjo en esta ocasion los males que siempre acostumbra traer consigo semejante sistema, tan pernicioso para los fondos públicos, por cuya cuenta se administraban las abacerías, como para los particulares que se veian obligados á abastecerse por subidos precios de géneros de ínfima calidad y desapareciendo la concurrencia bajo el influjo de los nuevos privilegios. Posteriormente han ido las leyes debilitando el peso de estas restricciones, si bien aun en el dia, no son de libre comercio ciertos artículos de necesario consumo. La real orden de 26 de diciembre de 1818 dejó sometida al antiguo sistema, tan solo la venta por menor de los cinco artículos, á saber; vino, vinagre, aguardiente, aceite y carbon, declarando venta por menor *la que no llegára á media arroba de peso castellano,* y por mayor *la que escediese de este peso siempre que fuese individual* dejando en libertad á los pueblos de establecer ó no los estancos. La misma orden dis-

puso que se sacasen dichos artículos á pública subasta y se aplicase su producto al pago de la masa de contribuciones correspondientes á cada localidad, sin que pudiese distraerse para distinto objeto. Así quedó al arbitrio de los ayuntamientos la subsistencia de las restricciones, siendo de notar que con el nuevo sistema quedaba gravada la clase menos acomodada de la sociedad, la cual dedica todos sus recursos á la adquisicion de los objetos monopolizados, mientras que las personas mas ricas é influyentes tenían interes en elevar la cuota de los arriendos, de cuyo modo lograban disminuir, como se ha dicho con sumo acierto, el reparto del suplemento que habia de hacerse para igualar la suma del impuesto. Por la comparacion de los pueblos donde permanció restringido el tráfico de las abacerías, con otros que le dejaron libre, fué fácil venir en conocimiento de los males y abusos que traia consigo el antiguo sistema, y el decreto de 20 de enero de 1834 dispuso:

1.º Que sean libres en todos los pueblos del reino el tráfico, comercio y venta de los objetos de comer, beber y arder, pagando los traficantes en ellos los derechos reales y municipales á que respectivamente estén sujetos.— 2.º Que en consecuencia ninguno de dichos artículos de abastos, escepto el pan, estará sujeto á postura tasa ó arancel de ninguna especie cualquiera que sea la disposicion, cédula ó privilegio, en cuya virtud se les haya sujetado á esta formalidad.— 3.º Que la exencion de trabas de que habla el artículo anterior, no coarte ni restrinja el ejercicio de la autoridad municipal en la parte relativa á la verificacion de pesos y medidas y á la salubridad de los alimentos en puestos al pormenor.— 4.º que en los pueblos donde existen hoy contratos pendientes con abastecedores de cualquiera de dichos ramos se aguarde para llevar á efecto esta ley á que concluya el tiempo de la contrata si antes no se encontrase medio de transigir de acuerdo recíproco sobre las condiciones ó plazos estipulados.— 5.º Que en los pueblos donde se paguen las contribuciones ó se cubran otras necesidades locales con el producto de los puestos públicos, ó sea del estanco de algunos artículos de abastos, no se hará novedad por ahora; pero deberán concertarse desde luego los ministros de fomento y de hacienda para que no se prolongue el funesto sistema de estanco y que se obtengan por medios que ocasionen menos perjuicios los productos que por aquel se obtuvieron hasta ahora.

De cuya manera estos artículos han debido gozar desde entonces de los beneficios del libre comercio. Solo el pan quedó sometido por aquel decreto á postura ó tasa de la autoridad municipal, siendo sin duda alguna la mente del legislador estorbar que el precio de artículo tan necesario, quedase en casos escepcionales al libre arbitrio de la condicion de sus monopolizadores. Acerca

de esta restriccion tan importante han ocurrido dudas de que nos creemos en la obligacion de dar cuenta. Han creido algunos y entre ellos, los ilustrados redactores del diario de la Administracion en su número de 11 de febrero de 1834, que los ayuntamientos de los pueblos deberán tan solo establecer la tasa del pan en casos extraordinarios, como una inundacion de molinos, que los inutilize temporalmente ú otros semejantes, siendo para estos casos la necesidad de preservar la existencia, justificacion sobrada para infringir la regla general que condena las restricciones. Pero por acomodada que pueda ser á las mejores máximas económicas esta interpretacion, no parece bien motivada dado que sus autores menos la fundaban en la letra de la ley que en la conformidad de su propio pensamiento, con la ilustracion que atribuian al gobierno. Lo cierto es que quedó al arbitrio de los ayuntamientos y el entendido autor del Diccionario de Legislacion y Jurisprudencia en su artículo *abaceria*, observa con mucha razon que aun siendo el establecimiento de la *tasa* puramente *facultativo* ó voluntario de parte de los ayuntamientos, conforme al citado decreto, se hace del todo indispensable á consecuencia de otro de la misma fecha sobre asociaciones gremiales; el cual aboliendo los que vinculaban á un determinado número de personas ciertos tráficos, dejaban subsistente la de los panaderos. De cuya manera quedando limitado con ciertas trabas el número de los panaderos, ó habia de quedar al arbitrio de estos el libre señalamiento de los precios, lo que por falta de la concurrencia sería un pernicioso privilegio, ó han de estar facultados los ayuntamientos para fijar la tasa ó postura: sistema de graves inconvenientes, pero inferiores siempre á los que resultarían del opuesto.

ABAD. Esta palabra tomada de otra del idioma Hebraico *abba*, significa lo mismo que padre. *Abba Hebraicum est, significans idipsum quod et pater*, decia San Gerónimo en su *epistola ad Galatas*, capítulo 4. Se llama así al superior de una congregacion de religiosos ó religiosas, que es gobernada por él así en lo temporal como en lo espiritual. Un abad entre sus subordinados debia hacer las veces de padre.

Elegíanle por lo comun en los primitivos tiempos los monjes de la comunidad; pero su eleccion habia de recaer en persona digna por sus prendas personales de desempeñar semejante cargo, pues de otra suerte estaban autorizados para impedir que ejerciese sus funciones las personas elegidas no solo los obispos y abades de aquellas inmediaciones sino hasta los mismos legos: y una vez nombradas, su autoridad debia ser reconocida y respetada por sus súbditos, sin que tuviese su poder mas límite sino la prudencia ó la moralidad del elegido. En aquellos tiempos no estaban

aun escritas las leyes por las cuales debian regirse los monasterios, porque la ardiente fé de los monjes, su mansedumbre, su espíritu verdaderamente ascético y cristiano bastaban para mantener entre ellos la union, el órden y la disciplina. Acontecia como en todas las sociedades humanas, que el derecho seguia siempre al hecho, que la ley sucedia á la costumbre. El abad gobernaba pues arbitrariamente en sus monasterios, pero su misma arbitrariedad era una regla saludable: verdadero padre de sus súbditos, su autoridad era siempre dulce y suave, su gobierno siempre justo, entendido y humano. Y tan sinceras eran en aquella época las creencias, tan profundamente cristianos los sentimientos, que subsistieron por largo tiempo los monasterios sin resentirse de los graves inconvenientes que del ilimitado poder de los superiores ó de las funestas inclinaciones de los que obedecen, suelen resultar á las sociedades humanas. Porque en efecto, la fé lo suple todo, hasta la falta de leyes. Cuando la fé existe pura y sincera, los hombres viven en paz, las sociedades se organizan, y se engrandecen los estados, sin necesidad de preceptos escritos y sin acudir á combinaciones artificiales. Y esto que es verdad de las asociaciones politicas, lo es asimismo de todas las otras especies de asociaciones. ¿Qué sociedad mas perfecta ni mejor ordenada que la de los primeros cristianos? y sin embargo su ley era solo el Evangelio, sus reglas de conducta, fuera de este sagrado libro, los preceptos arbitrarios de sus superiores y las inspiraciones de la conciencia de cada uno.

La misma falta de regla se notaba en los primeros tiempos de la iglesia para la eleccion y nombramiento de los abades. Era costumbre reconocida, segun antes dijimos, que los abades fuesen nombrados por sus respectivas comunidades, pero ninguna ley habia que estableciese la forma de esta eleccion, ninguna regla que impidiese el desacierto ó el extravío de los electores. Estos sin embargo procuraban siempre que tan elevada dignidad recayese en persona merecedora de ella por su ilustracion y por su saber, ó por la austeridad de sus costumbres. Y no pensamos por eso que aquellos primeros cristianos que hicieron vida comun para alcanzar mayor perfeccion evangélica, ni aquellos primitivos abades á cuyo cargo estuvieron los grandes monasterios del Africa, estuviesen exentos de las malas pasiones que en tiempos mas adelantados dieron lugar á deplorables abusos; pero tampoco opinamos como algunos escritores, que los primeros claustros conocidos en la cristiandad abrigasen solo ignorancia y fanatismo. Pensamos sí, que nunca han debido ser mas puras las costumbres monacales, y que nunca por consiguiente han debido estar mejor regidos los monasterios que cuando siendo los cristianos objeto de una viva persecucion, tenian necesidad de responder á las calumnias de sus enemigos con el tes-

timonio de su vida y con la ejemplaridad de su conducta. Su union les dió fuerza; su virtud consideracion, su saber influencia. ¿Qué habria sido del cristianismo si esos claustros que se presentaban á los paganos como modelos de perfeccion evangélica hubieran estado gobernados por hombres ignorantes y corrompidos, por ambiciosos prelados ó por orgullosos abades? ¿Habrian los monasterios ejercido asi la influencia que tuvieron sobre la propagacion de la fé cristiana? ¿Habrian los predicadores de esta fé podido presentar á sus neófitos aquellos asilos de santidad como ejemplos incontables de virtud evangélica? ¿Qué habrian hallado en ellos los paganos que les moviese á renunciar á su culto? ¿Por ventura una fé sólida y verdadera que faltaba entre los de su religion? no podia haberla entre hombres ocupados esclusivamente de los intereses mundanos. ¿Acaso comodidades y riquezas? Nadie ha puesto en duda hasta ahora que los primeros monjes llevasen una vida pobre y austera. Ninguna hubiera sido pues la importancia de los monasterios en los primeros siglos del cristianismo, si estas mansiones venerables no hubiesen ofrecido á los hombres un vivo y elocuente contraste con la sociedad que se agitaba en derredor entre las agonías de su inevitable muerte: si los cristianos no hubieran podido decir á los infieles: hé ahí el modelo de la nueva sociedad que deseamos. En la sociedad romana todo era desórden, todo disolucion, todo ruina: en los monasterios que como hemos dicho, eran el modelo en la sociedad cristiana, todo era órden, todo era vida: en la una habian desaparecido todas las creencias religiosas, todos los sentimientos morales, todas las convicciones politicas: en los otros habíanse refugiado aquellas ereencias, elaborábanse lentamente aquellas convicciones, y se cultivaban con esmero aquellos sentimientos: en la primera se disolvian los lazos de la familia, faltaban cada dia mas los estímulos de la asociacion, y era débil ó nula la influencia del gobierno: en los segundos se estrechaban los lazos de una familia nueva, estableciéndose una nueva mancomunidad de creencias y de intereses, se hacia cada vez mas necesaria la asociacion, y se fortificaban las ideas de poder y de autoridad, tan combatidas y debilitadas por aquellos tiempos.

Así un abad en la primera época de la iglesia era el jefe de una grande asociacion cristiana, sobre la cual, salvo en las cosas pertenecientes á la vida civil, ejercia una autoridad poderosa. Y como los monasterios estaban por lo comun en despoblado, el monge ó el cenobita cortaba toda comunicacion con el gobierno civil para tenerla solamente con sus compañeros y con su prelado.

Han censurado algunos escritores el aislamiento de los monjes primitivos, fundados en que esta manera de vivir, ademas de los males que traia á la sociedad, parecia inspirada mas bien por

un egoismo estúpido que por un espíritu de caridad y de benevolencia evangélica. Pero los que tal aserto sostienen desconocen los tiempos á que se refieren, y la índole y carácter de sociedad de que se alejaban los primeros cristianos. En primer lugar debe tenerse en cuenta que los primeros monasterios fueron establecidos cuando la iglesia era objeto todavía de sangrientas persecuciones, cuando los fieles tenían que esconderse en los subterráneos para rendir homenaje al Crucificado: y en segundo lugar se debe también saber que la sociedad de que los cristianos huían no era una sociedad creyente y morigerada, no era siquiera una sociedad capaz de ser convertida: los cristianos se alejaban de una sociedad viciosa y turbulenta, que consumiéndose en la disolución y en los vicios habia perdido la última de sus facultadas morales, que era la capacidad de los remordimientos.

El estado de la iglesia cristiana y la manera de que estaban constituidos los monasterios, hacian indispensable la independenciam y la arbitrariedad de los abades. Perseguida la iglesia por los emperadores, su gobierno no podia estar convenientemente establecido, y los obispos tampoco podian ejercer su jurisdiccion de una manera fija, igual y uniforme. Esparcidos los monasterios en los despoblados, no tenian con las ciudades las relaciones que habrian sido necesarias para que su organizacion y dependencia de los obispos hubiera sido universal y semejante. En aquellos tiempos de prueba para los cristianos el obispo no era el superior ni el súbdito del abad, era el compañero. Ambos estaban ocupados de una misma obra, ambos trabajaban con el mismo celo por la propagacion de la fé; pero ni se conocian ni podian las mas veces tener entre si las frecuentes comunicaciones que habrian sido necesarias para guardar cualquier género de organizacion ó de dependencia. ¿Cómo, pues, los abades no habian de ser independientes?

Pero cuando el cristianismo triunfante debilitó como era natural la estrecha union entre los fieles, dando origen á enemigas parcialidades: cuando dejaron de estar conformes los ánimos y las pasiones del siglo, comenzaron á penetrar en los lugares consagrados al culto de Dios, fué necesario organizar los monasterios por medio de leyes escritas, que fijasen la disciplina, obligasen a la obediencia, y determinasen las atribuciones de los prelados. Sucedió entonces también que reconocido y respetado por la ley el culto cristiano, los obispos ejercieron libremente su jurisdiccion divina, y dando á la iglesia la organizacion que le faltaba, procuraron darla también á los monasterios donde no habian tenido hasta entonces intervencion alguna. Grande fué segun estas primeras reglas monásticas la autoridad de los abades: era preciso dar fuerza y unidad á la administracion eclesiástica, y esto no podia conseguirse sin atribuir

omnímodas facultades á los prelados. Así, aunque la regla limitó á cierto casos la autoridad abacial, despues de esta regla nada habia que pusiese límites al poder de los abades. Los monges no tenían voluntad propia, y baste decir que los jurisconsultos de aquel tiempo los consideraban como *esclavos* del abad para los efectos legales.

Ganando en importancia y en influjo la autoridad de los obispos, y abolido en la iglesia el principio de la eleccion popular, los abades dejaron de ser nombrados por sus monjes, para serlo por el obispo de su diócesis. Así debia en efecto suceder cuando la iglesia se organizaba despues de la persecucion, ensanchando la autoridad de los obispos y uniformando su disciplina y sus costumbres. El principio de la eleccion popular habia sido origen de graves escándalos: el de la eleccion de los abades habia dado lugar entre los monjes á funestas desavenencias. Cada monasterio queria conservar su disciplina y sus prácticas especiales, cada abad queria establecer un régimen distinto de vida: si la disciplina monástica habia de tener unidad entre sí y con la general de la iglesia establecida, era necesario que los obispos á quienes mas particularmente estaba encomendada la conservacion de la fé y del gobierno eclesiástico, ejerciesen en los monasterios una influencia saludable y una intervencion provechosa: si á ellos estaba confiada la vigilancia sobre sus iglesias, razon era que lo estuviese tambien el cuidado de los monasterios.

Los abades sin embargo ensancharon cuanto les fué posible los límites de su autoridad, y aun abusaron algunas veces de su grande poder. Ganando los monasterios cada vez mas importancia, llegó el tiempo en que los abades rivalizaron en autoridad con los obispos, teniendo la misma influencia que ellos en los negocios de la religion y del estado. Quejábase San Bernando de que estos prelados confiriesen órdenes menores, fallasen en los asuntos contenciosos de sus súbditos, consagrasen vasos y ejerciesen otras funciones reservadas anteriormente á los obispos. «Mas parecen señores que superiores de monasterios, dice aquel santo: mas bien gobernadores de provincia que directores de conciencia.» Y en efecto, los abades en la edad media eran verdaderos señores feudales: eran la personificación viva y elocuente del espíritu que dominaba en aquella edad; al rededor de sus abadías se agrupaba una poblacion mas ó menos considerable pero siempre vasalla suya, siempre sujeta á su eclesiástica y civil jurisdiccion. El abad era por lo comun la única autoridad á quien acataba este pueblo: él cuidaba no solamente del bien espiritual sino del temporal de sus súbditos: consolábalos en la desgracia, favorecíalos en la indigencia, y proveia á la seguridad de sus cosas y de su persona de una manera verdaderamente paternal y humana. La abadía era propiamente una teocracia. Y aunque estos prelados

abusasen alguna vez de su autoridad, preciso es reconocer que ni este abuso era frecuente ni comparable con el que por el mismo tiempo hicieron otros señores feudales de sus ilimitadas prerogativas.

Es un punto que ha dado lugar á graves cuestiones entre los canonistas el origen de la intervencion del poder temporal en el régimen y gobierno de las abadías. Segun unos, aprovechándose los príncipes y los señores del uso de las encomiendas establecidas desde los primeros siglos, se arrogaron la posesion de las abadías, porque encargados de tenerlas en encomienda durante algun tiempo, de depositarios ó administradores provisionales que eran pasaron á ser señores perpetuos. Y como por otra parte eran harto frecuentes las discordias entre los monjes, y no habia una legislacion fija y determinada por donde decidir las, los señores y los príncipes interponiéndose como jueces ó como mediadores, adquirieron primero el derecho de patronos, para ganar despues el de dueños. En Italia fueron muy frecuentes estas usurpaciones en el siglo V, desde cuyo tiempo comenzaron á quejarse de ellas los monjes y los obispos, no sin que los concilios tratasen desde luego de ponerles remedio.

Segun otros escritores, las riquezas escesivas con que llegaron á estar dotados los monasterios, escitaron la codicia de los gobiernos, de los señores y de los príncipes, que viéndose en ciertas ocasiones de escasez y de peligro, privados de los mas necesarios recursos con que dar cima á sus costosas empresas militares, dieron en encomienda á sus caudillos las rentas y beneficios de los mas opulentos monasterios. No son en nuestro entender contradictorias estas dos esplicaciones del origen del poder de los príncipes sobre las abadías, si bien no creemos por lo general tan censurable en aquella ocasion la influencia del poder temporal sobre los monasterios. La codicia pudo mover á los príncipes á declarar propiedades suyas las que eran solo encomiendas temporales. Los apuros del erario pudieron asimismo obligar alguna vez á los gobiernos á dar en encomienda á sus caudillos las principales abadías; pero el origen mas frecuente de estas llamadas usurpaciones fue la necesidad que tenian los mismos monasterios de buscar defensores y patronos. Las abadías, aunque ricas y opulentas, tenian necesidad del apoyo de los príncipes en medio de una sociedad turbulenta y desordenada, donde la guerra era la primer condicion de la existencia comun, y donde los bandos y las parcialidades traian en pós de sí la inseguridad de las personas y de las propiedades. No era pues necesario que los príncipes hubieran usurpado el patronato de muchos monasterios para que hubiesen ejercido sobre ellos el poder á que aludimos: los mismos monjes debieron pedir en muchas ocasiones la saludable proteccion de este poder como el único que podia salvarlos del peligro comun, como el único que podia defender sus personas y sus

bienes. Bajo este supuesto fué útil y provechosa la influencia de los príncipes sobre las abadías: fué necesaria la sumision de los monjes á la autoridad temporal de sus patronos. Verdad es que muchas veces abusaron los príncipes de este patronato dando lugar á las quejas de los monjes y á las reclamaciones de los obispos; pero de aqui no se sigue que su autoridad fuera siempre innecesaria y perniciosa. Los concilios trataron muchas veces de corregir estos desafueros, pero sus disposiciones fueron con frecuencia tan poco duraderas como incompletas, cayendo al cabo en desuso. Carlo Magno, Ludovico Pio y Hugo Capeto, abolieron en Francia las encomiendas, y desde entonces dejaron las abadías de ser propiedad de los condes y de los barones para serlo de eclesiásticos, unas veces virtuosos y ejemplares que los gobernaron con acierto y justicia, otras veces viciosos y relajados, que sin conocer los preceptos de su regla se entregaban á los placeres y á las sensualidades del siglo. Por fortuna para la iglesia y para el Estado estos últimos fueron los menos, pero aunque escasos en número, ejercieron sobre la disciplina eclesiástica una influencia funesta.

La misma autoridad tuvieron sobre los monasterios en otros países los príncipes y los señores. Los barones ingleses solian usar generalmente del título de abades. Muchos de nuestros nobles estaban revestidos del mismo título ó bien tomaban el de abicondes: monstruoso enlace de condecoraciones eclesiásticas y de dignidades humanas. Nuestras Cortes y nuestros Reyes procuraron sin embargo corregir estos abusos, pero sin duda hubieron de tropezar con graves obstáculos pues tuvieron precision de repetir su mandato en diferentes ocasiones (1). Las provincias Vascongadas han conservado hasta ahora por razon de sus fueros los abades comendatarios.

Fue costumbre por muchos siglos en España que los obispos nombrasen los abades: y á fin de que los monasterios no quedasen faltos de cabeza en el intervalo de cada eleccion, mandó el concilio X de Toledo que el monge mas antiguo los gobernase por muerte ó por ausencia del abad. El concilio celebrado en Roma en el año 601, dispuso que los obispos no tuviesen intervencion alguna en el régimen y gobierno de las abadías; mas esta alteracion no tuvo lugar en mucho tiempo en España, puesto que el concilio celebrado en Coyanza en el año 1050 estableció que los abades y las abadesas gobernáran segun la regla benedictina.

(1) Las cortes de Alcalá en 1548, D. Enrique II en Burgos, en 1575 y D. Juan I en Guadalajara en 1590 repitieron la prohibicion de que se diesen los monasterios á título de encomiendas.

Pero al cabo en España tambien quedaron exentas las abadías de la jurisdiccion de los obispos cuando el poder monárquico receloso é inquieto del influjo que alcanzaba aquella autoridad, trató de debilitarla despojándola de algunas de sus prerogativas para conferir las á los abades que siendo menos influyentes eran tambien menos peligrosos. No dejó sin embargo de contribuir tambien á esta mudanza la fama de ilustracion y de virtud que alcanzaron algunos de nuestros monjes, la cual dando á algunos monasterios elevado influjo y conocida superioridad, tendia necesariamente á emanciparlos de un poder que no era mas acatado que el suyo. Asi es que don Sancho Rey de Aragon, pidió al papa Alejandro II que declarase exentos de la jurisdiccion episcopal al monasterio de San Juan de la Peña y á los otros de su reino, y el Pontífice que participaba á su vez de la misma veneracion hácia los monjes y sus prelados, accedió á las pretensiones del Monarca.

De los concilios que consideraron perniciosa para los monasterios la autoridad de los abades seculares, y la costumbre de las encomiendas, solo citaremos al de Trento, cuyos padres reconocieron el daño que se debia seguir á los monjes del gobierno de personas que no correspondian á su comunidad. *Quod pleraque monasteria etiam Abbatiae prioratus et praepositura, ex eorum, quibus commissa fuerunt, administratione non laica passa fuerint tam in spiritualibus quam in temporalibus detrimentis.* Y á fin de que en cuanto lo consintiese el carácter de los tiempos fueran bien gobernados los monasterios, ordenó el concilio que aquellos cuyas abadías estaban á la sazón dadas en encomienda, nombrasen por superiores á religiosos que profesasen su misma órden y fuesen dignos de aquel cargo (1).

Se conocian abades mitrados y no mitrados; los primeros como facilmente se coligen eran los que tenian concedido el uso de mitra: los segundos á quienes no estaba otorgado este derecho, podian usar báculo como los obispos. Solamente estos podian llevar en algunos paises mitras bordadas con piedras preciosas, al paso que los abades solo debian llevarlas bordadas de oro. Abades ecuménicos ó universales, eran llamados algunos de los monasterios de Oriente. Abad general era el que gobernaba no una sola sino varias comunidades de una órden (Véanse ABADIA, ENCOMIENDA, MONASTERIO, MONJE.)

ABADEJO. Véase BACALAO.

ABADESA. En los libros modernos de jurisprudencia se encuentra definida esta palabra de la manera siguiente. La superio-

(1) *Confidens quod ipse pro sua pietate et prudentia curaturum est, quantum haec tempora fenes posee viderit, ut usque nunc commendata reperiuntur et quae suos conventus habent, regulares personae ejusdem ordinis ex praesente professae, et quae gregi, et praesente possint, praeficiuntur.*

ra de una comunidad de religiosas en cualquiera de las órdenes monacales y algunas mendicantes: y la muger que por derecho de sucesion, posee alguna abadía con frutos secularizados. Abadesa quiere decir madre espiritual. (Véase el Diccionario de jurisprudencia y legislacion por don Joaquin Escriche.)

De lo que hemos dicho acerca de los abades una gran parte pudieramos repetir de las abadesas. Sin embargo, no tenia la jurisdiccion ó el poder de estas últimas límites tan estensos: pues á su carácter de superiores unian los abades el de sacerdotes. Así es que las abadesas ni podian bendecir á las religiosas, ni ponerles el velo, ni recibir su confesion, ni escomulgarlas, ni levantarles sus votos.

Pero en España existe una notabilísima excepcion que no podemos pasar en silencio. La abadesa del monasterio de santa María la Real de las Huelgas ejerce jurisdiccion casi episcopal sobre un gran territorio de conventos, iglesias, villas y lugares. Fundó este monasterio el rey don Alfonso VIII por los años desde 1180 á 1187 destinandolo para panteon de su familia, cuyos sepulcros todavía se conservan. Continuaron los reyes acrecentando esta real casa con bienes, esenciones y prerogativas, tanto por la predileccion con que la miraban cuanto porque en ella solian tomar el velo algunas infantas y otras personas condecoradas. La abadesa de este monasterio tenia bajo su inmediata y exclusiva jurisdiccion doce conventos á los cuales visitaba, y con los que celebraba capítulo antes de que las religiosas profesarán clausura: tenia ademas señorío territorial y jurisdiccional sobre 64 villas y lugares, de modo que podia conocer en ellos de las causas civiles, criminales y beneficiales; proveia las piezas eclesiásticas, daba dimisorias para órdenes, licencia para predicar, confesar, ejercer cura de almas, y entrar en religion: nombraba abadesas, notarios y fiscales, mudaba conventos, convocaba sínodos é imponia censuras por uedio de sus jueces eclesiásticos. Así es que la abadesa de las Huelgas encabeza sus despachos de esta manera.

« Nos doña... por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, abadesa del Real monasterio de las Huelgas, cerca de la ciudad de Burgos, órden del Cister é hábito de nuestro padre San Bernardo, señora, superiora, prelada, madre y legitima administradora en lo espiritual y temporal de dicho real monasterio y su hospital que llaman del Rey; y de los conventos, iglesias y ermitas de su filiacion, villas y lugares de su jurisdiccion, señorío y vasallage, en virtud de bulas y concesiones apóstolicas, con jurisdiccion omnímota, privativa cuasi episcopal *nullius diócesis*, y reales privilegios que una y otra jurisdiccion ejercemos quieta y pacíficamente como es público y notorio. »

No tenemos noticia de que haya habido autoridad semejante en ninguna iglesia de la cristiandad. La disciplina eclesiástica niega á las mugeres toda clase de jurisdiccion, pues aun las diaconisas de los tiempos primitivos, que no ejercian ninguna especie de autoridad, fueron reprobadas espresamente por los cánones. No es propio de la índole del cristianismo, ni mucho menos, conforme con nuestras costumbres, que las mugeres ejerzan ninguna especie de funciones en el servicio del culto público, cuanto mas que tengan jurisdiccion y que decidan sobre negocios confiados al saber, á la rectitud y á la prudencia de los varones. El privilegio de las Huelgas de Búrgos, aunque defendido con muy ingeniosas razones en una disertacion especial, único libro que conocemos donde se trate con estension de esta materia, es una esencion contraria á la índole de la disciplina é incompatible con la uniformidad del gobierno de la iglesia.

ABADIA. Monasterio de religiosos de uno ú otro sexo gobernados por un abad ó una abadesa. La revolucion que de medio siglo á esta parte va recorriendo todos los paises de Europa, borra en su tránsito con su destructora mano los vestigios de otros tiempos y de diversas costumbres, los monumentos que levantó el espíritu guertero, ó la religiosidad de nuestros antepasados: los últimos restos, en fin de la edad media. Los castillos y las abadías desaparecen al mismo tiempo en todas las naciones, cediendo su lugar á establecimientos que carecen de poesía, pero que ofreciendo utilidad práctica y material son harto mas acomodados al espíritu de la época en que vivimos. Donde se elevaba antiguamente la torre de un campanario cuyas voces casi desde el mismo cielo recordaban á los fieles sus deberes de cristianos, y les anunciaban las horas de oracion y de rezo: en el mismo sitio de donde se elevaban al Señor las puras preces de vírgenes que le estaban consagradas, ó donde los orgullosos torreones de un castillo feudal se perdian entre las nubes; en aquellos mismos lugares no se encuentra ahora sino una fábrica, un establecimiento mercantil ó manufacturero, donde se vive en una atmósfera de humo y en un mundo de intereses materiales. Dichosa por lo menos la nacion que posee en abundancia tales establecimientos: dichosa la que tiene una existencia determinada, ideal ó póstiva, poética ó material: la que no vive en el vacío entre lo pasado y lo futuro, entre sus tradiciones y su porvenir.

Aun cuando hayan desaparecido las abadías de las sociedades actuales, y aun acaso con mayor razon porque han desaparecido, deben ser estudiadas en la historia desde su primera creacion, que fue segun opinion recibida en Oriente hácia el tercer siglo de la iglesia. Sin embargo, no debe por ningun estilo confundirse el espíritu que animaba á los monasterios de aquellas regiones con el

que daba vida á los de Occidente. El cristianismo, á pesar de su poderosa unidad, habia sufrido en todas sus manifestaciones el influjo de los climas y de los hábitos. Los monasterios de Oriente parecian destinados á la mística y pasiva contemplacion de Dios, mientras que los de Europa servian de centro y de foco á una actividad provechosa, á una laboriosidad civilizadora. Igual variedad se notaba en el método de vida y en las reglas que observaba en unos y otros países el ascetismo monástico. Los monges egipcios vivian de treinta en treinta ó de cuarenta en cuarenta en ciertas casas destinadas al culto de Dios, y treinta ó cuarenta de estas casas componian un monasterio, obedecian á un solo abad, y tenian un oratorio comun, donde se reunian en ciertas ocasiones todos los monjes. Tambien solian juntarse todos los de una provincia, á veces hasta en número de cincuenta mil, para celebrar la Pascua.

Durante los siete primeros siglos de la iglesia, los monasterios de toda Europa, seguian la regla de su instituto y obedecian á sus respectivos abades y á los obispos de la diócesis. Ni se conocian órdenes monásticas, tales como se entienden hoy, ni abades generales. El primero de esta clase, dice un célebre escritor de derecho canónico, fué el Abad Benedicto, á quien Ludovico Pio encomendó la direccion de varios monasterios que observaban la orden de San Benito. «*Primus sæculo nono, fuit Benedictus Abbas, cui Ludovicus Pius plura monasteria sub regula S. Benedicti, militantia, regenda commisit.* Pero muerto aquel ilustre abad, cada uno de los monasterios que estaban colocados bajo su vigilancia volvieron á quedar aisladamente regidos por sus respectivos superiores, y en vez de la unidad de reglas á que obedecian) volvieron á su antiguo estado. *Ed ad diversos ritus iterum redacti sunt,* dice Mabilonio.

El verdadero desorden en que vivian los monasterios, los cuales aun haciendo profesion de seguir una misma regla, como la de San Benito, observaban diferentes ritos y vivian bajo diversas y relajadas disciplinas, dió origen á las reformas emprendidas por algunos celosos prelados. Aun cuando no corresponden á la disciplina eclesiástica de España, las reformas de Cluny y de Cister, de las cuales nacieron las órdenes Clunense y Cistercense, es muy importante de saber su historia. Fue el fundador de la primera de estas órdenes San Odo, el cual reformó la regla de San Benito en el monasterio Cluniense fundado en Borgoña por Guillermo, conde de Auvernia, de cuyo monasterio fué San Odo el segundo abad. Cundió al poco tiempo la reforma por otros varios monasterios que se colocaron voluntariamente bajo el gobierno de aquel santo, á quien dieron el nombre de abad *primario*, ó como despues se ha dicho abad go-

neral. De tal manera llegó á generalizarse la reforma entre los monasterios de benedictinos que en el espacio de algunos años, hasta los colocados en las mas lejanas provincias se preciaban de seguir los institutos de la nueva órden, como se lee en el libro que acerca de ella publicó Glaber Rodolpho lib. 3, cap. 5. *Hic in tantum hujus instituti (Benedictini) propagator extitit ut à Beneventina provincia quaeque habebantur in Italia et in Galiis usque ad Oceanum mare potiora monasteria, illius dictioni gratularentur esse subjecta.* Léese ademas en un curioso libro titulado *Biblioteca Cluniense* un tratado de los monasterios correspondientes á la órden, con este título: *Catalogus Abbatiarum, Prioratum et decanatum mediate et immediate Abbatiae, seu monasterio Cluniacensi subjectorum.*

Posteriormente se hicieron nuevas reformas y se establecieron nuevas órdenes, como la Camaldulense, fundada por San Romualdo, y mas adelante la Cistercense, con tanta sabiduría fundada por San Roberto Abad Molinense; como propagada con ardor por San Bernardo, el último santo padre de la iglesia. A estas se siguieron otras nuevas reglas como las de Franciscanos, Agustinos, Basilios etc. etc. El concilio Lateranense IV dispuso que estas órdenes celebrasen cada trienio capítulo comun (*commune capitulum*) de abades y priores.

Ya dijimos que las reformas de Cluni y de Cister fueron consideradas como las principales. Entre ellas habia notables diferencias en la disciplina y régimen de los monasterios. Por ejemplo, cada uno de los correspondientes á la órden de Cister tenia su respectivo abad, considerando como las principales de aquellas abadías las de Pontigni, Clairvaux tan célebre en tiempo de San Bernardo y Morimond. Al contrario, la órden de Cluni no estableció sino un solo abad, al paso que los demas monasterios no tenian sino priores.

No tuvieron otro objeto todas las mencionadas reformas sino restablecer una disciplina que se aproximase á la de los mas antiguos monasterios. Pocos datos nos quedan en los libros de la época para venir en conocimiento de aquel régimen, del cual mejor que en ninguna otra parte, se encuentran escelentes noticias en el libro de Casiodoro. (Véase MONJE.)

Entre las antiguas abadías, la de Louviers es una de las mas afamadas, ya por la celebridad que le dió Casiodoro retirándose á ella, dotándola y escribiendo sus estatutos, después de haber sido Canciller del Rey Teodorico, ó ya por la gran magnificencia que distinguia á aquel edificio, al cual dá su mismo fundador el nombre de ciudad; pues se encontraban en él los objetos mas nuevos y lujosos en aquel tiempo, como baños, relojes solares, y aun lámparas perpetuas, asombro de aquel siglo y secreto ignorado del nuestro. Oigamos al mismo Casiodoro.

:

«La situación del monasterio de Louviers, debe moveros y estimularos a proporcionar socorros á los pobres y á los extranjeros. Teneis jardines regados por multitud de canales, y á vuestra inmediación el rio Pelleno, que abunda en peces, y ofrece la ventaja de no amenazaros con sus inundaciones, sin dejar por eso de ser caudaloso; y de tal modo lo hemos proporcionado para vuestra comodidad, que él solo basta para regar los jardines y mover los molinos del monasterio, de suerte que parece destinado al servicio de vuestra casa. Tambien está la mar á vuestra inmediación y en ella podeis pescar de diferentes modos. Teneis ademas viveros para conservar en ellos vuestros pescados, porque con la ayuda de Dios he hecho construir magníficos y espaciosos estanques.»

Pero aun son mas escasas las noticias que nos quedan acerca del origen de las abadías en España. Afirma un ilustrado historiador de nuestra disciplina eclesiástica que la abadía mas antigua de que hacen mencion nuestros anales, fué la fundada por San Donato en el reinado de Leovigildo. Dice pues, que aquel santo vino á España con setenta monjes de la orden de San Agustin, huyendo de la persecucion que sufrían por el mismo tiempo los cristianos de Africa, y que habiendo desembarcado en las costas de Valencia, fundó en Játiva el monasterio servitano, ayudándole en esta obra una señora principal, tan ardiente en su fé, como pródiga de sus riquezas. Aquí calla la historia acerca de la propagacion y fomento de las órdenes monásticas, volviendo á hablar de ellas en el siglo VII, en cuyo tiempo hace mencion de muchos monasterios de religiosas establecidos en Andalucía y gobernados por un abad ó un monje nombrados por el obispo. Pero en este mismo siglo debieron estar ya muy propagadas las órdenes monásticas cuando el concilio provincial celebrado en Sevilla en el año 619 estableció varias disposiciones acerca de su régimen.

Ya hemos visto en el artículo **ABAD** como nuestros abades lograron emanciparse de la jurisdicción de los obispos cayendo muchos bajo el poder de los señores feudales. Allí esplicamos como estas alteraciones en el régimen de los monasterios fueron naturales y necesarias por mas que causaran alguna vez males considerables á la iglesia. Ahora solo nos resta añadir que nuestros concilios procuraron desde los tiempos mas remotos refrenar los abusos que los obispos hicieron alguna vez de su autoridad sobre el gobierno de las comunidades religiosas. El sínodo IV de Toledo conminó con excomuniones á los obispos que usurparan los bienes de los monasterios; pues segun se infiere del testo del mismo concilio, llegó á tal punto su arbitrariedad, que hubo prelados de aquellos que se servían de los monjes para practicar obras serviles de su

esclusiva utilidad, y que se apoderaban con escándalo de los buenos fieles del patrimonio de las comunidades: ejemplo digno de eterna censura, y que no alcanzan á justificar ni el espíritu del tiempo, ni los desórdenes del feudalismo.

Mas á pesar de todo, la emancipacion de las abadías de la autoridad episcopal, fué funesta para la disciplina eclesiástica. Verdad es que la importancia religiosa y política que adquirieron los claustros en los siglos medios debia traer forzosamente su exencion de las otras jurisdicciones superiores; pero esta exencion no podia menos de perjudicar á la unidad de la disciplina y de la administracion eclesiásticas. Porque no era bastante para mantener esta unidad que los abades gobernáran los monasterios con sujecion á los cánones y á los preceptos de la autoridad pontificia: necesitaban un superior que vigilase mas de cerca sobre la observancia de la disciplina monástica, y que siendo el gefe de los abades fuese tambien el regulador de las prácticas y de las costumbres de los monasterios. Esta autoridad correspondia naturalmente al obispo, quien si carecia de toda jurisdiccion sobre los abades, en vano intentaria mantener en todo su vigor la unidad de la disciplina. (Véanse **ABAD**, **MONASTERIO**, **MONJE**.)

ABANDONO. Esta palabra de frecuente uso en la jurisprudencia comercial está definida por nuestro código mercantil de la siguiente manera. Es el acto por el cual el asegurado puede en los casos determinados por la ley, dejar las cosas aseguradas por cuenta de los aseguradores, exigiendo de estos las cantidades que aseguraron sobre ellas.

Segun la clase de deterioro, que á consecuencia de los accidentes de mar, sufren los objetos asegurados, ya sean naves ó mercancías, se puede ejercitar la accion de averías, ó la de abandono. De la primera nos ocuparemos en el lugar correspondiente. (Véase **AVERIA**.) De la última nos corresponde ahora tratar y empezamos por insertar los artículos del código de comercio que se refieren al *abandono*.

ART. 901. El abandono tiene lugar en los casos de:—apresamiento;—naufragio;—rotura ó varamiento de la nave que la inhabilite para navegar;—embargo ó detencion por orden del gobierno propio ó extranjero;—pérdida total de las cosas aseguradas, y deterioracion de las mismas que disminuya su valor en las tres cuartas partes á lo menos de su totalidad. Todos los demas daños se reputan averías y se soportarán por quien corresponda, segun los términos en que se haya contratado el seguro.

ART. 902. La accion de abandono no compete sino por pérdidas ocurridas despues de comenzado el viaje.

ART. 903. El abandono no puede ser parcial ni condicional,

sino que han de comprenderse en él todos los efectos asegurados.

ART. 904. No será admisible el abandono sino se hace saber á los aseguradores dentro de los seis meses siguientes á la fecha en que se recibió la noticia de la pérdida acaecida en los puertos y costas de Europa y en los de Asia y Africa que están en el Mediterráneo. Este término será de un año para las pérdidas que sucedan en las Islas Azores, de Madera, islas y costas occidentales de Africa y orientales de América; y será de dos, sucediendo en cualquiera otra parte del mundo mas lejana.

ART. 905. Con respecto á los casos de apresamiento correrán los términos prefijados en el artículo anterior desde que se recibió la noticia de haber sido conducida la nave á cualquiera de los puertos situados en alguna de las costas mencionadas.

ART. 906. Tendráse por recibida la noticia para la prescripción de los plazos que se han prefijado desde que se haga notoria entre los comerciantes de la residencia del asegurado, ó se le pruebe por cualquier modo legal, que le dieron aviso del suceso el capitán, el consignatario, ó cualquier otro corresponsal suyo.

ART. 907. Queda al arbitrio del asegurado renunciar el transcurso de estos plazos, y hacer el abandono ó ecsigir las cantidades aseguradas desde que pudo hacer constar la pérdida de los efectos que hizo asegurar.

ART. 908. Despues que haya transcurrido un año sin recibirse noticias de la nave en los viajes ordinarios, ó dos en los largos, podrá el asegurado hacer el abandono, y pedir á los aseguradores el pago de los efectos comprendidos en el seguro, sin necesidad de probar su pérdida. Este derecho debe ejercerse en los mismos plazos prefijados en el artículo 904.

ART. 909. Se reputan viajes largos para la aplicacion del artículo precedente todos los que no sean para cualquiera de los puertos de Europa: para los de Asia y Africa en el Mediterráneo, ó para los de América situados mas acá de los rios de la Plata y San Lorenzo, y las intermedias entre las costas de España y los paises marcados en esta designacion.

ART. 910. No obstará que el seguro se haya hecho por tiempo limitado para que pueda hacerse el abandono cuando en los plazos determinados en el artículo 908 no se hubiere recibido noticia de la nave, salva la prueba que puedan hacer los aseguradores de que la pérdida ocurrió despues de haber espirado su responsabilidad.

ART. 911. Al tiempo de hacer el asegurado el abandono, debe declarar todos los seguros contratados sobre los efectos abandonados asi como los préstamos tomados á la gruesa sobre ellos, y hasta que haya hecho esta declaracion no empezará á correr

el plazo en que deba ser reintegrado del valor de los efectos.

ART. 912. Si cometiere el asegurado fraude en la declaracion que prescribe en el artículo precedente, perderá todos los derechos que le competian por el seguro, sin dejar de ser responsable á pagar los préstamos que hubiese tomado sobre los efectos asegurados, no obstante su pérdida.

ART. 913. Admitido el abandono ó declarándose válido en juicio, se transfiere al asegurador el dominio de las cosas abandonadas, correspondiéndole las mejoras ó perjuicios que en ellas sobrevengan desde el momento en que se propuso el abandono.

ART. 914. El regreso de la nave despues de admitido el abandono, no exonera á los aseguradores del pago de los efectos abandonados.

ART. 915. Se comprende en el abandono de la nave, el flete de las mercaderías que se salven, aun cuando se haya pagado con anticipacion, y se considerará como pertenencia de los aseguradores bajo la reserva del derecho que compete á los prestadores á la grucsa al equipaje por sus sueldos, y al acreedor que hubiere hecho anticipaciones para habilitar la nave, ó para cualesquiera gastos causados en el último viaje.

ART. 916. El abandono de las cosas aseguradas no puede hacerse sino por el mismo propietario, por el comisionado que hizo el seguro, ó por otra persona especialmente autorizada por el mismo propietario.

ART. 917. En caso de apresamiento de la nave, pueden el asegurado y el capitan en su ausencia proceder por sí al rescate de las cosas comprendidas en el seguro, sin concurrencia del asegurador, ni esperar instrucciones suyas cuando no haya tiempo para exigir las, quedando en la obligacion de hacerle notificar el convenio hecho desde luego que haya ocasion para verificarlo.

ART. 918. El asegurador podrá aceptar ó renunciar el convenio celebrado por el capitan ó el asegurado, intimando á este su resolucion en las veinte y cuatro horas siguientes á la notificacion del convenio. Aceptándolo, entregará en el acto la cantidad concertada por el rescate, y continuarán de su cuenta los riesgos ulteriores del viaje conforme á los pactos de la póliza del seguro. Desaprobando el convenio, ejecutará el pago de la cantidad asegurada, y no conservará derecho alguno sobre los efectos rescatados. Si no manifestare su resolucion en el término prefijado, se entenderá que ha renunciado al convenio.

ART. 919. Cuando por efecto de haberse represado la nave se reintegrase el asegurado de la propiedad de sus efectos, se tendrá por averia todos los perjuicios y gastos causados por su pérdida y será de cuenta del asegurador satisfacerlos.

ART. 920. Si á consecuencia de la represa pasaren los efectos asegurados á la posesion de un tercero, podrá el asegurado usar del derecho de abandono.

ART. 921. En los casos de naufragio y apresamiento tiene obligacion el asegurado de hacer las diligencias que permitan las circunstancias para salvar, ó recobrar los efectos perdidos, sin perjuicio del abandono que le competa hacer á su tiempo. Los gastos legítimos hechos en el recobro serán de cuenta de los aseguradores hasta la concurrencia del valor de los efectos que se salven, sobre los cuales se harán efectivos por los trámites de derecho en defecto de pago.

ART. 922. No se admitirá el abandono por causa de inhabilitacion para navegar, siempre que el daño ocurrido en la nave fuere tal que se la pueda rehabilitar para su viaje.

ART. 923. Verificándose la rehabilitacion responderán solamente los aseguradores de los gastos ocasionados por el encalle ú otro daño que la nave hubiere recibido.

ART. 924. Quedando absolutamente inhabilitado el buque para la navegacion, se practicarán por los interesados en el cargamento que se hallen presentes, ó en ausencia de ellos por el capitán, todas las diligencias posibles para conducir el cargamento al puerto de su destino.

ART. 925. Correrán de cuenta del asegurador los riesgos del trasbordo y los del nuevo viaje, hasta que se alijen los efectos en el lugar designado en la póliza del seguro.

ART. 926. Asimismo son responsables los aseguradores de las averías, gastos de descarga, almacenaje, reembarque, escedente de flete y todos los demas gastos causados para trasbordar el cargamento.

ART. 927. Si no se hubiese encontrado nave para transportar hasta su destino los efectos asegurados, podrá el propietario hacer el abandono.

ART. 928. Los aseguradores tienen para evacuar el trasbordo y conduccion de los efectos el término de seis meses, si la inhabilitacion de la nave hubiere ocurrido en los mares que circundan la Europa desde el estrecho del Suint hasta el Bósforo, y un año si se hubiere verificado en lugar mas apartado, contándose estos plazos desde el dia en que se les hubiere intimado por el asegurado el acaecimiento.

ART. 929. En caso de interrumpirse el viaje del buque por embargo ó detencion forzada, lo comunicará el asegurado á los aseguradores luego que llegue á su noticia, y no podrá usar de la accion de abandono hasta que hayan transcurrido los mismos plazos prefijados en el artículo anterior. — Los asegurados están

obligados á prestar á los aseguradores los auxilios que estén en su mano para conseguir que se alze el embargo, y deberán hacer por sí mismos las gestiones convenientes á este fin, en caso de que por hallarse los aseguradores en país remoto no puedan obrar desde luego de comun acuerdo.»

Mucho se engaña quien en los precedentes artículos crea que ha de encontrar resueltas todas cuantas dificultades pueden ocurrir en esta parte, entre aseguradores y asegurados. Nuestro código de comercio adolece de graves vicios é imperfecciones, y acaso no sea la menos defectuosa esta parte en que trata de los seguros y del abandono. Al paso que se encuentran en ciertos artículos impertinentes prolijidades, falta en otros la decision de las mas árduas cuestiones, y aun se notan disposiciones contradictorias é inconciliables. Pocos han sido hasta aquí los jurisconsultos que se han ocupado en comentar nuestro moderno código de comercio, y esos suelen estar poco acordes en sus interpretaciones. Mayor ha sido ciertamente la diferencia en las decisiones que han recaído acerca de un mismo asunto en diversos tribunales de comercio, y tribunales superiores ó audiencias. Procuraremos dar razon con cuanta brevedad nos sea posible de estos defectos de nuestra actual legislacion, de las diferentes interpretaciones de los artículos dudosos, y de las dificultades que ó bien están todavía por resolver, ó bien no están satisfactoriamente resueltas.

El artículo 901 debiera comprender tambien ó indicar por lo menos el caso marcado en el artículo 908: si bien este defecto puramente de redaccion y de método, no puede dar origen á ningun género de dudas. Tampoco se dice en este artículo como debiera, que los contratantes puedan estender el abandono á casos no marcados en la ley. Otra dificultad mas grave se presenta, que si bien se resuelve por razon sin dificultad alguna, no está decidida en este artículo. Supuestos ciertos casos, tiene derecho el asegurado ó bien á pedir la reparacion del daño causado por el siniestro, ó bien á hacer abandono de los objetos, reclamando por entero el valor del seguro. Ahora bien, ¿esta opcion que tiene el asegurado, la tiene en algun caso el asegurador? ¿Puede este último exigir el abandono en ciertos casos en que le convenga mas que el abono de averías; como por ejemplo, cuando sea tal la subida esperimentada en los precios de las mercancías aseguradas que esceda al importe de su deterioro? Por argumentos de pura razon puede decidirse que nó: pero el código está mudo en esta materia.

Mucho mas defectuoso es el artículo 902, el cual puede dar origen á reñidos y largos pleitos entre aseguradores y asegurados, á causa de estar en abierta contradiccion con otros del mis-

mo código: á saber, con los artículos 835 y 871. Este último dispone que acerca del tiempo en que hayan de correr los riesgos por cuenta de los aseguradores, se observará lo dispuesto en el artículo 835, para con los prestadores á riesgo marítimo. El artículo 835 determina que en cuanto á las mercaderías correrá el riesgo desde que se carguen en la playa del puerto de su expedición hasta que se descarguen en el de la consignación.

Tenemos por consiguiente un artículo, que hace comenzar el riesgo de los aseguradores desde que se embarcaron las mercancías: segun otro solo empieza desde que comienza el viage. Cuantas interpretaciones se han querido hacer para conciliar ambas disposiciones, nos parecen arbitrarias dado el sentido que tienen las voces en nuestra lengua. En un tratado reciente de jurisprudencia mercantil leemos: «Esta contradicción se resuelve entendiendo las palabras del artículo que se comenta despues de comenzado el viage, por despues de comenzado el viage asegurado» cuya interpretación por ingeniosa que pueda ser, es arbitraria, fundándose en la suposición de lo que ni dice el artículo, ni deja de ser oscuro aun cuando lo dijera. Bien claro y sabido es lo que por comenzar el viaje se entiende, y el viaje no comienza cuando se embarcan las mercancías.

Así es que supuesta la pérdida de un buque antes de darse á la vela y despues de embarcada su carga, puede ocurrir un árduo litigio entre los asegurados y los aseguradores de las mercancías. Aun parece que este caso ha ocurrido en alguno de los tribunales del reino. Siendo así se pudieron fundar los aseguradores para resistir el abandono en la clara disposición del artículo 902, y sostendrian que el artículo 701 no debia entenderse sino con respecto á la acción de avería y no á la acción de abandono. Sus contrarios afirmarian al mismo tiempo, fundados en los artículos 871 y 835 que el riesgo comienza para los aseguradores desde que entran las mercancías en la nave.

El artículo 903 previene que no ha de ser ni parcial, ni condicional el abandono; en cuanto á la primera parte puede ocurrir en ciertas ocasiones la duda de si un abandono es parcial, ó en otros términos, de si hay uno ó mas seguros diferentes. ¿La identidad ó no identidad de un seguro, habrá de inferirse de la variedad de los objetos asegurados ó de la variedad de las personas que son aseguradas ó aseguradores? De ningun modo un solo seguro puede comprender objetos diversos, estenderse á diversos asegurados, y obligar á distintos aseguradores. ¿Se deducirá del hecho de haber una sola ó varias pólizas? Puede haber póliza que no sea sino el complemento de otra. A veces tambien una póliza comprende diversos seguros. Basta con esto para probar que la dificultad de-

biera haber sido resuelta por un artículo. Una línea escrita en un código puede ahorrar gran multitud de pleitos y muchas piezas de autos.

Los plazos que se fijan para el ejercicio de esta acción en los artículos 904 y 905 empiezan á contarse desde la fecha en que se recibió esta noticia, y los artículos 906 y siguientes señalan los medios de comprobar estas fechas. Estas noticias se tienen por recibidas entre otros casos, desde que se hicieron notorias entre los comerciantes de la residencia del asegurado. Pero jurídicamente ¿hay algo mas difícil de comprobar que la notoriedad?

Segun el artículo 308 los aseguradores podrán hacer abandono cuando no haya noticia de la nave al cabo de cierto tiempo, siempre que lo hagan en los plazos señalados en el artículo 904. Pero al hacer la diferencia entre los diversos puntos, segun cuya distancia se alargan ó se acortan estos plazos ¿á qué habremos de atenernos? ¿al puerto á donde se dirige la nave? ¿ó aquel de donde se recibieron sus últimas noticias?

Otras dudas pudiéramos señalar á que dan origen los artículos del código sobre abandono. Nos ceñiremos sin embargo á las dificultades ya espuestas, las cuales demuestran que el mas moderno de nuestros códigos necesita de reforma.

No por esto se ha de creer que son mucho mas perfectas las leyes por las cuales se rijen en esta materia las naciones mas avanzadas en navegacion y comercio. Al contrario, las leyes inglesas son mas oscuras y equívocas que las nuestras. Entre nosotros es cosa determinada que no puede hacerse abandono sino cuando media ó pérdida total, ó deterioro que ascienda por lo menos á las cuatro quintas partes del valor del objeto asegurado. La legislacion inglesa es menos esplicita. Solo está decidido que un deterioro que no importe mas de 48 por 100 sobre el valor de las mercancías aseguradas, no autoriza el abandono. Por el contrario, si la parte que se salvase de un cargamento no importáramas que su flete, la pérdida se entiende que es total y el abandono procede. Tampoco hay periodo señalado en Inglaterra dentro del cual haya el asegurado de hacer el abandono: la regla es que lo haga dentro de un plazo razonable despues de tener noticia de la pérdida. Cualquiera dilacion no necesaria en hacer abandono se interpreta como decision de no hacerlo.

Si pasamos á considerar esta práctica del abandono tan generalizada en el comercio desde el punto de vista de la legislacion filosófica, encontraremos que adolece de graves inconvenientes la estension que se le ha dado. La conveniencia de esta práctica comercial, dice un escritor muy entendido en esta materia, parece muy cuestionable. El objeto del seguro es hacer responsable al asegu-

:

rador de los daños ó pérdidas que ocurran. Pero este objeto no es el que se tiene á la vista cuando se le obliga á pagar lo mismo que si fuese total la pérdida cuando no ha sido sino parcial. El capitán y la tripulación han sido escogidos por los dueños del buque, están á su servicio, y á ellos son responsables de su conducta. Pero en el caso de que un navío sufra bastante daño para autorizar el abandono, el capitán y la tripulación quedan al servicio de los aseguradores, los cuales ni han sido quienes les han dado su sueldo, ni aun acaso los conocen. Es cosa sabida que una disposición legal como esta no puede menos de ocasionar grandes perjuicios, y de hecho trae consigo abusos considerables. Por consiguiente, nos inclinamos á pensar que el *abandono* no debe estar autorizado mientras se sepa que existe algún resto de la propiedad: sino que este resto debe continuar á disposición de los dueños y de sus agentes, mientras los aseguradores solo deben ser responsables del daño que haya realmente acaecido. Según el mismo escritor el primer caso de abandono ocurrió en la jurisprudencia inglesa por el año de 1744, y encontró resistencia en algunos magistrados.

ABARCA (D. Sancho Garcés.) Primer rey de este nombre de Aragon. Difieren mucho los historiadores sobre el nacimiento y origen de este príncipe. Los mas antiguos cronistas, y entre ellos el arzobispo don Rodrigo, lo refieren de esta manera: Cuando los moros acometieron y mataron á los reyes D. García y doña Urraca, hallábase presente un caballero, señor de la casa y solar de Abarca y del linage de Guevara, quien no pudiendo defender las vidas de los príncipes recogió y dió sepultura á sus cadáveres. Mas encontró que por una de las heridas del de la Reina asomaba la mano de un niño que se esforzaba por venir á la vida. El caballero sacó entonces su puñal, hizo mayor la herida del cadáver, y tomando al póstumo, retiróse con él al lugar mas escondido de la montaña, donde lo crió de oculto durante todo el interregno que suponen los narradores de esta historia, por ignorar que á D. García sucedió su hijo mayor don Fortuño. Cuando el príncipe tenia veinte años, fué llevado á las córtes del reino y presentado á ellas por su padre adoptivo en traje tosco y calzado montañés de *abarca*s. Del traje y calzado de don Sancho suponen algunos que vino á este príncipe su nombre, y del hurto cometido en su persona el de *Ladron* á la noble familia de los *Guevaras*. Refiere pues la historia antigua del monasterio de San Juan de la Peña, sito en el reino de Aragon, que estando ante las córtes tomó el caballero á D. Sancho entre sus rodillas y contó en voz alta el suceso de su nacimiento, alegando el testimonio de muchos de los presentes y ofreciendo pelear con quien dijese lo contrario. Por fortuna era

muy parecido el jóven príncipe á su difunto padre, y satisfechos con esto los concurrentes le aclamaron por Rey repitiendo con tan grande como inesperada alegría: *viva don Sancho nuestro Rey.*

Historiadores mas modernos y entre ellos el ilustrado Abarca creen fabulosa esta narracion, fundados en pruebas cronológicas y otras razones que parecen de gran peso. En el año 911, dice este cronista, esto es, 25 años despues del maravilloso nacimiento de D. Sancho, estaba ya casada su hija doña Nunilo Jimena con don Fruela, despues Rey de Aragon, lo cual no puede suponerse si el nacimiento de D. Sancho no tuvo lugar antes de la muerte de su padre. Ultimamente don José Pellicer en su obra *Justificacion de la grandeza de primera clase de la casa del conde de Miranda*, publicada en el año de 1668, prueba con documentos fehacientes que el príncipe cuyo nombre sirve de epígrafe á este artículo, no era hijo del Rey don García Iñiguez, sino nieto suyo.

Conservó y engrandeció don Sancho sus estados recuperando muchas ciudades perdidas en tiempo de su padre en Sobrarbe y en Rivagorza y persiguiendo á los árabes con tanta obstinacion como buen suceso. Conquistó pues el que se llamaba entonces ducado de Cantabria, sujetó al pais Vascongado, estendió su dominacion por la parte de Occidente hasta llegar á los montes de Oca, y por la de Oriente hizo tributarios suyos á todos los pueblos situados entre la ria y las ciudades de Tudela y de Huesca. Mandó labrar muchos castillos y poblar los lugares que estaban desiertos, y prosiguió la guerra con tanta constancia que conquistó muchos lugares de la Carpetania y de la Celtiberia.

Mas no siempre fué favorable á don Sancho la fortuna, pues Abdelrhaman III, enviando un ejército á Navarra en el año 920 venció y derrotó á los cristianos en diferentes encuentros. En esta ocasion no mandaba ya el ejército el Rey don Sancho, sino su hijo don García, á quien por sus años y por sus achaques habia confiado el gobierno del reino. Procuró pues el desgraciado don García reponerse de su derrota, y entre tanto los árabes atravesando todo el Aragon, y aun ocupando muchas de sus mas importantes ciudades, entraron en Francia por Oloron y llegaron hasta Tolosa. Batidos en este pais, repasaron el Pirineo, y en el sitio llamado de Ollati fueron acometidos por los habitantes del valle del Roncal, vencidos, derrotados y perseguidos por espacio de tres leguas. Cuentan las crónicas que una muger del valle del Roncal que peleaba entre los soldados, cortó la cabeza á Abdelrhaman, general de las tropas enemigas.

Mejorado don Sancho de sus achaques, volvió á tomar el mando de las tropas con ánimo de reconquistar las ciudades de Nájera y de Viguera que habian caido en poder de los moros. Al efec-

to, imploró la ayuda de don Ordoño, Rey de Leon, y sitiando á la vez aquellas dos ciudades, consiguieron tomarlas con poco esfuerzo.

Apoderóse D. Sancho en sus últimos dias de la ciudad de Pamplona dando libertad á la multitud de cristianos que gemian en sus calabozos, y murió en 926 á los 20 años de su reinado.

ABDALAH. Era hijo del emir de Córdoba Mohammed, pero no ascendió al trono por muerte de este príncipe, y si su hermano menor Almondhir, á quien acompañó en diferentes expediciones contra los cristianos, y especialmente en el sitio de Toledo. Muerto Almondhir en esta campaña, dejó Abdalah el mando del ejército á uno de sus generales, y marchó á Córdoba con la caballería de su guardia para apoderarse del trono. Aunque bien quisto de esta poblacion y nombrado por su hermano para sucederle, no estaba el nuevo emir exento de rivales: pues habiendo dejado hijos el difunto monarca, y viviendo tambien dos menores de Alhaken era de temer que aspirasen al trono. Sin embargo, los primeros fuese por su corta edad ó por no estar rodeados de ambiciosos consejeros, no mostraron semejante pretension; y los segundos mas bien que injurias solo recibieron beneficios del nuevo soberano. Cuentan, pues, los historiadores que el mismo dia en que murió Almondhir habia mandado decapitar á los hijos de Alhaken por temor de que turbasen la paz del reino; y que apenas hubo llegado á Córdoba Abdalah no solo mandó suspender la ejecucion de este suplicio, sino que restituyó sus bienes á los condenados, nombrando al uno gobernador de Jaen, destino que habia tenido su padre: y gefe al otro de la caballería de su guardia. Este acto de singular clemencia aumentó el afecto del pueblo hácia el nuevo soberano que fue proclamado emir sin contradiccion alguna.

Mas apenas hubo Abdalah subido al trono ocurrieron en sus dominios sucesos desagradables que le impidieron de reinar pacíficamente. Ademas de las rebeliones de Caleb y de Hafsoun que turbaban la paz del reino como en los tiempos anteriores, tuvo el nuevo soberano que acudir á sofocar la insurreccion de Sevilla capitaneada por su hijo Mohammed, wali de aquella ciudad, la de Lisboa cuyo wali hostilizaba á los gefes que guardaban las fronteras del Duero, y la de Mérida, á cuya cabeza acababa de ponerse el cadí ó juez Souleyman.

No desmayó sin embargo Abdalah á vista de tantos peligros, sino que tan animoso como prudente dió al wazyr Abou Othman el mando de una escuadra para que fuese con ella á sujetar á Lisboa; mandó á su segundo hijo Abdelrhaman á Sevilla para que propusiese á su hermano una avenencia, y marchó el mismo con

el ejército destinado á sitiar á Toledo, á Mérida donde entró sin ser esperado. Prosternóse á sus pies el cadí rebelde, y el emir le perdonó condecorándole mas tarde con el título de wazyr para que nunca tuviese que arrepentirse de su confianza: ejemplo digno de larga conmemoracion porque revela cuan sábia y prudente fue en muchas ocasiones la política de los árabes. Conducta tan acertada no pertenece por cierto á esas edades bárbaras en que las pasiones son el único móvil de la política, y los ímpetus del corazon la norma de los gobiernos, sino á estas otras épocas de civilizacion y de cultura en que la prevision, el cálculo y la sabiduría son consideradas como las primeras y principales dotes de todo buen gobernante.

Dueño Abdalah de Mérida, encaminóse hácia Toledo para continuar el sitio: mas estuvo á punto de abandonarlo porque algunos partidarios de Caleb (véase CALEB) suscitaron una rebelion en Córdoba, que habria sido funesta para el emir si las autoridades no hubieran acudido prontamente á sofocarla, castigando con alguna severidad á sus gefes. Asi pudo Abdalah proseguir su campaña con los hijos de Hafsoun á quienes dió una batalla campal en un llano próximo á las orillas del Tajo, derrotándolos y poniéndolos en vergonzosa retirada. Y como los rebeldes quisiesen atravesar el rio para poner en salvo sus vidas, perecieron ahogados muchos de ellos, fuera de los que habian muerto por el acero enemigo. (Véase HAFSOUN).

Para alimentar á su ejército en medio de un campo devastado por tan larga y desastrosa guerra, tenia Abdalah que conducir grandes convoyes que embarazaban muchas veces sus movimientos. Habiéndose apoderado Caleb de uno de aquellos convoyes, viéronse faltas de víveres las tropas del emir, quien tuvo necesidad en esta ocasion de sitiar todas las plazas fuertes de los rebeldes para evitar que pereciesen de hambre los suyos. Asi cayeron en su poder los pueblos de Uclés, Huete, Pouli y mas adelante todo el valle del Tajo, quedando cortada de este modo la comunicacion entre la frontera del Este y los insurgentes de Toledo, cuyo sitio pudo ser desde entonces mas riguroso y estrecho.

En el se hallaba el emir cuando tuvo noticia de que su hijo Mohammed habia negado la entrada en Sevilla á su hermano Abdelrhaman, y de que los partidarios de Hafsoun, habian sublevado muchos pueblos del reino de Jaen, levantando una columna de 7,000 hombres que ponian á contribucion todo aquel territorio. Por fortuna Abou-Hothman habia logrado vencer á los insurrectos de Lisboa, apoderándose del rebelde wali pudiendo de este modo Abdalah dirigir mayor número de fuerzas contra la nueva rebelion. Mandó al efecto al wali de Jaen, quien como fuese batido

por los levantados con pérdida de 6,000 hombres, el mismo emir se puso al frente de su guardia y de las milicias andaluzas y con ellas se apoderó de Jaen y de Loja y derrotó á los rebeldes, que en muy corto número tuvieron que atrincherarse en sus montañas.

Digamos ahora algunas palabras, pues que otra cosa no permiten los límites de este artículo, sobre estas disensiones sangrientas que dividieron á las razas árabes durante su larga dominacion en España. La monarquía de los sarracenos teniendo por base el Koran que es la unidad de la religion, de la ley civil y del Estado, tendia constantemente á su division y á su fraccionamiento, sin que los hombres eminentes que alguna vez empuñaron el cetro hubiesen bastado á otra cosa que á detener por un corto espacio de tiempo esta obra de disolucion y de ruina. Habia querido Mahoma confundir y amalgamar entre sí por medio de una ley teocrática y vigorosa las diferentes razas árabes enemigas por sus costumbres, por sus creencias y por sus hábitos. (Véase *Mahoma*.) Y en efecto, si algo habia que fuese capaz de producir esta mudanza fuera del cristianismo era 1.º un código de la especie del Koran que estableciendo una autoridad omnipotente, impusiese á aquella sociedad por medio de la espada y en nombre de la fé los vínculos que rechazaba la propia naturaleza; y 2.º supuesta esta creencia comun, el hábito de propagarla por medio de la conquista, lo cual por una parte mantenía siempre estrecho el lazo de la fé, y por otra creaba otro nuevo vínculo entre las partes heterógeneas de aquella sociedad, el de la comunidad de pasiones, de necesidades, de glorias y de peligros. Dos eran pues las condiciones esenciales para que se hubiera mantenido floreciente el imperio de los árabes, primera la fé ciega, profunda, universal, idéntica en el Koran; y segunda la guerra. Veremos en su lugar correspondiente como divididos en multitud de sectas los intérpretes de aquel libro, dejó tambien de ser una la creencia religiosa, moral y política, manteniendo por consiguiente esta diferencia de opiniones las rivalidades primitivas entre las razas árabes. En cuanto á la guerra con los cristianos, la historia enseña como al punto que ella se suspendía faltando á la sociedad uno de los vínculos principales de su union, suscitábase de nuevo las antiguas rivalidades, y estas razas ardientes, apasionadas, belicosas, volvian unas contra otras las armas que antes emplearan contra el comun adversario. La sociedad árabe necesitaba pelear cualesquiera que fuesen el motivo, el fin ó los enemigos contra quienes se dirigiese su lucha. Hé aqui explicado á nuestro parecer el constante decaimiento de la monarquía sarracena: hé aqui el secreto de sus sangrientas discordias y de sus interiores guerras.

Asi todas las insurrecciones de que hemos hablado y otras que

referiremos mas adelante, aunque solian tener ocasion en accidentes transitorios, en sus ambiciones puramente personales, revelaban todas en su fondo un motivo mas grave y profundo, una rivalidad de tribu, ó una diferencia de raza. ¿Qué era por ejemplo la insurreccion de Jaen sino la lucha de los alarabes y los mauliddinos que conservaban los ódios y las pasiones del desierto con los sirios de Córdoba, que favorecian la imprudente parcialidad de los Ommiadas? ¿La larga y terrible insurreccion de Caleb es otra cosa que una protesta del inculto africano del desierto contra el árabe enmuellecido de las ciudades?

Anudando pues nuestra narracion, diremos que Abdalah no fué menos venturoso en sus espediciones que su hijo Abdelrhaman en la que hizo contra los rebeldes de Andalucia, pues marchando aquel príncipe á la cabeza de un numeroso ejército se apoderó de Carmona y de Sevilla, y derrotó en batalla campal á Mohammed, que herido y prisionero murió en un calabozo de sus propias dolencias segun unos historiadores, ó envenenado por mandato de su padre como otros aseguran.

Y como sino fuese bastante la sangre derramada en tantos combates, apasionáronse en aquel tiempo los árabes por una costumbre que debia hacerla derramar de nuevo. No es cierto que el duelo tenga esclusivamente su origen en la Germania, pues las crónicas árabes manifiestan que semejante costumbre era conocida desde los tiempos mas remotos entre las tribus que habitaban la parte septentrional del Africa. Cuenta la historia que uno de los usos mas característicos de aquellas tribus era el de decidir sus diferencias por medio del desafio entre algunos de sus individuos. No pudiendo luego la civilizacion abolir esta práctica, procuró regularizarla, y la sometió casi á las mismas leyes con que la conocemos hoy. Pero cuando mas se desenvolvió entre los árabes la passion por el duelo, fue en el emirato de Abdalah. El wazyr Abdelmelek desafió y mató á Omar, favorito de aquel príncipe: Mutarraph, hijo del emir Mohammed, vengó la muerte de Omar, matando en un duelo á Abdelmelek. Esta costumbre hizo tambien grandes estragos en el campo de Caleb, donde se habian reunido momentáneamente los árabes y los berberiscos para hacer la guerra al emir. El poeta Said ben Souleyman, uno de los mas nobles gefes de la tribu de los Maulidinos reunia, segun cuenta la crónica árabe «las diez cualidades esenciales á todo cumplido caballero: la bondad, el valor, la nobleza, la cortesía, el don de los versos, la elocuencia, y la fuerza y la destreza para manejar el arco, la lanza y la espada.» Habiendo abrazado este gefe la causa de la rebelion mas bien por ódio á los emires que por amistad con el mismo Caleb, no era extraño que por el menor incidente quedase disuelta tan forzada alianza. En efecto, así

sucedió: y como Saïd hubiese desafiado á Caleb no habiendo por falta de este último llegado á verificarse el desafío, le atacó en medio del campo en la primera ocasion que pudo encontrarlo, le derribó del caballo, y habríale muerto sin duda, si sus mismos amigos no hubieran sosegado su furia. Entonces abrazó Saïd la causa del emir, recibiendo en premio de su mudanza el mando de la provincia de Elvira.

Otra calamidad no menos horrible que la de la guerra affligió por este tiempo á la desventurada España. A muchos años de esterilidad sucedió un hambre espantosa, en que se cuenta que los pobres se devoraban unos á otros. La miseria general del pais ocasionó una asoladora peste, en la que faltando quien diese sepultura á los cadáveres, solian los enfermos ir á morir á los cementerios por temor de que sus cuerpos quedasen insepultos.

Fácil hubiera sido á Abdalah calmar las inquietudes del reino si le hubiera sido posible promover sin peligro una nueva guerra contra los cristianos; mas la política le impedia de hacerlo, porque declarando la guerra á los castellanos se privaba de su importante cooperacion para contener las escursiones de los rebeldes partidarios de los hijos de Hafsoum. Ocurrió en este mismo tiempo la victoria alcanzada sobre estos últimos por Alfonso III en la ciudad de Zamora (véase ALFONSO III), y este suceso, que estrechó la alianza entre los monarcas de Córdoba y de Casilla, produjo grande descontento entre los súbditos de Abdalah que miraron en él no la derrota de una tribu desebodiente y rebelde, sino la muerte de millares de sus hermanos y la humillacion de los estandartes de Mahoma. Con motivo de una nueva embajada que mandó el emir al rey de Castilla, fué acusado por el pueblo de hacer traicion á los intereses de la fé, llegando á tal punto la animosidad de algunos *Khatib* (lectores) que el nombre de Abdalah fue omitido en las oraciones públicas de los templos. En la mezquita de Sevilla se substituyó á aquel nombre el de Mokthasid Billat, Kalifa-del oriente, y el de Alkaisin, que vivia desterrado en aquella ciudad por orden del mismo emir. Enterado Abdalah de este desacato mandó prender á Alkaisin, que murió envenenado en su calabozo segun la bárbara costumbre de los califas de Oriente, y desterró de Sevilla á algunos ulemas (sabios) tenidos por partidarios suyos.

Queriendo aprovecharse Caleb de tantos gérmenes de discordia como traian inquieto el reino del emir, se disfrazó de mendigo y entró en Córdoba con ánimo de alentar á sus parciales á una nueva rebelion. Pero un suceso imprevisto vino á frustrar los planes de Caleb. Cuenta un célebre historiador que Souleyman, el antiguo cadí de Mérida, perdonado por Abdalah, habia compuesto una sátira contra él, designándole con los epitetos mas injuriosos,

tales como el de *jumento*, y burlándose de sus ministros, diciendo de ellos que *llevaban al asno por la brida*. Enterado el emir de este insulto mandó llamar al poeta, y así que le tuvo delante, «por
 »Ala, le dijo, amigo Souleyman, que al caer sobre tí la lluvia de
 »mi justicia ha dado en malo y estéril terreno. Después de ha-
 »berte hecho conocer mi prudencia, debería hacerte experimentar
 »mi justicia, pues que tan flaco de memoria eres para recordar
 »mis gracias. Sin embargo de todo quiero que vivas y me recites
 »tus versos cuando yo te lo mandare. Y para que veas el caso
 »que hago de ellos quiero que me pagues 1,000 piezas de oro
 »por cada uno; y si mas hubieses cargado tu jumento, mas pesa-
 »da sería ahora tu carga.» Dispensado hasta de pagar la multa el pobre poeta, arrojóse á los pies del emir, y queriendo corresponder á sus beneficios le declaró la venida de Caleb. Temeroso Abdalah de que el mismo Souleyman avisase á los partidarios del gefe rebelde, puso en guarda su persona: mas advertido de todo Caleb, tuvo tiempo para salir de la ciudad, y aunque la justicia prendió á muchos de sus parciales, nada pudo averiguar sobre su paradero. Al poco tiempo reunió Caleb su ejército cerca de Calatrava, y habiendo querido sostener una batalla campal contra las tropas victoriosas del emir, quedó derrotado en ella, teniendo que ponerse con sus huestes en precipitada y vergonzosa fuga. Mandaba por este tiempo el ejército de Abdalah el anciano y valiente Othman, á quien tantas victorias debía la combatida causa del Islamismo; pero deseando el príncipe Almodhaffer distinguirse al frente de las tropas, rogó á su padre el emir que separase del mando al virtuoso Othman bajo pretexto de su edad y de sus achaques. Negóse Abdalah á las pretensiones de su hijo, pero temeroso el wazyr de incurrir en la desgracia del futuro soberano, adelantóse él mismo á dejar el mando que le codiciaban, y que recayó en el impetuoso Almodhaffer. Puesto este príncipe al frente de las tropas derrotó á los rebeldes en diferentes encuentros, obligando por último á Caleb á refugiarse dentro de los muros de Toledo.

Era Abdalah aficionado á la poesia segun cuenta la crónica, y con especialidad á los epigramas y á las sátiras: pasión poco conveniente sin duda para un soberano. Dicen los historiadores árabes que habiendo hecho Abdalah una sátira contra Souleyman bem, Wenanzos, gefe de su guardia y ministro de su Consejo, hombre duro de carácter y severo en sus costumbres, le llamó á su palacio para leerla en su presencia. Apenas tuvo sufrimiento el orgulloso berberisco para acabar de oír la sátira de su monarca, á quien con tono desapacible dijo: «si los hombres fueran menos insensatos no vendrían á este palacio para sufrir vuestras humillaciones y vuestros

insultos; pero la vanidad nos ciega, y por eso nuestros desengaños no acabarán sino con la muerte.» Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, salió del palacio sin pedir permiso ni saludar siquiera al emir; y no volviendo á presentarse en la Corte fué exonerado de su empleo. Pero como no pasase mucho tiempo sin que Abdalah conociese la falta que el *honrado bárbaro*, como él mismo le llamaba, hacia en su consejo, le envió á uno de sus wazyres para que en su nombre le rogase que volviera á su palacio. Cuando Souleymam hubo escuchado el mensaje, no se dignó ofrecer asiento á Mohammed, segun era costumbre entre los árabes, y arrojó sobre él una mirada de desprecio. Ofendido el mensajero «¿no sabes, le dijo, que soy como tú, uno de los wazyres del emir? ¿Por qué no me tributas el honor que se me debe?» «Mohammed, le respondió el berberisco, para mí ha pasado el tiempo de esas vanas ceremonias; estas eran buenas cuando yo era esclavo como tú; pero no ahora que soy libre como ves.» No habiendo podido obtener otra respuesta del altivo Souleymam retiróse el enviado á dar parte de ella al emir, quien perdonó á su antiguo consejero la mala acogida que habia hecho á su representante.

Tanto dolor causó á Abdalah la pérdida de su madre, á quien amaba con extremo, que le quitó el sueño, la razon, y por último la vida en el mes de noviembre del año 912. Cuando el emir conoció que se acercaba su última hora, nombró sucesor suyo á su nieto Abdelrhaman, hijo de Mohammed, como si hubiese querido indemnizar así á este último de la pérdida de su corona. Este ejemplo, y otros que citaremos en su lugar correspondiente, prueban que entre los árabes no se conocia otra ley para la sucesion de la corona que la caprichosa voluntad del último monarca, voluntad que por otra parte no tenia mas restriccion que el temor de las insurrecciones.

Quince años duró el reinado de Abdalah. En ellos vióse precisado este Príncipe á sofocar muchas rebeliones nacientes, y á contener las eternas insurrecciones de las tribus enemigas. Reducido unas veces su poder al estrecho recinto de Córdoba, combatido otras por sus propios hijos, y disputado siempre por las huestes del atrevido y ambicioso Caleb, parecia imposible que el imperio de los emires se sostuviera por tan largo tiempo, sino hubiera sido ocupado el trono por un monarca firme en sus resoluciones, constante en sus propósitos, prudente en su conducta, é ilustrado en su política: por un monarca tan justo y severo con los rebeldes, como clemente y humano con los vencidos: por un monarca en fin que haciéndose superior á las preocupaciones de su secta y á las murmuraciones de los partidos, mantuviera la paz y alian-

za con los cristianos, únicos que por interés podían auxiliarle en sus guerras intestinas. Reuniendo Abdalah todas estas cualidades de príncipe, conservó apesar de tantos obstáculos el imperio de los emires, arrancó una provincia de mano de los rebeldes, é hizo vacilar á los insurrectos de Toledo.

Una sola falta echan en cara á Abdalah los historiadores mas severos, que es la muerte de su hijo Mohammed, el rebelde wazir de Sevilla; mas esta falta no aparece tan grave políticamente considerada. Era preciso reprimir con mano fuerte las continuas rebeliones de los partidos, era preciso que quien habia dado tan señalados ejemplos de clemencia no se mostrase débil á los ojos de sus enemigos, pareciendo que concedia por virtud lo que no podia negar por temor. Cuando en Toledo, en Jaen, en Mérida, en Lisboa, y en Sevilla ardia mas vivo que nunca el fuego de la insurrección, hubiera sido una clara señal de flaqueza conceder el perdón á todos los amotinados; porque la clemencia es justa y conveniente cuando el orden público y la ley no exigen grandes ejemplos de severidad y de justicia. Por otra parte, el príncipe cuya historia escribimos, apuró con su hijo Mohammed todos los medios posibles de conciliación y avenencia, y aun en castigarle tan severamente, habia quizá algo de esa justicia un poco bárbara que hace ostentación de su imparcialidad ahogando la voz de la sangre con mas fuerza y empeño que las inclinaciones generosas del corazón.

Mas apesar del talento y la política de Abdalah, el imperio de los Omniadas marchaba rápidamente á su fin, pues tantos eran los gérmenes de disolución que encerraba en su seno. Este príncipe, Abdelrhamam III, y el grande Almanzor, detuvieron por algunos años aquella obra de ruina, dando á la monarquía de los árabes dos siglos mas de existencia. Pero el principio de muerte estaba en la organización de aquella sociedad; en vano era pues tratar de estirparlo, mientras los hábitos, las razas, las creencias y las instituciones hubiesen permanecido invariables.

F. DE CARDENAS.

ABDALAH (abu) llamado el Zaquir hijo del Rey de Granada Abul Hacen y de la Sultana Zoraya, nació por los años de 1460 á 1464. Refieren las crónicas árabes que este príncipe tuvo gran fama desde sus primeros años por su habilidad en el manejo de las armas, por su afición á los desafíos, y por su carácter enérgico é impetuoso. Cuando su padre estrechaba el sitio de Alhama, tuvo noticia de que los descontentos de Granada tramaban una conspiración contra él, cuya cabeza era el mismo Abdalah. Corrió entonces el Rey al lugar de la intriga y mandó poner en una prisión á su

hijo con la Sultana Zoraya, apaciguando de este modo por algun tiempo la inquietud de los ánimos y la turbulenta animosidad de sus súbditos. Pero la rebelion estalló al cabo, y como Zoraya temiese por la vida de su hijo que estaba encerrado en la torre de Comares, acudió para libertarlo á la industria de sus doncellas, y al favor de sus parciales y sus caballeros. Hizo pues que las primeras descolgasen á Abdalah de la Torre en que se hallaba, y que sus partidarios que eran cada dia mas numerosos gracias á las crueldades de Abul Hacén, lo proclamarán Rey. Alborotóse la ciudad, acudió la guardia del wali que trabó combate con los rebeldes, quienes apoderándose del Albaycin se fortificaron en él é hicieron suya toda la parte próxima de la ciudad. En vano acudió mas tropa á la mañana siguiente, pues casi toda la poblacion se habia pronunciado por la causa del nuevo Rey, y aunque los partidarios de Abul-Hacén intentaron otro combate, fueron vencidos como en el primero. Entonces el destronado monarca pidió socorro á Zelim su hermano, con cuyas tropas se apoderó de la Alhambra y aun provocó una batalla en la parte llana de la ciudad, en que quedó completamente derrotado; pero no habiendo perdido la parte de la Alhambra que ocupaba, suspendiéronse las hostilidades, quedando sin embargo la ciudad dividida como ántes en dos campos enemigos. Forzado Abul-Hacén á salir de la Alhambra para socorrer á Loja que estaba sitiada por los cristianos, se apoderó Abdalah de aquella fortaleza creyéndose dueño con esto de todo el reino de Granada.

Al concluir su espedicion el anciano Rey, retiróse á Málaga donde mandaba su hermano Abdalah, llamado el Zagal, quien habiendo conseguido sobre los cristianos una señalada victoria, llegó á causar envidia á su sobrino el de Granada, dando motivo á que se murmurara por el pueblo de que mas valia el hermano del anciano Rey, que el rebelde príncipe que reinaba en la capital. Queriendo pues Zaquir alcanzar opinion de valiente y de esforzado, salió de Granada con ánimo de tomar á Lucena que estaba defendida por Don Diego de Mendoza y por otros ánimosos adalides. Llegaron los árabes á los muros de la ciudad, intimaron la rendicion á su alcaide, quien teniendo pedido socorro á los cristianos de la frontera, suplicó á Abdalah que le permitiese aconsejarse con Arrayaz Ahmed Abem Zeragh que venia entre su comitiva. Concediósele así el incauto Rey, y habiendo llegado la noche sin que los defensores de la ciudad hubieran determinado rendirse, empezó furioso el combate llevando al principio lo mejor de él las huestes agarenas. Mas habiendo recibido los cristianos el socorro que esperaban, vencieron y derrotaron á sus enemigos haciendo en ellos una horrible carnicería, y cojiendo prisionero á su

Rey que caído del caballo estaba oculto entre unas matas á orillas de un arroyuelo. Habiendo llegado á Granada la noticia de este desastre, se pasaron al partido de Abul-Hacen los parciales de Abdalah, apoderándose aquel príncipe sin resistencia alguna de la Ciudad y fortalezas que le habian sido usurpadas. La Sultana Zoraya mandó embajadores al Rey de Castilla para que tratasen del rescate de su hijo, á quien envió por otra parte grandes tesoros aconsejándole que comprase su libertad á cualquier precio, y si le era posible la alianza tambien del monarca, en cuya Corte se hallaba prisionero. Prometió Zaquir al Rey de Castilla por su rescate y alianza para conquistar los estados de su padre, perpetua sujecion y vasallage, pagarle cada año un tributo de doce mil libras de oro, ademas de la cantidad que de presente le ofrecia con trescientos cautivos cristianos: venir en su servicio siempre que se lo mandase así en paz como en guerra, y darle en rehenes á su hijo y único heredero. Pidió el Rey de Castilla el parecer á sus consejeros que andaban divididos en sus opiniones acerca de lo propuesto por el príncipe cautivo, pues unos querian dejar á este en esclavitud y otros pensaban que era mas conveniente ponerle en libertad, á fin de que continuando las desavenencias que traian inquieta á Granada pudiesen los monarcas cristianos sacar partido de esta division y de la necesaria debilidad que debia ella producir en el imperio de los sarracenos. Habiendo prevalecido al cabo este último parecer, fué Abdalah conducido á Cordoba y presentado al Rey de Castilla por el alcaide de Porcuna, siendo tratado con mucha afabilidad por aquel monarca que le abrazó llamándole su amigo. Firmado el convenio fue enviado Zaquir á Granada con buena compañía de caballeros cristianos, de lo que avisada la Sultana su madre, mandó á los principales de su Corte para que le recibiesen y escoltasen.

Mucho habia disminuido el bando de Abdalah despues de su última derrota, y mas aun cuando se hizo público su concierto con los cristianos. Mas no desmayaron por eso sus fieles amigos quienes introduciéndolo de noche en la ciudad, le pusieron en posesion de la Alcazaba y del Albaycin. La Sultana Zoraya repartió grandes tesoros entre el pueblo, y así volvieron á proclamar Soberano á Abdalah los mismos que pocos dias ántes habian prodigado este titulo á su padre Abul-Hacen.

Decidido este príncipe á combatir á los rebeldes juntó sus tropas, salió á las calles y los atacó con denodado esfuerzo. Todo era confusion, sangre y ruinas en Granada: quien proclamaba á Abdalah, quien ensalzaba el nombre de Abul-Hacen, y millares de cadáveres se veian tendidos en el campo de batalla, sin que llegada la noche se hubiese por una ó por otra parte decidido la victo-

ria. Suspendidas un momento las hostilidades reunió Abul-Hacen á su consejo para consultarles sobre el partido que convenia seguir en tan apurado conflicto. Despues que todos los consejeros hubieron emitido su opinion, manifestó la suya Cidi Alnayar, hijo del rey, quien le aconsejó que dejase las inquietudes y turbaciones del mando, y que pues el trono de Granada fluctuaba entre la usurpacion y las revoluciones, valia mas abandonarlo á hombros mas firmes, y caractéres menos gastados que los del Soberano lejítimo. Venido el siguiente dia aprestábanse todos para un nuevo combate. Ya el clarin de los rebeldes daba la señal de la pelea cuando un hombre de grande autoridad y conocida reputacion entre el pueblo, llamado Alyme Macer se arrojó en medio de los combatientes y les habló de esta manera: «¿que furor es el vuestro musulmanes? ¿Hasta cuando sereis tan desacordados y frenéticos que por las pasiones y codicia de otros os olvideis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mugeres, y de vuestra patria? ¿Cuan grave locura y ceguedad es la vuestra! ¿Cómo asi quereis ser victimas de la ambicion injusta de un mal hijo los unos y de un hombre sin valor y sin virtud los otros? Ambos pretenden y disputan un imperio que ni merecen ni saben defender. ¿No es vergonzoso que os dejeis matar por ellos? Muévaos pues la infamia ya que no es bastante á convenceros vuestro comun peligro. Si la sangre que inunda hoy las calles de Granada hubiera sido derramada en defensa de nuestra fé, ya nuestras banderas ondearian vencedoras en las márgenes del Guadalquivir y en las orillas del apartado Tajo. ¿Esperais por ventura que el nombre del Zaquir, ó la vana sombra del Xeque (nombre que daban á Abul-Hacen) Reyes sin fuerza ni poder os defiendan y os amparen? No falta en el Reino algun varon esforzado, algun héroe, niente de nuestros ilustres y gloriosos reyes, que con su prudencia y su valor sepa gobernaros y conducirlos, á la victoria contra los usurpadores de Castilla. Ya entenderéis que os hablo del príncipe Abdalah el Zagal Wali de Malaga y terror de las fronteras cristianas.» Al llegar Alyme á este punto de su discurso los principales gefes de uno y otro bando proclamaron Soberano á Abdalah el Zagal, y acordaron enviarle embajadores que le ofreciesen el trono de Granada. Hizose todo esto de acuerdo con el anciano Abul-Hacen, pero no sin grave pesar del Zaquir, cuyo bien concertado propósito quedaba destruido del todo con tan inesperado suceso.

Habiendo aceptado Abdalah el Zagal la oferta de los embajadores propuso á su inquieto sobrino dividir el reino con él, viviendo uno en la Alhambra y otro en en el Albaycin. Mas aunque al pronto pareciese acomodarse el Zaquir á esta transaccion ven-

tajosa, no tardó en faltar á ella pidiendo socorro contra su tío á los cristianos de la frontera. Prestáronsele estos en efecto, pero no sin que á pretesto de dárselo talasen el campo de sus aliados y ocupasen sus tierras, acelerando así la próxima ruina y total disolución del imperio de los musulmanes. En vano para contener estas demasías pidió socorro Abdalah el Zagal á los reyes de Africa y al Soldan de Egipto: la Providencia habia decretado la ruina del imperio agareno, y era ya tan inútil la resistencia como imposible de dar á aquella sociedad las condiciones que le faltaban de vida.

Queriendo el rey Zaquir arrojar de Granada á su tío Abdalah vinieron á los manos los parciales de uno y otro príncipe, é inundaron nuevamente de sangre las calles de la capital. Levantáronse contra el monarca perjuro las ciudades de Almería y Guadix, y los cristianos aprovechándose de estas desavenencias tomaron á Coin, degollando á sus defensores, rindieron á Cartama y entraron en Ronda, despues de algunos meses de sitio. Manteniáse entretanto el Zaquir con ayuda de los castellanos en la fortaleza del Albaycin, odiado de sus propios servidores, y aborrecido de la mayoría de los pueblos. Los cristianos pusieron sitio á Velez-Málaga, y Abdalah el Zagal marchó á socorrerla y derrotó á los que defendian el puesto de Moclin. Queriendo manifestar Zaquir el interés que tomaba por la defensa de los pueblos, corrió á auxiliar á Loja que estaba sitiada por los cristianos, pero obligado á rendirse entregó la fortaleza despues de una capitulacion vergonzosa. Vuelto á Granada se aprovechó de la ausencia de su tío que estaba ocupado en la guerra con los cristianos, se apoderó de los fuertes de la ciudad y tomó posesion de la Alhambra. No fué mas venturoso Abdalah en su espedicion contra los sitiadores de Velez-Malaga, que como dijimos arriba tenian en grande apuro á los musulmanes de esta ciudad. Componiase el ejército del Rey de veinte mil caballos y otros tantos peones, al inmediato mando de Reduan Venegas, general célebre en aquellos tiempos tanto por su valor quanto por su esperiencia en el arte de la guerra. Pero los cristianos eran sin duda mas aguerridos, y acometiendo animosamente al ejército musulman lo derrotaron y pusieron en desórden, obligándolo al cabo á rendir la plaza, si bien con la condicion de que habian de ser respetadas las personas y las vidas de los que se hallaban en ella. Volvióse el Rey hácia Granada con las reliquias de su miserable ejército, y como muchos fugitivos se hubiesen adelantado á dar la noticia en la ciudad, alborótose el pueblo contra el monarca vencido, muchos de sus parciales lo abandonaron, y todos de comun consentimiento juraron obediencia al Rey Zaquir. No pudiendo penetrar en Gra-

nada Abdalah el Zagal, se retiró á Guadix donde era obedecido todavia.

Triunfante en todas partes el ejército cristiano, puso cerco á la ciudad de Málaga, cuya guarnicion acababa de ser reforzada con tropas venidas de Africa. El alcaide Aben Muza que mandaba en la ciudad trató primero de avenirse con los cristianos, temiendo que fuese inútil cuando no desastrosa su resistencia. Las tropas de Africa que creyeron ver en estas negociaciones el propósito de entregarlas á los enemigos, se sublevaron contra el alcaide, acometieron á la fortaleza de la Alcazaba, se apoderaron de ella y degollaron á la guarnicion. Aprovechándose de estas discordias el ejército cristiano, estrechó mas el cerco, privó á la plaza de auxilios y provisiones, y trató secretamente de su rendicion con un caballero rico de la misma ciudad llamado Aly Dordux que se ofreció entregarla. El dia 18 de agosto de 1487, ondeaban en las calles de Málaga los estandartes del ejército castellano, quien si hemos de dar fé á casi todos los historiados árabes, abusó injustamente de su victoria, poniendo á saco la plaza y degollando sus defensores con gran parte de sus habitantes. El débil rey Zaquir felicitó por su triunfo al monarca de Castilla, enviándole ricos presentes, como era costumbre entre los orientales: accion indigna de un Príncipe, pero que prueba bastante la degradacion y el abatimiento de la sociedad musulmana.

Continuando sus triunfos el ejército vencedor, puso cerco á Vera, cuyos moradores se entregaron sin resistencia alguna: no asi la fortaleza de Taberna, que habiendo sido socorrida por Abdalah el Zagal, rechazó á los cristianos haciendo en ellos una gran matanza. Pero como los Reyes de Castilla no fiasen todo el éxito de su empresa á la fortuna de sus armas, acudieron á las negociaciones y trataron con el rey Zaquir ayudarle contra sus enemigos y defenderle sus tierras, si él, cuando las ciudades de Guadix, Baza y Almeria, ocupadas entonces por Abdalah el Zagal, estuviesen en poder de los cristianos, les entregaba á Granada poniéndose á su voluntad y merced. Firmó Zaquir el tratado, pero no sin dar ocasion á justas murmuraciones, y á que el pueblo le maldijese llamándole mal creyente y traidor á la fé de Mahoma. Apenas tuvo Abdalah noticia de este suceso, dispuso una espedicion contra el ejército cristiano que avanzaba por Jaen, y se dirigia sobre Baza donde mandaba con diez mil musulmanes el infante Yahye. Sitiada esta ciudad por las tropas del Rey de Castilla fué heroicamente defendida por su ilustre gobernador, quien despues de seis meses de diarios combates, conociendo la inutilidad de su resistencia escribió diciendo al rey Abdalah que sino le prestaba socorro le seria forzoso entregarse, y al mismo tiempo envió un parlamento á los rea-

les enemigos para que tratase de capitulación y avenencia. No pudiendo el Rey socorrer á Yahye, le escribió permitiéndole capitular con el Monarca cristiano, como en efecto se verificó, no sin grande pesar de los buenos musulmanes que veían desmoronarse rápidamente el venturoso imperio de los Ommyadas. Rendida la plaza ganó el infante por sus buenas prendas el corazón de los Reyes, de quienes recibió grandes mercedes, prometiendo en recompensa hacer cuanto estuviera de su parte para que se entregasen pacíficamente á los cristianos las ciudades de Almería y Guadix, evitando las calamidades de la guerra y los desastres de la conquista. Partió Yahye para Almería en cumplimiento de su promesa, y allí persuadió á Abdalah á que entregase las plazas concertadas al Monarca de Castilla, poniéndole á la vista la inutilidad de la resistencia, la constante fortuna de las armas castellanas, y la desolación de su propio reino. Callado y pensativo quedó Abdalah al escuchar las proposiciones del mensajero, dando al cabo un profundo y triste suspiro dijo: «ya veo, primo mio, que así lo quiere Alá, pues que cuanto le place se cumple, y que si Alá Azza Wajal no tuviera decretada la caída del Reino de Granada, esta mano y esta espada lo habrían mantenido.» Acordóse pues la rendición de las plazas y Abdalah recibió por ello del Rey de Castilla multitud de pueblos y de heredades que quedaron sujetos á su señorío.

Al saber estos sucesos el pueblo de Granada se sublevó contra el Zaquir, y sino le despojó de la corona porque no había muchos que la ambicionáran, fué en tropel al alcázar y le amenazó con la muerte sino tomaba venganza de los cristianos. En vano los sebei-ekes, y venerables Alfaquíes de la ciudad procuraron sosegar el tumulto con lisongeras promesas y con vanas palabras de consuelo: la sedición continuaba y quizá hubiera perecido en ella el débil príncipe, si no hubiese implorado el socorro de los cristianos de la frontera, cuya presencia á las inmediaciones de la ciudad calmó momentáneamente el desorden, haciendo mas inminente el peligro.

Dueño el Rey de Castilla de las ciudades de Almería, Guadix y Baza, escribió al de Granada recordándole su promesa de entregarle esta ciudad con las condiciones pactadas. En vano pretendió eludir el Zaquir el cumplimiento del tratado bajo el pretesto de que había en Granada mucha gente principal que no quería consentirlo: era ya tarde para enmendar tan grave yerro, pues apoderados los cristianos de las fortalezas de Taberna y Seron, les fué fácil llevar sus correrías hasta los muros de Granada y obligar al incauto Soberano á cumplir por la fuerza lo que no había sabido evitar con su política. Abdalah sin embargo intentando defenderse envió á sus ulemas y venerables Alfaquíes á predicar la concordia entre los mu-

musulmanes y la guerra sagrada contra los infieles. Y no fué del todo inútil su diligencia, porque gracias á ella se rebelaron muchos pueblos contra los cristianos y especialmente los de la Serranía, que armándose y regimentándose tomaron á Alhendin degollando á la guarnición y arrasando la fortaleza. Mas pronto acudieron los cristianos con gran refuerzo de tropas y ora por estratagemas, ora por violencia, arrancaron del poder de los sarracenos los pueblos que habían recuperado en los últimos momentos de su valor y de su entusiasmo.

En la primavera del año 1492 entraron los cristianos con cuarenta mil hombres y diez mil caballos en la vega de Granada y asentaron sus reales en las fuentes de Güetar á dos leguas de la ciudad. El imperio de los musulmanes tocaba ya su fin, y sin duda hubieron de presentirlo los habitantes de Granada cuando sobrecojidos de un pánico terror ni tenían bastante resolución para entregarse, ni suficiente ánimo para defenderse. En tan apurado conflicto reunió Abdalah su consejo para consultarle sobre el partido que convenia tomar en aquellas circunstancias. Algunos quisieron defenderse, pero el wazyr de la ciudad Abul-Cazín Abdelmelek presentando el estado de las provisiones y el de los hombres que podían tomar las armas, dijo: «la gente es mucha, pero la muchedumbre ¿qué nos puede prestar mas que cuidados? ella amenaza en la paz y tiembla y se esconde en ocasiones de guerra.» Mas el esforzado caudillo Muza ben Abil Gazan, digno descendiente de aquellos animosos musulmanes que en tiempos mas felices gobernaron la España «no hay que desconfiar en nuestras fuerzas, dijo, si son dirigidas con inteligencia y con valor: ademas de la gente de armas asi de á pie como de á caballo que es la flor de la Andalucía, tenemos veinte mil jóvenes que harán tanto en defensa de su patria como los soldados endurecidos en la guerra. Nosotros sois el amparo del reino, contestó el rey, y los que con ayuda de Alá vengarán las injurias hechas á nuestra religion, los ultrajes causados á nuestras mujeres y las muertes de nuestros amigos y parientes: disponed lo que convenga en esta guerra, que en vuestras manos está la salvacion de mi reino.» Dispuestos á defenderse los musulmanes, encargóse el wazyr del alistamiento de las milicias y de la provision de víveres; el caudillo Muza de la defensa y salidas de la ciudad; Abdel-Kerim Zegri y otros arrayaces de la guarda de las murallas, y los alcaldes de la Alcazaba y de Torres Bermejas, cuidaban de sus fortalezas. Todos los dias salian de Granada tres mil caballos á poner en movimiento el campo del enemigo, y cuentan los historiadores que en estas refriegas parciales hizo tales proezas el intrépido Muza, que obligó á los cristianos á cercar sus reales de un profundo foso, porque de otro modo les hubiera sido harto

difícil sostener el sitio. Intentó entonces Muza sitiar á los cristianos en su propio campamento, y como estos no rehusaran el combate vinieron á las manos con sus enemigos que tuvieron que retirarse dentro de sus muros, porque su cobarde infantería huyó desbandada apenas sonó la señal del ataque. Los cristianos se apoderaron entonces de las torres de las atalayas y pusieron en ellas arcabuceros de guarnición.

Comenzando á faltar las provisiones aumentóse aun mas que antes el descontento de la población. El rey Abdalah llamó á su consejo y á otras personas notables de la ciudad, á fin de que le propusieran los medios mas convenientes para salir de tan apurado conflicto. Casi todos fueron de opinion que debía recabarse del rey de Castilla una capitulación ventajosa, puesto que faltando los medios para la defensa no era ya posible resistir el sitio; solo el animoso Muza propuso que se resistiera por mas tiempo, engañado sin duda por su celo, y animado por un heroísmo digno del reinado de los Almanzores y de los Abdelrhamanes. Pero la suerte de Granada no estaba ya en manos de su Rey sino en las del Monarca de Castilla: todo el valor y entusiasmo de los discípulos del profeta no habrían sido bastantes para sostener por mas tiempo en España el imperio del Islamismo, cuanto menos aquella raza degradada y raquíca, que corrompida por una civilización superficial y enervada por los deleites y por los vicios, habia olvidado las virtudes caballerescas de sus mayores, y las inclinaciones belicosas de los hijos del desierto. Resolvió el consejo mandar al wazyr Abul-Cazin á que tratase de avenencia con los cristianos. Verificóse así, y en 5 de noviembre de 1491 quedó ajustado un convenio entre el Rey de Castilla y el de Granada, por el cual se obligaba este último, si en el tiempo de dos meses no era socorrido, á entregar la ciudad jurando obediencia al Rey de Castilla: á poner en libertad sin rescate alguno todos los cristianos que tuviese cautivos, y á dar en rehenes mientras esto se cumpliera, quinientos nobles de las principales familias de Granada. Comprometióse por su parte el Rey de Castilla á conceder á Abdalah el señorío de ciertos lugares de la Alpujarra: á respetar la libertad y las propiedades de todos los musulmanes: á tolerar el culto público y secreto de la religion de Mahoma: á permitir los usos, costumbres, vestidos y lengua de los musulmanes, como igualmente el que estos fueran gobernados por sus propias leyes, con la restriccion de que los cadies sirviesen de consejeros á los gobernadores cristianos en la administración de justicia: á no imponer mayores tributos que los que pagaban los musulmanes á sus propios reyes, y á no pedir en el término de tres años ningun género de pechos ni de servicios.

Leyó Abdalah la capitulación á sus amigos y consejeros:

antes de escucharla el esforzado Muza propuso continuar la resistencia; pero su parecer no fué seguido en esta ocasion, y temiendo el Rey que sus discursos produjesen inquietud y zozobra en la muchedumbre, escribió al de Castilla diciéndole que queria entregarle la plaza sin dilacion alguna, enviándole segun era costumbre muchos y costosos presentes: contestó á esta carta el victorioso príncipe concediendo al de Granada la propiedad de muchos lugares, y ofreciéndole su amistad y sus servicios. Al dia siguiente de recibida esta respuesta oyóse el estruendo de los clarines y tambores del ejército cristiano que en orden de batalla marchaba hácia la ciudad. Abdalah despues de haber hecho salir á su familia por el camino de la Alpujarra, marchó con cincuenta caballeros principales á recibir á los cristianos: adelantóse á su encuentro el Rey de Castilla, quien al saludarle no le permitió apearse de su caballo como él lo intentaba en señal de sumision y respeto. Entonces el destronado príncipe besó el brazo derecho de su nuevo Monarca, y dijo con profunda tristeza: «tuyos somos, rey poderoso: recibe esta ciudad, porque así lo quiere el profeta: solo te pedimos que uses de tu triunfo con clemencia y generosidad.» Dicho esto entregó el wazyr las llaves de la ciudad al Rey de Castilla, quien abrazando al inconsolable príncipe le reiteró sus amistosas promesas.

Cuando los cristianos entraron en Granada era lúgubre y tristísimo el aspecto de la poblacion. Desiertas las calles, abandonadas muchas casas y cerradas todas las otras en ademan de temeró de resistir un saqueo, parecia mas bien un lugar abandonado de sus moradores, que una ciudad elegante, rica y populosa. Solo se escuchaba de cuando en cuando el clamor de algun desventurado ó el llanto de alguna afligida muger que habia perdido á su hijo ó á su esposo en el campo de batalla. Pero los cristianos usando de su victoria con gran cordura, trataron á los vencidos generosamente.

No queriendo Abdalah volver á Granada marchó á juntarse con su familia, y cuenta la crónica que al llegar á Padul miró por última vez á su ciudad querida derramando copiosas lágrimas. Habiendo observado esto la reina su madre le dijo: «razón es que la llores como muger, pues no fuiste para defenderla como hombre.» Y dirijiéndose al Rey el wazyr Jucef Aben Tomixa le dijo: «considera señor que las grandes desventuras hacen tan famosos á los hombres que las soportan con fortaleza como las grandes prosperidades:» á lo que contestó el cuitado príncipe: «¿pues cuáles igualan á las extraordinarias adversidades mias?»

Despechado Abdalah de la condicion de súbdito á que se veía reducido, y sin esperanza de mejorar de fortuna, pasó á Africa en

el año de 1493 donde murió peleando en defensa de su pariente Muley Ahmed.

Así terminó el imperio de los árabes en España despues de ocho siglos de sangrienta y obstinada lucha: imperio que pudo ser grande y de porvenir mas venturoso, si hubieran sido otras las condiciones de los pueblos que sostenian el combate: si la raza árabe hubiera podido refundirse en la española, si la religion mahometana no hubiese sido tan nueva ó si el cristianismo hubiera tenido menos vida. Pero semejante fusion era de todo punto imposible: las dos sociedades árabe y cristiana no tenian punto de contacto entre sí, pues la una marchaba desde su engrandecimiento hasta su ruina, y la otra seguia constantemente una senda de perfeccion y de progreso: la primera constituida, tendia á disolverse, la segunda, disuelta tendia á constituirse: era imposible su coexistencia. Para que las razas árabe y española se hubieran confundido habria sido necesario que ó la una hubiese abjurado de Mahoma ó la otra hubiese renegado de Jesucristo. Lo primero no era fácil habiendo sido cabalmente el Islam el origen y principio de la conquista, y lo segundo era de todo punto imposible, siendo precisamente la fé lo que identificado con el patriotismo animaba y sostenia la resistencia. El principal obstáculo que mantenía separadas á aquellas dos sociedades era la religion: si esta hubiera faltado por una ó por otra parte habríase acabado tambien el estímulo y la justificacion de la guerra. Si los musulmanes se hubieran hecho cristianos ¿para qué habria servido su conquista? y si los cristianos se hubieran hecho musulmanes ¿cuál habria sido el estímulo de la resistencia? ¿Tan fácilmente habian de haber abandonado los primeros la religion que les servia de bandera? Y en el imperio de los godos ¿qué otra cosa mas que el cristianismo habia digna de ser defendida? Y si los árabes no podian pelear sin su religion, ni los cristianos defenderse sin la suya, ¿cómo habian ni unos ni otros de empezar á ser tibios en sus creencias, como hubiera sido preciso para lograr con el tiempo la fusion y amalgama de las dos razas? Cualquiera de ellas que hubiera comenzado á ceder de su fé habria sucumbido al punto sin duda alguna.

Necesario era pues que ó una de estas dos sociedades que peleaban dominase y tiranizase á la otra, ó que ambas apurasen su vida en una estéril y perpétua lucha, si otras causas de disolucion y de muerte no preparaban su ruina. Por fortuna para los cristianos hallábanse estas causas en la sociedad musulmana. Ya en otro lugar hemos manifestado como las primitivas rivalidades de castas y de razas que trajeron los árabes del desierto existian con la misma fuerza en los tiempos de su civilizacion, si bien encubiertas bajo pretestos diferentes, y ocasionadas por sucesos acci-

dentales y diversos. Por el influjo de estas disidencias debilitábase el poder de la Monarquía y se aflojaban los lazos de la sociedad; pero no sucedía esto de manera que la decadencia del imperio de los musulmanes lo dispusiese á transijir con el poder cristiano, allanando los obstáculos que entre uno y otro se levantaban, sino que por el contrario, esas luchas eternas entre los dominadores de la España, sin disponerlos á formar una sola sociedad con los cristianos, los alejaban mas cada dia de su propósito de constituir una sociedad única y exclusivamente musulmana; y cuando al cabo de ocho siglos vinieron por última vez á las manos los cristianos y los moros; teníanse estos pueblos el mismo ódio entre sí, que cuando en la batalla de Guadalete perecieron en un mismo dia el imperio godo y la libertad española. Y como cuando los imperios decaen, hasta las razas parece que dejeneran, los árabes en los últimos años de su dominacion no eran ya aquellos hijos ardientes del desierto, ni aquellos discípulos entusiastas del profeta, que á la voz de un alfaquí, que predicaba la guerra sagrada, se levantaban animosos y arrollaban por donde quiera las legiones cristianas. Los árabes de Granada sin haber perdido las malas pasiones del desierto, juntaban á ellas los vicios de una refinada civilizacion. Odiábanse unos á otros sin conservar por eso las aficiones belicosas que tantas veces habian salvado su independencia: enmuellecidos por el lujo, faltábales el vigor y la fuerza que les habia distinguido en tantas ocasiones: sin dejar de creer en el profeta y en el fatalismo del Koran, tenían atrevimiento para proclamarlos, pero no valor suficiente para defenderlos. Una tregua con los cristianos llenaba de indignacion á los musulmanes, y aun daba lugar á un levantamiento de los mismos que cuando sonaba el clarin del combate, huían desbandados ó se entregaban cobardemente á sus enemigos. Príncipes débiles, viciosos, afeminados ocuparon el trono durante una larga série de años y bajo su vacilante cetro no solamente cundía y se propagaba la division y la guerra civil, sino que á beneficio de esta division se engrandecía y se levantaba el poder cristiano.

Los últimos años de todos los imperios que decaen son entre sí muy parecidos: asi es que cuando leemos la historia de los últimos monarcas sarracenos, creemos leer la de la última época del poder de los judios, ó la de los últimos momentos del imperio romano. Tambien en aquellas monarquías hubo un don Fernando el Católico que ofreciese su proteccion á alguno de los partidos en que estaba dividido el reino para dominarlos á todos; tambien en aquellas monarquías hubo príncipes débiles y cobardes que partieron la corona con sus rivales, porque ni tenían resolucion para vencerlos ni bastante generosidad para ceder de sus pretensiones: tambien en

aquellas moribundas sociedades hubo rebeliones intestinas, disensiones y desastres cuando los enemigos acampaban cerca de los muros de la ciudad, ó cuando el terrible ariete tal vez derribaba las puertas y las murallas.

Dividido el trono entre dos príncipes rivales, herida de muerte la sociedad por los ódios de raza y por las preocupaciones de tribu, corrompidas y afeminadas las costumbres, y divididos los ánimos por intrigas de serrallo y por disensiones palaciegas, ¿cómo habria podido sostenerse el poder de los musulmanes? ¿cómo habia de haberse defendido Granada? Aquel poder sucumbió por las armas de los cristianos, y esta ciudad se sometió á las tropas triunfantes de los Reyes Católicos, porque no habia otro poder mas fuerte ni mas cercano que les hiciese la guerra, pues tales eran su flaqueza y su debilidad que no habrian podido resistir ni al impulso de soldados menos valientes, ni á la táctica de generales menos entendidos.

F. DE CARDENAS.

ABDALAH BEN JAHSIM (ORIGEN DE LOS ALMORAVIDES.)

Desde tiempos inmemoriales tenia establecida sus tiendas en el pais de Almagreb la tribu de Lamtouna, de la antigua raza de los Homair, primeros Reyes de Yemen. Ocupada esta tribu de cuidar sus ganados no conocia las artes ni la agricultura y hasta ignoraba que hubiese en otras partes gobiernos, ciudades y leyes. Yahia ben Ibrahim, gefe de la tribu de Djedala, fué como buen musulman en peregrinacion á la Meca; durante su viaje se ofreció á sus ojos un mundo nuevo, y devorado por un amor á la ciencia, algo tardó sin duda, segun la espresion de un historiador moderno, oyó en Cairwan las lecciones de un docto alfaquí, quien habiéndole preguntado un dia de qué nacion era y á cuál de las cuatro sectas ortodoxas del Islam correspondia, contestó el nuevo discípulo: que su tribu ignorante, pobre, y careciendo casi de toda idea religiosa, no habia oido nunca hablar de las cuatro sectas porque le preguntaba; que separados los Lamtounitas del resto de la tierra, no tenian escuelas, ni ciudades, ni relaciones, ni comunicacion con otros pueblos, que con algunos traficantes con quienes cambiaban sus mercaderías; pero que sin embargo de su sencillez y de su ignorancia tenian costumbres tan dulces y suaves, y que serian muy dichosos si hubiera quien les enseñara las verdades de la religion. Rogó Yahia al alfaquí que encargase á uno de sus discípulos la predicacion de la fé entre sus compatriotas, y como el venerable no hubiese encontrado ninguno que quisiese acometer tan peligrosa mision, dirigió al neófito á otro alfaquí llamado Ishak, quien halló entre sus discípulos á un hombre de vasta erudicion y de ardiente piedad, que consintió en emprenderla. Este hombre era

Abdalah ben Jahsim, quien conducido por el peregrino á la tribu de la Lamtouna, predicó su nueva creencia, convirtiendo á ella á casi todas aquellas almas tan dispuestas para la fé como vírgenes para la civilizacion. Y como en Africa todo poder religioso es al mismo tiempo poder político, Abdalah se encontró al cabo de pocos meses dueño de un numeroso ejército, y Yahia de gefe de tribu que era, hallóse convertido en Monarca. El ejército de la nueva fé convirtió entonces por la fuerza á las tribus errantes del desierto, y Abdalah dió á sus discípulos el nombre de almorabethin ó almoravides (*hombres de Dios.*) Satisfecho de su victoria quiso éste nuevo Mahoma reinar sobre el Almagreb, y habiendo conquistado el pais de Dara fundó un imperio medio religioso, medio político, que se estendia hácia el Norueste del Africa, desde el Mediterráneo hasta la Nigracia.

Muerto Yahia nombró Abdalah por gefe de la tribu de Lamtouna á Bou Yahia ben Omar. Y si se quiere un ejemplo del ciego fanatismo de esta tribu y del ridiculo poder de sus emires, baste saber, que como un dia hubiese desobedecido Bou Yahia las órdenes de Abdalah, fué condenado á sufrir veinte palos, que padeció con resignacion. Habiendo perdido la vida el emir en el campo de batalla, nombró Abdalah para sucederle á su hermano Aboubeker.

En el año siguiente de 1058 murió en un combate este nuevo profeta, no sin que antes de espirar confiriese al nuevo emir solo su imperio terrestre, porque la autoridad religiosa la llevaba consigo, como él mismo decia, para dar cuenta de ella á aquel que le habia enviado. Era Abdalah intolerante como todos los reformadores, y fanático como todos los falsos profetas. Firme en sus propósitos y cruel en sus venganzas, selló con la sangre de sus súbditos la naciente corona de su reino. Tomando por base de su religion el Koran de Mahoma, pretendia haber restablecido á su primitivo vigor esta ley, reduciéndola á sus tres preceptos, el de la oracion, el del diezmo, y el de la limosna. Era Abdalah lo mismo que el profeta, sobradamente aficionado á las mugeres: casi todos los dias tomaba una distinta, que repudiaba luego, entregándole una pequeña suma en calidad de dote. Los supersticiosos partidarios de este nuevo culto, atribuian á su fundador muchos y muy increíbles milagros. Decian de él, que qual otro nuevo Moisés habia hecho manar el agua de las secas arenas del desierto, y que qual segundo Jesucristo habia multiplicado los panes que servian de alimento á su pueblo; y en algunas tribus árabes se conserva aun la tradicion, de que habiéndosele servido en un convite un cordero envenenado, levantó el animal la cabeza y dijo: «no me comas que causaré tu muerte.»

Sin embargo, esta tribu ignorante y fanática, estos príncipes almoravides, que besaban el pie y lamian el látigo de sus impositores profetas, se hicieron al poco tiempo una nación grande y respetada, que dominó en España cerca de un siglo.

ABDALAH EL MAHADI de la tribu de Masmoudah en el país de Sous, nació á fines del siglo XI. Descosido de instruirse en la fé viajó por Oriente y llegó á Bagdad donde oyó las lecciones del célebre Algazali. Habia este filósofo publicado un libro de religion que la academia de Córdoba, émula de la de Bagdad condenó al fuego por herético, y el príncipe Alí confirmando esta providencia habia mandado quemar el libro en la plaza pública y prohibido la enseñanza de su doctrina en todos sus estados. Noticioso Algazali por su discípulo Abdalah de la mala acogida que habia tenido su obra, y arrebatado por un acceso de ira propio de su fé ultrajada y de su orgullo ofendido, exclamó alzando los ojos al cielo: «Alá, Alá permite que sufra su imperio la misma suerte que ha cabido á mi libro y que le nieguen su sumision los pueblos que hoy le obedecen.» Callaron un momento los dos interlocutores, hasta que aparentando Abdalah estar alumbrado por una inspiracion divina dijo lleno de entusiasmo: «ruega á Dios docto iman que sea yo el encargado de ejecutar la sentencia.» Y entonces Algazali poniendo una mano sobre la cabeza del nuevo discípulo, y levantando la otra hácia el cielo exclamó: «y permite tambien Alá que tus decretos se cumplan por la mano de este hombre.»

Tres años pasó Abdalah al lado de su maestro, al cabo de los cuales volvió á Africa donde entró en el año 510 de la egira ó 1116 de nuestra era. Divulgóse al momento en este país la austera santidad del nuevo profeta, su compostura en el vestir, su sabiduría popular y sentenciosa y sus predicaciones atrevidas contra los vicios del Monarca y contra el desenfreno del pueblo. Al poco tiempo ya habian producido sus palabras una sorda fermentacion entre aquellas poblaciones supersticiosas é inquietas, pues tomando Abdalah el nombre de *Mahadi* ó conductor como si presintiese su próxima dominacion y su futura grandeza, no tardó en encontrar ardientes y numerosos discípulos. Fué el principal de ellos un caballero noble llamado Abdelmoumen con quien trabó amistad en los confines de Tlemecen cuando iba á estudiar á Oriente. Satisfecho Abdalah del nombre de su neófito (porque este nombre en árabe significa servidor de Dios), le enseñó ciertas profecías escritas en un libro misterioso donde se aseguraba que «no se levantaria el imperio de la ley sino con Abdelmoumen, luz de los almoravides.» Luego que le tuvo perfectamente instruido y ensayado, le nombró wazyr del califado que pensaba conquistar y se dirigió con él y otros discípulos á la ciudad de Marruecos donde la fama de su

nombre le habia ya precedido. Un viernes en que los musulmanes estaban reunidos en la mezquita mayor, se presentó Abdalah con ademan grave y circunspecto y atravesando por en medio de la muchedumbre que llenaba el edificio fué á colocarse en la primera hilera sobre el asiento destinado al Iman ó Soberano que debia dirigir la plegaria. Escandalizados los fieles, un ministro de la mezquita se llegó á él para advertirle de que aquel lugar estaba reservado al emir: á lo que contestó Abdalah con voz reposada y ademan severo estas palabras del Koran: «los templos son solo de Dios.» (*inne el mesagide killahi*). Quedaron todos suspensos y admirados al ver el desenfado del extranjero, y como de allí á poco llegase el Monarca para hacer su oracion, levantóse el pueblo segun tenia de costumbre, pero no Abdalah que siguió en su mismo asiento sin alzar los ojos para mirar al Rey ni hacer la mas mínima mudanza. Y como sin duda hubiese de creer el Monarca que quien ocupaba su asiento era algun piadoso alfaquí demente ó maniático á fuerza de ayunos y de penitencia, no consintió en que se le molestára y se colocó en otro lugar que no era el suyo. Pero cuando se concluyó la plegaria levantóse Abdalah de su asiento y saludando al Soberano «remedia, le dijo, los males é injusticias de tu Reino, porque Dios te pedirá cuenta de los pueblos que ha confiado á tu poder.» Admirado y sorprendido el príncipe no halló palabras con que contestar á su insolente vasallo, cuya conducta causó una impresion profundísima en el ánimo ligero y supersticioso del pueblo. Mas lejos de ofenderse de ella el modesto Ali, mandó decir á Abdalah que si tenia alguna necesidad se la manifestase para remediarla. «Mis necesidades no son de este mundo, respondió con desden el austero profeta, yo he venido solamente para corregir la liviandad y las malas costumbres de los pueblos.» Alentado con esta impunidad comenzó el nuevo reformador á predicar en las plazas y mezquitas contra los deleites y vanidades del mundo, haciéndose en todas partes tan notable que llevaba tras sí á la muchedumbre que le escuchaba con admiracion y le veneraba con fanatismo. Esta conducta puso ya en cuidado á Ali, quien temiendo que de reformador religioso se convirtiese Abdalah en revolucionario político, encargó á sus ulemas que lo examinasen y vieses si era sábio y si sus intentos eran buenos ó cautelosos. Pero interesados los ulemas en hallarlo culpable, descubrieron en sus sentenciosas respuestas sus hondos y maliciosos designios dijeron al Rey que debia ponerse en guarda porque seducia y alborotaba al pueblo con raves escándalos y novedades peligrosas. «Haz para este hombre una prision de hierro, dijo uno de los consejeros, sino quieres que te haga gastar una casa de oro.» Pero Otman, wali favorito del Rey, opinó de distinto modo diciendo: que no debia

causar recelo á tan gran soberano un hombre miserable y de tan baja cuna, que mas bien que de súbdito rebelde tenia trazas de demente fanático. Conformóse Alí con este parecer y el Mahadi quedó en libertad de seguir sus predicaciones.

De Marruecos pasó el falso apóstol á Fez donde se retiró á una mezquita en que vivió cuatro años como Mahoma, olvidado de sus amigos y desdeñado de sus partidarios. Pero despues de este tiempo volvió á Marruecos, acompañado de su fiel Abdelmoumen, y predicó en los parajes públicos contra los vicios y el libertinaje, contra los abusos del vino y los deleites, rompiendo cuantos instrumentos de música hallaba al paso, haciendo callar los cantos de los festines y el rumor de la muchedumbre que se solazaba los dias festivos en la plaza pública. Llegó al fin á los oídos del gobierno el alboroto y la inquietud que este hombre causaba en la ciudad y llamándole Alí á su presencia: «buen hombre, le dijo: ¿que es lo que me dicen de tí? ¿que te pueden decir, le respondió, sino que soy un pobre que anhela por la otra vida y nada quiere en esta?» Maravillado el emir de esta contestacion, mandó á sus ulemas que disputasen con él en su presencia. Verificóse asi, y los ulemas volvieron á advertir al Soberano, que si no castigaba á Abdalah, era necesario al menos que lo desterrase del pueblo. Dudaba el rey en tomar esta resolucion, y aun hubiera vacilado mas tiempo si otro nuevo desacato cometido por Abdalah no le hubiera inclinado á ella. Sucedió pues que como un dia encontrase Abdalah á la hermana de Alí que se paseaba á caballo con la cara descubierta, le reconvino ágriamente por esta transgresion del Koran, y aun la acometió con su baston tan brúscamente que la dejó caer del caballo. Quejóse la princesa de la injuria recibida al Rey, quien falto ya de tolerancia y de sufrimiento mandó desterrar de la ciudad al insolente profeta. Retiróse este entonces en compañía de su wazyr á un cementerio próximo á la poblacion, donde labró una choza y vivió por algun tiempo. Allí acudian á verle y á oirle sus numerosos partidarios, y tanto se divulgó la fama de su virtud y de su ciencia que siempre estaba rodeada su persona de mas de mil y quinientos hombres dispuestos á seguirle y á obedecerle. Ganando con esto el Mahadi en valor y en audacia comenzó á predicar contra la liviandad y la irreligion de los almoravides: y no faltaba en verdad asunto para su censura. Mas al poco tiempo pasó adelante en sus pretensiones é indicando el remedio del mal que deploraba comenzó á decir, que él era el *Mahadi* anunciado por Dios, que venia al mundo á reformar las costumbres estraviadas por las malas pasiones, y á enseñar á los hombres la senda de la verdad y de la justicia. Crecian con esto el crédito y los partidarios del Mahadi, y como temiese el Rey que se suscitára alguna rebelion en el pue-

blo por las predicaciones de aquel fanático, mandóle decir que temiese á Dios cuyo nombre tenia siempre en la boca, que abandonase la ciudad, y no volviera á inquietar al pueblo. «Di á tu amo, contestó el Mahadi al que le comunicó la orden, di á tu amo que ya obedecí su mandamiento, y que vivo aqui entre los muertos en una choza miserable sin pensar mas que en la vida eterna y en evitar toda comunicacion con los infieles.» Indignado el Monarca de tan osada respuesta mandó prender y matar al Mahadi, quien advertido oportunamente de su riesgo se fugó á Tinamal con los mas fervorosos de sus partidarios. Desde este suceso, que aconteció en el año 1120 de nuestra era, comenzó el profeta á propagar su doctrina con mayor atrevimiento, y á predicar como Mahoma la conquista y la guerra despues de haber abogado por la reforma de la religion y la austeridad de las costumbres. «Alabado sea Alá, dijo un dia, y su profeta Mahoma, que anunció la venida del Mahadi Iman que llenará la tierra de equidad y de justicia en vez de las maldades que la cubren hoy y que estirpará la tiranía que la oprime y hace gemir bajo su yugo. Y su patria será el apartado Suz Alaksa, su tiempo el último, su nombre el nombre, y su empresa la de encaminar á los hombres por la senda de la justicia.» Pronunciadas estas místicas palabras levantáronse diez de sus principales partidarios, entre ellos el wazyr Abdelmoumen, y sacando las espadas dijeron: la pintura que nos has hecho del prometido Mahadi á ti solo conviene: tu eres pues nuestro Iman, y á ti juramos la mas ciega y cabal obediencia.» Hiciéronlo asi, y debajo de un algarrobo que estaba próximo le prometieron fidelidad y sumision. Juráronle despues cincuenta de sus principales partidarios y luego setenta de menos alta categoría, y por último todas las tribus que habian escuchado su discurso. Abdalah estableció entonces tres consejos, formado el primero de los diez gefes que antes reconocieron su autoridad; el segundo de los cincuenta que despues lo juraron, y el tercero de los últimos setenta que le prestaron igual juramento. El primero de estos consejos trataba y decidia los negocios mas árduos y difíciles: el segundo determinaba los de menos importancia, y al tercero estaban reservados los mas fáciles y ordinarios.

Continuó el Mahadi sus predicaciones en la montaña ganando cada dia nuevos partidarios, y entusiasmado con su elocuencia á la muchedumbre. Reconocia y proclamaba como fundamento de su doctrina la unidad de Dios, y como nada decia de sus atributos, su dogma era fácil y sencillo, y se acomodaba perfectamente con el estado de la civilizacion africana y con la rusticidad de su numeroso auditorio. No habia pasado mucho tiempo despues del juramento de Abdalah cuando ya reunia este profeta un ejército de veinte mil fanáticos dispuestos á dar su vida por la fé, y á comba-

tir el imperio caduco ya de los almoravides. Arrepentido Alí de su imprudente tolerancia, preparóse á hacer frente al ejército invasor de los almohades (1), que así fueron llamados los secuaces de Abdalah, luego que formaron un ejército disciplinado y valiente al mando de Aboumohammed Baschir, y de los mas hábiles *scheiks* (jefes del desierto.) Noticioso el general almoravide del buen estado en que los rebeldes traian sus tropas, eludió el combate mientras pedia á su Monarca mayores fuerzas: envióselas Alí, y cuando los dos ejércitos uno frente á otro estaban á punto de acometerse, no se sabe que hubieron de ver los ginetes que formaban la vanguardia del del Emir, que todos volvieron brida y huyeron vergonzosamente desordenando y atropellando á los soldados que estaban á su espalda, los cuales aterrados tambien con el suceso, corrieron despavoridos, arrollando cuanto encontraban al paso. Vencedor sin pelear el ejército del Mahadí, persiguió á los almoravides hasta las puertas de Marruecos, apoderándose de sus trenes y caballos, matando á muchos, y alanceando á todos hasta cerca de las murallas. Pensativo y confuso se quedó el emir cuando tuvo noticia de este desastre; mas recobrando al fin su ánimo, dispuso levantar un nuevo ejército que marchase contra los almohades, el cual fué derrotado como el anterior apenas vino á las manos con sus contrarios. Tan repetidas é inesperadas derrotas habian desalentado de tal modo á los almoravides, que apenas osaban enarbolar su negro y maltratado estandarte ante el blanco victorioso de Abdalah, al paso que los soldados de este profeta habian llegado á tener tal confianza en sí mismos, y estaban tan seguros de su victoria, que desafiaban á la fortuna y comprometian mas de una vez sus vidas en escursiones osadas y peligrosas. Pero así debia suceder, á menos que unos y otros combatientes hubieran dejado de acatar los ciegos é irrevocables fallos del destino. Mucho tiempo, mucha sangre y muchos tesoros habria costado á los almohades la conquista de su imperio, si la batalla en que por primera vez midieron sus armas con los almoravides, no hubiera tenido un carácter fatal y milagroso; porque supersticiosos como eran todos los musulmanes, creían en los augurios y en los buenos ó malos auspicios, mezclando esta creencia con el dogma de la fatalidad, y así deponian las armas ó marchaban confiados á la victoria, segun era adverso ó favorable el indicio que tenian de la

(1) Esta palabra ha recibido diferentes interpretaciones: segun Rodrigo de Toledo y Cardona significa *confederados*: pero si hemos de dar crédito á la opinion de Aboulfeda y Dombay, esta palabra procede de *mowahleidune* ó *mohhadin* que quiere decir *unitarios* significándose por ella que los almohades creen en la unidad de Dios á diferencia de los idólatras y de los cristianos tenidos entre los árabes por politeristas á causa del dogma de la Trinidad.

suprema voluntad del cielo. No de otra manera pueden en nuestro concepto explicarse los rápidos y prodigiosos triunfos de los almohades, ni la casi momentánea desaparición del imperio de los almoravides.

Escribió una carta á su Soberano el intrépido y orgulloso Mahadí, exigiéndole obediencia como enviado de Dios, y amenazándole si se la negaba con todo el rigor de su cólera. Pesaroso el emir de los triunfos de su contrario, ni dió respuesta en muchos dias á esta insolente carta, ni tomó tampoco medida alguna para su defensa y la de su imperio. Pero saliendo al cabo de su abatimiento, mandó levantar contra el Mahadí un nuevo ejército, cuyo mando ofreció á sus lugar-tenientes. En vano procuraron los alfaquies y los ulemas reanimar el valor de los soldados: «escrito está, decían éstos, el triunfo del nuevo profeta, y trabaja inútilmente quien se opone á la voluntad del cielo.» Asi es que apenas vinieron á las manos con las tropas rebeldes fueron derrotados y puestos en dispersion con la misma facilidad que en los encuentros anteriores. Entonces Temin, hermano de Alí, victorioso en España en diferentes combates con los cristianos, se puso á la cabeza de una nueva expedicion, subió las sierras en busca del enemigo, y estando al pie de la en que andaban los partidarios del Mahadí, ordenó á sus tropas que por diferentes sendas subiesen á la cima; pero cuando estas llegaron á las mayores asperezas, vierónse sin saber por qué sobrecojidas de un terror pánico, y comenzaron á arrojarse por las breñas y despeñaderos, asi los de á pie como los de á caballo, con tanta precipitacion, que la mayor parte quedaron muertos en los barrancos y fueron vergonzosamente derrotados sin pelear ni ver siquiera al enemigo. Noticias los almohades de su inesperada victoria, bajaron persiguiendo las reliquias del ejército que habia quedado en compañía de Temin, quien á pesar de haber sido reforzado por un nuevo caudillo almoravide, fué desbaratado y vencido, teniendo que encerrarse precipitadamente dentro de los muros de Marruecos.

Victorioso en tantas ocasiones el Mahadi, faltábale solo un centro á su imperio, pues razon era que tuviese una capital quien tenia en sus manos la suerte de tantas. Escojió al efecto la ciudad de Tinamal situada en el punto mas elevado de la sierra de Daren, y á donde no puede llegarse sino por dos caminos de una jornada de estension cada uno, estrechos de tal modo que ni aun á caballo puede pasarse por ellos y situados sobre el borde de un profundo precipicio. Aun hizo fortificar el Mahadi esta inespugnable posicion, mandando echar sobre las quiebras y cortaduras de la peña, puentes levadizos, alzados los cuales quedaba de todo punto inaccesible la entrada en la ciudad. Desde

aquí salían los almohades á recorrer y devastar los pueblos próximos del llano, causando en ellos muertes, robos y alboradas. En vano se quejaban al emir los desgraciados moradores de aquella comarca: este desdichado príncipe habia consumido sus tesoros, y apenas encontraba musulmanes que quisiesen volver al combate. Ultimamente, deseando cuando menos atajar las correrías de los almohades, consultó sobre ello á un ladron andaluz que estaba preso en sus cárceles. Prestóse el bandido á los intentos del emir, y perdonado de sus crímenes, labró una fortaleza en tal disposicion que sin mucho riesgo evitaba las correrías de los rebeldes.

Tres años permaneció el Mahadi en esta inespugnable posicion, pero no pareciéndole que sentaba bien á su fama permanecer encerrado tanto tiempo, pensó en hacer una salida contra Alí y cercarle en su propia córte. Escribió para este fin á las tribus de su obediencia mandándoles que viniesen á juntarse en Tinamal, y formó con ellas un ejército de cuarenta mil hombres, la mayor parte de infantería, nombrando para que lo mandase á Abou Mohammed, uno de los diez que primero le juraron obediencia; porque tan avaro era de su vida el falso profeta, que rara vez se dignaba combatir en persona: aunque tampoco podia hacerlo en esta ocasion porque una enfermedad grave le obligó á quedarse en Tinamal. Levantó entonces Alí un ejército de cien mil hombres, el cual habiéndose encontrado con los almohades cerca de los muros de Marruecos, fué atacado y vencido salvándose muy pocos que ganaron las puertas de la ciudad. Cercada esta por los enemigos, hacian los almoravides frecuentes y peligrosas salidas, en las cuales solia quedar el campo cubierto de cadáveres asi de unos como de otros combatientes, y defendida por cuarenta mil caballos, y por gran muchedumbre de infantes y ballesteros, no era fácil empresa el rendirla. En una de las salidas que hicieron los sitiados rompieron y desbarataron á los almohades, atropellaron sus pabellones, esparcieron la confusion y el desórden en sus reales y mataron al caudillo Abou Mohammed. Y tal vez no habria quedado un almohade á vida, si el esforzado caudillo Abdelmoumen no hubiera mostrado en este dia un valor heróico y una constancia invencible al mandar la retirada de su destrozado ejército. Cuando el Mahadi recibió la nueva de esta derrota preguntó al que se la daba con aparente calma y forzada serenidad: «¿pero no ha muerto Abdelmoumen?» Y como le hubiesen contestado que no, repuso con indiferencia: «pues si el vive nada se ha perdido» y vió entrar con el corazon afligido pero con la frente serena las reliquias ensangrentadas de su expedicion.

Desanimadas con esta derrota muchas de las tribus rebeldes, sometieron al poder del emir, al paso que los almohades encerra-

dos de nuevo en su fortaleza trabajaron por espacio de tres años en reponerse de sus grandes pérdidas. Pero al cabo de este tiempo reunió Abdelmoumen un ejército de treinta mil hombres, y bajando con él al llano acudilló á las tribus que de resultas de la última derrota habian vuelto á la obediencia del emir. Salióle al encuentro Abou Beker hijo de Alí con un numeroso ejército, y trabado el combate que duró casi sin interrupcion ocho dias, llevaron la mejor parte de él los almohades que deshicieron á sus enemigos obligándolos á encerrarse dentro de Marruecos. Tres dias estuvo Abdelmoumen delante de esta plaza, pero como sus tropas hubiesen sufrido grandes pérdidas, á pesar de su triunfo, levantó el campo y se retiró á Tinamal. El Mahadi aunque estaba gravemente enfermo salió á recibir á las tropas victoriosas, y despues de haber elogiado su valor y sus hazañas, mandó al pueblo que se juntase en la mezquita y en la plaza pública para despedirse de él. Cuando estuvieron congregados todos los musulmanes exortólos á que permanecieran firmes en su fé, concluyendo su arenga de esta manera: «oh Señor Alá padre de misericordia: tú que sabes nuestros pecados, perdónalos; tú que adviertes nuestras necesidades remedíalas; tú que conoces á nuestros enemigos, aparta de nosotros el mal que pueden hacernos, pues tu solo bastas para ampararnos.» Dijoles en seguida que se despedia de ellos para la eternidad, y como advirtiese que todos los circunstantes lloraban amargamente al oír sus palabras, los consoló diciéndoles que se conformáran con la voluntad divina que todo lo dispone para mayor bien de sus criaturas, y se despidió de ellos no sin manifestar en su rostro una profunda tristeza. Agravóse luego su enfermedad, y poco antes de morir llamó á Abdelmoumen, le entregó el libro que habia recibido del Iman Algazali, y le hizo algunas prevenciones acerca de sus funerales, mandándole que lavase su cadáver y que no le pusiese vestido en la sepultura. Encargóle asimismo que ocultase su muerte por algunos dias, para evitar la desanimacion que ella deberia producir en sus partidarios, y apenas concluyó de hacer estas prevenciones, pasó de esta á la otra vida en el año 1130 de nuestra era.

Abdalah el Mahadi aunque descendiente de una familia oscura y miserable (1) era uno de esos hombres destinados por la Providencia para mudar la faz de los imperios. Sus ideas, su carácter, sus pretensiones eran las únicas convenientes y que podia hacerse prosélitos en el flaco y gastado imperio de los almoravides. Muchas veces habria sucumbido el poder musulman bajo el peso

(1) Cuentan las crónicas árabes que Abdalah el Mahadi, era hijo de un atizador de lámparas de la mezquita de su pueblo.

de sus propias desgracias y de su naturales vicios, si estas mudanzas rápidas y sangrientas no lo hubieran regenerado momentáneamente. Pasando el poder de una raza á otra raza, y de una tribu á otra tribu, gastábanse todas ellas sucesivamente, pero no sin que cuando cada una empuñaba el cetro diese á la sociedad y al estado un nuevo soplo de vida. Porque en efecto, ¿qué eran esas insurrecciones de los sirics contra los árabes, y de los berberiscos y de los africanos contra los árabes y los sirios? ¿por qué esas insurrecciones no se verificaron nunca sino en nombre de la reforma religiosa y de la mejor observancia de la ley del profeta? Abdalah ben Jahsim funda el imperio de los almoravides para reducir la ley de Mahoma á su primitivo vigor y sencillez: Abdalah en Mahadi establece en seguida el grande poder de los almohades predicando la observancia de la ley de Dios y la reforma de las costumbres. Es esta una coincidencia notable que debiera llamar la atencion del historiador, porque sirve en gran manera para explicar la larga duracion del dominio de los árabes en España. Cuando los almoravides se sentaron en el trono de los Califas, íbase desmoronando el poder de estos últimos, y habria sucumbido sin duda bajo las armas victoriosas de los cristianos, si una raza nueva en quien no hubiesen penetrado los vicios de civilizacion, no hubiera conquistado el imperio: cuando los almohades arrojaron del trono á los almoravides, tambien estaba próximo á su ruina el poder mulsuman, el cual habria tambien sucumbido si otra raza no gastada en el ejercicio del mando no se hubiera entronizado del mismo modo. Así el imperio árabe regenerado en diversas ocasiones por las diferentes tribus que contribuyeron á formar lo, pudo resistir mas tiempo ora á sus enemigos exteriores, ora á los elementos de disolucion que llevaba en su seno. La religion y la guerra eran las únicas condiciones de su vida. Se adulteraba y corrompia la religion luego que la raza dominadora participando del fausto de la corte y de los vicios de la civilizacion, se entibiaba en la fé y olvidaba la austeridad de las costumbres musulmánicas: y la guerra cesaba en muchas ocasiones, ora porque los emires tenian que estipular treguas con los cristianos para atender á las discordias interiores de su Reino, ora porque los cristianos victoriosos ponian á los árabes en disposicion de no salir en algun tiempo á campaña. Entonces era mas rápido que nunca el decaimiento del poder musulman. Debilitada y enmuellecida la tribu dominante atraíase mas vivo y profundo el odio de las dominadas: las costumbres corrompidas y femeniles de la corte inspiraban desprecio é indignacion á los rudos africanos, que ni conocian mas libro que el del profeta, ni mas comodidades sociales que las de sus toscas poblaciones: y como el fanatismo y la supersticion

eran sus cualidades dominantes, un hombre que fingía milagros y que se decía profeta, bastaba para acaudillarlos y dirigirlos, y una victoria que teniendo apariencias de maravillosa diese indicios de la voluntad del cielo, era suficiente para entronizarlos. Una vez apoderados del gobierno imprimíanle el sello de sus costumbres y de su fé, reanimaban la creencia, emprendían con ardor la guerra sagrada, y daban aunque en apariencia, un nuevo ser á su imperio; mas al poco tiempo eran dominados por los mismos vicios de que acusaban sus antecesores; los príncipes y los alfaquíes aceptaban aquella civilización de que tantas veces habian maldecido, y el imperio mahometano volvía á caminar con tanta rapidez como antes hacía su disolución y su ruina. ¿Qué fué sino de la decantada austeridad de los almoravides á los cincuenta años de su dominación? los mismos vicios echaba en cara el Mahadi á los príncipes de aquella raza que Abdalah ben Jahsim á los califas y á sus cortesanos: casi con las mismas palabras condenaba el primero de estos profetas la conducta de los Reyes de Marruecos, que el segundo la del monarca Alí.

Era pues necesario que estos reformadores de la religion mahometana, que estos regeneradores del imperio musulman procurasen restablecer las dos condiciones que hemos señalado como indispensables para la subsistencia del poder islámico: que restableciesen el primitivo vigor de la fé, y que reanimasen el entusiasmo del pueblo para proseguir la conquista: que hiciesen retroceder en una palabra á la civilización; porque eran tales las circunstancias de aquel tiempo que los progresos de la civilización árabe se habian hecho incompatibles con el engrandecimiento moral y material del imperio. Por estas cualidades sobresalía altamente la reforma intentada por Mahadi: *pureza de la fé y austeridad de costumbres*, era el lema escrito en su estandarte: las tribus mas rudas y belicosas del Africa eran sus partidarias. Queriendo reinar el Mahadi sobre un pueblo valiente y supersticioso, comprendió desde luego que la religion no sería bastante para darle el imperio, y escogió á Abdelmoumen como instrumento de sus triunfos. La ciencia que sin duda poseía en muy alto grado para aquellos tiempos, no era para él un fin sino un medio. Tenía el arte tan necesario á los que como él reúnen el carácter de conquistador al de profeta, de inspirar entusiasmo á sus parciales permaneciendo sin embargo indiferente y sin dejarse arrebatado por ardor de sus partidarios. Aunque nunca solía combatir en persona, asistía á todas las batallas, y cuando juzgaba necesario alentar el valor de sus soldados, mezclábase entre ellos y les ofrecía recompensas en la otra vida. La obligación de combatir por la fé, decía á sus fieles, es superior á la de orar. Había compuesto algunas oraciones que

rezaban sus soldados al marchar contra el enemigo. Decia tambien á sus partidarios que Dios obraba grandes milagros por medio de un hombre ignorante y fanático llamado Wesinischi que era su cómplice en supercherias. Dirijido este hombre por el Mahadi aprendió secretamente de memoria todo el Koran y se ejercitó en interpretar sus puntos mas difíciles. Un dia en que el Mahadi y todo el pueblo debian congregarse en la mezquita encontraron á Wesinischi subido en el púlpito donde el Iman debia de leer la plegaria; y como le hubiese preguntado el Mahadi lo que alli hacia, pues que no sabia leer ni escribir, él contestó que se le habia aparecido un ángel que le habia enseñado á leer y á interpretar el Koran. Interpretó y leyó en efecto este libro con gran admiracion de los circunstantes, y despues de haber exortado al pueblo á que perseverara en la fé, para probar la verdad de su mision, apeló al testimonio de un ángel que estaba oculto, segun decia, en un pozo cercano. Dirijiéronse á este pozo el Mahadi y los fieles, y Wesinischi acercándose al brocal dijo en alta voz: «ángel de Dios: ¿es verdad lo que yo he dicho?—es verdad» repitió dos veces una voz que salia del profundo del pozo. El Mahadi entonces fingiéndose convencido del milagro, declaró al pueblo que santificado aquel pozo con la presencia del ángel, no podia ser destinado á proveer las necesidades humanas, y echó en él la primera piedra para cegarlo: y como todo el pueblo hubiese seguido este ejemplo, logró el falso profeta que no se descubriese su supercheria por la indiscrecion del desgraciado que se habia ofrecido á representar el papel de ángel.

Otra anécdota se cuenta de Abdalah, que descubre del mismo modo la mezcla horrible de crueldad y de astucia que formaba la cualidad eminente de su carácter. Cuando en las guerras con los almoravides corria á torrentes la sangre de los almohades, lastimábase el ejército de la suerte de los que habian perecido y aun murmuraba de sus costosas victorias: y queriendo el Mahadi justificar estos desastres, despues de un combate en que murieron millares de almohades, se dirigió de noche con algunos de sus parciales al campo de batalla y mandó abrir debajo del lugar en que estaban los cadáveres una gran fosa donde pudieran algunos hombres ocultarse sin peligro. Despues ensayó á los que le acompañaban en el papel que debian representar, y los dejó escondidos en la fosa, prometiéndoles grandes recompensas, y dándoles su palabra de venir á libertarlos.

Cuando hubo pasado parte de la noche reunió el Mahadi á su rededor á los principales caudillos de su ejército, y les dijo: «sé que murmurais de la muerte de vuestros hermanos, cuando habeis comprado á precio de su sangre la proteccion del Altísimo: pero sino

creéis en las recompensas que los que perecen en esta campaña han alcanzado en la otra vida, id y preguntadles, que ellos mismos os dirán la felicidad de que gozan en el otro mundo en cambio de esta vida miserable y perecedera.» Dirigiéronse entonces los caudillos con gran parte del ejército al lugar de la batalla, y aproximándose á los montones de cadáveres de que estaba cubierto dijeron: «vosotros, bien aventurados mártires, que nos habeis dado la victoria, decidnos el premio que habeis recibido por ella:» y una voz contestó: «nosotros hemos encontrado cerca de Dios lo que el ojo nunca ha visto, lo que las orejas no han escuchado, lo que el entendimiento del hombre no ha comprendido.» Maravillados los circunstantes del suceso lo refirieron á sus compañeros, lo creyó como era natural el pueblo supersticioso, y desde entonces quedó asegurada para siempre la autoridad del profeta. Y temeroso este de que los que le habian ayudado á representar la farsa descubriesen algun dia su engaño, se encaminó solo á la fosa donde estaban, y cerrando los agujeros por donde les entraba el aire preciso para la vida, los dejó morir enterrados (1).

Pero así eran todos los falsos profetas mahometanos: ingeniosos y astutos como lo son por lo comun los hombres de las razas berberiscas, érales fácil inventar prodigios y fingir milagros que les diesen derecho para llamarse inspirados y autoridad para reinar sobre sus tribus: inflexibles y crueles por carácter, orgullosos y rudos por costumbre, persuadian con engaños, gobernaban con el látigo, y nunca castigaban sino con la muerte. Para ellos eran buenos todos los medios con tal de que condujeran á su fin: cuando la predicacion no bastaba, empleaba la fuerza, cuando la fuerza no era suficiente acudian á la astucia, y cuando la astucia no era bastante se valian de la traicion, de la bajeza y de la infamia.

F. DE CARDENAS.

ABDELAZIS: era hijo de Muza uno de los primeros caudillos árabes que vinieron á conquistar la España. Nada dice la historia acerca de los primeros años de su vida: solo se sabe que cuando Muza sitiaba á Mérida le mandó venir de Africa con siete mil caballos y algunos infantes berberiscos, y que su presencia en el campamento árabe influyó en gran manera en la rendicion de aquella ciudad. Poco despues de este suceso estalló en Sevilla una rebelion en que perecieron ochenta musulmanes, salvándose con gran trabajo el resto de la guarnicion. Y como esta tentativa comprometiese la naciente autoridad de los árabes en España, envió Muza á su hijo Abdelazis á castigar á los rebeldes con un cuer-

(1) Dombay, historia de los Arabes. *Gestiche boni Mauritaniam.*

po numeroso de caballería. Pero la insurrección de Sevilla había sido promovida exclusivamente por la clase baja del pueblo que animada de un ódio mortal contra los sarracenos, atendía más á satisfacer su propia venganza que á calcular el éxito de su resistencia. Así es que los nobles temerosos del castigo, quisieron abrir á Abdalazis las puertas de la ciudad; pero no consintiéndolo los plebeyos, las tropas árabes entraron á viva fuerza en la población, donde restablecieron el orden después de una grande matanza.

Dirigióse luego Abdalazis hácia la parte meridional de España en la provincia de Murcia donde mandaba todavía como caudillo y aun dándose el nombre de Rey un caballero principal de una de las más nobles familias godas llamado Tadmír ó Teodomiro, según otros historiadores. Habíase distinguido este príncipe en varias ocasiones contra los musulmanes, y especialmente en la batalla de Guadalete, donde después de haber hecho prodigios de valor, juntó las reliquias que pudo del ejército godo, y se retiró con ellas al reino de Murcia, fundando en él una pequeña monarquía conocida de los árabes bajo el nombre de *tierra de Tadmír*. No podían tolerar los orgullosos dominadores de la España que se abrigase en un rincón de ella este caudillo esforzado que con un valor y una audacia dignos de mejores tiempos pretendiese continuar la monarquía de los Hermenegildos y los Recaredos. Cuando supo Tadmír la aproximación de los árabes, salió con sus tropas á la defensa ocupando los desfiladeros, y evitando toda batalla campal por no poder resistir la superioridad de los ginetes enemigos. Abdelazis pudo internarse sin embargo hasta los campos de Lorca, donde obligando á los cristianos á aceptar el combate los derrotó completamente persiguiéndolos hasta los muros de Auriola (Orihuela), única fortaleza de que pudieron ampararse los fugitivos. Pusieron cerco los infieles á esta ciudad, y como Tadmír conociese que era harto escasa su gente para resistirlo, valiése de una estratagema con la que logró engañar á sus adversarios.

Mandó pues que todas las mugeres de la ciudad se vistiesen de soldados y subiesen armadas á las torres y murallas con los cabellos cruzados sobre sus pechos, á fin de que pareciesen barbas. Creyendo Abdelazis que eran muy numerosos los defensores de la fortaleza, dispuso con la mayor precaución el cerco. Salió entonces el mismo Tadmír de la ciudad ocultando su nombre y llamándose mensajero de los sitiados, y se presentó al caudillo enemigo para tratar de capitulación y avenencia. Creyendo Abdelazis que la ciudad estaba bien defendida y que podía resistirse por mucho tiempo, no dudó en ofrecer condiciones ventajosas á los sitiados y estipuló el tratado siguiente: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Abdelaziz y Tadmír hacen este con-

venio de paz que Dios confirme y proteja. Que Tadmír tenga el mando de sus tropas y no otro de los cristianos de su Reino: que no volverá á haber guerra entre las dos partes contratantes ni se tomarán cautivos sus hijos y mugeres: que los cristianos no serán molestados por su religion, ni serán incendiadas sus iglesias, ni quedarán comprometidos á otras obligaciones que las aquí convenidas: que esta avenencia se entienda tambien con las siete ciudades Auriola (Orihuela), Valentila (Valencia), Lecant. (Alicante), Mula, Boxara (Bigastro), Ota y Lorca: que Tadmír no recibirá en sus estados á los enemigos del Califa ni ocultará á este los tratos hostiles de que tenga noticia: que Tadmír y sus nobles pagarán el servicio de un dinar ó aureo cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite, y los siervos ó pecheros la mitad de este tributo. Fue escrita en 4 de Rejeb año 44 de la ejira» (5 de abril de 713.) Luego que estuvo firmado el convenio declaró su verdadero nombre el mensajero, y acojido benévolamente por Abdelazis conversó largo rato con él y comió en su compañía. Llegada la noche se volvió Tadmír á la ciudad y dispuso lo necesario para que á la mañana siguiente entrasen en ella las tropas infieles. Verificóse así, y como se maravillase el caudillo árabe de los pocos soldados que encontraba, preguntó á Tadmír, «¿qué has hecho de las tropas que coronaban los muros de esta ciudad? El godo refirió entonces su estratagema que por lo ingenioso y sutil fué muy celebrada de todos.

Así se conservó algun tiempo aunque tributario un pequeño Reino verdaderamente cristiano, independiente á pesar de su vasallaje, refugio de los vencidos y motivo de peligro y de recelo para los vencedores. Por eso desapareció esta débil monarquía cuando habiendo venido á mandarla el príncipe Atangildo y estableciéndose otra de la misma especie en lo interior de Asturias, conocieron los árabes su riesgo y se apresuraron á destruirla.

Tres dias estuvo Abdelazis en Orihuela, atendido y obsequiado por los cristianos: despues de este tiempo partió sin hacer daño alguno hácia la sierra de Segura, entró en Bazta y en Acxi, pasó á Jayen, Elvira, Garnata, que estaba en poder de los judios, Anticaria, Málaga y otras ciudades de la costa sin encontrar resistencia.

Destituido Muza del mando de sus tropas y obligado á presentarse en Damasco, de orden del califa, confirió á su hijo Abdelazis el título de emir y el gobierno de España, mandándole que residiese en Sevilla y que se aconsejase en todas sus providencias con el sábio y virtuoso Ayub, uno de los mas distinguidos gefes

del Islam. Hizólo así el joven caudillo estableciendo en aquella ciudad la corte y aduana que era entre los árabes la casa del Senado ó del Consejo donde se congregaban los mexewares ó consejeros. Tenia Abdelazis gran fama de clemente entre las poblaciones cristianas, cuya dependencia habia dulcificado cuanto le era posible regularizando y aun disminuyendo el tributo que pagaban. Enamorado de la princesa Egilona, viuda del Rey don Rodrigo, y no teniendo por su parte grande animadversion contra los cristianos, se casó con ella sin exigirle que abrazara la fé musulmana. Marchó despues á acabar la conquista de Lusitania, llegó á las costas del Atlántico é hizo que su lugar teniente Habib recorriese los Pirineos desde Galicia hasta Pamplona, y arreglase el tributo que le debian pagar los cristianos. Cuentan muchos historiadores que su casamiento con la cristiana Egilona le habia enagenado el afecto de los buenos musulmanes que veian un acto de impiedad y de traicion en su generosidad con los vencidos; generosidad que consideraban inspirada por su consorte, muger ambiciosa y altanera, y de quien cuentan los árabes colocaba todas las mañanas sobre la cabeza de su marido, una corona real, á fin de excitarle á que fundara en España un trono. Pretenden tambien algunos historiadores que Abdelazis era secretamente cristiano, lo cual si es cierto dá mucha luz á la historia sobre la rebelion de Pelayo y sobre los planes de independenciam que fraguaban por el mismo tiempo los cristianos establecidos en las cordilleras del Pirineo; mas si el jóven caudillo no llegó á apostatar de su fé, parece indudable á lo menos que tuvo grandes conatos de ello. Lo que si tiene á nuestro parecer todas las condiciones de la certeza, son sus proyectos de rebelion, sus relaciones con los cristianos sublevados, y su apostasia política cuando no religiosa. Citaremos algunos pasajes de las crónicas árabes que comprueban esta verdad (1).

«Abd el Azzis se casó con Ailat (nombre que daban los árabes á Egilona) de la raza goda y muger de Rodrigo el muerto. Hizose renegado para abrazar la religion de Ailat, vivió con ella en la ley de los *Roum*. (cristianos) y puso la corona de Ejica sobre su cabeza: y Habib el Fehri dijo á Abd el Azzis: ¿por qué haces eso? Y Abd el Azzis respondió, porque Ejica habia querido desterrar á los musulmanes: y replicó Habib: luego te haces Rey de los musulmanes y esta corona es la de tu Reino..... y en este año 96 de la Ejira (715) se hizo el Abd el Azzis Rey de la Andalucía, y salió de la obediencia del califa, porque su muger Ailat

(1) Véanse las cartas para ilustrar la historia de España, de Borbon.

le habia seducido á que se concertára con los cristianos de Galicia cuya ayuda le era necesaria para poner la corona sobre sus sienes.»

Otros textos árabes corroboran el fondo de esta narracion, si bien con pequeñas variaciones en sus detalles. Ignórase si Abdelazis llegó á tomar el título de Rey, pero parece fuera de toda duda que se hizo independiente del califa, con grave escándalo de los buenos musulmanes. Un hecho enteramente nuevo resulta de los textos á que nos referimos que es la correspondencia de Abdelazis con los cristianos de Galicia y con Pelayo; hecho que por otra parte parece corroborado por su clemencia con Tadmir. Cuentan tambien los mismos historiadores que vencido Abdelazis por los ruegos de su esposa, hizo achicar la puerta de la sala donde recibia sus visitas, á fin de que los que entraran tuviesen precision de inclinarse ante su persona.

Segun la narracion de Isidoro de Beja, habia Abdelazis llenado su serrallo de mugeres nobles cristianas, lo cual, no solamente contribuía á mantener contra él la animadversion de los buenos musulmanes sino el ódio y la animosidad de las poblaciones subyugadas. De todo lo dicho inferimos que no fue solamente la enemistad de Muza con el Califa Souleyman lo que ocasionó la muerte de Abdelazis y la de sus dos hermanos, sino los planes ambiciosos y trastornadores de este príncipe, y su conducta poco conforme con las máximas del Islam y con la creencia de Mahoma. Mandó pues el Califa de Damasco á los cinco principales caudillos que mandaban los ejércitos de España, que separáran de su gobierno al ambicioso Abdelazis y le quitasen la vida. El primero que abrió las cartas del Califa fué Habib ben Obeida, amigo y compañero de Abdelazis, y así que las hubo leído dicen los cronistas árabes se halló sobrecogido de tal temblor, que se le cayó el papel de las manos y exclamó: «¿es posible que tanto pueda la envidia y enemistad de los contrarios de Muza, que se olviden tan gloriosos servicios y tan felices empresas? Pero Dios es justo y nos manda obedecer á nuestros soberanos.»

Hallábase Abdelazis á la sazón en una alquería próxima á Sevilla, donde pasaba con su familia largas temporadas. Y como temiesen los encargados de ejecutar las órdenes del Califa, que la muerte del caudillo ocasionára algun alboroto en la tropa que le amaba con extremo, determinaron calumniarle de mal musulman, acusándole de que por influjo de su muger favorecia á los cristianos, y aun el vulgo añadió que Egilona queria hacerle Rey, que le ceñia la diadema, y que los cristianos confiaban en alzarse por su medio con los estados del Califa. Pero si esto era una calumnia como asegura Conde, díganlo los historiadores árabes á

quienes anteriormente nos referimos. Todos convienen sin embargo en que considerando el pueblo á Abdelazis como mal musulman, tuvo por justa y conveniente la sentencia del Califa, y que todos querian tener el mérito de ejecutarla. En vano algunos parciales del desgraciado caudillo quisieron á todo trance defenderlo: Zeyad ben Nabigat desbarató sus proyectos, y cuando Abdelazis estaba rezando la oracion del alba, entró en su habitacion un confuso tropel de gente que le asesinó á porfia cortándole la cabeza y sepultando despues su cuerpo en el patio de su casa. Notóse entonces alguna inquietud entre sus guardias, pero la autoridad de Habib fué bastante para calmarla. La cabeza fue llevada al Califa segun costumbre de los orientales, y cuenta la crónica que cuando aquel la hubo recibido tuvo la inaudita ferocidad de manifestarla á Muza que casualmente habia ido á visitarlo diciéndole al descubrísela: «conoces esta cabeza?» á lo que indignado el infeliz padre contestó: «sí: bien la conozco: la maldicion de Dios caiga sobre el que asesinó á quien era mejor que él.»

ABDELMELEK: hijo de Mohammed, mas conocido en nuestra historia con el nombre de Almanzor. Cuando Al-Hassan intentó una rebelion en Africa para arrancar á este país del dominio de los Califas de Córdoba, mandó Almanzor contra él á su hermano Omar, que derrotado por los rebeldes poco despues de su desembarco tuvo que refugiarse á Ceuta. Para reparar Almanzor este desastre envió á su hijo Abdelmelek, jóven todavia pero famoso ya por sus talentos militares, á la cabeza de un númeroso ejército. Y fue tal el terror que la presencia del nuevo caudillo infundió en los sublevados, que se entregó Al-Hassan sin combatir y juró obediencia á su soberano.

Cuando Abdelmelek volvió de Africa, vino á Córdoba á casarse con Habiba, sobrina suya y nieta de Almanzor; porque proyectando ya este príncipe fundar una dinastía, no hallaba fuera de su familia sangre bastante roja, (1) que mezclar con la suya. Referiremos las fiestas con que fué celebrado este matrimonio segun la narracion de las crónicas árabes, porque ellas ofrecen una curiosa pintura de las costumbres de los musulmanes de España. Hiciéronse las bodas en los hermosos jardines de la Almunia, llamados tambien Alamería, contiguos á los alcázares de la Zahriya. Toda la nobleza de Córdoba acudió á este regocijo: la linda desposada fué conducida en triunfo por las calles principales de la ciudad, acompañada de las doncellas amigas de su familia, precedidas y seguidas del

(1) Antigua supersticion de los árabes.

khadí, de los testigos y de los caballeros principales de la ciudad. Concluido el paseo comenzó una especie de simulacro ó ceremonia que representaba la lucha entre el pudor de la esposa y el amor impetuoso de su marido. Colocáronse las doncellas armadas de bastones de marfil y de oro en el pabellon donde la novia estaba, figurando que defendian sus puertas: acompañado el esposo de gran sequito de parientes y amigos figuró un combate con las doncellas y forzó la entrada. Era de noche y los jardines estaban lujosamente iluminados. En los bosques y fuentes y en los pequeños barcos que surcaban sus cristalinos lagos, resonaban apacibles músicas y armoniosas canciones en elogio de los desposados. Los cantos y las fiestas duraron toda la noche y todo el siguiente dia. Queriendo Almanzor que toda la ciudad participase de su regocijo, dió limosnas á los pobres de los hospicios, casó y dotó á huérfanas indigentes, hizo regalos suntuosos á los poetas que celebraron el himeneo de su hijo, y vistió y armó de nuevo á todos sus guardias.

Conociendo Almanzor la dificultad de asentar sólidamente su dominacion en Africa, mudó de plan y delegó su autoridad á un emir del país que reconoció de nombre á Hischen por soberano, pero que en realidad gobernó como príncipe independiente. Este emir llamado Zeiri ben Atia desdeñó con el tiempo el título de wazyr y acabó por sublevarse contra Almanzor. Para sujetarlo mandó este príncipe al caudillo Wadha el Feti, que fué derrotado en sus primeras expediciones y precisado á refugiarse en Tanger. Mandó entonces Almanzor un nuevo ejército á las órdenes de su hijo Abdelmelek que derrotó á los rebeldes en una batalla campal apoderándose de sus riquezas, armas, viveres y caballos. Reunió despues Zeiri las reliquias que pudo de su ejército y en otra accion que sostuvo contra Wadha el Feti, fueron tambien sus tropas dispersadas y vencidas, teniendo él que huir hasta Medina Fez con muy pocos de los suyos. Abdelmelek puso en libertad á todos los cautivos, mandó que les devolvieran sus armas y caballos; y cuando su padre tuvo noticia de esta victoria, le confirió el emirato de Almagreb donde gobernó por espacio de seis meses con mucha cordura y justicia.

Muerto el grande Almanzor en la batalla de Calat-Añozor, tomó su hijo el mando de las tropas heredando al poco tiempo todo el poder de su padre porque el Rey Hischen le nombró su hadjeb ó ministro. Y verdaderamente nadie era mas digno que él de tan elevado puesto: su fortuna en la guerra le habia ganado gran fama de entendido y de valiente, y sus servicios á la causa del Islam le habian atraído el cariño de su Rey y el afecto del pueblo. Para esplicar como Abdelmelek llegó á ejercer tan grande y absoluta au-

toridad, es necesario tener en cuenta la condicion débil y afeminada del soberano, y la influencia que habia ejercido sobre su ánimo el poderoso Almanzor. Entregado el Rey Hischen á los vicios y á la corrupcion de su serrallo: ignorante de los negocios públicos aun de aquellos que mas al alcance están de un soberano: privado de toda comunicacion con los hombres notables de su imperio y relacionado únicamente con viles eunucos y con disolutas esclavas, faltábale no solo aptitud para gobernar su reino, sino hasta la voluntad para ceñir la corona. Rey de nombre, y monarca de serrallo ni siquiera redundaban en provecho suyo y en honor de su persona los buenos actos de sus ministros y las hazañas de sus generales. Sucedia pues en su reinado lo contrario de lo que comunmente acontece en las monarquías: asi como en estas dan lustre á un soberano los grandes hombres que en ellas florecen, asi en la del miserable Hischen cada buen suceso, cada hazaña notable hacia resaltar mas vivamente su impotencia y su imbecilidad: el ministro obscurecia al príncipe, y la estirpe régia parecia sustituida por la dinastía del privado. Asi la historia apenas hace mencion de Hischen, cuando dedica muchas y muy gloriosas páginas á los hechos de Almanzor, asi Abdelmelek heredó el poder de su padre por mas que no lograrse heredar su fortuna.

Fiel este príncipe á los consejos que en otro tiempo le habia dado Almanzor, trató de asegurar su dominacion en Africa antes de volver á empezar la guerra con los cristianos. Almaan hijo de Zeiri que gobernaba á la sazón en aquellas provincias, envió diputados al nuevo hadjeb que le ofrecieran en su nombre sumision y obediencia, pidiéndole al mismo tiempo la confirmacion del emirato de Almagreth; concedióselo Abdelmelek con la condicion de que Almaan habia de enviarle á Córdoba cada año, cierto número de caballos de raza con sus jaeces y armas correspondientes, y de que habia de dejarle como en rehenes á su bijo Manser.

Creyendo asegurada asi la posesion del Africa, se propuso el hadjeb hacer dos invasiones cada año, en el territorio de los cristianos emprendiendo la primera en el de 1003, y alcanzando sobre las fronteras de Lérida una señalada victoria. Entró en el siguiente con mucha caballería por las fronteras de Galicia, haciendo grandes estragos en todo el pais y se apoderó por último de la ciudad de Leon, arrasando sus muros por temor de que los cristianos volviesen á poblarla. Segun las crónicas árabes derrotó en seguida Abdelmelek, cerca de esta ciudad á otro ejército cristiano; pero parece mas probable la narracion de Lucas de Tuy, donde se cuenta que el conde don Sancho, uno de los mas célebres caudillos cristianos de aquella época, se puso al frente de los castellanos y de los leoneses y derrotó á Abdelmelek, arrojándolo del reino recién conquistado.

Continuó Abdelmelek sus correrías por las fronteras cristianas destruyendo las plazas fuertes que no podía conservar, y volviendo siempre cargado de rico botín y numerosos cautivos. Queriendo estender sus conquistas fuera de España, envió una flota á Italia que desembarcó en Salerno, poniendo á contribucion la ciudad; pero mientras los musulmanes esperaban en la playa el dinero concertado, salieron los de Salerno y les obligaron á embarcarse con pérdida de sus mejores tropas. Por este tiempo pidieron las paces los cristianos, y aunque Abdelmelek no las quiso otorgar en un principio, concediolas luego por mediacion de Abdalah wazyr de Toledo que era grande amigo del Rey cristiano desde que habiendo cojido cautiva á doña Teresa, hermana de Alfonso V, la devolvio sin exigir por ella rescate alguno.

Cumplido el plazo de la tregua, volvió Abdelmelek á sus correrías, entró en Galicia donde destruyó los fuertes construidos por los cristianos, derribó los muros de Avila, volvió por las riberas del Duero, destruyó las fortalezas de Gormaz y de Osma, y entró vencedor en Córdoba. En el otoño del mismo año volvió á comenzar la campaña llevando en su compañía al jóven Manser el hijo del wali de Fez. «Cuatro mil caballeros escojidos, dicen los historiadores árabes, iban al mando del Hadjeb: sus corazas y sus cotas de malla brillaban como las estrellas: sus caballos iban cubiertos de dobles caparazones de riquísima seda. Seguia á esta comitiva la caballería de andaluces y africanos, gente aguerrida que se habia distinguido en las mas peligrosas ocasiones acaudillada por el wali de Toledo y por el jóven Manser, que entusiasmado y valiente montaba un fogoso caballo.» Encontróse este ejército con el de los cristianos el cual aunque derrotado en su primera acometida, repúsose luego en un desfiladero donde no podia maniobrar la caballería enemiga. Trabado otra vez el combate, los cristianos pelearon como tigres furiosos segun la espresion de los cronistas árabes, y pronunciándose la victoria ya por una ya por otra parte, llegó la noche sin que se decidiera, teniendo que separarse los dos ejércitos. A la mañana siguiente viendo los infieles su pérdida, se retiraron á las fronteras, y de ellas á Toledo y á Córdoba. Poco despues de esta jornada enfermó gravemente Abdelmelek y murió en el año de 1008 á los seis y cuatro meses de su gobierno.

ABDELMELEK BEN COTAN. Cuando el emir de España Abdelrahman fué muerto y vencido por los cristianos en la batalla de Poitiers, el gobernador de Africa Obeida el Kisi nombró para sucederle á Abdelmelek ben Cotan que tenia en el pueblo fama de buen musulman y reputacion de valiente en el ejército. Este nombramiento fué confirmado al fin por el califa, pero antes de que esto sucediera entró Abdelmelek en España, pasó con mucha di-

ligencia las fronteras de Afranc (pirineos) é hizo que le siguiera á marchas forzadas un fuerte cuerpo de tropas. Y como al entrar en Francia hallase muy desanimados á los musulmanes á causa de los desastres que habian sufrido, trató de alentarlos recordándoles la guerra sagrada que en mejores dias habian sostenido sus padres por la fé del Islam. «La guerra, les dijo, es la escala del paraíso: el enviado de Dios se preciaba de ser *hijo de la espada* y reposaba á la sombra de las banderas ganadas á los enemigos. La victoria, la derrota y la muerte están en manos de Dios que exalta hoy á quien ha de humillar mañana.» Las predicaciones belicosas del emir produjeron el efecto deseado, y los árabes pidieron marchar al combate.

Pero Abdelmelek tenia ya noventa años, y aunque á pesar de sus blancos cabellos latía en su pecho un corazón ardiente y entusiasmado por la fé del Islam, sus expediciones en la Aquitania fueron muy desgraciadas. Contra sus esfuerzos recobraron los cristianos casi todas las plazas que habian perdido, y los musulmanes atribuyeron á la impericia de su gefe la mala fortuna de sus armas. En vano procuró Abdelmelek por una nueva expedicion reponerse de su pasada derrota: escrito estaba como dice un historiador árabe, que los musulmanes no conservarían largo tiempo sus posesiones allende el Pirineo, y se cansa inútilmente quien lucha contra los decretos del Altísimo.» Derrotadas nuevamente las tropas del Califa en el puerto de Roncesvalles, tuvieron que replegarse sobre el Ebro. El ejército volvió á culpar al emir de sus desgracias, y temiendo el Califa del descontento de sus súbditos le quitó el mando y le obligó á ir á su córte. Despues de algun tiempo, habiéndose convencido el Califa de la inocencia de Abdelmelek, le nombró gefe de su caballería en España. Restituido á la Península el anciano emir, reprimió vigorosamente una terrible insurreccion de los cristianos de las montañas de Gou (Vizcaya ó Asturias) y marchó segun la expresion de un cronista árabe, «á la caza de estas fieras persiguiéndolas de montaña en montaña y de desfiladero en desfiladero, hasta que aterra- das con el castigo que sufrían sus cautivos tomaron el partido de someterse.»

En las insurrecciones de walies y caudillos que tuvieron lugar en España durante la ausencia del emir Okbah, solo Abdelmelek permaneció fiel á la ley y á sus juramentos, por lo que mereció ser nombrado emir á causa de la dimision de Okbah. Mas en Africa es donde debemos buscar el origen de aquellas insurrecciones que cubrieron de sangre y de luto las mas ricas poblaciones de España. Aunque aliadas para la conquista las razas berberisca y árabe, conservaban sus profundos ódios y sus sangrientas rivalidades lo mismo que el primer dia en que vinieron á las manos en medio

del desierto. No habiendo aceptado el Africa el yugo de la conquista declaraba frecuentemente con tumultos y sediciones su profundo descontento. La dominacion de los conquistadores era tambien mas dura y opresora en aquel pais sobre todo cuando el lujo de los Califas consumia casi todas las rentas del imperio, y cuando los emires temerosos de caer en la desgracia de su soberano procuraban enriquecerse cuanto antes, á fin de comprar con el producto de sus exacciones el mando que de otro modo no podia ser duradero. Provenian de aqui esas numerosas rebeliones de los berberiscos que ocupan la mayor parte de la historia del Africa, y esta guerra terrible que en tiempo de Abdelmelek ensangrentó á la España y conmovió hondamente el imperio árabe de Córdoba, (véase el artículo ОКВАН.) Derrotados los árabes en la batalla de Marfa, cerca del estrecho de Gibraltar por el bando berberisco, refugiáronse en Ceuta diez mil caballeros sirios que habian escapado de la batalla; pero cercados por los vencedores y próximos á rendirse de hambre, imploraron el socorro de Abdelmelek y la ayuda de sus hermanos de España. Grande impresion produjo en este pais la derrota de los sirios. Los árabes andaluces supieron con indignacion el triunfo de los berberiscos, y llenos de entusiasmo y de ardor intentaron socorrer á los sitiados. Pero malicioso y desconfiado el emir creyó comprometer la tranquilidad pública de España amenazada ya de guerras y de discordias, socorriendo á aquellos extranjeros despechados por la desgracia y escasos de fortuna y de recursos, y les negó toda especie de auxilio. Indignados los musulmanes de tan cruel propósito, resolvieron auxiliar á toda costa á los sitiados de Ceuta, y un caballero de Córdoba llamado Zeyad les envió dos galeras cargadas de provisiones. Noticioso Abdelmelek de la desobediencia de Zeyad, mandó que le sacaran los ojos y le ahorcáran entre un perro y un cerdo para intimidar por este castigo á los que se atrevieran á imitarlo.

Mas el triunfo de los berberiscos de Africa alentó á los de España que no odiaban menos á sus compañeros de glorias que aquellos á sus dominadores tiranos. Eran los árabes los únicos depositarios de las puras tradiciones de la fé, porque orgullosos de que en sus tiendas se hubiese mecido la cuna de su profeta, creíanse privilegiados con la verdadera inteligencia de su doctrina. Monopolizados por ellos y por los sirios los empleos civiles, religiosos y militares, tocaban solo á los berberiscos aquellas funciones subalternas que pocas veces dan fortuna y nunca proporcionan consideracion. Fácil es de conocer cuantos gérmenes de discordia debian encerrar estas humillantes prerogativas, y estas odiosas distinciones de castas para aquellos que participando de todos los

peligros de los combates no tenían derecho á las ventajas de la victoria. Sucedió pues que los berberiscos de Galicia y los de otras provincias de España se sublevaron contra el emir marchando unos sobre Toledo, viniendo otros sobre Córdoba y dirijiéndose los mas hácia la costa para recibir á sus hermanos de Africa, ó para evitar el desembarco de los sirios. Abdelmelek ocurrió al peligro, mandó á su lugar teniente Abderhaman que acometiese á los levantados de Córdoba, y derrotó el mismo á los de Toledo, marchando en seguida hácia aquella capital, donde reforzados los rebeldes por tropas venidas del Africa, lo obligaron á encerrarse dentro de las murallas. En este conflicto mandó llamar Abdelmelek á los sirios de Ceuta, á quienes ofreció trasladarlos á España, reservándose el derecho de despedirlos cuando lo juzgara conveniente y exigiéndoles algunos rehenes. Firmado este convenio llegaron á Córdoba los sirios, y ansiosos de vengar su derrota de Marfa salieron en seguida contra los rebeldes y los derrotaron y dispersaron cerca de Toledo. La rebelion pareció un momento concluida.

Pero cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de los sirios empezó á considerarlos como enemigos, y quiso enviarlos á Africa invocando el derecho que le daba el tratado. Ellos por su parte queriendo vengar la injuria que les había inferido el emir cuando les negó los auxilios, no quisieron retirarse, y su gefe Baledjí dirigiéndose á Córdoba, se apoderó del anciano emir y sin consideracion á su dignidad ni á sus años, le condenó á la misma pena con que él había castigado á Zeyad; esto es, le ahorcó en el puente de Córdoba entre un perro y un cerdo. Dueños así los sirios de la Península eligieron á Baledjí, para que la gobernara sin curarse de si este nombramiento mereceria ó no la aprobacion del Califa.

ABDELMOUMEN. Hemos visto en su lugar correspondiente (**ABDALAH EL MAHADI**) como Abdelmoumen, fué uno de los primeros secuaces y de los principales caudillos de Abdalah el Mahadi, y la parte que tuvo en la guerra de los almohades hasta la muerte del falso profeta. Quédanos que referir ahora los otros sucesos de su vida durante la cual acabó de establecerse en Africa y en España el imperio de los almohades.

Cuando murió el Mahadi quedaban solo cuatro caudillos de los diez que primero le habían jurado obediencia. Todos tenían sin duda el mismo derecho para sucederle, pero como Abdelmoumen hubiese merecido mas particularmente el cariño y la amistad del profeta, fue escojido por los otros tres para gobernar el Reino, recibiendo el título de Califa y *emir al moumenim* ó príncipe de los creyentes, con cuyo nombre solo habían sido conocidos hasta entonces los califas de Damasco.

Como la historia de los árabes interesa tanto por la pintura de las costumbres como por la narracion de los acontecimientos, creemos oportuno referir aquí aunque la creamos pueril é inesac- ta una anécdota que traduce Conde (1), de un libro árabe acerca de la eleccion de Abdelmoumen. Dice el autor de este libro que habiendo muerto el Mahadi poco despues de la derrota de los al- mohades, Abdelmoumen único entre sus partidarios que tuvo no- ticia del suceso, logró tenerlo oculto por espacio de tres años en los cuales gobernó y rigió el reino en nombre del profeta. Dedicóse Abdelmoumen durante este tiempo á criar y domesticar cuidadosamente á un leon de corta edad que hizo traer del desier- to, acostumbrándolo á que le halagase y obedeciese, y á enseñar á un pájaro, cuya especie no señala el cronista, á decir estas palabras: «Abdelmoumen es la defensa y el apoyo del estado.» Cuando el caudillo creyó llegado el tiempo de hacer pública la muerte del Mahadí, dispuso una gran sala en una casa fuera de Tinamal, co- locando en ella una columna encima de la cual se ocultaba la jau- la del pájaro que habia enseñado y escondiendo al leon debajo de la tribuna en que él debia subirse. Congregó en este sitio á to- dos los gefes del pueblo y á otras personas principales á quienes participó la muerte del profeta, y como viese que todos lloraban y se enternecian al escuchar la noticia:» no lloreis les dijo: el vir- tuoso Iman disfruta ahora de mas venturosa suerte. Su última vo- luntad fué que no hubiera entre nosotros discordia ni desavenen- cia, ni que nos dejáramos arrastrar de nuestras pasiones ó de nues- tros particulares intereses cuando nombráramos un nuevo señor: depongamos pues toda idea de rivalidad y de odio y ocupémonos de este nombramiento.» Calló Abdelmoumen, y cuando los circuns- tantes estaban pensativos y silenciosos aguardando sin duda la ins- piracion divina, oyóse una voz que parecia venir del cielo y era la del pájaro, que pronunció claramente estas palabras: «auxilio, victoria y poder á nuestro señor el califa Abdelmoumen, príncipe de los fieles y apoyo y defensa del imperio.» Al mismo tiempo alzó disimuladamente Abdelmoumen la puerta de la jaula que te- nia á los pies, y apareció el leon en medio de la sala mostrando sus aguzados dientes, ondeando magestuosamente su cola y cau- sando gran miedo y espanto en todos los circunstantes. Pero pre- sentándose Abdelmoumen con inalterable calma, humillóse ante él la fiera, le halagó cariñosa y le lamió sus manos mansa y apa- ciblemente. Los almohades que esto vieron proclamaron califa á aquel hombre privilegiado que domaba con su vista los leones

(1) Conde, historia de la dominacion de los árabes en España.

del desierto, y en favor de quien tan claramente se habia pronunciado la voluntad del cielo.

Abdelmoumen despues de su maravillosa eleccion, declaró la guerra al Rey de Marruecos, y vino con treinta mil de los suyos á poner sitio á esta ciudad; pero creyendo luego que sería mas fácil y provechoso á sus armas recorrer el pais, levantó el cerco y puso á contribucion toda aquella comarca talando los campos y saqueando las poblaciones. En vano trataron de oponérsele las tropas del emir. Victoriosos en todas partes los almohades, mandó Alí venir de España á su hijo Tachfin que habia ganado fama de valiente en la guerra contra los cristianos; pero en el primer encuentro que tuvo el nuevo general con los almohades quedó completamente derrotado y vencido. Tan pesaroso de esta desgracia quedó el emir, que cayó en una melancolía habitual y profunda causadora por último de su muerte. Sucedióle en el trono su hijo Tachfin quien deseando comenzar su reinado bajo buenos auspicios, juntó un nuevo ejército y salió á batir á los almohades que ufanos de su anterior victoria continuaban asolando los campos y devastando las ciudades. Mas en esta ocasion no fué tan desgraciado Tachfin como en la precedente, pues apenas vino á las manos con los almohades hizo en ellos una horrible matanza y los obligó á huir dejando el campo cubierto de cadáveres. Refugióse Abdelmoumen en la sierra, y habiendo sido atacado allí por el ejército almoravide salió á su encuentro, rompió sus filas y lo puso en completa derrota. No se desalentó Tachfin con esta desgracia, sino que por el contrario hizo un nuevo levantamiento de tropas, con las cuales salió en seguimiento de los almohades. Grande y encarnizada fué la batalla que se empeñó entonces entre los dos ejércitos: los almoravides atacaron impetuosamente á sus contrarios, pero estos los resistieron con tanta fuerza que aunque era muy escasa su caballería, osaron briosamente acometerlos y despues de muchas horas de combate los pusieron en vergonzosa fuga: y aun habria sido hecho prisionero Tachfin sino se hubiese acojido á los muros de Tlemecen con tanta diligencia. Abdelmoumen entonces puso cerco á Whran (Oran) ciudad muy fuerte que se habia reservado Tachfin para último refugio y en cuya defensa mostraba por lo tanto el mayor empeño. Asi es que salió contra los sitiadores y despues de una batalla en que perdió mucha gente, logró abrirse paso y penetrar dentro de los muros. Pero desconfiando de sus propios soldados ó creyendo inútil la resistencia salió Tachfin una noche de la ciudad con ánimo de refugiarse en la fortaleza que dominaba al puerto, pasando en seguida á las costas de España; pero como la noche fuese muy oscura y el camino quebrado y peligroso, el caballo que montaba el emir tropezó en el borde de un precipi-

cio donde se despeñó con el ginete sin que nadie pudiera socorrerlo. Su cadáver fue hallado por los sitiadores á la mañana siguiente. Defendíanse los sitiados á pesar de esta desgracia; pero cuando Abdelmoumen destruyó los acueductos que proveían á la ciudad, viéronse precisados á rendirse por no morir de sed ó de hambre (1). Prosiguiendo este caudillo en sus conquistas se apoderó de Tlemecen despues de siete meses de defensa por parte de sus habitantes. En seguida puso cerco á Fez, segunda ciudad del imperio, mas desconfiando de poderla rendir por la fuerza, acudió á la astucia. Mandó labrar una muralla que atajase el rio que entraba por la ciudad; y quedando represada así la corriente primero formaron las aguas una grande laguna y despues comenzaron á derramarse por los campos para buscar nuevo cauce. Mandó Abdelmoumen romper de pronto la muralla, y apenas comenzaron á caer los primeros escombros, las aguas se estrellaron con tal ímpetu sobre los muros de la ciudad, que se llevaron y arrancaron hasta los cimientos una gran parte de ellos y destruyeron muchos edificios. Era la madrugada, hora en que Alí, general de las tropas que defendían la ciudad, celebraba sus bodas con una hermosa doncella de la misma, pero como hubiese oído el estruendo producido por el torrente, abandonó el festin y marchó en compañía de Abdalah el Gieni á atacar fuera de murallas á los enemigos, que estando descuidados no pudieron aprovecharse de su ingeniosa estratagema y se limitaron á conservar sus posiciones y sostener el sitio. Mas como al poco tiempo hubiesen ocurrido graves desavenencias entre Alí y Abdalah, únicos generales que defendían la plaza, quiso satisfacer este último su venganza contra Alí y concertó secretamente con Abdelmoumen la rendicion de la fortaleza. En vano trató de impedirlo el animoso Ali, en vano tambien procuraron defenderse los habitantes de la ciudad: Abdelmoumen entró con su ejército victorioso por las calles, arrasó los muros de la ciudad que no habian sido derribados por el torrente, saqueó las casas y pasó á cuchillo la mayor parte de sus moradores.

Orgullosa el emir de sus triunfos dividió su ejército en dos mitades de treinta mil hombres cada una y dando el mando de la primera á uno de sus caudillos la envió á España para comenzar la conquista, mientras él se encaminaba con la segunda á poner sitio á Marruecos. Era esta ciudad como se sabe, en aquellos tiem-

(1) Segun la crónica cristiana, Abdelmoumen, se sirvió en este sitio de un fuego llamado *Atkatran*, y Tachfin murió quemado en la fortaleza. Pero el crónista cristiano no merece en este punto tanta fé como el historiador árabe.

pos la mas rica y populosa del imperio de los almoravides, y el emir empeñado en su defensa habia hecho juntar dentro de sus muros todas las reliquias de su ejército. Conociendo Abdelmoumen la dificultad del cerco, dispuso labrar sobre una eminencia próxima á las murallas una especie de ciudadela que sirviese de amparo y abrigo á sus tropas cuando hostilizadas por los sitiados tuviesen que ensanchar el cerco. Los almoravides en sus frecuentes salidas sostuvieron muchas escaramuzas con los sitiadores, pero todas de poca importancia y consecuencia, hasta que Abdelmoumen dispuso una emboscada y habiendo atraído hácia ella al ejército contrario le cargó con tanto ímpetu que lo derrotó y siguió en su retirada hasta las puertas de la fortaleza. Los sitiados desde entonces no osaron provocar mas combates, y Abdelmoumen se contentó con estrechar el bloqueo dejando que el hambre recabase de ellos lo que él no podia alcanzar con la violencia. Y en efecto asi sucedió: privada la ciudad de toda comunicacion con los pueblos comarcanos, empezó á carecer de víveres: el hambre hizo estragos horrosos: la peste vino luego á acrecentar el conflicto: las calles de Marruecos estaban cubiertas de cadáveres: cuando los habitantes hubieron apurado todos los animales domésticos, empezaron á comerse unos á otros: doscientas mil personas cuentan las crónicas árabes que murieron en esta ocasion: la ciudad era un gran cementerio. Considerando algunos caudillos andaluces que era loca y temeraria empresa la de resistir por mas tiempo, concertaron secretamente con Abdelmoumen entregarle la ciudad euando sus tropas diesen el primer asalto á las murallas. Verificóse asi con débil y floja resistencia de parte de los sitiados, y Abdelmoumen entró victorioso en Marruecos, pasó á cuchillo las tropas, y saqueó las casas. Setenta mil hombres desarmados, dicen los historiadores árabes que perecieron en esta matanza. Cuando las tropas entraron en el alcázar trajeron á la presencia del Califa al emir Abu Ishak sucesor de Tachfin, y como el vencedor le viese tan jóven y desgraciado, compadecióse de él y dijo á sus caudillos: «harta es su desdicha, dejémosle llorarla en perpétua prision:» á lo que contestaron los caudillos, «no quieras señor criar un leon que despues nos despedace ó nos ponga en peligro á todos.» Abu Ishak se arrojó entonces á los pies del Califa pidiéndole con lágrimas en los ojos que le conservase la vida, de lo que indignado un caudillo almoravide pariente suyo destronado y prisionero como él: «miserable, le dijo escupiéndole en la cara, ¿por qué ruegas? ¿Crees por ventura que es un hombre ese á quien hablas? Sufre en silencio tu suerte y no trates de apaciguar con lágrimas á quien nunca se vió harto de sangre.» Colérico con estas razones Abdelmoumen, mandó matar á Abu Ishak y á todos los caudillos almoravides, dispuso que

fuesen derribadas todas las mezquitas segun era costumbre entre los almohades, y sin detenerse en la ciudad prosiguió su expedicion en busca de nuevos y ensangrentados laureles.

Mientras que en Africa sucumbia el imperio almoravide bajo la espada triunfante de Abdelmoumen, en España se desmoronaba por sí mismo aquel imperio, y en vez de una nacion fuerte, compacta y animosa que ofreciera una larga y obstinada resistencia á las huestes almohades, presentaba el espectáculo de un reino dividido, enflaquecido por sus discordias, ensangrentado por sus guerras civiles, y dispuesto á abrir sus puertas y acoger con aplausos al primer conquistador que arribase á sus costas. Cuando en 1138 abandonó Tachfin la Península, ocurrió en ella la primera insurreccion contra los almoravides. Mas esta insurreccion fué al principio puramente religiosa: la doctrina de Algazali, aunque proscripta por Youssof, encontró entre los árabes españoles multitud de partidarios. Habíala predicado en el Algarve Ahmed ben Cosai, que como el Mahadi había vendido sus bienes, y corrido el mundo para afirmar su fé y para acrecentar su ciencia. No tardó el nuevo profeta en hacerse amigos y partidarios y alzándose con ellos en el Algarve se apoderó de Mertola y otras muchas ciudades, y se hizo proclamar emir y señor absoluto. Los insurrectos pasaron entonces el Guadiana, se apoderaron de Huelva y de Niebla, ocuparon á Triana que entonces era como ahora el arrabal mas populoso de Sevilla, y de tal modo amenazaron la dominacion almoravide, que el general Ben Gamia que estaba en Córdoba marchó contra ellos, y despues de haberlos arrojado de Triana los persiguió en su retirada y los sitió en Niebla. Pero en este tiempo tuvo Ben Gamia que regresar á Córdoba á causa de la sedicion que habia estallado en esta ciudad donde el rebelde Abou Dgiafar Hamdain habia tomado el título de emir. Valencia, Játiva, Murcia, Almería, Málaga y Sevilla siguieron el ejemplo de Córdoba: en todas partes eran depuestos los walies, en todas eran asesinados los almoravides, la España meridional en fin, abria sus puertas á los almohades. Estableciéronse emiratos independientes en cada una de aquellas ciudades, y la España sacudió en gran parte el yugo tiránico de los almoravides para caer bajo el poder de emires oscuros, ignorantes y crueles ó para consumirse en una guerra sin gloria y en los horrores de la mas espantosa anarquía. La cuestion religiosa entre almohades y almoravides era el pretesto y no la verdadera causa de la lucha. El odio de los árabes españoles contra los africanos, reprimido por largos años, despertó en esta ocasion con mas violencia que nunca las rivalidades de raza y de tribu, fueron ahora como siempre el motivo principal si no el único de la discordia. Los almoravides temerosos de su inferioridad delante de sus contrarios, solicitaron alianza con el monarca de Cas-

tilla y esta concesion que aunque forzada hicieron á los cristianos, dió lugar á las severas murmuraciones de los buenos musulmanes y á que abandonasen su partido muchos de los que hasta entonces lo habian sustentado. Sería inútil emprender ahora la prolija narracion de todas las rebeliones parciales, de todas las escaramuzas insignificantes que ocurrieron entre los bandos enemigos y que turbaron por este tiempo la tranquilidad de España. Baste saber que cuando este pais estaba mas agitado por sus interiores discordias, desembarcaron en Algeciras los treinta mil almohades enviados por Abdelmoumen; que casi todas las ciudades de la costa les abrieron sus puertas y los recibieron como á libertadores, pero que despues de muchas y penosas campañas, y de una larga y sangrienta guerra ya entre moros y cristianos, ó ya entre los mismos moros, la España continuaba turbada y dividida, presa unas veces de bajas y locales tiranías, y víctima siempre de sus sangrientas disensiones.

Abdelmoumen entretanto ocupado en someter á algunas tribus rebeldes, no ponía grande empeño en la conquista de España, pues juzgaba imprudente aventurar la suerte de su ejército y de su persona en este pais lejano, mientras no viese asegurada su dominacion en toda la parte septentrional del Africa. Victorioso al cabo en todas sus expediciones volvió á su capital donde edificó suntuosos edificios y levantó una mezquita con pasadizos secretos que comunicaban con su palacio. Describe Conde dos máquinas maravillosas que se veian en este suntuoso edificio, y aunque juzguemos exageradas las virtudes que les atribuyen los cronistas árabes, no creemos inoportuno insertar aquí las palabras de aquel historiador. «Asimismo le presentaron (á Abdelmoumen) un almimbar ó púlpito de maravillosa labor; todas sus piezas eran de madera aromática que llaman lit, y de Sándalo colorado y amarillo: las chapas, abrazaderas y barretas y toda la clavazon y tornillos eran de oro y de plata de estraña y graciosa labor. Tambien le hicieron entonces una *maksura* ó estancia movible que se mudaba de una parte á otra con ruedas, tan grande que cabian en ella mil hombres: tenia seis costillas ó brazos que se alzaban con goznes, y estos y las ruedas estaban dispuestas de manera que no hacian ruido al moverse, y se levantaban muy á compás, y se bajaban cuando convenia, y estaban colocadas estas piezas en las capillas por donde entraba el Rey á la mezquita: tenian ambas piezas tales tornos hechos por geometría, que cada máquina se movia á la par luego que se alzaban las cortinas de cualquiera de las dos puertas ó entradas por donde el Rey venia al *Giuma* á la azala, (oracion) y luego que levantaban la cortina se principiaban á salir la *maksura* de un lado, y el *almimbar* del otro por medio de sus tornos y ruedas con

mucha pausa y magestad, y se iban levantando sus brazos ó costillas sin diferencia ni discrepar un movimiento, y se ponian poco á poco y sin ruido alguno en lugares convenientes de la capilla principal, y el *alminbar* tenia tal máquina que luego que el *chattib* ó predicador subia las gradas, se iba abriendo su puerta, y en entrando se cerraba por sí misma sin que se viese ni oyese el movimiento admirable de estas máquinas, y el Rey con sus guardias ó familia salia en su *maksura* con la misma facilidad, y se retiraban de la misma manera. Estas fueron obras del célebre artífice Alhás Yahix de Málaga, el mismo que fabricó la fortaleza de Gebaltarik (Gibraltar) de orden de Abdelmoumen.» (1)

Corria el año 1148 de nuestra era cuando las tropas de Rugiero I Rey de Sicilia invadieron las costas de Africa, y se apoderaron de las ciudades de Mahadia y Bona. En el mismo tiempo se sublevó el pueblo de Ceuta contra los almohades, asesinó á la guarnicion y quemó vivos á sus principales caudillos. Ben Gamia, último representante del imperio almoravide, estaba en inteligencia secreta con los rebeldes de Africa que lo habian reconocido por su soberano, enviándole ademas cuantiosos socorros. Pero el emir triunfó de aquellas insurrecciones y mas generoso en esta ocasion de lo que en otras acostumbraba, perdonó á los insurrectos de Ceuta. Entre tanto los almohades de España aunque abandonados á sus propias fuerzas, continuaban sus conquistas. En vano el animoso Ben Gamia procuraba resucitar un imperio que habia sucumbido: en vano sus escasas tropas peleaban con valor ora acometiendo á los invasores, ora defendiéndose dentro de sus fortalezas: los almohades llevaban por lo comun la mejor parte de esta lucha, y Ben Gamia acosado y perseguido por todas partes, se vió precisado á encerrarse en Córdoba. Sitiada esta ciudad por el ejército enemigo y guarnecida por escasas tropas de almoravides, no podia ser largo

(1) Un poeta árabe ha celebrado el edificio cuya descripcion se acaba de leer en bellísimos versos que Conde traduce así:

Allí verás secreto prodigioso,
 Máquinas con razon y movimiento:
 Puerta verás de proporcion sencilla
 Que la grandeza de su Rey conoce,
 Y al sentir que se acerca, comedia
 Abrese humilde para darle entrada,
 Y lo mismo á sus nobles y visires:
 Máquina que se mueve á visitarle,
 Y á recibirle sale muy atenta;
 Si se acerca, si llega, si se vuelve,
 Ella tambien al punto se retira
 Con pausa y magestad como su dueño:
 Su forma vária, nobles sus mudanzas,
 Regulares y hermosas cual la luna,
 En las azules bóvedas del cielo.

el cerco. En el mismo año 1148 los almohades entraron victoriosos por las calles de Córdoba donde Abdelmoumen fué proclamado emir en la mezquita mayor. Así esta rica ciudad cayó bajo el yugo de las nuevas tribus africanas después de tres años de desastres en que sufrió la tiranía de siete ó ocho indignos walies. Ben Gamia se retiró á Granada después de haber estipulado alianza con el Monarca de Castilla, y sitiado allí también por los almohades murió en una batalla que provocó con ellos en la vega de dicha ciudad.

Proseguia Abdelmoumen sus conquistas en Africa, cuando algunos caudillos andaluces vinieron á suplicarle mandase tropas á la Península con que hacer frente á los cristianos, que orgullosos con la rendición de Almería, proseguian en sus algaradas adelantando cada vez mas sus fronteras. Abdelmoumen acogió favorablemente esta súplica, y levantando un ejército numeroso se aproximó con él á la costa, entró en Ceuta, y aun se disponia á pasar á España, cuando cambiando repentinamente de propósito marchó hácia Tlemecen, entró en Bujía cuyos habitantes se habian insurreccionado contra él, se apoderó de Constantina donde se habian refugiado los rebeldes, y volvió á Marruecos, habiendo apaciguado en pocos dias una rebelion que pudo ocasionar una guerra larga y sangrienta. Ansiosos de nuevos triunfos envió el emir á la Península una parte de su ejército para que tomara á Almería que era á la sazón uno de los mas firmes baluartes de los cristianos. Llegaron aquellas tropas á España, juntáronse con los almohades que en ella habia, y pusieron sitio á la ciudad codiciada de Abdelmoumen. Lo primero que hicieron los sitiadores fue levantar una fortaleza que circunvalase á la de la ciudad, quitando á los sitiados toda esperanza de socorro y de fuga. En vano el ejército cristiano que estaba fuera de la ciudad hostilizó con brio á los almohades: en vano también los sitiados resistieron animosamente mas de seis años de cerco; pues abandonados al cabo de las tropas cristianas y desesperando de vencer la pertinacia de sus enemigos, harto hicieron con salvar sus vidas alcanzando permiso para salir libremente de la plaza. Dirigiéronse entonces los vencedores á poner sitio á Granada que habia caido también en poder de los cristianos: las nuevas tropas llegadas de Africa los alentaron en este propósito, y aquella ciudad fue tomada por asalto, después de un sitio corto, pero sangriento. Así los almoravides arrojados de su último asilo, porque aliados suyos eran entonces los cristianos, perdieron toda esperanza de dominación en España y se refugiaron en Mallorca, terminando de este modo una lucha de treinta años que habia inundado de sangre las dos riberas del estrecho.

Mientras estas escenas de desolación y de sangre pasaban en España, Abdelmoumen dominaba pacíficamente en Africa y se de-

dicaba á mejorar la administracion y régimen de su imperio. Uno de sus primeros cuidados fue reformar la instruccion pública harto abandonada en Marruecos de resultas de la última guerra. Al efecto fundó y dotó muchas escuelas de enseñanza gratuita. Sus hijos fueron educados en una de ellas, como para que dieran ejemplo de modestia y de humildad.

En el año de 1154 reunió el emir á muchos nobles y oficiales de su corona, para designar ante ellos segun costumbre de los musulmanes á la persona de su sucesor, pues como no habia ninguna ley escrita que estableciese el órden de sucesion á la corona, los califas ó emires nombraban sus herederos, sin que en estos nombramientos guardasen otra regla que su propio capricho ó su particular interés. Asi Abdelmoumen dió á reconocer por sucesor suyo á su hijo Cid-Mohammed, mandó que su nombre fuese proclamado juntamente con el suyo en todas las mezquitas, y repartió los principales gobiernos de su imperio entre sus demas hijos; á cada uno de los cuales nombró un sheiks de ilustracion y prudencia que lo guiase con sus consejos; porque conociendo que la unidad era la base de su imperio, concentró en una sola mano el supremo poder, guardándose de imitar la política de los Reyes cristianos que cuando mas escasos eran sus dominios, los debilitaban dividiéndolos en muchas é insignificantes monarquías.

Era el año de 1158 cuando deseoso Abdelmoumen de redondear su dominacion en Africa, levantó un nuevo ejército y marchó con él á poner sitio á Mahadia que estaba en poder de los normandos de Sicilia, desde la expedicion del Rey Rugiero en 1145. Las crónicas árabes ofrecen pormenores muy curiosos sobre el órden y marcha de aquel ejército, que dan una idea del lujo y magnificencia del nuevo Califa que pocos años antes vivia escondido en las asperezas de una sierra ó luchaba cuerpo á cuerpo sobre las inflamadas arenas del desierto. Comenzaban las marchas, dicen, despues de rayar el alba, dándose antes la señal con un enorme tambor de quince codos de altura, construido de una madera verde y sonora, y sobre el cual se daban tres golpes que se oian á media jornada de distancia. Todas las *cabylas* ó tribus conducian sus banderas recogidas, escepto la vanguardia que llevaba la suya desplegada y era blanca y azul con lunas de oro. Las tiendas y pabellones eran trasportados en camellos, y un gran número de pastores conducia los ganados que servian para el alimento de las tropas. Abdelmoumen llegó á tener en su campo hasta setenta mil infantes. Habia dividido su ejército en cuatro huestes que caminaban á una jornada de distancia unas de otras. Las marchas duraban solo hasta el mediodia, desde cuya hora campaban las

tropas hasta el día siguiente. Cuando el emir montaba á caballo, reuníanse al rededor suyo los principales sheikes para rezar la oracion, y luego se retiraba cada uno á su correspondiente puesto. Ciento de estos sheikes marchaban á una distancia conveniente delante del emir, montados en hermosos caballos con jaeces bordados de oro con franjas y borlones de costosa labor, y llevaban en sus manos riquísimas lanzas tachonadas de plata y marfil con banderolas de cintas de varios colores. Tambien llevaba Abdelmoumen en todas sus marchas el Koran del Califa Othman, traído de la mezquita de Córdoba. Esta reliquia llevada sin duda para atraer sobre las tropas la bendicion del cielo, se guardaba en una caja de madera aromática cubierta de planchas de oro empedrada de rubíes y de esmeraldas, formando elegantes labores: las cubiertas interiores eran de tela verde de oro y seda, sembrada tambien de piedras preciosas, y todo iba envuelto en paños de oro con bordaduras de perlas. Llevábase la caja sobre unas andas ricamente adornadas, en cuyos cuatro lados iban otras tantas banderas. Abdelmoumen y su hijo marchaban junto al arca: detras iban los demas príncipes: á estos seguian las banderas de las tribus colocadas por su órden, en medio de una compañía de atabaleros y de música militar: luego seguian los wadies, alcaldes, wazyres y ministros de la corona, y detras venia marchando en filas abiertas el ejército. Cuando llegaba la hora de acampar se separaban las tribus en cuarteles, de los cuales no podia salir ningun soldado sin el permiso de los arrayaces. Las provisiones eran siempre abundantes y distribuidas con órden.

Con este ejército emprendió Abdelmoumen acabar la conquista de Africa, y atravesando con paso lento desde Sale á Tunez, se apoderó de esta ciudad y de los pueblos de Cairwan, Safez y Sous ocupados todavia por los cristianos de Sicilia. La ciudad de Mahadia se resistió largo tiempo, gracias á los socorros que recibió de Europa, pero al cabo sucumbió y con ella otras ciudades de la costa y todas las tribus berberiscas, estendiéndose asi el imperio almohade desde el Occéano hasta cerca de las fronteras de Egipto.

Despues de esta conquista pasó Abdelmoumen á Tánger con ánimo de entrar en España, único pais en que su autoridad era disputada todavia. Habiendo llegado á Oran licenció sus tropas reservándose solamente mil hombres de cada tribu con sus hijos, mujeres y familia, para fundar con ellos una ciudad que se llamó Batha. Las crónicas árabes refieren con este motivo una curiosa leyenda que revela el heroismo fanático que sabia inspirar á sus secuaces el heredero del Mahadi. Disgustados algunos hombres de la tribu de Goumia de su larga permanencia en Oriente, resolvieron matar

:

á Abdelmoumen sorprendiéndolo durante su sueño. Noticioso del complot un sheiks de la misma tribu, lo reveló á Abdelmoumen, pidiéndole que le dejase dormir en su tienda, á fin de que los asesinos lo equivocaran con él y se salvara de este modo su preciosa vida (1). El emir aceptó el sacrificio y en aquella misma noche pereció mártir de su superstición el desgraciado sheik. A la hora del alba volvió Abdelmoumen á su tienda, y como hubiese hallado muerto á su fiel caudillo, afirma el cronista que enternecido, lo amortajó con sus propias manos y lo puso sobre un camello al cual dejó suelto para que tomara el camino que quisiera. Echóse el animal despues de haber vagado en diferentes direcciones, y el emir mandó levantar un sepulcro, una mezquita y una poblacion en el mismo lugar en que habia descansado el camello. Los sheikes castigaron severamente á los asesinos, y toda la tribu de Goumia fué condenada á espiar aquella culpa prestando al emir un servicio de veinte mil ginetes armados y equipados.

Abdelmoumen pasó entonces á Gibraltar con ánimo de seguir sus conquistas en Andalucía. Allí fueron á visitarle y rendirle homenaje los principales walies y caudillos de la Península: los ulemas ensalzaron su nombre, y los poetas cantaron en bellísimas trovas su heroicidad y sus triunfos. La presencia del emir alentó tambien á su ejército el cual emprendiendo diversas correrías contra las fronteras del Algarbe, tomó á Badajoz, Beja, Beira y otras ciudades, y derrotó al Rey don Alfonso de Portugal, con pérdida de mas de seis mil hombres.

Despues de haber residido tres meses en Gibraltar, se retiró Abdelmoumen á Africa y empleó los últimos años de su vida en reformar la administracion interior de sus vastos estados, donde estableció un órden desconocido hasta entonces bajo el caprichoso despotismo de los monarcas musulmanes. Mandó medir geométricamente todas las provincias de sus estados desde Barca hasta Sous y sobre la base del territorio arregló las contribuciones de sangre y de dinero que debia pagar cada provincia. Estableció muchas fábricas de armas donde se labraban diariamente diez quintales de flechas sin contar las lanzas, espadas, y armas defensivas que salian tambien de sus talleres: mandó construir una escuadra de cuatrocientas naves, y asi tanto el ejército como la marina africana llegaron á un grado de poder y de esplendor hasta entonces desconocido. Pero recelando siempre el emir de la voluntad inconstante y del carácter belicoso de las tribus que le rodeaban, mandó ve-

(1) Esta anécdota referida en distintos manuscrites árabes, ha sido acogida por Conde y por otros historiadores de mas severa crítica; nosotros sin embargo tenemos algunas razones para dudar de su certeza.

nir secretamente á los sheikes de la de Goumia, ordenándoles que trajese cada uno consigo todo lo que pudiera cargar un caballo. Cuarenta mil hombres vinieron de este modo al lado del emir, no sin gran susto de los almohades, que cuando menos lo esperaban encontraron á las puertas de Marruecos un ejército tan numeroso. Abdelmoumen acogió favorablemente á los recién llegados, les dió tierras donde se establecieran y los destinó á la guarda de su persona.

Entretanto la guerra civil habia vuelto á estallar en la Península. Mohammed wali de Valencia se habia sublevado contra los almohades y despues de haber ocupado á Jaen pretendia apoderarse de Granada. Largo y desastroso fue para ambos combatientes este desdichado cerco: en una batalla campal que duró todo el dia y en que corrió á torrentes la sangre musulmana, quedó Mohammed enteramente vencido. Para reparar esta pérdida sublevó el wali á los pueblos de la Alpujarra, imploró el auxilio de los cristianos de Toledo, y bajó á los campos de Córdoba. Los almohades marcharon á su encuentro, y trabándose entre ambos ejércitos un encarnizado combate fue vencido segunda vez el rebelde caudillo y precisado á refugiarse en el reino de Murcia.

Cansado al fin el emir de tantas victorias sin resultado, determinó acabar con los rebeldes de Andalucía poniéndose el mismo á la cabeza de una expedicion mas fuerte y numerosa de las que hasta entonces habian invadido á la España. Al efecto mandó dar la señal de la guerra sagrada: toda el Africa se conmovió con este llamamiento: trescientos mil caballos, ochenta mil veteranos escogidos, y cien mil infantes y ballesteros se reunieron en esta expedicion. El desierto, dicen las crónicas árabes, parecia estrecho para esta numerosa muchedumbre que ocupaba todo el país de Sale desde Ain Gied hasta Ain Ghamis, y toda la costa hasta Holick Almamora. Cuando todo estaba dispuesto para emprender la marcha sintióse gravemente enfermo Abdelmoumen y conociendo que era cada dia mas aguda su dolencia, trató de manifestar su última voluntad acerca de la sucesion de su imperio. Dispuso pues que pasara la corona á su hijo Cid Abou Yacoub Youssouf en lugar de Cid Mohammed á quien antes habia nombrado su heredero. Varió de voluntad por haber descubierto una conjuracion tramada contra él, á cuya cabeza estaba el inmediato sucesor del trono. A los pocos dias (año de 1162) bajó Abdelmoumen al sepulcro, despues de treinta y tres años de un próspero reinado.

Así pereció el fundador político del imperio de los almohades. Tenia este famoso guerrero todos los vicios y todas las virtudes de los conquistadores y fundadores de dinastías. Le hemos vis-

to osado, cruel, sanguinario, cuando no habiendo logrado su fin y teniendo un imperio que conquistar juzgaba lícito todos los medios que le condujesen á lograrlo: cuando los estandartes almoravides no ondeaban todavía en las principales ciudades africanas; pero cuando el imperio fundado por Abdalah ben Jasim cayó para no volver á levantarse, cuando las armas almoravides dominaban el vasto imperio de Africa y se posesionaban de la parte meridional de la Península, fué Abdelmoumen mas precavido y prudente, se sintió bastante poderoso para perdonar á aquellos enemigos á quienes no le convenia exasperar demasiado, y dejó de obrar como capitán de bandidos, para conducirse como monarca humano en cuanto lo permitian su carácter violento y despótico y las rudas costumbres de aquellas tribus. Así es que mandó asesinar sin piedad á mas de setenta mil almoravides que le entregaron la ciudad de Fez confiados en su clemencia, al paso que perdonó con magnánima generosidad á los insurrectos de Ceuta. Abdelmoumen no era un ciego fanático, sino un político calculador, y un eminente guerrero. Su pasión dominante era la ambición de mando y de poder: cuando para satisfacer esta ambición juzgaba necesarias la crueldad y la sangre, empleaba la una ó derramaba la otra sin el mas leve remordimiento; cuando por el contrario creia conveniente para el mismo fin hacer uso de la prudencia, de la generosidad ó de la astucia, era prudente, astuto y generoso con la misma indiferencia que habia sido temerario, feroz é implacable. Así tienen alguna razon los historiadores árabes en los elogios que le tributan, mas su pintura es sin embargo muy incompleta porque no da idea de sus vicios, cuando tanto encarece sus virtudes. Verdad es que Abdelmoumen fué valiente, liberal é instruido, pero no lo es menos que en muchas ocasiones fué cruel, feroz, inhumano. Cuando estuvo en el apogeo de su gloria, hizo ostentacion de su magnificencia y de su poder, sin embargo de haber despreciado pocos años ántes los goces y las comodidades de la vida. Su imperio fué uno de los mas poderosos que dominaron al mundo musulman, pues comprendió todo el norte del Africa menos el Egipto, y eran necesarios cuatro meses de camino para atravesarlo de un extremo á otro. Nunca el imperio de los almoravides abrazó tan estenso territorio; pues aunque su dominacion en España fue mas estensa, su poder en el Africa fué mas limitado. La conquista en España de los almohades no se extendia mas allá del Guadalquivir y del Jenil, y para eso su dominacion en Córdoba, Sevilla, Badajoz, Málaga, Granada y Almería, amenazada por frecuentes insurrecciones locales, fué siempre harto débil é insegura. Sin embargo, el gobierno de los almohades en España fué menos brutal y feroz que el de los almoravides; por-

que para las elegantes ciudades de Andalucía, como dice un historiador, era menos pesado y repugnante el yugo de un soberano que daba entrada en su corte á la civilización y á las artes del pueblo vencido, y cuya dominación aceptaba en cierto modo en cambio de la que él le imponía. Ya hemos dicho en otro lugar cual era la situación de la España, cuando atravesaron el estrecho las primeras tribus almohades: en todas partes faltaba el gobierno en ninguna casi había sociedad. Dividida la Península en numerosas facciones enemigas, y ensangrentada por sus interiores discordias habría aceptado cualquier yugo, y el de los almohades mejor que otro cualquiera porque traía ya de África el gran prestigio de la victoria. Abdelmoumen habría dominado sin duda en toda la España, si la muerte no le hubiera sorprendido en la carrera de sus triunfos. Pero aun así, solo habría ganado algunos años más de duración el imperio de los almohades, porque ya dijimos que la civilización árabe era de tal naturaleza que domaba á las razas africanas para envilecerlas, al paso que era incompatible con el engrandecimiento y progreso del imperio de Mahoma.

ABDELRAHMAN (BEN ABDALAH EL GAFEKI) cuando en la célebre batalla de Tolosa, quedó enteramente vencido el ejército de los árabes y muerto el emir Alsamah, uno de los caudillos del mismo ejército que se había ya distinguido en otras ocasiones por su bizarría y por su esfuerzo, tomó el mando de los que pudieron escapar de la derrota, y abriéndose paso por en medio de poblaciones sublevadas contra el poder sarraceno, logró ampararse de Narbona. Este caudillo era Abdelrahman, árabe de raza y de una de las familias más distinguidas que acompañaron en sus expediciones al profeta. Reconocido el ejército árabe de la Septimania al servicio que acababa de hacerle Abdelrahman le proclamó unánimemente su emir, porque era costumbre entre los musulmanes que en el campo de batalla y en todas las situaciones difíciles en que no podían llegar sino con mucha tardanza las órdenes del Califa, tuviera derecho el mismo ejército para elegir su jefe. Cuando Am-besah que mandaba en España, por ausencia de Alsamah tuvo noticia de aquel desastre, mandó nuevas tropas á la Narbona con las que tomando Abdelrahman la ofensiva, sometió nuevamente á su dominación toda la provincia de la Septimania: reprimió la insurrección de la frontera tanto más peligrosa, cuanto que podía cerrarle el paso á la Península y obligó á los rebeldes á que le pagaran tributo.

Cuando el emir de África tuvo noticia de las hazañas de Abdelrahman confirmó su elección. Pero los otros jefes musulmanes envidiosos de su gloria y de la popularidad que gozaba entre sus

soldados á quienes cedia generosamente la parte que le correspondia en cada botin, lo acusaron al emir de Africa de corromper con sus imprudentes liberalidades la costumbre y la disciplina de los soldados. Ambesah no dejó de tomar parte en esta intriga: y el emir cediendo á las insinuaciones de sus consejeros, separó del gobierno á Abdelrahman dejándole tan solo el mando de la España oriental vacante por el ascenso de Ambesah al emirato.

En los siete años que duró la desgracia de Abdelrahman para con el Califa se sucedieron seis emires en el gobierno de España. La arbitrariedad y las crueldades del último de ellos, nombrado Alhaitham llamaron de tal modo la atencion del Califa, que Mohammed uno de sus mas íntimos consejeros vino á España á castigarlos. El emir fue separado de su empleo y azotado públicamente por las calles de Córdoba. Dos meses tuvo Mohammed el gobierno de España, pero teniendo noticia del mérito y valor del caudillo Abdelrahman le confió el emirato y se volvió á Africa. Todos los musulmanes de España juzgaron acertada esta eleccion, y saludaron con júbilo al nuevo emir. Solo Othman abou Nesa, berberisco de raza, enemigo de los árabes y que habia desempeñado antes el mismo gobierno, quedó ofendido y descontento de ella.

Luego que Abdelrahman entró en posesion de su empleo visitó sus provincias con ánimo de reparar las injusticias causadas por Alhaitham: escuchó afablemente las quejas de su pueblo, removió de las alcaldias á la que no eran dignos de ejercerlas y restituyó á los cristianos las iglesias que habian perdido sin razon ni derecho, destruyendo al mismo tiempo las que habian sido levantadas en algunas ciudades por la interesada connivencia de sus gobernadores. Dos años ocupó el nuevo emir en arreglar la administracion interior de sus estados, y al cabo de ellos deseando ensanchar los límites del imperio, pidió nuevas tropas á Africa, donde se alistó voluntariamente un cuerpo numeroso de soldados. Era el propósito de Abdelrahman invadir nuevamente la Gália, y vengar la derrota de Tolosa. Las tropas africanas llegaron, y todo estaba dispuesto para la expedicion, cuando el caudillo Othman á quien el nuevo emir habia dejado el mando de la frontera del Pirineo se rebeló contra él, y trató de declararse independiente del Califa. Así empezaban á mostrarse los profundos ódios y las enconadas rivalidades de los dominadores de la Península: así la raza árabe y la raza africana desavenidas entre sí apenas fueron vencedoras, anunciaban cuan frágil é inseguro debia ser un imperio que estuviera fundado sobre su alianza. Abdelrahman, árabe de raza, compatriota del profeta, presumiendo de su fé mas pura, de su conversion mas antigua, y de su amistad con uno de los hijos del Califa Omar, compañero de Mahoma de cuya boca habia reco-

jido las primitivas tradiciones del dogma, despreciaba al indómito berberisco rebelde contra su autoridad, manifestaba una injusta deferencia hácia todos sus compatriotas y lastimaba de este modo el fiero orgullo de los recién convertidos.

En una algarada que hizo Othman en el Pirineo segun la narracion de Conde, cautivó á un doncella llamada Lampejia, hija del conde Eudon, duque soberano de la Aquitania y de la estirpe de los antiguos Reyes Merovingianos; pero si hemos de dar credito á Isidoro de Beja que en este punto es mas digno de fé, deseando Eudon la alianza contra los árabes ó tal vez contra los francos, del berberisco Othman, ajustó paces con él, le dió á su hija en matrimonio. De este modo el caudillo africano logró tener auxiliares desde el Pirineo hasta el Loira, al paso que el duque de Aquitania los tuvo desde el Pirineo hasta el Ebro. Fuerte Othman con esta alianza, trató de establecer en la frontera un estado independiente, mientras que las armas victoriosas de Abdelrahman no le permitian apoderarse de la Península. Así es que tomando por pretesto la dureza de la dominacion árabe sobre los berberiscos de Africa, se rebeló contra el emir, y dueño del Pirineo y probablemente de todo el territorio allende el Ebro, tuvo en su arbitrio cerrar las puertas á los árabes y abrirlas á los cristianos. (1) Habia Eudon prometido á su yerno ayudarle contra los árabes en caso de necesidad, pero teniendo que acudir á contener la agresion de Cárlos Martel no pudo cumplir su promesa, y atacado Othman por el caudillo Gedhi ben Zeyan, fue cogido tan de improviso que no tuvo tiempo sino para huir á la sierra con muy pocos de los suyos y con su querida Lampejia.

Es ciertamente de admirar, dice un entendido historiador, que un gefe tan esforzado como Othman no hubiese probado á resistir á los árabes, y que los africanos tan enemigos de estos últimos lo hubiesen abandonado en el momento del peligro; pero en nuestra opinion nada tiene de extraño este suceso. Aunque ya era muy profunda la rivalidad entre las razas árabe y berberisca, no habia sonado aun la hora de su lucha; porque esta nunca llega cuando la enemistad entre los vencedores y los vencidos es mayor de la que entre sí puedan tener los mismos vencedores. Cuando Abdelrahman gobernaba en España, estaban demasiado frescas las heridas de la conquista para que los vencedores pudiesen olvidarlas

(1) Conde dedica muy pocas líneas á este importante periodo del gobierno de Abdelrahman: así es que por las escasas noticias que contiene su narracion no puede explicarse el verdadero origen de la insurreccion de Othman. Pero Isidoro de Beja, manifestando la raza á que pertenecia este caudillo, da mucha luz sobre esta parte de la historia de España: dice *unus ex maurorum gente nomine Meunuz*: y mas adelante, *pacem agens cum francis tyrannidem preparat adversus Sarracenus*.

por atender á sus interiores discordias: y la raza africana no tenía tampoco aun la conciencia de su poder para aventurarse en una doble guerra contra los árabes y contra los cristianos. La rebelion de Othman era el síntoma de las eternas disensiones y de las sangrientas guerras, que habian de consumir y anonadar el imperio de Mahoma. Mas para que la guerra hubiera empezado, habria sido necesario que las tribus africanas hubieran tenido mayor influjo y poder que los berberiscos no hubieran sido unos pobres neófitos en quienes el espíritu de independendencia podia menos que el precepto de la ciega sumision á las órdenes del Califa. Por eso los berberiscos abandonaron á Othman cuando se vieron amenazados por un ejército cristiano: por eso Othman desobedecido de los suyos creyó inútil y temeraria toda resistencia. Fugitivo Othman con su esposa, cuenta la crónica árabe que descansaba junto á una cristalina fuente, la cual precipitandose desde la sierra formaba en el valle un verde y florido prado. «El suave murmullo de las aguas sonaba en sus oídos como si fuese el de las pisadas de sus persiguidores: cuando el viento movia las ramas del bosque, temblaban los fugitivos como si oyesen el rumor de la tropa contraria.» Y no en vano temblaban sus corazones, pues al poco tiempo Gedhi y los suyos rodearon el lugar en que estaban: Othman quiso huir con su esposa, mas no pudiendo esta seguirle segun estaba de cansada, decidió permanecer á su lado vendiendo cara su vida. En vano el rebelde intentó resistirse: los soldados de Gedhi le acometieron con gran furia le derribaron en tierra bañado en su propia sangre, y le cortaron la cabeza que fue presentada al emir juntamente con su esposa. Segun Isidoro de Beja se precipitó Othman desde lo alto de una roca dejando á Lampejia en poder de sus enemigos. Al recibir Abdelrahman la cabeza y la cautiva «por Alá, dijo, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes:» y mandó cuidar con mucho esmero á la doncella para enviarla á Damasco.

Nada se opuso desde entonces á la meditada espedicion en las Galias, pero como estuviese muy avanzada la estacion, la dilató el emir por algunos meses, en cuyo tiempo trató de acostumbrar á sus soldados al clima desapacible del Pirineo, emprendiendo con ellos diversas correrías y haciéndoles internar hasta las orillas del Rona. Llegado al fin el tiempo conveniente salió Abdelrahman con un numeroso cuerpo de tropas, llegó á Pamplona, atravesó el Pirineo por el puerto de Roncesvalles y entró en la Vasconia francesa. Cuando hubo llegado al llano salió á su encuentro el conde Eudon, vencido en todas ocasiones, ocupó sus ciudades, atravesó el Garona, devastó los campos, quemó muchos pueblos y cojió gran número de cautivos. El ejército cristiano esperó á los infieles al pasar el rio, y vencido tambien en esta oca-

sion se retiró á Burdeos donde lo sitió Abdelrahman. Despues de un asalto sangriento fue tomada y quemada esta ciudad y su guarnicion pasada á cuchillo.

La rendicion de Burdeos causó grande agitacion en toda la Galla. Los cristianos españoles perdieron toda esperanza de salvacion, y la cristiandad entera conmovida y aterrada, creyó que la religion de Jesucristo iba á desaparecer de la tierra. Y en verdad no parecia exagerado su temor si la duracion del imperio de Mahoma hubiera debido medirse por su estension y por su fuerza: en esta época Mouslemah hermano del Califa acababa de vencer á los turcomanos en las orillas del mar Caspio: un hijo del mismo Califa habia derrotado y hecho prisionero al emperador griego de Bisancio: los árabes en fin probando un nuevo camino para sus conquistas habian emprendido una espedicion á Sicilia y amenazaban á toda la Italia. Y cuando Mahoma reinaba en las tres partes del mundo entonces conocido ¿cómo es de estrañar el temor de los cristianos? ¿quién no habria recelado en aquellas circunstancias, que el libro del Koran tuviera en su favor mas probabilidades de vida que el del evangelio? Solo una fé ardiente podia convencer de lo contrario y hasta la fé flaquea y se conmueve en las grandes catástrofes sociales.

Apurada y difícil era la situacion del duque de Aquitania: los árabes por una parte destrozaban sus ejércitos y se apoderaban de sus ciudades: los francos por otra hostilizaban tambien sus tropas y estrechaban sus fronteras: érale preciso entregarse á merced de algunos de sus enemigos. Y como entre las dos alianzas posibles era mas natural la de los cristianos, acudió Eudon á Carlos Martel, pidióle humildemente le defendiera sus tierras y le prestó juramento de vasallaje. Accedió Carlos á sus deseos mas bien como señor, que como aliado, y juntando un ejército aguerrido y numeroso vino con él hacia la Aquitania.

Entre tanto las tropas de Abdelrahman saqueaban los pueblos y devastaban los campos inmediatos á Burdeos. Solo Poitiers resistió obstinadamente á los infieles, pues aunque uno de sus arrabales fue saqueado y devorado por las llamas, el estandarte de la media luna no llegó á ondear sobre sus muros. Acercábase á Tours el ejército musulman, y habia ya saqueado uno de sus arrabales cuando Abdelrahman, teniendo noticia de la proximidad de las tropas del rey Carlos, retrocedió hasta cerca de Poitiers. Mas cargado de riquezas y seguido de mugeres y de cautivos el ejército musulman era muy lenta y embarazosa su marcha. El emir estuvo á punto de mandarle abandonar sus cautivos y sus equipages, pero las tropas estaban indisciplinadas y temió ser desobedecido. Desesperando al cabo Abdelrahman de poder ampararse del Piri-

neo, aguardó á los cristianos en los campos de Poitiers. Ocho dias estuvieron uno frente á otro los dos ejércitos sin osar acometerse, pero al fin vinieron á las manos. La caballería árabe atacó con denuedo á la infantería cristiana, esta por su parte resistió con mucha bravura y se trabó encarnizada y sangrienta la pelea, hasta que la noche vino á interponerse entre los combatientes. Al apuntar el siguiente dia volvieron á cruzar sus armas los dos ejércitos, pero habiendo logrado penetrar en el campamento árabe un cuerpo de infantería cristiana, los musulmanes acudieron en desórden á salvar sus riquezas. La confusion y el desaliento se apoderaron entonces de las filas del emir, y aprovechando esta ocasion los soldados francos las atacaron con mayor ímpetu. En vano Abdelrahman mezclándose cuerpo á cuerpo entre los combatientes procuró contener el desórden; en vano peleó con su propio alfange lleno de heróico valor y de desesperado esfuerzo: cercado por todas partes de las lanzas enemigas, cayó de su caballo herido gravemente y murió en el campo de batalla. (733) Derrotado y vencido el ejército musulman huyó perseguido hasta Narbona.

Así refiere la crónica árabe esta célebre jornada. En un punto tan solo no está conforme con ella la crónica cristiana. Segun Isidoro de Beja, volvieron los árabes á recuperar su campo sin que los cristianos hubieran alcanzado sobre ellos una victoria completa. Esperaban estos al dia siguiente para continuar el combate cuando á favor de la noche abandonó sus reales el ejército musulman dejando en ellos su botin y sus riquezas. Los críticos decidirán cual de estas dos versiones es mas digna de crédito: nosotros no dudamos en decidirnos por la primera, dado que agravando y exagerando los desastres del ejército musulman, y estando escrita por quien tenia mas interes en disminuirlos, debe parecer menos sospechosa.

ABDELRAHMAN I. En el año 113 de la egira, que es el 718 de nuestra era, nació en el campo de Damasco Abdelrahman ben Moawiah, noble y generoso vástago de la antigua dinastía de los Omniadas. Muy jóven era aun cuando habiendo usurpado el califado Abbas el Seffah, mandó matar á todas las personas de la familia de su antecesor y á Abdelrahman y á su hermano que eran nietos del Califa Hischen. Mas Abdelrahman refugiándose en Egipto pudo escapar de sus asesinos no sin que el pérfido el Seffah mandase gentes en su seguimiento. Triste y miserable vida llevó desde entonces el errante príncipe. Vagando de aduar en aduar y de tribu en tribu, acosado por todas partes de los soldados del Califa, habria caido en su poder si hubieran sido menos hospitalarias las costumbres de los musulmanes. Desde el Egipto pasó al

pais de Barca, cuyo gobernador, aunque debia toda su fortuna á la familia de los Omniadas, persiguió encarnizadamente al ilustre fugitivo. Pero la corta edad, la gentileza, la condicion afable, y de magestad que brillaba en el rostro del proscrito, le atraian el cariño de cuantos le trataban, y la aficion de cuantos le veian. Una compañía de soldados enviada por el gobernador de Barca, penetró una noche en el aduar donde Abdelrahman estaba escondido bajo el nombre supuesto de Dgiasar Almanzor: preguntó por él y como aunque los beduinos no conociesen á su augusto huésped receláran de que no les buscasen para bien suyo, contestaron que el jóven por quien se les preguntaba habia salido poco antes á caza de leones. Siguieron los emisarios la equivocada direccion que les marcaron los beduinos, y Abdelrahman entretanto huyó por el camino opuesto acompañado de una escolta que para mayor seguridad le dieron sus generosos huéspedes. Errante anduvo por el desierto el ilustre proscrito, acosado unas veces de las fieras y afligido otras por la sed ó el hambre, hasta que llegó á la ciudad de Tahart habitada por los zenetes, poderosa tribu de berberiscos que habia dado nacimiento á Thareck el conquistador de la España. Tambien era descendiente de la misma tribu la madre de Abdelrahman, y como los vínculos de la familia son tan sagrados en estos pueblos primitivos donde siendo la guerra el estado normal de la sociedad no tiene el hombre mas defensores ni amigos que sus parientes, el proscrito Omniada halló entre los zenetes no solo una patria nueva, sino una parcialidad numerosa. Pero aun hasta allí le persiguió el odio del Califa. Hallábase Abdelrahman en la tienda de un scheiks cuando se presentaron los emisarios del gobernador de Barca: la mujer del scheiks le ocultó en el armario donde guardaba sus vestidos; y como todo lo que pertenece á las mujeres es sagrado entre los musulmanes, los emisarios no registraron aquel lugar y el proscrito pudo salvar su vida.

Pero el infortunio de Abdelrahman tocaba ya á su fin. Una hermana suya habia enviado en su busca á un criado llamado Bedr para que le entregase el dinero y diamantes que conservaba de su patrimonio. Hallóle el mensajero, le entregó sus tesoros y le dió noticias de la deplorable situacion del imperio, de las guerras civiles de la Península y de lo débil y combatida que era en este pais la autoridad de los Califas de Damasco. Al saber Abdelrahman estos sucesos, se propuso aprovecharlos en favor de su persona y de su familia. Mandó á Bedr que fuese á España con una parte de sus tesoros para disponer los ánimos en favor suyo y probar si su nombre y sus derechos de Omniada habian sido olvidados entre los antiguos vasallos de su abuelo. Cuando Bedr

llegó á la Península encontró que muchos scheikes y caudillos sirios que veían con dolor los funestos estragos de la guerra civil, se proponían conferenciar juntos sobre los medios mas adecuados de remediarlos, y que entre ellos opinaban algunos que la verdadera causa de todos los males era la sujecion de este pais al Califa de Damasco. Aprovechándose Bedr de esta circunstancia procuró ganar con los tesoros de su señor á los scheikes de la conferencia. (1) Y bien fuese que estos creyeran sinceramente en la aptitud de Abdelrahman, ó bien que se dejasen corromper por los tesoros del mensajero, el ilustre vástago de la casa de los Ommiadas fué nombrado emir independiente de España. Una embajada partió secretamente de Córdoba á ofrecer á Abdelrahman el gobierno, y habiendo llegado á Tahart fué muy bien recibida de los gefes zenetes. Cuando esta embajada se presentó al nuevo soberano dijo el que llevaba la palabra: «los musulmanes de España, y en su nombre los principales scheikes de aquellas tribus de Arabia, Siria y Egipto, nos envían á ofrecerte no solo un asilo seguro contra tus enemigos que este ya lo tienes en el amparo de los nobles zenetes, sino el imperio de los pueblos de España..... Algunos peligros y resistencia encontrarás, pero no estarás solo: todos correrán á la pelea y á la muerte si necesario fuere para colocarte y mantenerte en la soberanía que te ofrecen.» Suspenso quedó Abdelrahman al oír estas razones, mas viendo que todos estaban pendientes de su respuesta contestó: «por vuestro bien y por corresponder á vuestros nobles deseos, iré con vosotros, pelearé por vuestra causa, y si el Señor me ayuda y aprueba la obediencia que me ofrecéis, tendréis en mí un hermano y un compañero de vuestros peligros y prosperidades. Ni los trabajos ni las adversidades me intimidan, ni los horrores de las batallas me ponen espanto, que ya en pocos años la inconstante fortuna me ha enseñado á despreciar muchas veces la vida; poniéndome delante las imágenes horrosas de la muerte: y pues tal es como decis la voluntad de los honrados musulmanes de España, pláceme de ser su caudillo con la ayuda de Dios.» Todos los circunstantes quedaron muy satisfechos de esta respuesta. Abdelrahman participó su determinacion á los sheikes zenetes, uno de los cuales que era pariente suyo le dijo: «hijo mio, pues Dios te llama por ese camino no dudes en seguirlo con valor, y cuenta con nosotros para ayudarte, que no se defiende y mantiene la honra de la casa y familia sino con las

(1) Algunos historiadores, y entre ellos Conde, y las crónicas árabes de donde sacó sus noticias, no hacen mencion de esta circunstancia ni de la venida y mision de Bedr; pero otros historiadores de mucho crédito la refieren y comentan, y por eso no hemos querido omitirla.

lanzas y la caballería.» En seguida dispuso Abdelrahman todo lo necesario para su expedicion, alistó un escaso ejército de voluntarios zenetes y se embarcó para la Península.

En 25 de setiembre del año 755 y despues de siete de desierto desembarcó Abdelrahman en el puerto de *Hisn Almunecab.* (hoy Almuñecar) Noticiosos de su llegada los scheikes que le habian elegido, acudieron á recibirlo y á prestarle juramento de fidelidad: el pueblo le aclamó su soberano, las ciudades le abrieron sus puertas, y la expedicion que solo constaba de mil hombres cuando llegó á Almuñecar, llegó á tener veinte mil al mes de haber entrado en Audalucía.

El emir Yousouf que mandaba en Córdoba, acababa de apoderarse de Zaragoza y venia hácia aquella ciudad, cuando su amigo Samail entró presuroso en su tienda y le entregó una carta sin decirle palabra alguna. Una crónica árabe nos ha conservado el testo de este escrito que decia asi: «Yousouf, tu imperio va á concluir: Dios nos destina á la muerte con todos los fieles musulmanes. Un koreischite descendiente del Califa Hischen debe desembarcar en Andalucía á donde le llama un partido numeroso de scheikes sirios, árabes y egipcios. No tardes pues en castigar á los pérfidos abdarites en la cabeza de su gefe Ahmer, cuyo hijo tienes cautivo.» Furioso Yousouf con esta noticia, mandó ahorcar ó crucificar segun otros, á todos sus cautivos, y dió las órdenes convenientes para levantar un ejército con las tropas de Mérida y de Toledo. Abdelrahman se dirigió á Córdoba donde mandaba un hijo de Yossouf, le derrotó en el primer encuentro y le obligó á encerrarse en la ciudad á la cual puso cerco. Al mismo tiempo repartió proclamas en que se decia heredero legítimo de los Califas. Entretanto Yousouf y Sahamail marchaban al frente de sus tropas y venian á socorrer á Córdoba; pero Abdelrahman tomando diez mil hombres de los que estaban en el sitio marchó á encontrar el ejército de sus adversarios. Avistáronse ambos caudillos en un lugar que los árabes llamaban Moussarah: Abdelrahman hizo un reconocimiento muy arriesgado en que descubrió la disposicion del terreno y las fuerzas que traia la primer division de sus enemigos mandada por el mismo Yousouf, y habiendo vuelto á sus reales dijo á los suyos con alegre confianza: «albricias amigos: este dia será hermano del de la batalla de Merg-rahita.» Entretanto reinaba el mayor desaliento en el campo de Yousouf. Los soldados que habian visto á Abdelrahman siempre victorioso, ora cuando vagaba por el desierto huyendo de la persecucion del Califa, ora cuando en España corrian ante su pequeño ejército de mil zenetes las numerosas legiones de Yousouf, temian luchar contra la voluntad del cielo: y lo que en los unos era motivos de desconfianza y te-

mor, éralo en los otros de aliento y de esperanza. Asi es que apenas comenzó el combate, la caballería de los zenetes puso en desorden á la de sus adversarios: hizose general la pelea, y por último huyó desbandado y perseguido el ejército de Youssouf. Pero aun no era completo su triunfo, aun no podian llamarse vencedores, y ya los indómitos hijos del Yemen empezaban á conspirar por su independencia, y á tratar de sacudir el yugo de sus aliados. Abdul Sabbah, gefe de una tribu, que habia acompañado á Abdelrahman en su expedicion, dijo á sus soldados en el mismo campo de batalla: «¿porqué no hemos de ganar dos victorias en un dia? ya que nos hemos librado de Youssouf y de Samail, librémonos tambien de este soberano imberbe que nosotros mismos nos hemos dado. Esterminemos con él á esos odiosos modharites y el poder pertenecerá á nuestra noble tribu ó al gefe que ella elija.» La mayor parte de los soldados oyó con indignacion este discurso, y si algunos hubo que lo escucharan con secreto júbilo, guardáronse bien de manifestarlo, porque la espada de Abdelrahman como ellos mismos decian iba guiada por el Dios de los ejércitos.

Youssouf y Samail se retiraron á Murcia y al Algarbe con las reliquias que pudieron juntar de su ejército. Abdelrahman victorioso marchó á poner sitio á Córdoba defendida por el hijo de Youssouf, quien como advirtiese la desfavorable disposicion de los ánimos respecto á su persona, no se empeñó en una resistencia que hubiera sido inútil, y entregó la plaza estipulando que él con su guarnicion saldrian libremente de ella. Pocos dias se detuvo en Córdoba el jóven emir, pues en seguida salió para Mérida, ciudad de grande importancia en aquel tiempo, y donde era del mayor interés que fuese reconocida su autoridad. Todas las ciudades por donde pasó, le abrieron gustosas sus puertas, todos los alcaides y walies acudieron presurosos á recibir de él su investidura: la rica y populosa Mérida le proclamó su soberano.

Mas en esta sazon sufrió un funesto contratiempo la dominacion musulmana que no fué bastante á reparar todo el poder del nuevo emir: preparábanse los cristianos de las fronteras del Pirineo á cortar la comunicacion entre la España y la Narbona, cuando Hussein que mandaba en aquella comarca envió á su wazir Souleyman á disputarles el paso. Los habitantes de la montaña aguardaron á los infieles en sus estrechos desfiladeros, los sorprendieron en su marcha, y aunque eran mas escasos en número los derrotaron y dispersaron matándoles á su gefe.

Sabiendo Yossouf que Abdelrahman habia dejado en Córdoba una guarnicion poco numerosa, vino á marchas forzadas hácia esta ciudad y se apoderó de ella sin ningun esfuerzo. Pero como no hallase entre sus moradores los partidarios que deseaba, y temiese

que el emir lo sitiara dentro de sus muros, salió de Córdoba con las tropas que pudo reunir y juntándose con su compañero Samail encontró al ejército enemigo en los campos de Almuñecar. La batalla fué larga y sangrienta, pero al cabo quedó victorioso Abdelrahman, y Samail no queriendo oponerse por mas tiempo á los altos decretos de la Providencia, se sometió resignado á la autoridad del emir y obtuvo de Yussuf que prometiese igual sometimiento. Abdelrahman se mostró generoso en esta ocasion, pues no solo ofreció conservar las vidas á los caudillos rebeldes, sino que los indultó de todos sus crímenes y aun confirió á Samail el mando de la provincia de Zaragoza. Yussuf se comprometió por su parte á entregar dentro de un plazo señalado todas las plazas fuertes que poseia con sus armas y provisiones: á evacuar las fortificaciones que habia construido en el valle del Genil, y á residir precisamente en Córdoba, dando en prenda de fidelidad á su hijo Abul Aswad.

El emir siguió entonces á Mérida, donde recibió á los diputados de las ciudades de Lusitania que vinieron á prestarle juramento de vasallaje. Visitó luego las provincias occidentales de este país, siendo acogido en todas partes con aclamaciones de júbilo, y por último volvió á Córdoba para asistir al nacimiento de su hijo Hischen. Habiendo determinado fijar en esta ciudad su residencia ordinaria, levantó edificios suntuosos, mandó componer la antigua calzada romana, y edificó en medio de los jardines de su alcázar, una altísima torre que dominaba á toda la ciudad y á la fértil vega del Guadalquivir. En este lugar de delicias mandó plantar Abdelrahman la primera palmera que se conoció en España. Sentado en su torre y arrojando una mirada melancólica sobre aquel árbol que le recordaba á su patria, compuso sus famosos versos á la palmera tan celebrados en la literatura árabe. (1) En el mismo tiempo mandó venir de su país á todos los partidarios de los Omniadas que estaban errantes ó proscriptos, ofreciéndoles en España asilo y proteccion; y en efecto atravesaron el estrecho

(1) He aquí la traduccion española de estos celebrados versos:

«Tu tambien insigne palma
Eres aqui forastera.
De Algarbe las dulces auras
Tu pompa halagan y besan;
En fecundo suelo arraigas,
Y al cielo tu cima elevas.
Tristes lágrimas lloraras
Si cual yo sentir pudieras.
Tu no sientes contratiempos
Como yo de suerte aviesa:
A mi de pena y dolor
Contiguas lluvias me anegan

los diez hermanos del Califa Merwan, y otras muchas familias distinguidas de Irak, Egipto y Barca.

Pero Yussuf no podia acomodarse á la vida privada, despues de haber ejercido el mando por tanto tiempo. Volviendo á levantarse sus partidarios de Mérida, Murcia y Toledo le llamaron secretamente para ponerlo á su cabeza: él que por su parte no habia renunciado á la esperanza de tornar al gobierno, dilató bajo diversos pretextos la entrega de las fortalezas, y aprovechando la primera ocasion favorable, salió de Córdoba para unirse á los insurrectos, que en muy pocos dias habian reunido un ejército de veinte mil hombres. Noticioso Abdelrahman de este suceso, mandó á Abdelmelek, wali de Sevilla, que marchara contra los sublevados. Apoderóse este general de Almodovar que habia caido en poder de los enemigos, y siguió á Yussuf hasta alcanzarlo en una llanura donde le obligó á aceptar el combate. No fué este de gran duracion, pero las tropas de Abdelrahman salieron victoriosas y el gefe rebelde espiró cubierto de heridas en el campo de batalla. Segun la crónica de Ebn Hhajan, aunque Yussuf salió con vida de la pelea, le mataron los mismos que huian con él, creyéndose engañados por su perfidia. El emir mandó colocar la cabeza de Yussuf en una de las puertas de Córdoba.

Al saber Samail la desgracia de su compañero, hizo dimision del mando que tenia, y se retiró á vivir á Sigüenza, donde gozaba algunos bienes de fortuna. El emir de Toledo Teman encargado de perseguir á los hijos de Yussuf, que se sostenian aunque débilmente con algunas de las tropas de su padre, derrotó á Abdelrahman que era el mayor de ellos y le quitó la vida, obligando á Abul Aswad, el segundo, á refugiarse en Toledo. En seguida puso sitio á esta ciudad, y la tomó por asalto, haciendo prisionero á Aswad, que enviado á Córdoba, fué perdonado por el emir, y condenado á prision perpetua.

Habiendo escapado Khasim, otro hijo de Yussuf de la venganza de Temam, se refugió en Algeciras, donde en compañía

Con mis lagrimas regué
 Las palmas que el Forat riega;
 Pero las palmas y el rio,
 Se olvidaron de mis penas,
 Cuando mis infaustos hados
 Y de al Abas la fiereza
 Me forzaron á dejar
 Del alma las dulces prendas.
 A ti de mi patria amada,
 Ningun recuerdo te queda,
 Pero yo, triste, no puedo,
 Dejar de llorar por ella.»

de Barceráh levantó el estandarte de la rebelion. Allí se le juntaron multitud de descontentos acostumbrados á medrar en las guerras civiles, y con ellos tomó á Medina Sidonia, marchando desde esta ciudad á la de Sevilla, que ocupó tambien por sorpresa. Abdelrahman y Teman vinieron contra los rebeldes á la cabeza de un numeroso ejército. Sevilla abrió sus puertas al emir despues de una batalla en que Barcerah perdió la vida: Medina Sidonia no pudo tampoco defenderse, y perseguidos por todas partes los insurrectos, tuvieron que entregarse á las tropas victoriosas de Abdelrahman. Khasim fue hecho cautivo y condenado á perpetuo encierro.

En este tiempo tuvo noticia Abdelrahman de que Samail conspiraba secretamente contra él, fomentando la sedicion entre los descontentos. Cuenta Abu-Becre-Bazi que en un convite que dió á sus amigos aquel afamado caudillo recitó unos versos contra el gobierno, y recelando el emir de que su indulgencia en esta ocasion tuviera trazas de flaqueza, mandó prender y dar muerte al atrevido poeta. Afirman no obstante algunos historiadores que Samail era inocente de los crímenes que le achacaban, y que su muerte es por lo tanto un motivo de justa censura contra Abdelrahman; mas sin embargo de cuanto diga Conde y otros cronistas árabes, no parece natural que quien tantas veces habia sido clemente en demasía fuese ahora cruel hasta la injusticia: que quien habia perdonado á tantos rebeldes que atentaron directamente contra su corona y su vida, castigase ahora con tanta severidad á quien no habia cometido otra culpa que la de recitar unos versos algo picarescos entre la alegría y algazara de un convite.

Pero no fue una série completa de victorias el reinado de Abdelrahman, que en aquellos tiempos de prosperidad y de fortuna, preparaba la Providencia grandes desastres al venturoso imperio de los musulmanes. Dueño era Abdelrahman del trono cuando fueron reprimidas las facciones que dividian y ensangrentaban el territorio de la Península: pero tambien mandaba el venturoso Omniada cuando en los campos de la Galia fue humillado y vencido el estandarte de Mahoma y cuando el poder musulman tuvo que hacer retroceder hasta el Pirineo, despues de cuarenta años de dominacion, sus dilatadas fronteras. Pipino, sucesor de Cárlos Martel, ocupó casi sin resistencia muchas ciudades de la Septimania, encerró á los árabes dentro de Narbona, los cercó en esta ciudad, y poniéndose de inteligencia secreta con los cristianos de ella, la tomó sin mucho esfuerzo. Desde entonces no volvieron á caer aquellas poblaciones bajo el yugo de los emires de Córdoba, ni los árabes pretendieron llevar sus conquistas mas allá del Pirineo.

Disponíase Abdelrahman á visitar algunas ciudades de la Pe-

nínsula, cuando tuvo aviso de haberse levantado en Toledo una familia poderosa de la tribu de Hemesa acaudillada por el gefe sirio Hischen ben Adrah el Fehri, pariente de Yussuf. Los rebeldes habian ocupado el alcázar obligando al wazir á abandonar la poblacion: habian asesinado á los que pretendieron oponerse á su intento, y puesto en libertad á Khasim, hijo de Yussuf. Reuniéronse con los rebeldes todos los bandidos de la comarca, y Ben Adrah repartiendo sus tesoros con loca profusion entre la gente necesitada y baladí, logró juntar una division hasta de diez mil hombres. Noticioso el emir del suceso, salió de Córdoba con mucha caballería española y africana: apenas hubo llegado á la provincia de Toledo, los rebeldes se acojieron á la capital, y no pudiendo alcanzarlos en el campo, se contentó con cercarlos en sus murallas. Los sitiados se defendieron con aliento y obstinacion, y como viese Abdelrahman que se prolongaba demasiado el sitio cuando su presencia era necesaria en el Algarbe, donde habia ocurrido otro levantamiento, les propuso un tratado de avenencia, por el cual les prometia olvido y perdon de lo pasado si le entregaban voluntariamente la plaza. Aceptadas estas condiciones por los rebeldes, las tropas del emir entraron en Toledo, Ben Adrah entregó á su hijo en rehenes, y Khasim volvió á la prision de donde habia salido.

La raza de los Abasidas contemplaba con profundo despecho el engrandecimiento de Abdelrahman, y la pérdida de sus dominios en la Península. Habiendo sucedido Almanzor en el califado á Alseffah, mandó al wazir de Cairwan, Ali Ben Mogaith, que intentase con su ejército una nueva invasion en la Península. Desembarcó Ali en abril de 763 sobre las costas de Andalucía á la cabeza de una tropa escojida, proclamando con ella al Califa único y legítimo señor de España. Y como nunca faltan descontentos de los gobiernos recién establecidos, encontró Ali en seguida numerosos partidarios, con los cuales pudo formar un ejército respetable. Entre tanto la insurreccion que habia sido mal sofocada en Toledo, retoñó con la noticia del desembarco de Ali. Hischen Ben Adrah se apoderó de nuevo de la ciudad, quitó la vida al wali, y proclamó á Almanzor único y legítimo soberano. Reuniendo entonces Abdelrahman toda la caballería disponible, la puso á las órdenes de Bedr, el antiguo criado á quien segun algunos historiadores debia su corona, mandándole que fuese á reprimir la sedicion de Toledo. Pero cuando Bedr llegó á su destino, Hischen habia abandonado la ciudad para reunirse con las tropas del Califa. Abdelrahman á su vez marchó con todas sus tropas al Algarbe, donde los africanos del wali de Cairwan predicaban la sedicion contra «el intruso, el aventurero, el extranjero,

reliquia miserable de una familia proscripta y escomulgada desde lo alto de todos los *almimbar* (púlpitos) de las mezquitas de Oriente,» que tales eran los epitetos con que designaban al emir los alfaquíes del nuevo Califa. Y fuese por el miedo que causaban en los pueblos las huestes africanas, ó porque el nombre del Califa de Oriente, no hubiera perdido aun todo su antiguo prestigio, las tribus corrieron presurosas á alistarse en las filas de Ali, al paso que ben Adrah llegaba con los suyos á entregarle las llaves de Toledo. Pero sucedia que aunque muy númerofo el ejército de Ali, estaba compuesto en su mayor parte de gente indisciplinada, mas propia para comprometer que para dar la victoria. Marchando uno hácia otro los dos ejércitos, se encontraron cerca de Sevilla: el combate fué largo y sangriento, pero al cabo las hordas indisciplinadas de Africa cejaron ante la impetuosa caballería andaluza, y la infantería reclutada sin orden y conducida sin disciplina, menos deseosa de gloria que de pillaje, abandonó el campo de batalla para saquear el de sus propios aliados. En vano procuró Ali restablecer el orden en sus filas: abandonado de los suyos y cercado por sus contrarios, perdió la vida luchando cuerpo á cuerpo, y su muerte decidió la victoria. De sus soldados fugitivos, unos se sometieron humildemente á los vencedores, y otros se acercaron á la costa para pasar Africa. Abdelrahman mandó cortar la cabeza á Ali y la envió secretamente á la Meca segun unos, y á Cairwan segun otros, con orden á sus emisarios de que la colocasen de noche en la plaza pública juntamente con la orden que el Califa habia dado para la expedicion á su desventurado caudillo. Cumplióse el mandato del emir, y una mañana apareció en la plaza pública aquel horrible trofeo, con una inscripcion que decia: «así castiga Abdelrahman, hijo de Ommiah, á todos los que se atreven á ofenderle.» Y añade la crónica de Ebn Hhajan, que cuando el Califa hubo contemplado este sangriento espectáculo, exclamó lleno de terror: «este hombre es el mismo *Eblis* (el genio del mal ó el diablo): alabado sea Dios que ha puesto un mar entre nosotros.»

No atreviéndose Hischen á volver á entrar en Toledo después de la derrota de Ali, pasó á Medina-Sidonia don de fomentó á la rebelion del wali Said, y juntándose luego con algunos restos del ejército vencido, vino hácia Sevilla, taló sus ricos campos, quemó sus mieses y se apoderó por sorpresa de la ciudad. Mas la España estaba cansada de guerras y de desastres; los rebeldes se habian atraído con sus depra-daciones el odio de la muchedumbrea y Abdelmelek, wali de Sevilla, marchaba á cercarlos con un ejército. Las tropas de Hischen no eran capaces de sostener el sitio, y la poblacion cansada de sufrir su yugo, se habia levantado contra

ellas. Pero no queriendo tampoco los sitiados entregarse á la merced de sus enemigos, resolvieron una noche abrirse paso por en medio de ellos, como en efecto lo verificaron, no sin grave pérdida, ni sin que costase la vida á su temerario caudillo. Los que pudieron salvarse de la refriega se ampararon de la sierra de Ronda, y no sintiéndose con fuerzas para continuar la guerra, se trasladaron á Africa con ánimo de solicitar en nombre del Califa, el apoyo de los walies del Almagreb. El que ejercia este cargo en Meknasa, llamado Abdelgafir el Meknasi, que se gloriaba de descender de la ilustre raza de Mahoma, abrazó con ardor la causa de los enemigos del emir y desembarcó en Andalucía (766) acompañado de un numeroso séquito de aventureros africanos que venían como él á probar fortuna. El wali de Elvira quiso impedir el desembarco, y aunque lo evitó por el momento, al cabo pagó con la vida su resistencia. A los pocos dias volvió la expedicion mas numerosa que antes, logró desembarcar y se apoderó de algunas ciudades próximas á la costa.

Continuaban entre tanto los rebeldes defendiéndose dentro de Toledo, cuyos habitantes fatigados de desastres y de guerras, estaban de secreta inteligencia con los sitiadores para entregarles la plaza. Conociendo Abu Khasim el peligro que le amenazaba y desesperanzado de recibir recursos de sus aliados de Africa, salió una noche secretamente de la ciudad, y atravesando á nado el rio, logró burlar la vigilancia de sus adversarios. Faltando entonces el concierto entre los sitiados, rindióse la plaza á los sitiadores, los cuales entrando en ella trataron á los rebeldes con harta generosidad.

Por este tiempo desembarcó en las costas de Tortosa otro caudillo africano llamado Abdalah el Seklebi, quien al frente de una escasa tropa de aventureros, declaró la guerra al emir en nombre del Califa, reclutando forzosamente cuantos soldados podia en los pueblos donde entraba. Sabedor el emir de este suceso reunió sus tropas y marchó contra sus nuevos enemigos; mas aun no habia llegado á Valencia cuando supo que el wali de Tortosa habia derrotado á los africanos, quemado sus naves y obligádolos á dispersarse en las montañas. No dejó por eso Abdelrahman de proseguir su viage, pues deseando visitar las ciudades de Valencia, Zaragoza y Huesca, aprovechó esta ocasion de hacerlo, volviendo en seguida á Córdoba donde recibió muestras inequívocas del amor de sus vasallos, que impacientes por gozar los beneficios de la paz, esperaban que estas victorias habian de proporcionárselos.

Aprovechando el rebelde Meknasi la ocasion en que el ejército

de Abdelrahma estaban ocupado con la insurreccion de Tortosa alcanzó cerca de Estepa á las tropas de Sevilla mandadas por los walies de Baeza y de Carmona, y las puso en dispersion. Animados los rebeldes con este suceso, bajaron de la montañas en busca de sus contrarios. Abdelmelek wali de Sevilla que salió á su encuentro, habia confiado el mando de la vanguardia á su hijo Khasim, mozo todavia, y poco acostumbrado al ejercicio de las armas. Apenas chocaron una contra otra las dos vanguardias, cuando Khasim volvió brida y huyó á donde estaba su padre. Abdelmelek que le vió venir solo y fugitivo, comprendió su deshonor y le dijo: «muere cobarde, tu no eres Merwan, tu no eres mi hijo», y diciendo estas palabras lo atravesó con su espada. Con semejante general no debia parecer dudosa la victoria. Empeñóse el combate con grande encarnizamiento por una y otra parte; los rebeldes se defendieron con obstinacion, los de Abdelmelek atacaron con ímpetu, vino la noche y Meknasi huyó con los suyos dejando el campo cubierto de cadáveres. Una parte del ejército vencido se dirigió á Sevilla cuyas puertas habian prometido abrirles los enemigos de Abdelrahman; pero Abdelmelek que sospechó su intento, los persiguió hasta cerca de los muros de aquella ciudad, donde volvió á trabarse el combate. La victoria estaba aun indecisa, habiendo sido heridos Abdelmelek y algunos de sus generales, cuando un suceso imprevisto la decidió momentáneamente en favor de Meknasi. Dirigióse este hácia Sevilla donde los rebeldes se apoderaron del alcázar, asesinaron al gobernador y abrieron las puertas al enemigo; pero la caballería de Abdelmelek le siguió hasta dentro de la ciudad, en cuyas calles y en medio de la noche, se volvió á trabar la pelea. Viendo Meknasi que no le era posible permanecer en esta poblacion, la abandonó antes que viniera el dia, contentándose con robar los depósitos de armas y todas las riquezas que se hallaban en el alcázar y en la casa del wali.

Cansado Abdelrahman de esta guerra sin resultados, pero que traia inquietos y desavenidos á sus pueblos, siendo el refugio de todos los bandidos y malhechores, determinó acabarla por sí mismo contra el parecer de muchos wazires que juzgaban indigno de un monarca comprometer su vida en tan miserables lides. Pero Abdelrahman sin atender á estos consejos, mandó llamar al wali de Mérida con toda su caballería, salió con ella al encuentro de los rebeldes, los halló en las cercanias de Ecija sobre las riberas del Genil, y acometiéndolos con grande brio, los derrotó y puso en fuga atravesando con su lanza y cortando la cabeza al rebelde Meknasi.

Vuelto á Córdoba de su expedicion y temiendo que los africanos partidarios del Califa no dejaran de hostilizarle en las costas, mandó construir una fuerte escuadra que fué el cimiento de la ma-

rina musulmana. Al efecto estableció arsenales en Cartagena y en Sevilla, nombró un almirante y mandó que hubiese siempre naves aparejadas en Tarragona, Almería, Algeciras, Almuñecar, Cádiz y Huelva.

Llama la atención á algunos historiadores que el imperio islámico tan poderoso desde sus primeros tiempos, con posesiones en las tres partes del mundo entonces conocido, y sosteniendo en la Península ibérica una lucha empeñada de siglos, no hubiera tenido desde luego una marina considerable que no solamente facilitara sus expediciones á las costas de Europa, sino que las condujera á países mas lejanos, y donde mas llana y fácil hubiera sido la conquista. Para explicar esta falta no basta tener en cuenta el atraso de la navegacion, pues que este atraso era comun entonces á todos los países del mundo. Habia en el pueblo musulman razones especiales para que en medio de los adelantos que hacian todas las artes y todas las industrias, la marina y la navegacion permaneciesen estacionarias. Los árabes tenian horror á la mar: el mismo Mahoma tan aficionado á viajes y á correrías, aun antes de ser conquistador, prefirió arrostrar los peligros del desierto á esponer su vida en las tempestades del Océano. Dicen algunos doctores musulmanes, que «no debe ser admitido en juicio el testimonio de los hombres que van dos veces á la mar, porque no puede menos de estar privado de razon quien tan locamente compromete su vida.» Cuéntase que Mahoma habiendo visto en sueños á algunos de sus partidarios que se embarcaban para llevar su fé á remotos climas, cuando despertó dió gracias á Dios de que el Islam hallase hombres bastante atrevidos para arrostrar los peligros de semejante empresa. Pero Abdelrahman, señor absoluto é independiente de la España, conoció toda la importancia de la marina en el gobierno y conservacion de sus estados, y trató de poseerla á toda costa, aunque para ello tuviera que luchar con los instintos de su raza y con las preocupaciones de su pueblo.

Mas á pesar de tantos triunfos veíase amenazada á cada momento la tranquilidad pública de España. Hussein el Abdari que habia sido wali de Zaragoza y vivia en esta ciudad retirado á la vida doméstica, comenzó á predicar la sedicion contra Abdelrahman, persuadiendo á los incautos de que no debian pagarle el diezmo de sus frutos y de sus rentas, porque estos caudales eran empleados en hacer la guerra á los musulmanes y en sostener pretensiones injustas contra los califas de Oriente, verdaderos señores de la España. Mas el wali de Zaragoza reprimió la sedicion que comenzaba á apuntar, y prendió y quitó la vida á su rebelde caudillo.

Si los cristianos hubieran sabido aprovecharse de estas discor-

días, quizá se habría engrandecido menos lentamente la monarquía de Pelayo. Pero los reyes de Astúrias prefirieron conservar su escaso territorio á aventurarse en arriesgadas expediciones contra las armas victoriosas del emir de Córdoba, y aun historiadores hay que aseguran haber sido en este tiempo tributaria de los emires la monarquía castellana, porque dicen que aun cuando sea apócrifo el tratado de Abdelrahman con Fruela, prueba al menos que existió algun pacto de esta clase (1).

En este mismo tiempo envió Abdelrahman á los montes de Galicia y de Vizcaya dos de sus generales que dispersáran algunos bandos cristianos fugitivos de diversas provincias de la España árabe, los cuales escitados por el generoso ejemplo de sus hermanos de Astúrias se habian sustraído del yugo del Islam para vivir pobres y libres en aquellas asperezas. Sorprendiólos en sus guaridas el ejército del emir, los derrotó y dispersó, no sin alguna resistencia por parte de los cristianos, y volvió á Córdoba cargado de sus despojos.

Por este tiempo ocurrió la invasion de Carlomagno en España y la famosa batalla de Roncevalles, tan célebre en la historia de nuestro país, como encomiada por la tradicion y por la fábula. No narraremos prolijamente ahora los sucesos de esta expedicion, porque aunque acaecidos en los tiempos de nuestro héroe, mas bien que á su vida pertenecen á las de Carlomagno, y á Bernardo del Carpio. (Véase CARLOMAGNO, y BERNARDO DEL CARPIO.) Basta saber para nuestro propósito que Abdelrahman no era emir mas que de nombre en las ciudades de la frontera del Pirineo: su autoridad mas allá del Ebro era insignificante y nula: los wales eran allí los únicos soberanos. Algunos cristianos de aquel país deseaban que Carlomagno viniera á librarlos del yugo de los musulmanes, al paso que los wales de Zaragoza y de Pamplona, con el auxilio de aquel príncipe, deseaban fundar una monarquía independiente de la de los emires. No pensaban del mismo modo los cristianos del lado acá del Ebro, pues aunque trabajáran por sacudir el yugo musulman, preferian combatirlo con sus pobres fuerzas á caer bajo la dominacion del ambicioso rey de los francos. Asi es que mientras algunos cristianos y los árabes de la frontera abrian las puertas á Carlomagno, los árabes y los cristianos del interior se disponian á resistirlo. El wali de Zaragoza Ebn el Arabi, prometió entregar esta plaza á Carlomagno, de lo que noticioso Abdelrahman mandó en contra suya á su general Thaalaba. Halló este cerrada y defendida la ciudad, intentó tomarla

(1) Rossev de Saint Hilaire, Histoire de Espagne.

por asalto, pero el Arabi salió con los suyos y lo derrotó y dispersó cogiéndole prisionero. Carlomagno invadió la España, tomó á Pamplona y llegó hasta Zaragoza; pero noticioso de que los Sajones de la frontera se habian iusurreccionado, retrocedió hácia el Pirineo, y al pasar por el desfiladero de Roncesvalles fue derrotado su ejército por los vascones, y perseguido luego por algunas tropas árabes al mando de los wales de Huesca y de Lérida. Abdelrahman tomó como se vé poca parte en esta guerra, pues aunque las crónicas árabes le atribuyen el honor de la victoria, son en este punto mas dignos de fé los historiadores cristianos que lo discernen todo á los vascones.

Mas aunque abandonado por Carlomagno todo el pais al norte de la Península, no por eso habia sido restablecida en sus ciudades mas importantes la autoridad de Abdelrahman. En Pamplona mandaba con absoluto imperio un rebelde wali, y en Zaragoza habia sido asesinado Ebn el Arabi, y gobernaba tambien independientemente Hussein ben Yahia que habia acaudillado una sedicion contra el emir: y por los campos vagaban impunemente cuadrillas de rebeldes y de bandidos que talaban las mieses y ponian á contribucion las pequeñas poblaciones. Para acabar Abdelrahman con tantos desórdenes ahogando en su cuna estas nacientes monarquías, confió á su hijo mayor Suleyman el gobierno de Toledo, y se dirigió hácia la frontera. Sometió á Zaragoza y á Pamplona, contuvo á los vascones en sus correrías, y se volvió á Córdoba.

Yacia preso en una torre de esta ciudad, Abul Aswad hijo de Yussuf, quien despues de algunos años de cautiverio se habia grangeado la confianza de sus guardias y vivia con cierta libertad. Pensando en fugarse para disputar al emir su imperio, se fingió ciego, y tan perfectamente representó su papel que el alcaide de la prision llegó á permitirle pasar las noches en unas salas bajas de la misma torre, y aun salir á los algibes para buscar el agua de que se servia en sus abluciones. En este tiempo solian visitarle algunos parciales secretos de su padre con quienes comunicó sus proyectos, y de acuerdo con ellos, una tarde de verano en que todos se estaban bañando en el Guadalquivir y hasta los criados habian salido de la torre confiados en la ceguera del preso, bajó por las escaleras del algibe, y desprendiéndose por una ventana que en ellas habia bajó al campo, atravesó á nado el rio, y tomando un caballo y unos vestidos que tenia preparados en la orilla opuesta, caminó sin descansar hasta las sierras de Jaen ocupadas entonces por rebeldes y bandidos. Cuando el emir tuvo noticia de esta fuga, que fué muchos dias despues de acaecida: «todo es obra de la sabiduría eterna, dijo, que nos enseña con este acae-

cimiento que nunca se hace bien á los malos sin causar al mismo tiempo mal á los buenos.» En seguida dió orden á los walies de Segura, Elvira y Jaen, para que persiguieran sin descanso á los bandidos; pero como estos se aumentasen considerablemente despues de la fuga de Abul Aswad, el mismo emir tuvo que marchar en persona contra ellos. Entretanto Khasim, el segundo hijo de Yussuf acaudillaba otra tropa de rebeldes en la serranía de Ronda. El emir batió en diferentes encuentros á Abul Aswad, pero como no le atrajese á una batalla campal, se prolongaba la guerra sin que por una ni por otra parte tuviese resultado decisivo. Abdelrahman logró al cabo obligar á los rebeldes á que aceptaran el combate, los venció y dispersó, y Abul Awad se refugió en el Algarbe. El emir entró victorioso en Córdoba, pasó á Mérida, mandó á los alcaides de Bejar y de Badajoz que persiguieran á los rebeldes, y siguió á Lusitania y á Galicia para visitar las ciudades mas importantes de estos reinos. Derrotado en el Algarbe Abul Aswad vióse abandonado de todos los suyos y murió un año despues miserable y oscurecido en un pueblo de la provincia de Toledo.

Vuelto Abdelrahman de su espedicion en el año 786, mandó edificar en Córdoba una suntuosa mezquita semejante á la de Damasco, superior en magnificencia á la de Bagdad, y comparable tan solo con la de Alaksa en la casa santa de Jerusalem. El mismo trazó el plano de la obra. Tenia el edificio mas de mil columnas de diferentes mármoles y colores: dábanle entrada diez y nueve puertas espaciosas, á las cuales seguian diez y nueve calles de columnas atravesadas por otras treinta y ocho de la misma clase. Aunque Abdelrahman tuvo grande empeño en concluir esta obra, y trabajaba una hora todos los dias para dar ejemplo á los demas, murió antes de acabarla.

Conociendo el emir que se acercaba el término de su vida reunió á los walies y wazires de las ciudades principales, y declaró ante ellos que nombraba por sucesor á su hijo tercero Hischen, porque aunque mas jóven que los otros dos habia manifestado siempre mayor bondad, rectitud y prudencia. Todos los circunstantes, y entre ellos los dos hijos mayores del emir prestaron á Hischen juramento de vasallaje. En el año de 788, y á los pocos meses de la jura del nuevo príncipe, murió Abdelrahman llorado de su familia y vivamente sentido de la España toda.

Verificáronse bajo el reinado de este príncipe gravísimos acontecimientos que importa tener en consideracion por el influjo que ejercieron sobre la suerte del imperio musulman y sobre el porvenir de los cristianos españoles. Abdelrahman emancipó á la Península del poder de los Califas de Damasco, y pretendió dar á la España la unidad social y política de que carecia. El primero de

estos sucesos era necesario, inminente; el segundo era de todo punto imposible. Hemos dicho en otro lugar que el islamismo teniendo por base la unidad de la religion y del gobierno, tendia necesariamente á su fraccionamiento y disolucion; este fraccionamiento debia empezar por España que era donde estaba menos arraigada la conquista, y donde la discordia civil ardía con mas fuerza. Despues de un período de medio siglo en que se habian sucedido multitud de emires gobernando sin otra regla que la arbitrariedad y el capricho, la desconfianza y la inseguridad se habian apoderado de los ánimos y todos deseaban estabilidad y fijeza aunque fuese en el despotismo. El Califa vivia demasiado distante de España para que su autoridad en este pais pudiera ser fuerte y duradera. Esta autoridad no podia sostenerse sino por medio de una organizacion política, tan poderosa como no la consentian aquellos gobiernos en que el advenimiento de cada monarca alteraba profundamente la situacion del estado. Donde la ley es la voluntad de un solo hombre, cada vez que este hombre varía, varía tambien la organizacion de la sociedad; y cuando el imperio es vasto en territorio y numeroso en súbitos, es tanto mas imposible que la mudable voluntad de sus príncipes le dé unidad, duracion y fijeza. Asi el imperio de los Califas, habiendo llegado á estenderse sobre tan vasto territorio, debía caerse á pedazos por su propia debilidad. Porque el único vínculo que allí unia á los súbditos con el gobierno, era el de la ciega obediencia; obediencia que no tenia otra garantía que la de la fé, puesto que cuando se empleó la fuerza, fué insuficiente para asegurarla. Asi es que apenas hubo un caudillo bastante audaz para sublevarse contra el dogma de la obediencia ciega, y bastante autorizado por sus propios hechos, por sus cualidades ó por sus antecedentes para levantar el pendon de la independencia, siguiéronle tribus y provincias enteras, tembló el Califa y perdió toda su fuerza y su unidad el imperio islámico. Asi la emancipacion de la España era un suceso necesario: Abdelrahman I no hizo mas que llevar á cabo un acontecimiento preparado desde mucho antes, porque era una consecuencia de las leyes eternas, de la sociedad y del mundo.

Faltaba como hemos dicho al imperio árabe de España, una organizacion social y política, porque bajo el poder efimero y pasajero de los emires nada habia en ella seguro y estable, todo cambiaba no solo con el advenimiento de cada nuevo Califa, sino con el de cada emir que solia mudarse todos los años. Gloria es de Abdelrahman haber intentado dar á la España esta unidad de que carecia por medio de sus instituciones y de sus leyes, de las cuales hablaremos en su correspondiente lugar, pues aunque fuera vano su esfuerzo, digno es siempre de honra y de prez el haberlo

intentado. Quizá entró en su cálculo también para asegurar esta unidad, establecer sólidamente la preponderancia de la raza árabe sobre la estirpe africana, puesto que en su reinado fué en el que los compatriotas del profeta tuvieron mayor influjo sobre las tribus africanas. Pero es lo cierto que esta tiranía ejercida entonces por unas tribus sobre otras, preparó las reacciones futuras de los sirios contra los árabes y de los africanos contra los árabes y los sirios.

Tenia pues Abdelrahman todas las prendas de los buenos príncipes y todas las virtudes del hombre privado. Político profundo, guerrero valiente, general entendido, y monarca generoso gobernó á sus pueblos con rectitud y acierto no acostumbrado en aquellos tiempos de pasiones y de ignorancia. Si hubiera reinado en otra sociedad donde el progreso no hubiera sido incompatible con las instituciones, el imperio que fundó podría haber durado tranquilo y floreciente por largos siglos; pero en una sociedad donde el orden social y político son un dogma religioso tan inmutable y estacionario como la misma religion, el progreso es siempre superficial y efímero ó no dura mas que la vida de aquellos monarcas que lo desean y lo promueven.

ABDELRAHMAN II: nieto de Abdelrahman 1.º: sucedió á su padre Alhakem en el califado, por el año de gracia de 820. Apenas hubo muerto este último, cuando Abdalah hijo del primero de los Omniadas, fiel á su antigua costumbre de pretender con las armas en la mano el trono, cuantas veces estaba vacante, abandonó á Tanger, y pasó el estrecho seguido de formidable hueste de berberiscos. Mas derrotado por Abdelrahman hubo de retirarse á Valencia, donde contaba con señalado número de amigos y partidarios. Después de referir como acudió Abdelrahman en busca de su enemigo poniendo cerco á aquella ciudad, y como intercedieron por Abdalah sus hijos, que desempeñaban altos destinos en la corte del emir, continua en estos términos la crónica árabe.

Disponíase Abdalah á hacer una salida con todas sus gentes contra los de Córdoba, (que eran segun la costumbre de los generales árabes sacerdotes y soldados á la vez), y en la mañana del dia de la batalla, reunió á sus soldados delante de la Mezquita de Bab Tadmír ó puerta de Murcia. «*Nobles compañeros, les dijo, para que Dios sea misericordioso con nosotros, preciso es pedir á su bondad que nos muestre el partido que hemos de tomar y que en seguida nos conformemos con su santo mandata.*» De su clemencia espero que se sirva manifestárnoslo. Y levantando las manos al Cielo. «Alah, exclamó, si es justa mi causa, si es mejor mi derecho que el del nieto de mi padre, dame tu ayuda, y haz que

triunfe sobre él; y si es mas fundado su derecho que el mio, ben-dícele, y no permitas que los horrores de la guerra civil aflijan por mas tiempo este desgraciado país.» Todos los que le acompañaban exclamaron á una voz *¡que asi sea!* y en aquel momento comenzó á soplar un viento tan agudo, tan fuerte y desconocido en aquella estacion y clima, que Abdalah poseído de un temblor mortal, cayó de su caballo y quedó tendido en tierra privado del uso de la palabra.

No tardó Dios en desatar la lengua de Abdalah, quien dijo á sus wazires. «*Dios ha manifestado su voluntad, y no permita el cielo que me declare contra ella.*» Y en el mismo momentó envió un wazir al campo para llamar á sus hijos y poner á los pies del emir su voluntaria sumision: mandó al propio tiempo que abriesen las puertas de la ciudad y habiendo obtenido sus hijos licencia para ir á buscarle, se dirigieron en compañía suya al campo del emir. Al llegar delante de la tienda imperial tomó uno de ellos las riendas del caballo, mientras que el otro tenia el estribo para ayudar á bajar de él á su padre. Despues de estas piadosas atenciones, tan propias de las costumbres del Oriente, se presentaron todos tres delante de Abdelrahman y se inclinó Abdalah para besarle la mano: mas conmovido el generoso emir con tan viva imágen de su difunto abuelo hasta el punto de derramar lágrimas, recibió á Abdalah en sus brazos con la mayor ternura y le concedió por toda su vida el gobierno y señorío de Tadmír. De los que habian acompañado á Abdalah, una parte se estableció en tierra de Tadmír y la otra volvió á Tanger.

Terminadas de esta suerte aquellas discordias, se propuso el emir vengarse de los cristianos de Barcelona, que se habian aprovechado de ellas para invadir el territorio musulman, de donde habian vuelto impunemente cargados de botin y sin encontrar enemigo alguno. Cuando llegó Abdelrahman delante de las murallas de Barcelona, habia el anciano el Kherim vencido á los cristianos, y obligándoles á encerrarse dentro de aquellas murallas. Tomó la ciudad el emir haciendo gran carniceria en los que la guardaban, mas adelante se apoderó de Urgel que es pueblo de gran importancia en aquella comarca, y volvió triunfante á la capital de su Reino. Entonces fué cuando recibió la embajada que le envió el emperador de Constantinopla, pidiéndole que entrase con el en alianza, contra los Califas de Bagdad, tanto mas aborrecidos en Córdoba como que pasaban por ser los usurpadores del trono de los Omniadas (1).

(1) Varias son las opiniones sobre la certeza, y la época de esta conquista. En la relacion que acabamos de hacer, hemos seguido la opinion del historiador de los ára

Cuentan los historiadores que era el principal vicio de Abdelrahman, su inclinacion al lujo y al fausto. Parece cierto que este habia hecho labrar en Córdoba ricas mezquitas de jaspe y de marmol: que habia construido notable número de baños públicos y fuentes alimentadas con las aguas de Sierra Morena, las cuales venian á Córdoba por acueductos de plomo de que todavía se conservan algunas reliquias. Habia levantado suntuosos alcázares en todas sus principales ciudades: reparado ademas los caminos, construido paseos sobre las orillas del Guadalquivir, dotado los madrisah ó escuelas públicas de varios pueblos: tan solo en el de Córdoba mantuvo á trescientos huérfanos. A tal punto llegaba por otra parte su prodigalidad que cediendo en ciertos momentos al delirio de su pasion, echaba al cuello de sus cortesanas un collar de perlas ó de diamantes, que dificilmente pudiera costearse con los frutos del sudor de cien poblaciones, mientras que otras veces pagaba con diez mil monedas de oro, el agrado que le causáran los versos de un poeta. Para alimentar tan exagerada opulencia, habian menester los perceptores de contribuciones de las medidas mas rigorosas, con lo cual iban cada dia aumentándose el descontento y los clamores del pueblo (1).

No contribuyeron poco á agravar el peso de estos tributos las guerras que hizo Abdelrahman á los cristianos de la Aquitania y de la Marca Gótica. Envió socorros al godo Aison, que en este último pais habia levantado bandera de insurreccion contra Ludovico, rey de Francia, y con ellos logró el rebelde grandes ventajas en sus costas. Trató Ludovico de apaciguar la rebelion por medios pacíficos ántes de recurrir á las armas, y envió tres comisionados para que tratasen con Aison. Eran estos su canciller Elikasart abad de un monasterio, y dos condes, el uno franco llamado Hildbrando y el otro Donato, que era romano. Mas como hubiesen sido inútiles los esfuerzos que estos enviados hicieron, fijáronse los ojos de todos en dos poderosos ejércitos que hácia aquel lado enviaban por una parte Ludovico y por otro Abdelrahman. Mandaba el de este último Abu Merwan, que ademas de tener lazos de parentesco con el emir, era uno de los árabes que gozaban en aquel tiempo de mas fama militar, y llevaba á sus órdenes las mejores tropas del reino. El ejército francés obedecia las órdenes de Pipino, rey de Aquitania, el cual venia acompañado con

bes Conde, aun cuando segun parece y afirman otros escritores fundados en las crónicas francas ocurrió la toma de Barcelona en el año 852, que es muy posterior á la época de que ibamos hablando.

(1) Véase á Conde y á Mr. Rossew de Saint Hilaire en su reciente historia de España.

Hugo y con Manfredo conde de Orleans. Mas los árabes invadieron a Cataluña, sin encontrar otra oposicion sino las del conde Bernardo que se hizo fuerte en Barcelona, al paso que los deudos de Ludovico, por celos y enemistad con él segun opinion muy recibida entre los historiadores, evitaron toda clase de encuentro, dando por excusa el temor de aventurar la vida del jóven rey de Aquitania. Mas no hubo de servirles tan frívola excusa, pues mandó Ludovico que fuesen privados de todos sus empleos y honores y los declaró culpables.

Es de notar que aquellas mismas provincias sirvieron siempre de teatro á las largas guerras de los árabes con la Francia, como mas adelante lo han sido de las que contra esta nacion se ha visto obligada á sostener por repetidas veces la nuestra. De ahí tomó el nombre de *Marca Gotica* ó de *Gothia* una parte de aquel pais: lo que segun observa un escritor á quien ya hemos citado, significa un territorio neutro del cual las naciones limítrofes hacen el campo de sus contiendas. No de otro modo llevan en Italia el nombre de *marcas* las de Ancona y de Treviso.

No tardó Ludovico Pio en vengarse de la ayuda que á sus súbditos rebeldes habian prestado al emir. Alzóse contra este en Mérida Mohamet ben Abd el Ghebir, que habia perdido su empleo de perceptor de tributos. Dirigió el monarca francés la siguiente carta escrita por Egmand, á los habitantes de la ciudad insureccionada. «Hemos llegado á informarnos de los sufrimientos diversos y de las vejaciones con que os aflige vuestro cruel monar Abdelrahman, el cual por codicia de vuestros bienes os ha despojado de ellos. Otro tanto hacía en su tiempo su padre Abular (Alhaken) quien con supuestas exacciones os forzaba á pagar un censo que no le debiais. Pero segun hemos llegado á saber, habeis rechazado como hombres valientes las injurias que vuestros reyes os hacian, y resistido su crueldad y su codicia. Por esto hemos querido enviaros estas cartas con la mira de consolaros y exortaros á perseverar en la defensa de vuestra libertad contra la opresion de vuestro cruel rey. Y como este no es menos enemigo nuestro que de vosotros, preciso es que unidos y de acuerdo peleemos contra él. Tratamos de enviar para el verano próximo un ejército á vuestra marca, de donde podreis darle orden de marchar, si es vuestra voluntad, contra nuestros comunes enemigos, á fin de que si Abdelrahman y su ejército se dirigen contra nos, salga el de Francia á su encuentro. Y os advertimos que si quereis abandonarle y poneros de mi parte, os conservaremos vuestra antigua libertad sin disminucion alguna, dejándoos libres de cualquier censo ó impuesto, y no vivireis bajo mas ley sino la que querais; porque es mi propósito obrar con vos-

otros como con amigos y aliados á quienes honramos sobremanera.»

No llegó el caso de que diese Ludovico cumplimiento á sus ofertas, pues ni mandó su ejército hasta Mérida, lo que por estar esta ciudad á la otra estremidad del imperio árabe, era empresa difícil, ni tampoco á pesar de ser cosa mas hacedera, distrajo la atención del emir abriendo hostilidades por la frontera de su reino: uno de sus hijos, Lotario, que se dirigia con un ejército hácia España determinó retirarse, por el mismo tiempo en que ocurría la sublevación de Mérida. No duró mucho este alzamiento porque Abdelrahman envió lo mejor de sus fuerzas á que lo reprimiesen y el wali abd el Rouf, fiel al emir, logró que los mismos de la ciudad le abriesen sus puertas.

Con este escarmiento permanecieron sosegados algun tiempo estos últimos, á pesar de que Mohammed ben abd el Ghebir recorria las inmediaciones de Lisboa al frente de algunos de sus partidarios. Mas poco despues se levantó en Toledo Hischen el Athili, alentado por aquel ejemplo, y por la ayuda que le dieron los habitantes de la ciudad tanto cristianos como judíos, no menos que la milicia berberisca. Tanta parte tomaron los enemigos del Islamismo en aquel alzamiento, que las crónicas árabes le califican de insurrección cristiana judía, si bien se ha de observar que tanto los de una como los de otra religion que vivian en el país conquistado por los árabes, siempre les pedían al rebelarse caudillo que los dirigiera y gobernara por grande que fuese su aversión contra ellos. Llamó el emir para que sofocase esta rebelion al wali Abd el Rouf, vencedor de Mérida, de cuya ausencia se aprovechó Mohammed para penetrar en esta ciudad con los suyos, y compeler á la desobediencia á sus dóciles habitantes. Entonces se puso Abdelrahman al frente de un poderoso ejército, llegó delante de los muros de Mérida, y como los rebeldes no se atreviesen á presentarle la batalla, hizo minar y derribar sus torres, y ofreció el perdon á los habitantes con la única condicion de que le entregasen á los gefes del levantamiento. Huyeron estos últimos y Abdelrahman que habia dado tantas muestras de dulzura y benignidad de carácter dió nuevas pruebas de su clemencia. «Gracias doy á Dios, dijo, al saber la fuga de los rebeldes, que me ha ahorrado el trabajo de castigarlos.» Despidió entonces las milicias é hizo levantar nuevamente las arruinadas murallas de Mérida.

No habian sido suficientes los esfuerzos de Abd el Rouf para sofocar la rebelion de Toledo, donde se habia hecho fuerte como ya dijimos, Hischen el Athali. Al cabo de seis años se rindió la ciudad por hambre, é Hischen fue decapitado por orden del wali

dándose por satisfecha con este solo ejemplo la justicia de los vencedores.

Impidieron estas turbulencias intestinas que se aprovechase, como de otra suerte pudiera hacerlo, Abdelrahman de los disturbios de la monarquía franca, donde el desgraciado Ludovico había visto rebelarse en contra suya á sus propios hijos. Comprendió al fin el emir que la guerra santa (como llaman los árabes á la que hacen á cuantas no creen en el Koran) era el mejor medio de poner término á las discordias civiles y así dió orden para que marchasen sus tropas por un lado contra los cristianos de Leon, y por el otro contra la Marca Gótica. No dieron estas expediciones mas fruto que el acostumbrado, de ricos botines y terribles depredaciones en el territorio de los enemigos, mientras que estos satisfacían su venganza con iguales rapiñas é incendios, entrando con fuerzas considerables por la Marca de Venecia hasta las márgenes del Ebro. Próximo estaba Abdelrahman á salir al encuentro de estos enemigos cuando otros no menos encarnizados se aparecieron en su territorio. Eran estos los normandos, los cuales despues de haberse presentado en las costas de Galicia de donde fueron arrojados por los cristianos, devastaron las de Lisboa, mas adelante las de los Algarbes y la Andalucía donde se estendieron por las inmediaciones de Cádiz hasta Medina Sidonia, y por último desembarcaron junto á Sevilla, y allí fueron vencidos por los habitantes, aunque no sin haber causado gran mortandad y daño en aquellas cercanías. Recorrió entonces Abdelrahman los pueblos de Andalucía con la mira de infundir aliento á sus súbditos aterrados con tantas desgracias, y de reparar en lo posible los estragos de aquellos bárbaros impidiendo al mismo tiempo para lo sucesivo semejantes escursiones. Con esta mira procuró fomentar y fortalecer la marina del emirado, muy débil por aquella época como lo acredita la facilidad con que los normandos recorrían y saqueaban nuestras costas. Púsola al cuidado de su hijo Yussuf y mandó construir un gran número de naves en los principales puertos. En este lugar nos parece oportuno decir que algunos escritores extranjeros, menos injustos é ignorantes de nuestras cosas de lo que es general entre ellos, haciendo igual honor á los habitantes de España, ya castellanos ó árabes, elogian la decisión y el valor con que fueron rechazados los normandos de nuestras costas, mientras que las de otras Naciones se vieron constantemente saqueadas por estos bárbaros, y aun precisados sus gobiernos á pagarles un deshonoroso tributo.

En 1552 murió Abdelrahman, dos años despues de haber hecho proclamar á su hijo Mohamed por sucesor suyo con grande solemnidad y aparato, á los 61 años de edad, treinta y uno

de su reinado. En sus últimos días acaeció una terrible hambre, de cuyas resultas emigraron muchas familias á las próximas costas de Africa. Tambien sucedió por este mismo tiempo ó poco antes la toma de Barcelona, de la cual hemos hablado anteriormente.

El emir sobresalía entre otras prendas por la energía de su carácter, su generosidad y su clemencia. Deslucíanle sin embargo su prodigalidad y su excesivo amor al lujo, cuya cualidad en los príncipes, aunque es de las mas gravosas para los pueblos, no es por eso de las mas impopulares. Antes por el contrario se inclinan las clases ínfimas de la sociedad á admirar esa esplendidez y magnificencia que no se sostienen sino con pesados tributos. Llegaba á tal punto la prodigalidad de Abdelrahman que un historiador muy conocido refiere de él la siguiente anécdota. Como su sultana favorita Thasoub hubiese reñido con él, réhusó verle, y se encerró en sus cuartos, para libertarse de las importunidades de los eunucos que enviaba el príncipe en su busca y juró solemnemente que no daría un solo paso para ir donde él estaba, aun cuando le costára la vida. Aconsejaban al emir sus cortesanos que forzase la puerta y tomára por asalto la fortaleza rebelde: pero él enamorado monarca, sin recurrir á la violencia, hizo amontonar sacos llenos de dinero delante de la puerta de su amada de cuyo modo en vez de asalto estableció formal bloqueo: y apróximandose en seguida consiguió con dulces palabras y con la oferta de todas las riquezas colocadas á sus pies, apaciguar el resentimiento de la orgullosa odalisca. «Otro dia en un acceso de loca generosidad, la regaló un vestido que valia mas de cinco millones de reales, y el impuesto de una provincia entera sirvió para costear este capricho del rey. Sin embargo, debe decirse en honor de Abdelrahman que el mas grato de sus placeres consistia en oír la lectura de los libros sábios y de los poetas que habia reunido en derredor suyo.

Hemos procurado en este artículo no detenernos en la relacion de las guerras poco empeñadas, que sostuvo este príncipe contra los cristianos de Asturias y de Leon, cuya relacion pertenece naturalmente á otro lugar de la Enciclopedia.

En este tiempo fué cuando empezaron á tomar aliento los cristianos: su primera insurreccion habia tenido por cuna las montañas del Norte de la Península, con cuyo motivo fueron grandes los padecimientos de los que vivian en el territorio conquistado por los árabes. Esfúerzanse sin embargo algunos escritores modernos por demostrar que gozaban los muzárabes (así eran llamados los cristianos que vivian bajo la dominacion árabe) de la mas lata tolerancia, y se fundan en algunas palabras de los mártires que

mas padecieron en aquella época, entre ellos de Alvaro y sobre todo de San Eulogio. Afirman pues, que aquellos cristianos gozaban de la mas completa libertad para profesar su culto, sobre todo en Córdoba donde eran mas numerosos que en ninguna otra parte los templos dedicados al culto del verdadero Dios. « *Inter ipsos sine molestia fidei degimus*. Vivimos entre ellos sin ser perturbados en nuestra fé, dice el mismo Eulogio en algun lugar de sus obras. (1) Supónese que en aquellas iglesias se desplegaba la natural solemnidad de nuestro culto, y que estaban en vigor las gerarquías de la disciplina eclesiástica. Los monasterios, entre los cuales sobresalia el de Tábanos, eran lugares destinados á la enseñanza religiosa. La sede metropolitana á que correspondia el obispado de Córdoba era como ahora la de Sevilla, y en Toledo residia el primado de todo el Reino. Contentábanse los árabes con exigir gruesos tributos de los cristianos, los cuales ademas de pagar anualmente á sus obispos una contribucion con el nombre de tercias para el sostenimiento del culto, satisfacian un impuesto mensual á aquel gobierno, y sufrían otras varias estorsiones á voluntad de los príncipes.

Pero segun los escritores á quienes nos referimos, la que parecia mas tiránica á los ojos de los cristianos de aquella época, era la prohibicion de blasfemar contra el profeta y contra su ley impía que se les imponia bajo pena de muerte, así como la de entrar en las mezquitas á predicar el culto de Cristo. Jamas fue profanada segun ellos la santidad de los templos de Dios ni la del hogar doméstico, pues los árabes se limitaban á exigir que fuesen respetados el Dios de Mahoma, y sus mezquitas, como respetaban ellos los templos de los Nazarenos. Admíranse de que fueran los vencedores quienes se vieran forzados á exigir tolerancia de los vencidos: afirman que la exasperacion que ocasionaban en el ánimo de los pueblos las predicaciones imprudentes de los mártires, daban origen á los padecimientos de estos últimos mas bien que la dureza de las leyes, y el rigor de los gobiernos, y que si alguna vez padecian persecuciones, gozaban por lo comun de una estremada tolerancia. Comparan en honor de los árabes la dulzura de su gobierno, y la condicion de los cristianos que vivian bajo su imperio con las atroces proscripciones de Roma, donde con tanta abundancia y tan sin piedad se derramó la sangre cristiana en los anfiteatros de Neron y Diocleciano, así como con las hogueras de los reyes de Francia y de la inquisicion; y encarecen como prueba de tolerancia los casamientos que eran tan comunes por aquel tiempo en-

(1) Memor. Sanctior. libro 1.

tre árabes y cristianos. Citan por último el ardor de los mártires que escojían las ocasiones mas solemnes para blasfemar contra el profeta y su ley en presencia de sus mismos jueces. «Vacilaban al principio, dice uno de ellos, como Perfecto, como Juan el confesor; y mejor se puede decir que se dejaban arrastrar, que no que corrian al martirio: eran acusados en un principio, pero ellos no se acusaban á sí mismos, negaban el delito en vez de gloriarse de él, é instruidos de antemano de la ley que los condena llegaban casi á pesar suyo á blasfemar del profeta. Pero una vez dado el ejemplo, regado una vez el cadalso con la sangre que le fecunda, los confesores voluntarios de su fé se presentaron por millares: en el fondo de las celdas donde maceraban su cuerpo con los silicios, discurrieron algunos monges que era mas lógico y acertado ir á derramar de una vez su sangre en obsequio de Cristo, á los ojos de todos y en lid abierta, que esparcirla gota á gota con ignorados tormentos. Mugeres débiles, piadosas, entusiastas, jóvenes por la mayor parte y hermosas, pues el martirologio siempre nos las pinta bellas, se conmueven con tan santo ejemplo y preparan los débiles cuerpos, á los combates de Cristo y á las luchas de la fé. Parecíase aquel fervor á un contagio sordo que se estiene silenciosamente de casa en casa y de celda en celda, y concluye por apoderarse de la comunidad entera. Multiplicanse los milagros porque la fé de donde siempre nacen, los habia ratificado de antemano. En la prolongada ociosidad del claustro, cada cenobita, cada virgen experimenta su vision, vision harto real, y que para ser esplicada no necesita de mas milagro sino las alucinaciones de aquellos cerebros encendidos por el rezo y el ayuno: cada mártir cuya sangre acaba de correr, se presenta en el silencio de la noche para decir al candidato designado para el suplicio. «A ti te toca venir detrás de mi.» Y el atleta designado por Cristo se levanta, ciñe su vestido de combate, y vá á desafiar á sus verdugos. Los pastores de este rebaño entusiasta en vez de oponerse á la especie de vértigo que se ha apoderado de sus ovejas, le aprueban y le estimulan si es que no participan de él. En aquellos dias de combate y de pruebas, morir es el deber del cristiano y es una cobardia, casi es una apostasía el vivir. De vez en cuando se encuentran personas mas hábiles para discurrir que fervorosas en su fé, las cuales censuran estos extremos de un celo que suponen indiscreto y se atreven á dudar de la oportunidad de estos voluntarios martirios. Pero Eulogio los abrumba bajo el peso de su fecunda elocuencia, los hiere con su amargo desden, y Eulogio no es sino la viva personificacion de las preocupaciones y de los sentimientos del clero regular de su época: Eulogio es el sacerdote tal como le forma la persecucion, el sacerdote ardiente, in-

domable, suspirando por el martirio, pero sin creerse todavía digno de él, y queriendo como cuidadoso pastor llevar su rebaño por delante de sí; pero el pastor á su vez no se rendirá cuando haya llegado su hora. Asombrados de este contagio del martirio, que estuvo á punto de despoblar á Córdoba, procuran los árabes inútilmente rehusar el suplicio á estos confesores codiciosos de tormentos. Nada se puede conseguir de ellos ni por suplicios ni por seducciones. Vuelven á ser enviados á su prision, y la convierten en templo y se maceran con el ayuno y el suplicio: los despedazan á latigazos, y bendicen los tormentos como una anticipacion de la muerte. Se llenan de orgullo con esta humillacion que antes de ellos y como ellos sufrió el Cristo. Sacerdotes cristianos novicios en el martirio, vienen al fondo de los calabozos á besar estas gloriosas llagas, y á fortalecer su indeciso valor con el espectáculo de tan santos dolores. Sus elogios exaltan mas aun estas almas llenas de entusiasmo que el primer contacto con el tormento ha puesto fuera de sí. Al ver la insensibilidad con que los mártires miraban el hierro ó el látigo de los verdugos, casi se llega á punto de no compadecerlos; porque en medio de aquellos largos éstasis, en que de antemano se abren para ellos los cielos, cualquiera se siente inclinado á creer que antes de dejar esta tierra habian cesado de sufrir. En efecto, el alma esclava de una passion tan intensa, deja de sentir los males que no alcanzan sino al cuerpo. Digno objeto de las meditaciones de la fisiologia sería el averiguar si el imperio de la voluntad sobre nuestros débiles órganos no puede amortiguar completamente la accion del dolor, y cortar en estas horas de éstasis el incomprendible lazo que une el alma al cuerpo, largo tiempo antes de que la muerte haya concluido de romperle.»

Pero estos mismos escritores que tan favorable, y en nuestro concepto exagerada pintura, hacen de la dulzura de la dominacion árabe: estos mismos escritores que de semejante manera se esfuerzan por explicar las mas sublimes acciones de abnegacion y de heroismo segun los imperfectos y débiles resortes de la condicion humana, reconocen al cabo que habia gran generosidad y energia en aquellas almas cuya imprudencia censuran; reconocen que solo á la sinceridad de la fé, solo á la profundidad de las creencias pueden ser atribuidos tan desinteresados sacrificios.

Estos mismos escritores, que contemplan desde el punto de vista secular y profano hasta aquellos sucesos en que ha cabido á la religion mas noble y señalada parte, confiesan que á los estímulos de la fé han sido debidos los mas ventajosos esfuerzos á favor del espíritu de nacionalidad y de patriotismo. Porque aquellos confesores, aquellos mártires cuyo fervor se ha querido presentar como

un resultado del extravío de su celo y de su fanatismo, como fruto poco estimable de su místico alucinamiento, no solo eran glorioso ejemplo de religion, no solo eran vivos elogios del Dios que les inspiraba que la enérgica firmeza de su carácter, el teson inflexible de sus almas, la abnegacion desinteresada y sublime de su fé, honran á la humana naturaleza y su sangre fecunda en creencias religiosas, no era menos fértil y provechosa para encender, para robustecer y fortificar los sentimientos de patriotismo. Porque en aquellos tiempos no era la religion un sentimiento místico que se evaporase en oraciones y preces; no era solo una divina y necesaria sancion de la humana moralidad, era tambien y muy principalmente el mas firme lazo que unia á los hombres de una misma nacion entre sí, mas aun que la identidad de casta, de usos y de idioma. El cristianismo era el que conservaba encendida la llama del patriotismo entre los cristianos que vivian en las provincias dominadas por los árabes, y solo el fervor religioso fué poderoso á arrojar de ellas á estos últimos moviendo el brazo de nuestros valientes antepasados.

Al tiempo de Abdelrahman II corresponden en gran parte las célebres persecuciones que sufrieron los cristianos de Córdoba. Nos ha parecido oportuno estendernos en la biografía de este príncipe á quien tan señalada parte ha cabido en la historia de nuestra patria, asi como á los mártires de su época á quienes toca una nada mediana en los triunfos y glorias del cristianismo (...)

ABDELRAHMAN III nació en Córdoba en el año de gracia 892 de Mohammed, hijo de Abdalah el emir, y de una cristiana llamada María. Habiendo muerto su padre víctima de la severidad de Abdalah á consecuencia de la sedicion de Sevilla, fué conducido el jóven príncipe al palacio de su abuelo donde los sábios mas famosos de Córdoba se emplearon en su educacion. Antes de los ocho años sabia de memoria todo el Koran: despues de este tiempo aprendió lo que los musulmanes llamaban ciencia de los *Hadices* ó historias tradicionales, gramática, poesía, proverbios árabes, vidas de príncipes, y la ciencia del gobierno. Dedicóse por último á la gimnástica, á la esgrima y al arte de la guerra. Su abuelo Abdalah le nombró su sucesor con perjuicio de su hijo Almodhaffer, como si pretendiese de esta manera indemnizar del trono que habia perdido al desgraciado Mohammed. No se mostró resentido Almodhaffer de esta acertada eleccion, pues segun hemos dicho en otro lugar ninguna ley habia entre los musulmanes que determinase el orden de sucesion á la corona: sino que al contrario se conformó gustoso con ella, y prestó al nuevo emir juramento de vasallaje, juzgando con razon, que era mas noble y digno de su persona el destino de consejero del soberano que el de cabeza de rebeldes en una guerra civil.

(Véase ABDALAH.)

Rayaba apenas en los veinte y dos años el príncipe Abdelrahman cuando por muerte de Abdalah tomó posesion de la corona. Era de hermosa y gentil presencia: color blanco y sonrosado, ojos azules, continente grave, sin ser desapacible, talento claro y profundo, erudicion vasta y amena: afable y elegante en sus modales, prudente y comedido en sus acciones; y siendo conocidas de todos estas buenas prendas, su eleccion fué muy celebrada y su jura y aclamacion solemnizadas con fiestas y regocijos públicos. Tomó el nombre de Abdalah para honrar la memoria del emir su antecesor segun era costumbre en Oriente, y los sobrenombres de *Abul Motarraph Annasir Ledinallah* (defensor de la fé de Dios) y *amir Almumenin* (príncipe de los creyentes). Aunque este último nombre lo hubiesen llevado tan solo los Califas de Bagdad absteniéndose de usarlo los emires de Córdoba, la voz pública designó con él á Abdelrahman III, como si quisiese indicar con este apellido que quien lo llevaba habia de ser superior á todos sus antecesores.

Su primer cuidado despues de tomar posesion del gobierno, fué reconciliar á algunas familias principales de Córdoba que andaban desavenidas en opiniones y en intereses, y cuya desunion amenazaba con una guerra civil entre sus enconadas parcialidades. Antes de combatir á los cristianos victoriosos en muchas ocasiones contra los generales de Abdalah, juzgó necesario sofocar la rebelion de Caleb que tenia entretenida á la mayor parte de su ejército y en continua zozobra é inquietud á los pueblos de su dominio. Hizo pues un llamamiento de tropas y entonees conoció cuanto era su prestigio y poder sobre sus numerosos vasallos, pues tan grande número de hombres acudió á su servicio, que tuvo necesidad de despedir á muchos, reservándose solo un ejército de cuarenta mil soldados. Con él entró en tierra de Toledo donde dominaban como señores los rebeldes hijos de Hafsoum: todas las ciudades le abrieron sus puertas, todos los pueblos le aclamaron su soberano: los rebeldes se encerraron en Toledo acaudillados por Dgiafar, y Hafsoum huyó con muchos de sus parciales á la parte oriental de la Península. No juzgando prudente Abdelrahman detenerse en las cercanias de Toledo, siguió los pasos de Hafsoum, le alcanzó en su marcha, y le obligó á aceptar el combate. Su tio Almodhaffer ordenó el ejército en cinco huestes segun era costumbre entre los árabes. Las tropas de Hafsoum eran superiores en número pero inferiores en armas y en caballería. Encontráronse los dos ejércitos en una espaciosa llanura: acometiéronse con ímpetu al son de las trompetas y de los anafires: incierta estuvo por mucho tiempo la suerte de la pelea, pero al cabo la caballería de Abdelrahman atropelló y puso en desórden á la gente de Hafsoum que entrada ya la noche abandonó el campo á los vencedores con pérdida de siete mil hombres. Y como fuera esta

la primera vez que Abdelrahman asistia á estos sangrientos espectáculos se conmovió y enterneció al contemplar la sangre derramada de tantos creyentes, y mandó curar con igual cuidado á los heridos de uno y otro ejército.

Despues de esta victoria dejó Addelrahman á su tio Almodhaffer el encargo de perseguir á los rebeldes, y se volvió á Córdoba para cuidar de la administracion interior de su imperio. Allí mandó variar el cuño de la moneda que hasta entonces habia conservado el tipo y forma de la de los Califas de Damasco. Fiel á su dictado de gefe de los creyentes mandó acuñar moneda que tuviese en un lado no su busto que lo prohibia la ley de Mahoma, sino su nombre y sus títulos, y en el otro una sentencia del Koran sobre la unidad de Dios y la mision profética, y el lugar y año en que habia sido labrada. Asimismo hizo poner entre sus títulos el de Iman ó príncipe de la religion segun hacian los Califas de Oriente.

Volvió á salir de Córdoba Abdelrahman con direccion á la sierra de Elvira donde se habian reforzado con nuevos partidarios los rebeldes de Caleb. Su presencia sola bastó para someter á muchos pueblos, pues tal era la fama de su virtud y de su nombre que los rebeldes abandonaban sus posiciones, ó se ofrecian á servirle con sus propias armas sin darle ocasion á que usára de las suyas. Abdelrahman perdonó generosamente á todos los que se sujetaron á su obediencia, y aun les dió empleos y condecoraciones en su milicia: concedió la alcaidía de Alhama al gefe de los rebeldes Mohammed, y confirió el cargo de wali de Jaen al emisario de Hafsoum Obeid Alah. Mas de doscientas fortalezas cayeron en su poder, y cuando juzgó enteramente estinguida la rebelion, volvióse á Córdoba donde fué celebrado su triunfo con tanto mas motivo quanto que habia sido alcanzado sin derramar una lágrima ni una gota de sangre.

Ocupábase el emir en embellecer la ciudad de Córdoba y en reparar sus palacios, cuando tuvo noticia de que los piratas africanos infestaban las costas de España y que los príncipes levantados en Barca y Africa habian invadido la Sicilia é internádose en la Calabria. Para defender sus costas y vigilar de cerca á los ambiciosos emires de allende del estrecho, levantó una fuerte armada y se apoderó de Mallorca.

En este mismo tiempo ocurrió en el Zoco ó mercado de Córdoba un espantoso incendio que arruinó inmensas fortunas y consumió innumerables y suntuosos edificios. Pero el emir indemnizó de estos daños á los vecinos perjudicados por ellos, y mandó reedificar todo el Zoco con las rentas de la provincia.

Las crónicas árabes refieren una anécdota de este tiempo que por ser notable y curiosa, no queremos omitir. Era uno de los kha-

dies de Córdoba Soaib Ben Munia, grande bebedor de vino como partidario de la secta de Irak que permite el uso moderado de aquel licor. En su sello tenia gravadas estas palabras: *Ye alime coul gaib coun wufe vi Sohaib* (¡oh Dios que conoces todos los misterios, protege á Sohaib!) Como un dia hubiese el khadi bebido demasiado en casa de un amigo suyo partidario de la misma secta que él, tomaronle su sello algunos de los convidados y borrando la palabra *gaib* pusieron en su lugar *abib*, con lo cual quedó alterada la inscripcion diciendo de esta manera: «¡oh Dios que conoces á todos los borrachos, protege á Sohaib.» No habiendo este advertido el engaño siguió sellando como antes todos sus despachos hasta que el emir habiendo notado el sello de uno de sus escritos, le llamó y dijo: Soahib, tu bebes vino, pues tu sello mismo lo manifiesta. Confuso y avergonzado el khadi confesó lleno de miedo su falta pidiendo misericordia por ella al Califa; y el Califa se la concedió sino por deferencia hácia su persona, en gracia de lo ingenioso de la estratagemata.

Continuaba entretanto Almodhaffer persiguiendo á los rebeldes de Valencia, que derrotados en todas partes, no osaban entrar en las poblaciones y perecian en la fragosidad de las sierras. Pero deseoso de concluir esta campaña pidió á Abdelrahman nuevas tropas para acabar de reducirlos, porque las que tenia no eran bastantes, dado que una ley de Mahoma prohibia que las tropas musulmanas fueran perseguidas mas allá de las primeras poblaciones á que se acogieran. Accedió el emir á las pretensiones de su tio: salió de Córdoba con toda la caballería andaluza que pudo juntar, visitó casi todas las ciudades de los reinos de Murcia y Valencia donde fué recibido con señales de veneracion y de júbilo, y puso cerco á Zaragoza. Aunque eran muy numerosos en esta ciudad los partidarios de Caleb, el pueblo y la mejor parte de sus vecinos favorecieron á Abdelrahman, le abrieron las puertas, y le ofrecieron su obediencia y sus servicios. Entró así el emir en Zaragoza, donde fué aclamado con señales de regocijo y tuvo ocasion de ejercitar su clemencia perdonando á todos los rebeldes menos á Caleb y á sus hijos. Allí recibió tambien á los emisarios de este caudillo los cuales le pidieron para su gefe la tranquila posesion de la España oriental, bajo las condiciones de que Caleb le auxiliaria con sus tropas cuando tuviese necesidad de ellas, y le entregaria las ciudades de Huesca y Toledo con todos los fuertes que tuviese bajo su mando. Indignado y colérico oyó estas proposiciones Abdelrahman, pues gracias á su carácter de enviados pudieron salvarse de una muerte cierta los mensajeros de Caleb. La única respuesta que estos recibieron fue la de que dijese á sus caudillos que si en el término de un mes no se sometian á la obediencia del legítimo monarca, no se-

rian admitidos luego á ella en ningun tiempo ni bajo ningunas condiciones. No habiendo sido aceptada esta propuesta por Caleb, abandonó Abdelrahman á Zaragoza dejando encomendado su gobierno á Almodhaffer, y se volvió á Córdoba visitando de paso las principales ciudades del interior de la Península.

Ocurrió al poco tiempo que abrumados de tributos los pueblos de la sierra de Elvira, donde estaba vacilante la autoridad del emir, se rebelaron contra ella tomando por gefe y caudillo al mismo Mohammed á quien el monarca habia conferido en premio de su sumision el gobierno de Alhama. Sabedor el emir de este suceso, salió de Córdoba con sus tropas y ocupó las fortalezas mas importantes de los rebeldes, quienes no atreviéndose á cruzar sus armas con las enemigas, se internaron y parapetaron en las fragosidades de la montaña. Cansado Abdelrahman de esta guerra de bandidos, encomendó el cuidado de proseguirla al wali de Jaen, y se volvió á Córdoba. Apenas llegó á esta ciudad tuvo noticia de las ventajas alcanzadas por Almodhaffer sobre los rebeldes de la frontera y de la muerte de Caleb: suceso de que hubo de complacerse en gran manera, porque aunque Caleb dejaba dos hijos herederos de su valor y de su rebeldía, perdía con su muerte la guerra civil mucha importancia y fuerza. Pero no fué duradero su gozo, porque á los estragos de la guerra civil que talaba los campos y devastaba las poblaciones, juntáronse en este año las calamidades de una peste que diezmó las ciudades mas importantes de Andalucía y muchas de las de Africa. Y aun no habia desaparecido del todo la terrible enfermedad, cuando tuvo noticia el emir de que los rebeldes de Elvira habian derrotado á sus tropas atrayéndolas á una emboscada, y se habian posesionado de muchos pueblos. Pero si grande fué en esta circunstancia el peligro del emir, no fué menor su diligencia. Era necesario reprimir con severidad y con empeño la audacia de los rebeldes que orgullosos de sus triunfos amenazaban venir hasta Córdoba: era necesario castigar para siempre la obstinada rebeldía de los de Caleb, so pena de consumir los mejores ejércitos del Islam y los mas pingües recursos del erario en una guerra de escaramuzas insignificantes, pero que asolaba sin embargo las mas ricas y fértiles provincias. Sin duda Abdelrahman hubo de comprenderlo asi, cuando salió precipitadamente de la capital á la cabeza de numerosa hueste, entró en la ciudad de Jaen que fue abandonada de los que la defendian y persiguió á los insurgentes hasta Alhama á cuya ciudad puso cerco. En vano la defendieron sus moradores con desesperada obstinacion: en vano los rebeldes juraron perecer entre sus ruinas. Abdelrahman dió un asalto á la plaza, entró en ella, mandó pasar á cuchillo á todos sus defensores, y condenó á muerte al gefe Assomor que mandaba en la fortaleza. No creyendo

asegurado su triunfo mientras permaneciese en Toledo el foco de la rebelion, determinó tomar esta plaza, y como creyese que le seria imposible lograrlo si antes no procuraba cortar los víveres á los sitiados, mandó á sus tropas que devastasen la campiña, talsen las cosechas y no dejasen mas provisiones á los toledanos que las que tuvieran dentro de sus muros. Cuando Abdelrahman creyó venido el momento oportuno estrechó el cerco de Toledo, única fortaleza de que eran dueños los enemigos. Conociendo Dgiafar hijo de Caleb gobernador de la ciudad lo aventurado de la resistencia, salió una noche de las murallas con lo mas escojido de sus tropas, dejando encargado de la defensa á uno de sus mejores y mas decididos partidarios. A los pocos dias de sitio empiezan á faltar los víveres: los vecinos y gente principal del pueblo quieren rendirse, propónenlo al gobernador, y este aunque lo negó al principio creyéndolo cobarde accion, accedió luego á ello, conociendo la inutilidad de su esfuerzo. Al efecto dispuso salir una noche con sus tropas de la ciudad, abriéndose paso por enmedio de los sitiadores: hizolo asi no sin sufrir grande pérdida al romper las filas enemigas, y al dia siguiente entró Abdelrahman triunfante en Toledo sin hacer daño alguno á sus moradores, y contentándose con haber acabado por sí mismo una guerra que duró mas de medio siglo, y con haber sofocado una rebelion que no habian podido reprimir cuatro de sus antecesores.

Así que Abdelrahman estinguendo la discordia civil, fué dueño absoluto de su Reino, trató de dirigir sus armas contra los cristianos que victoriosos en muchas ocasiones habian ensanchado y estendido sus fronteras. Al principio quedó vencido en esta guerra, pero al cabo salió vencedor y fué árbitro de las discordias interiores que devastaban el imperio cristiano. Pero nada decimos de estas campañas porque pertenecen mas bien á los reinados de FRUELA II, RAMIRO II, y SANCHO I. (Véanse los tres artículos correspondientes á estos nombres.)

Mientras estos sucesos ocurrían en España habíase verificado en Africa una importante revolucion que arrancó de manos del Califa, los estados septentrionales de este país. Si cuando el imperio de los musulmanes tenia su capital y su asiento en la ciudad de Damasco, la autoridad del Califa no alcanzaba á proteger todos sus súbditos, mucho menos podia ampararlos cuando fue trasladada esta capital á la ciudad de Bagdad, situada trescientas leguas mas hácia el desierto. Porque en efecto los grandes imperios no pueden mantenerse sin una administracion uniforme y vigorosa, y sin que sean rápidos y espeditos los medios de comunicacion entre su capital y los lugares mas apartados de su dominio. Estas dos condiciones faltaban precisamente al imperio fun-

dado por Mahoma: la administracion era irregular y arbitraria, porque dependia por lo comun del capricho y de la arbitrariedad de los emires y walies; y los medios de comunicacion eran tambien dificiles, porque su marina fue siempre poco numerosa y escasa la poblacion de sus campos. Así, como la autoridad del monarca no se hacia sentir desde lejos sino con mucha dificultad, no era extraño que los pueblos de estas apartadas regiones cansados de sufrir el yugo de las tiranías locales que son sin duda las mas pesadas, ansiasen por sacudirlo y lo sacudieran al fin, aunque fuese para caer bajo el de otro nuevo tirano. Así la España y toda la parte septentrional del Africa fueron las primeras en emanciparse de la autoridad de los Califas, porque trasladada la capital del imperio á la ciudad de Bagdad, eran tambien aquellas sobre quienes influia mas débilmente el poder de los monarcas.

Hemos creido oportunas estas consideraciones porque ellas conducen á esplicar los sucesos que dieron ocasion á las conquistas de Abdelrahman sobre el territorio de Africa. Una nueva dinastía se habia levantado en este pais á despecho de los Califas de Oriente, que sino fue tan poderosa como la de los Omniadas y la de los Abasidas, fuelo tanto como podia permitirlo su situacion entre los antiguos Califas de Damasco y los nuevos emires de España. Los monarcas Edrises reinaban en Almagreb desde que habiéndose presentado en este pais Edris, descendiente de Alí, sometió por las armas ó sedujo con sus persuasiones á las tribus que habitaban en él. Otra dinastía rival de la suya habia sido fundada en Cairwan por Ibrahim ben Aglab, wali rebelde de los Califas de Oriente. Y como si no bastasen para la desventura del Africa, estas dos rivales monarquías, Obeid Alah Abu Mohammed que se decia descendiente de Alí y de Fatima, la hija del profeta, y tenia un hijo llamado Mohammed, dijo que este era el Mahadi anunciado por Mahoma (1), y tomando el poder en su nombre fundó en Almagreb un nuevo imperio llamado de los fatimitas, cuya capital estableció en Mahadia.

Abdelrahman veia con inquietud levantarse al otro lado del estrecho este rival poderoso, ansiando el momento de domar su altivez y su orgullo, cuando la guerra civil entre Muza emir de Mequinez y Yahie monarca Edrise, le dió ocasion de lograr su intento. Como aliado de este soberano, mandó á Dgiafar, wali de Mallorca y á su almirante Ocaili que entrasen en Africa con buen

(1) Conservábase en Oriente una tradicion en la cual se decia haber predicho Mahoma, que en la sucesion de los tiempos vendria de Occidente el Mahadi (conductor) que llevaria el nombre de Mohammed, que su padre se llamaria lo mismo que él; que ocuparia el califado como duodécimo iman, y restableceria el imperio de los musulmanes.

número de tropas, y ganaran secretamente el apoyo de Muza contra los fatimitas. Muza fingió aceptar esta alianza sin dejar por eso de hacer la guerra á los Edrises, y se apoderó de la provincia de Tlemecen, donde mandaba el Edrise Hasani. Viéndose este abandonado de los andaluces, imploró el apoyo de los fatimitas y les rindió vasallaje. Los generales del Califa de Córdoba comprendieron todo el partido que podían sacar de estas disensiones, se apoderaron de Tanger y de Ceuta, é hicieron proclamar á Abdelrahman en Fez, y en todas las ciudades de Almagreb, soberano del imperio de Edris. El emir Fatimita Obeid Alah, mandó un ejército contra Abdelrahman, comenzando así una guerra larga y sangrienta entre los árabes españoles y los africanos, que inundó de sangre las vastas llanuras de allende del estrecho. La ciudad de Fez ora perdida, ora recuperada por los Edrises, por los ommiadas y por los fatimitas, fue teatro muchas veces de sangrientas batallas. Las escuadras africana y española se encontraron también en los mares cruzando sus armas con obstinado encarnizamiento. Abdelrahman despues de haber reinado sobre todo el imperio de los Edrises, perdió en 960 la ciudad de Fez, y con ella todas sus posesiones en Africa, fuera de Tanger, Tlemecen y Ceuta. Pero al año siguiente volvió con nuevas tropas á emprender la conquista y poco ántes de morir tuvo el consuelo de que su nombre fuera proclamado en Fez y en toda la Mauritania. Viendo Abul Alhaiki, último monarca Edrise, que Abdelrahman era dueño absoluto de sus estados, pasó á España á hacer la guerra contra los cristianos en el ejército del Califa. Recibióle este con mucho agasajo, le hospedó en su alcázar y despues de algunos dias de descanso, dióle una fuerte escolta que le acompañára hasta la frontera. Pero Alhaiki perdió la vida en uno de los primeros combates, donde dicen las crónicas árabes que «recibió la palma del martirio.» Así Abdelrahman en los últimos años de su vida reinaba en las tres partes del mundo conocido: su nombre era respetado por sus mismos adversarios, y los monarcas mas poderosos del Orbe solicitaron su alianza. Constantino Porfirogenito, César de Bizancio, le envió embajadores con cartas escritas en vitela azul con letras de oro, encerradas en una caja del mismo metal, en cuyos extremos estaban gravadas la imágen de Jesus y la del emperador: pedíale en ellas su alianza contra los Califas de Bagdad. Pero el lujo del monarca mahometano fué superior entonces al del príncipe griego. Los embajadores fueron recibidos con mucha ostentacion en uno de los pabellones del jardin del alcázar, cubiertos de ricas cortinas de seda verde bordadas de oro. El Califa estaba sentado en su trono, á la derecha estaban sus hijos, á la izquierda sus tios, y al rededor sus ministros, wazires y empleados inferiores segun

su categoría. Detrás estaban colocados los dos gefes de los eunucos blancos y negros encargados del gobierno interior de palacio. Los poetas de la Corte habian preparado sus composiciones en honor de los enviados griegos, y cuenta la crónica que tan sobrecojidos y deslumbrados quedaron al reparar en la magnificencia del espectáculo, que no acertaron á decir sus panegíricos. Afortunadamente para el Califa y para la honra de los poetas de su Corte, habia uno entre la muchedumbre que aunque no era tenido por predilecto de las musas, improvisó unos versos llenos de armonía y de entusiasmo dignos del asunto que los inspiraba. Los embajadores ofrecieron sus presentes al Califa y se volvieron á su pais, llevando á su monarca de parte del espléndido Abdelrahman, hermosos caballos andaluces ricamente enjaezados, y armas de finísimo temple de las que entonces se fabricaban en Córdoba.

Un desgraciado incidente vino en este tiempo á turbar la paz de tan glorioso reinado. Tenia Abdelrahman dos hijos, ambos de estimables prendas, de admirable ingenio, aficionados á las letras y á bellas artes, y que poseian la voluntad y el amor de los pueblos por su carácter blando y afable, y por sus muchas y bien empleadas larguezas. El mayor de ellos llamado Alkakem, habia sido nombrado por su padre heredero de la corona: Abdalah que era el menor, se ofendió de esta preferencia, si bien por temor á su padre ó por respeto á su propia persona, ocultó algun tiempo su resentimiento. Pero desvanecido al cabo por el favor popular, y dando oidos á las sugestiones de algunos ambiciosos y especialmente á las de Ahmed ben Mohammed, hombre sábio y elocuente, su íntimo amigo é inseparable compañero, llegó á persuadirse de que las personas principales de todas las provincias y las de la capital de todas las clases le consideraban agraviado de aquella preferencia, y aun estaban prontas á sublevarse para obligar al Califa á revocar el nombramiento y aun á abdicar la corona en su favor cuando tal renuncia fuera conveniente. Deslumbrado el príncipe por tan halagüeñas promesas permitió á su consejero que fomentase un bando en su favor, y el mismo procuró ganar las voluntades de los wazires y walies de la guardia de su padre. Todo estaba dispuesto para asesinar á Alhakem, cuando habiendo Ahmed comunicado imprudentemente su secreto á un amigo del presunto emir, llegó la conjuracion á oidos del soberano. Al principio no quiso Abdelrahman dar credito á la noticia, pero habiéndola consultado con su tio Almodhaffer, juzgó prudente asegurar la persona de Abdalah, y mandó á uno de sus wazires que le prendiera en su propio palacio. Entró el wazir á media noche en la habitacion del príncipe, encontróle en compañía de Ahmed y de otra persona desconocida, y juzgando que ambos serían

cómplices condújolos á seguras y separadas prisiones. Cuando Abdalah compareció en presencia de su padre, le dijo este: ¿te tienes por ofendido porque no reinas? Turbado y confundido el príncipe no acertó á responder; mas interrogado luego por los jueces se declaró culpable, acusando á Ahmed de haberle inducido á la conjuración, para lograr el empleo de Khadi de los khadies que desde mucho antes ambicionaba. En virtud de esta declaración mandó el Califa que Ahmed fuese decapitado, aunque esta sentencia no llegó á ejecutarse porque el mismo se suicidó dentro de su calabozo.

El amor de padre y el deber de príncipe luchaban en el corazón de Abdelrahman durante este horrible proceso, pues si como ministro de la justicia no debía perdonar á su hijo, como padre indulgente y amoroso se sentia inclinado á la misericordia. El generoso Alhakem imploró el perdón de su hermano; mas habiendo oido su suplica el desgraciado padre, respondió conmovido y derramando copiosas lágrimas: «Alhakem, á ti te toca interceder por el culpable que ha pretendido quitarte la vida, y yo mismo si fuese un hombre privado, solo escucharia la voz de mi corazón que clama porque le perdone; pero como monarca debo pensar ántes que todo en la tranquilidad de mis pueblos y en hacer cumplir la justicia aunque sea á costa de mis mas dulces afecciones. Yo lloro amargamente al tener que condenar á mi hijo y aun ¡lloraré toda mi vida, pero el deber me manda seguir el ejemplo de la justa severidad del Califa Omar, que mandó azotar con varas á su hijo por un delito menos grave que el que ha cometido el mio; y así ni tus lágrimas ni las de toda nuestra familia podrán librar á Abdalah del merecido suplicio que le espera.» Este desgraciado príncipe fue condenado á muerte, y la sentencia se ejecutó dentro de su calabozo el dia 31 de mayo del año 950 de nuestra era.

Poco despues de este tiempo, lloró Abdelrahman la muerte de su tio Almodhaffer que bajó al sepulcro vivamente sentido de toda la España, y sin haber desmerecido nunca la fama de virtuoso y de prudente que ha dejado en la historia.

Buscando el Califa una distracción á sus graves pesares domésticos, declaró la guerra á los cristianos, en cuya empresa ganando nuevos laureles vengó las derrotas sufridas en sus primeras algaradas. Desde entonces los monarcas cristianos mas bien que sus enemigos fueron sus aliados ó sus vasallos: D. Sancho el Gordo buscó un asilo en su Corte, y los soberanos mas ó menos independientes de Galicia, Navarra y Barcelona imploraron tambien su amistad y su apoyo. Y aun otros príncipes mas lejanos que nada tenían que temer ni esperar del poderoso Califa, tales como los

reyes de Francia, de Borgoña y de Ungría solicitaron su alianza y enviaron embajadores á su Corte.

Mas entre todas estas embajadas es la mas curiosa y notable la de Juan, abad de Gorza, enviado á Córdoba por Othon emperador de Alemania en 959. Nada dicen las crónicas árabes sobre este curioso suceso, pero el fragmento conocido con el nombre de *vida de Juan de Gorza* da una idea muy completa de él. Tomamos de un historiador moderno la narracion de esta embajada que dá á conocer con bastante exactitud el estado de la diplomacia en los tiempos á que nos referimos.

Para deslumbrar Abdelrahman á los cristianos con el espectáculo de su magnificencia, habia enviado embajadores al emperador Othon, con lujosos trenes y ricos presentes, y una carta en que no hablaba con el respeto debido del verdadero Dios. Habíase encomendado esta mision importante á un obispo muzárabe, hombre de ancha conciencia y mas apegado á los intereses materiales de este mundo, que á las estrictas máximas del evangelio. Pero como hubiese muerto el embajador ántes de llegar á su destino, la carta fué á manos del emperador sin que hubiese quien interpretára el sentido de sus palabras; y cólerico Othon de aquel desacato detuvo tres años á los embajadores sin darles respuesta ni permitirles volver á su pais. Mas habiendo ganado una batalla sobre los Húngaros, y queriendo arreglar sus diferencias con el Califa, determinó enviarle un embajador con cartas en que respondiera al lenguaje poco comedido que en la suya habia usado Abdelrahman. Esta mision era harto peligrosa para quien la llevara, porque escribiendo Othon con tan poco respeto de Mahoma, bien era de temer que quien entregára la carta pagase con la vida su atrevimiento. Pero un monje virtuoso y de costumbres austéras, lleno de celo por la fé y ansiando quizá la palma de los mártires, se ofreció voluntariamente á desempeñar este encargo. Este hombre era Juan, abad del monasterio de Gorza, que en aquel tiempo solo los claustros producian almas tan ardientes en la religion, tan firmes en su creencia y tan osadas para despreciar los males de la vida esperando el premio de la bienaventuranza, como lo era la de este virtuoso prelado.

Partió pues Juan de Gorza en compañía de otros monges y de un clérigo muzárabe, y habiendo llegado á Tortosa no le permitió pasar adelante el wali de esta ciudad, y avisó de su llegada al Califa. Pero como el celoso wali hubiese recibido orden de su Señor para permitirle continuar su viaje, Juan de Gorza vino á Córdoba y fué alojado en uno de sus arrabales. Habiendo sabido Abdelrahman por sus embajadores el contenido de la carta de Othon, dudaba en recibir á su enviado, temiendo por una parte

tener que cumplir en él la ley que condenaba á muerte á los que blasfemaban de Mahoma, y sintiendo por otra faltar al derecho de gentes, que no era á su parecer menos sagrado que la voluntad del profeta. Para salir de este conflicto, aconsejaron á Juan algunos amigos del Califa, que no presentára las cartas, y sí los regalos. Pero el abad que esperaba obrar por medio de aquellas la conversion del príncipe infiel ó que creia accion poco decorosa la que se le rogaba, se negó á toda composicion, y solo al cabo de un año de negociaciones, consintió en pedir una nueva carta á su augusto amo. Enviósela Othon mas comedida que la primera; y ya se disponia lo necesario para la audiencia, cuando ocurrió otra nueva cuestion sostenida con tanto empeño por parte del prelado, que estuvo á punto de malograr las negociaciones. Segun las costumbres de la Corte musulmana, no era permitido á ninguna persona presentarse delante del Califa, sino en traje de rigurosa etiqueta. Advirtieron los cortesanos al mensajero que cambiase su tosco sayal por un elegante vestido de ceremonia, puesto que de otro modo no le seria lícito comparecer ante el Califa; pero el monge que no podia sin quebrantar sus votos trocar por otras sus vestiduras, insistió en presentarse con ellas: en vano fueron ruegos, persuasiones ni amenazas, en vano le envió el Califa diez libras de plata (1), para que comprase con ellas el nuevo traje: Juan distribuyó esta suma entre los pobres, y Abdelrahman cuya alma era demasiado grande para no elevarse sobre semejantes pequeñeces exclamó al saber su obstinacion: «por Alá, que he de verle aunque esté vestido de un saco.»

Llegado el dia de la audiencia, cuidó el Califa de dar á esta modesta embajada la pompa y magnificencia de que carecia. Cuando salió Juan de su casa, encontró las calles cubiertas de soldados, cuyo aspecto marcial y lujosos uniformes contrastaban singularmente con sus toscos hábitos. Los corredores y salones del alcázar estaban adornados con ricas cortinas de seda, y la sala de la audiencia ofrecia un espectáculo imponente aun para los ojos mas acostumbrados á las pompas cortesanas. Los esclavones de la guardia colocados en dos filas á los costados de la sala tenian en una mano sus espadas desnudas, y en la otra sus anchos escudos. Los esclavos negros vestidos de blanco con sus hachas sobre las espaldas, formaban tambien dos hileras. En el vestibulo se veian los guardias andaluces y africanos cubiertos de lucientes armas y de ropas de colores, y los esclavos blancos que tenian tambien en la mano sus espadas desnudas. El Califa estaba sentado con las pier-

(1) Cerca de veinte y ocho mil reales.

nas cruzadas sobre un rico cojín bordado de oro en una especie de tabernáculo en el testero de la sala, rodeándole los príncipes de su familia, los grandes dignatarios de palacio, y su guardia que deslumbraba por lo lujoso de sus uniformes y por lo brillante de sus armas.

Presentóse el monge en medio de esta lucida concurrencia con su traje de paño burdo, y llegando á los pies del trono dióle el Califa á besar las palmas de sus manos: invitóle con un gesto á que se sentára y conversó largo rato con él, dándole muestras de afabilidad y cariño. El monge embajador desempeñó sus funciones con tal dignidad y modestia, que cautivó la voluntad de los circunstantes, y el Califa no le permitió volver á Alemania sino despues de haber tenido con él una segunda entrevista. Y en efecto, á los pocos dias volvió el embajador á la presencia de Abdelrahman, y le habló familiarmente sobre el talento y poder de su amo, el número de sus soldados, las riquezas y las instituciones de su imperio. Aseguró al Califa que ningun rey igualaba en poder al suyo, y como le hubiese hablado tambien de la feudalidad naciente entonces en Alemania y del poder de algunos vasallos de Othon, Abdelrahman desaprobó altamente estas instituciones que confundian al soberano con sus súbditos, demostró sus inconvenientes, y es probable que si Othon hubiera oido al Califa habria sido de su mismo dictámen. Por último, Juan de Gorza volvió á Alemania prendado de los talentos del príncipe, y llevando á su Señor numerosos y ricos presentes.

Para completar el cuadro de este venturoso reinado, réstanos que describir los suntuosos edificios con que Abdelrahman enriqueció á la España. Entre ellos merece un lugar preeminente la nueva ciudad de Azzahrat que llegó á ser la residencia de los Califas. No están conformes los historiadores sobre el origen de este suntuoso pueblo. Dice Hartwell que habiendo muerto una esclava favorita del Califa y dejado inmensas riquezas, mandó aquel monarca que fuesen destinadas al rescate de los musulmanes que tuviesen cautivos los cristianos, y que no habiendo hallado uno solo que rescatar, mandó emplear estos tesoros por consejo de otra esclava favorita llamada Azzahrat en la fundacion de una nueva ciudad, que tomó el nombre de esta esclava. Pero segun Conde cuya narracion en este punto nos parece mas verosimil, Abdelrahman no tuvo otro objeto al fundar la nueva poblacion que el de proporcionarse una cómoda residencia donde entregarse al descanso, lejos del bullicio y de las turbulencias de Córdoba. En esta mansion de delicias, situada en la ribera del Guadalquivir, y á cinco millas de la capital, solia pasar Abdelrahman las temporadas de otoño y primavera. Seducido por la amenidad y frescura

de estos lugares, por sus espesos bosques y frondosas alamedas, mandó edificar en ellos y contiguo á las faldas de la sierra un suntuoso alcázar de 4000 pies de largo y 1500 de ancho, separado de la ciudad por un jardín estenso y delicioso. Parécenos exagerada la descripción que hacen Hartwell y Conde de este magnífico edificio, porque no parece probable que tan sólido colosal hubiera sido este monumento, no quedando en el día ningún vestigio de él. Sin embargo, estando tomada esta descripción de los historiadores árabes, juzgamos oportuno referirla, dejando á los críticos el derecho de dar á sus pormenores la fé que les merezcan.

Contenia este gigantesco alcázar 15000 puertas y 4300 columnas de rico mármol y colores diferentes. Entraban cada día en la obra 6000 piedras labradas, sin contar las de mampostería que eran infinitas. Empleábanse en su construcción 10,000 obreros, 1500 mulas y 400 camellos. Dirigiéronla los mas célebres arquitectos de Bagdad, Cairwan y Bizancio. Todos los pavimentos de sus salones estaban enlosados de mármoles de bellos y artificiosos cortes. las paredes eran asimismo de mármol con varios alizares y fajas de colores: los techos eran de cedro eincelado, adornado con ricas guarniciones de oro sobre fondo azul. En algunos de sus salones habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina que caia en pilas de concha ó en tazones de blanquísimo marmol. En medio de la sala que llamaban del Califa habia una fuente de jaspe con un cisne de oro, trabajado en Constantinopla, sobre el cual pendia del techo una enorme perla regalada por el emperador griego. Al rededor de esta fuente habia doce estátuas de oro mazizo, representando diversos animales, y en medio nadaba un cisne de oro fabricado por los artistas de Constantinopla. Empleábanse en el servicio interior de este palacio 13,750 esclavos y 6314 esclavas.

Al bajar del alcázar encontrábanse magníficos jardines con diversidad de árboles frutales y bosques de naranjos, mirtos y laureles, ceñidos algunos de clarísimos lagos que reflejaban en sus aguas cristalinas, los bosques y las flores entre las arreboladas nubes del cielo. En medio de los jardines y sobre una altura que los dominaba, descubriáse un pabellon sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles de oro donde descansaba el Califa cuando volvía de caza. En medio del pabellon se veía una gran concha de pórfido llena de azogue vivo que fluia y reflua artificialmente como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor tan vivo que iluminaba el interior de la estancia, la cual parecia que oscilaba como nave azotada por las olas. Hallábanse tambien en los jardines muchos baños en pilas de már-

mol colocados por lo comun al nivel del suelo, y donde no penetraba la luz sino por unas aberturas en forma de estrellas practicadas en la bóveda de que estaban cubiertos. Los dichos moradores de aquel lugar de delicias, pasaban recostados en estas cuevas de mármol y en muelle y apacible frescura las horas mas ardientes del dia. Sobre una de las puertas de este jardin estaba colocada una estatua de mármol que representaba á Azzahrat la favorita del Califa: obra sin duda de algun artista cristiano que fue asunto de murmuracion entre los buenos musulmanes mas apegados á su ley que les prohibia representar en estatuas las figuras humanas, que á los adelantos de la civilizacion y al cultivo de las artes.

Y para que nada faltase en este suntuoso edificio, mandó labrar el Califa una magnífica mezquita, que aunque inferior en estension á la de Córdoba, érale superior en elegancia y riqueza. Edificáronla mil obreros en el breve espacio de 48 dias.

Contiguos á este lugar, levantábanse otros espléndidos edificios, entre ellos el *zekah* ó casa de moneda y cuarteles espaciosos para la guardia de infantería y caballería. Duraron todas estas obras 25 años, en cada uno de los cuales se gastaron 300.000 dineros. (mas de 15 millones de reales.) Cuando la bella Azzahrat tomó posesion de este encantado edificio, levantado para ella por su augusto amante, disgustóle el contraste que formaba su blanco conjunto con el color negro y sombrío de la sierra vecina, y dijo al Califa: «¿no ves, señor, que este alcázar es una belleza en los brazos de un negro?» Abdelrahman intentó entonces allanar la montaña, mas viendo que eran inútiles sus esfuerzos, mandó plantarla de verdes y corpulentos árboles que la diesen un aspecto menos repugnante á los ojos de su amada.

Para mantener rica y frondosa la vegetacion de este abrasado clima, mandó construir enormes acueductos que llevasen las aguas de Sierra Morena á los jardines de Azzahrat. Conservábase esta agua en un gran receptáculo, sobre el cual se veia un leon de oro purísimo cuyos ojos eran dos piedras preciosas.

Ademas de estas obras de lujo y de recreo, emprendió Abdelrahman otras muchas de grande utilidad; reparó y construyó innumerables mezquitas, embelleció con soberbias fuentes las ciudades de Sevilla y Córdoba, reparó el puente del Guadalquivir, y construyó una armada numerosa. Su guardia se componia de doce mil hombres, de los cuales cuatro mil eran esclavones, cuatro mil zenetes ó berberiscos, y cuatro mil andaluces. Mandaba esta guardia un príncipe de la familia real, y los mas ilustres gefes andaluces y zenetes.

Al contemplar tanto poder y tanta magnificencia salta á los

ojos una triste consideracion que no podemos pasar en silencio. ¿Cómo fué tan efímero y pasajero aquel poder? ¿qué se hizo de tanta grandeza? ¿qué fué de la monarquía de Abdelrahman? Este imperio sucumbió porque sucumben siempre todos los poderes que aunque sean grandes por los hombres que lo ejercen, son pequeños por las naciones á quienes gobiernan: porque en esta fastuosa y deslumbradora civilizacion, solo era grande el monarca, la nacion era débil y pequeña. Por eso en el imperio árabe es siempre repentino el tránsito de la gloria á la humillacion, de la grandeza á la miseria. La civilizacion de este imperio no solo era puramente material, sino que estaba cifrada toda en la vida de un hombre ó en el poder de un caudillo; ni creaba intereses generales, ni tenia raices en la sociedad: esta era desdichada ó venturosa segun era feliz ó desafortunado su gefe; y si es cierto que los grandes hombres representan á la época en que viven, de nadie puede asegurarse esto con mas verdad, que de los emires y califas musulmanes: la historia del imperio árabe no es otra cosa que la historia de sus califas. Nada ocurrió en la España musulmana digno de figurar en nuestros anales desde el año 914 hasta el 961, que no sea una página ó un capítulo de la vida de Abdelrahman.

En los últimos años de su vida confió el Califa á su hijo Alhakem el gobierno de sus estados y se retiró á gozar tranquilamente de los dulces placeres de Azzahrat, donde se juntaba una sociedad de los sábios y de los poetas mas famosos asi de Oriente como de Occidente. Reuniones semejantes se celebraban tambien en el palacio de Alhakem y en el de sus principales wazires: en ellos tenian los sábios juntas periódicas donde conferenciaban sobre diversos puntos científicos como se hace hoy en nuestras academias. Para distraer el ánimo de estas graves ocupaciones, divertíase el Califa con los cantos y danzas de sus esclavas, y con la conversacion de sus favoritas. Y no se crea que estas fuesen odaliscas estúpidas entregadas únicamente á los placeres groseros de los sentidos; que las favoritas de Abdelrahman eran las mugeres mas distinguidas en su época por su instruccion y por sus talentos. La historia nos ha conservado los nombres de algunas, tales como Mozna, Aischa y Safia.

Abdelrahman sin embargo no era dichoso: una secreta melancolía atormentaba su alma; tal vez los remordimientos de la muerte de su hijo, porque la sangre de un hijo aunque derramada con justicia, mancha siempre la mano del padre que la derrama. Era el confidente de sus pesares un hombre sencillo y desgraciado como él, que desengañado del mundo hacia una vida retirada y ascética: vestia un tosco sayal de lana, andaba descalzo, y consagraba todos los instantes de su vida á la oracion y al socorro de los pobres. Era este

hombre Suleyman ben Abdelgafir que habia cambiado su nombre ilustre en otro tiempo asi en la córte como en el campo de batalla, por el de Abu Ayub (*el padre Job*). Con este Job mahometano comunicaba Abdelrahman sus secretas penas, porque ni los deleites de las ciencias, ni los encantos de las artes derramaban en su alma el dulce consuelo que buscaba en sus aflicciones, sino las máximas de la fé y los consejos de la virtud. Asi este monarca poderoso fué un vivo y elocuente ejemplo de la futilidad de las grandezas humanas. Oigamos lo que él mismo escribia poco tiempo antes de su muerte en un diario donde anotaba los principales sucesos de su vida. «He reinado cincuenta años en paz y en gloria, querido de mis pueblos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y viendo solicitada mi amistad por los reyes mas poderosos de la tierra. Nada me ha faltado de lo que el corazon del hombre puede ambicionar, ni la gloria, ni el poder, ni los placeres, y sin embargo habiendo contado los dias de verdadera felicidad que he gozado en toda mi vida, no he encontrado mas que catorce.» Y el historiador árabe añade: «alabado sea aquel que solo posee la gloria y la felicidad eternas: no hay mas Dios que él.»

Devorado por su profunda melancolía, pero sin padecer esteriormente ninguna dolencia, bajó al sepulcro en la noche del 20 de octubre del año 961 á los 72 de su edad y á los 50 de su reinado.

Durante él, ninguna persecucion volvieron á sufrir los cristianos, pues el suplicio del mártir Pelayo mas bien que á odios de religion debe atribuirse á una venganza ruin é indigna de tan gran monarca. Este suceso es el único que mancilla su gloria como príncipe, y el afecto criminal que le dió origen, el único vicio que manchó su vida como hombre privado.

Mas á pesar de que bajo su gobierno se relajaron algun tanto las creencias musulmanas, Abdelrahman castigó severamente las heregías. En 936 apareció un pseudo-profeta llamado Hanim que pretendió modificar las doctrinas del Koran, permitiendo á sus discipulos oraciones mas cortas y ayunos menos rigurosos que los de los musulmanes, dispensándoles de la peregrinacion á la Meca, autorizándolos para comer carne de marrana, fundado en que la de cerdo era la única que Mahoma habia prohibido, é introduciendo en el culto una multitud de vanas y ridículas prácticas. Una muchedumbre ignorante y numerosa siguió desde luego al reformador; pero los agentes de Abdelrahman se apoderaron de su persona y de una profetisa llamada Theliat; y habiendo los alfaquíes examinado sus doctrinas y declarádolas heréticas, los mandó decapitar el Califa.

ABDELRAHMAN IV. Cuando Ali ben Hamon se apoderó del Califado de Córdoba por muerte de Hischen II, se insurreccionó

contra él tomando el título de soberano, su hadjeb ó ministro Hairan ayudado por el wali de Zaragoza y por los alcaides de Arjona, Jaen y Baeza; pero habiendo sido derrotado en su primer encuentro con las tropas de Alí, se retiró á tierra de Jaen, y para dar mayor prestigio á su causa con un nombre glorioso, dió á reconocer por Califa á Abdelrahman IV, descendiente de la raza de los Ommiadas y biznieto de Aldelrahman III. Volvieron los rebeldes á campaña, y aunque en su primer combate fueron desbaratados por las tropas de Alí, era tal el prestigio de que gozaban aun los Ommiadas que casi todas las ciudades importantes de España reconocieron á Abdelrahman por su legítimo soberano. Alí sin embargo mandaba en Córdoba y disponia de un ejército bastante numeroso respecto al de sus enemigos: Hairan salió con el suyo á campaña, y aunque perdió la vida en un combate, cuando Alí entró victorioso en Córdoba, halló que toda la nobleza se habia sublevado contra él, proclamando á Abdelrahman legítimo califa. En vano procuró calmar el desorden, los rebeldes triunfaron por espacio de muchos dias, y al fin fué asesinado por tres esclavones de su guardia. Sus parciales nombraron entonces Califa á su hermano Alkhasim, cuyas crueldades llenaron de luto y de terror á Córdoba; pero su mando fué mas disputado que el de su antecesor porque creyéndose con derecho á él Yahia ben Alí que gobernaba en Ceuta, llamó en su ayuda á los berberiscos, con los cuales entró en Andalucía proclamándose soberano. Pero sabiendo Alkhasim que sus tropas habian sido derrotadas en las Alpujarras por los generales de Abdelrahman, estipuló con Yahia un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra el comun enemigo, por el cual se reservó el gobierno de las ciudades de Sevilla, Algeciras y Málaga, y concedió al hijo de Alí la capital del Reino. Apenas Yahia hubo entrado en Córdoba se hizo proclamar soberano absoluto de España, y declaró la guerra á su tio Alkhasim, proscribiendo á sus partidarios y haciendo morir en los suplicios á muchos de sus afectos. Al saber Alkhasim la traicion de su aliado, reunió sus tropas y marchó sobre Córdoba; y Yahia no osando esperarle se retiró á Algeciras con muy pocos de los suyos que quisieron seguirle. Pocos dias habian transcurrido despues de la entrada triunfal de Alkhasim en Córdoba, cuando una multitud de sediciosos cercó su palacio, proclamó á Abdelrahman IV y le obligó á escapar de la muerte. Pero el jóven Ommiada no sacó fruto alguno de esta victoria, pues en un combate que tuvo con las tropas de Alkhasim perdió desgraciadamente la vida (1023).

ABDELRAHMAN V. Muerto Abdelrahman IV los partidarios de los Ommiadas llamaron al trono á otro Abdelrahman, quinto de este nombre, hijo de Hischen, hermano de Mohammed *al Mohdi Billah* y

biznieto de Abdelrahman III. El nuevo Califa, que tomó el nombre de al Mostadir Billah, rayaba apenas en los 23 años: era de hermosa presencia y de carácter benigno y agradable. Córdoba le aclamó su soberano y todos los pueblos del distrito le reconocieron sin oposicion. Fue su primer cuidado refrenar la licencia de su guardia africana, que, como los pretorianos de los Césares de Roma, vendia su sumision á precio de su indisciplina. Pero descontento el ejército con la severidad del nuevo príncipe arrojóse á la sedicion como lo tenia de costumbre, y aprovechándose Mohammed de su desobediencia, púsose á la cabeza de los guardias Zenetes y africanos y se rebeló contra Abdelrahman, cercándolo en su propio palacio. En vano intentó defenderse el desventurado Califa; abandonado de los suyos y cubierto de sangre y de heridas, murió peleando animosamente despues de un reinado de cuarenta y siete dias.

ABDICACION. La renuncia voluntaria de una dignidad; pero mas particularmente suele aplicarse esta palabra á la dimision que algunos príncipes suelen hacer de su corona. Es un derecho inherente á la soberanía, el de abdicar el poder real en favor del heredero inmediato del trono. Ni las constituciones de los pueblos regidos por formas liberales, ni las leyes que suelen restringir la voluntad del soberano en las monarquías que se llaman absolutas, acostumbran poner limitaciones al ejercicio de este derecho; mas es punto convenido entre los publicistas que la abdicacion del soberano debe ser personal, esto es: que por ella ni el inmediato heredero de la corona puede ser perjudicado, ni alterada la constitucion del pais cuando no competa al soberano semejante derecho. Así el monarca no puede abdicar en favor de quien no es su próximo heredero, donde hay leyes que establecen el órden de sucesion al trono; y como casi en todas las monarquías existen y han existido estas leyes, con razon puede asegurarse que por el derecho comun de toda la Europa, el monarca que abdica no es libre para escoger sucesor. La abdicacion, pues, no crea un derecho, sino anticipa el ejercicio del que ya existia; pero como aun siendo asi, el ejercer este derecho antes del tiempo marcado por la ley, es ya un privilegio de que disfruta el heredero de la corona, la abdicacion impone obligaciones al príncipe abdicante, y entre ellas la de que una vez aceptada su renuncia no puede revocarla en manera alguna; porque cuando aquello sucede ha adquirido ya un derecho el inmediato heredero, del cual nadie puede privarle sino la ley. Pero cuando la abdicacion no ha sido aceptada, cuando el heredero inmediato del trono no ha adquirido ningun derecho nuevo, convienen la mayor parte de los publicistas en que el monarca puede retractar su promesa y volver á ejercer todas sus pre-

rogativas. Hay sin embargo autores menos monárquicos y mas sutiles en sus investigaciones, que suponiendo una especie de contrato entre el monarca y sus pueblos, aseguran que cuando el uno abdica, se disuelve este convenio, y los otros no tienen obligacion de prestar obediencia sino á aquel á quien por falta del príncipe abdicante debe pasar la corona. ¿Qué importa, dicen estos publicistas, que el heredero inmediato no haya aceptado la abdicacion, si la acepta el pueblo á quien no es indiferente que reine uno ú otro soberano? ¿por ventura la abdicacion no dá al pueblo un derecho para no obedecer al monarca que abdica? ¿pues por qué no ha de respetarse este derecho cuando se considera inviolable y sagrado el que adquiere el heredero del trono aceptando la renuncia?

Si fuera verdadero el supuesto de que parten los que así opinan, nadie podria poner en duda su aserto: si el derecho de reinar en los príncipes y el de obedecer en los pueblos estuviese fundado en un pacto tácito ó espreso, nada sería mas justo sino la obligacion de los primeros á no retractar la renuncia que una vez hacen de su corona, y el derecho de los segundos para no prestarles obediencia; pero semejante contrato es una invencion gratuita de los filósofos del siglo XVIII: si la monarquía fuese un hecho de pura convencion, la sociedad no sería obra de la Providencia: y si la sociedad fuese un hecho de la voluntad humana, no se perderian sus orígenes en la oscuridad de los tiempos y en las épocas fabulosas de la historia. El monarca reina por su propio derecho, y no por pactos ni convenciones que haga con sus súbditos, porque semejantes pactos, ademas de absurdos, son de todo punto imposibles. Y si la convencion no existe, es tambien indudable que cuando el monarca abdica, no adquiere el súbdito nuevos derechos, puesto que no depende de su voluntad la obediencia que debe al nuevo soberano. En tanto la renuncia de un derecho impone obligaciones al que lo poseía en cuanto modifica la condicion de alguna otra persona que acepta voluntariamente dicha renuncia; pero ¿en qué cambia la condicion del súbdito cuando el monarca abdica su corona? Los mismos son sus derechos, idénticas sus obligaciones: ni el dió su consentimiento cuando subió al trono el príncipe renunciante, ni tiene de darlo ahora para que reine su inmediato heredero. Ademas, si para que la abdicacion sea irrevocable, es preciso que la acepte la persona en cuyo favor se hace, aun suponiendo que los pueblos adquirieran nuevos derechos por la renuncia de su soberano, siempre podria esta revocarse mientras no fuera aceptada por el inmediato sucesor. Porque ¿como podria saberse si los pueblos habian aceptado ó no la renuncia del príncipe? ¿y en qué forma habia de verificarse esta

aceptacion? Así pues solo son irrevocables las renunciaciones de los monarcas, cuando han sido aceptadas por aquellos á quienes directamente favorecen.

La historia ofrece ejemplos de muchos príncipes, que fatigados en los últimos años de su vida del peso del gobierno, han abdicado la corona en favor de sus sucesores. Entre las abdicaciones mas célebres se cuentan las de los emperadores Diocleciano y Maximiano en 305, la de Carlos V en 1456, la de Felipe V en 1724, la de Carlos IV en 1808, la de Gustavo IV en 1809, y la de Napoleón en 1815.

Pero como muchos príncipes solian abdicar su corona en un momento de despecho ó de pasagero cansancio, revocaban luego su resolución y pretendian volver al gobierno: de aqui las discordias civiles; de aqui la division y el fraccionamiento de las monarquías, de aqui las guerras entre padres é hijos, entre hermanos y parientes, de que están llenas las historias. Así Victor Amadeo, rey de Cerdeña, habiendo hecho abdicacion de la corona y queriendo luego recuperarla, levantó ejércitos contra su propio hijo Carlos Manuel III y quedó cautivo en una batalla: así la abdicacion de Carlos IV fue, no el motivo, pero sí el pretesto de la invasion francesa en nuestro pais: así en fin, pocos monarcas de los que han abdicado no se han arrepentido luego de su propósito. Felipe V volvió á ceñir la corona por muerte de su hijo don Luis; la Reina Cristina de Suecia intentó tambien, aunque inutilmente volver á empuñar el cetro, y de todos los príncipes que hemos citado, solo Diocleciano y Carlos V cumplieron fielmente su promesa.

ABDOMEN. Derívase esta palabra del verbo latino *abdere* que significa ocultar, como para dar á entender así que las diferentes partes de que está compuesto el abdomen se ocultan de nuestra vista. En el lenguaje vulgar el abdomen se llama vientre ó bajo vientre.

A medida que subimos los diferentes grados de la escala animal, hallamos que esta importante region del cuerpo está mas desenvuelta, que sus partes son mas numerosas, y que entrando en accion nuevos órganos ó nuevas funciones, tiene mas unidad y complicacion la vida. En los séres inferiores, es el vientre una especie de bolsa compuesta solo de una masa gelatinosa: en los pescados y reptiles encuéntrase ya esta bolsa rodeada de huesos, y en las aves se nota por último un principio de diafragma que separa el pecho del abdomen. El carácter de esta obra no nos permite detenernos á examinar las infinitas formas de esta parte del cuerpo en la numerosa variedad de todos los animales, y así hemos de contentarnos haciendo su descripcion anatómica y fisiológica en el cuerpo humano.

El tronco del hombre está dividido en dos partes, cada una de las cuales encierra órganos muy importantes para la vida: tales son el pecho y el abdomen. Unidas estas dos cavidades á la del cráneo, forman lo que se llama las tres grandes cavidades viscerales de la economía animal, cuyo conocimiento es tanto mas importante cuanto que en ellas pasan las principales funciones del organismo. Apenas hay enfermedad de alguna consideracion que no tenga su asiento en dichas cavidades, ó de que por lo menos no lleguen estas á resentirse.

Está situado el abdomen en la parte inferior del tronco, limitado en su parte superior por el diafragma, y en la inferior por la pelvis. Su forma es oblongada de alto á bajo y algo comprimida de detras hácia adelante. Está limitado en su parte posterior por un trozo de la columna vertebral, y su parte anterior y paredes laterales están formadas por músculos anchos y planos, cuyas fibras presentan tejidos diversos. El espacio ocupado por el abdomen se divide en regiones diversas. Tirando una línea horizontal al nivel de la séptima costilla, otra en la parte anterior de la pelvis y otras dos que vayan desde este lugar á la séptima costilla, tenemos tres regiones en la pared anterior: una superior ó *epigástrica*: otra media ó *umbilical*, y otra inferior ó *hipogástrica*; en la parte superior de las paredes laterales están los hipocóndrios, en medio el vacío, y debajo las fosas iliacas. La pared posterior está formada por dos regiones: la lumbar y la sacra, y la inferior tambien por otras dos regiones llamada la una *genital* y la otra *anal*.

En el abdomen están contenidos el estómago, los intestinos, el bazo, el hígado y su vesícula, las pancreas, el omento ó redaño, el mesenterio, los vasos lácteos y el canal torácico. Todas estas diversas partes concurren á la formacion de los alimentos en quilo. Otras vísceras que ocupan tambien una parte de la cavidad abdominal son los órganos que sirven para la escrecion y secrecion de la orina y los internos de la generacion. Una membrana serosa llamada *peritóneo* cubre el interior del abdómen y la mayor parte de los órganos que acabamos de enumerar.

Bajo el aspecto patológico el estudio del abdomen es del mayor interés: muchas y muy diversas enfermedades suelen ocurrir en esta parte importante del cuerpo humano; mas ya este punto corresponde á las obras especiales de medicina, y no al plan que nos hemos propuesto seguir.

ABDOMINALES. Llámense así los peces del segundo orden de los malacopterigios segun la clasificacion de Cuvier. Su figura es por lo comun oblonga y tienen aletas en el vientre suspendidas debajo del abdómen detras de los pectorales sin estar unidas á los huesos de la espalda. En este orden están comprendidos muchos

peces de agua dulce, otros que como los salmones viven ora en la mar en los rios, y otros como los arenques que viven esclusivamente en la mar. Divídense en cinco familias: primera, los cyprinoides, que tienen la boca poco hendida, y las mas veces sin dientes. Son los menos carnívoros de los pescados: las carpas, las brecas y los gobios pertenecen á esta familia: segunda, los esoceos, que tienen por lo comun las mandíbulas sólidas y bien pobladas de máxilas, un intestino corto y carecen de ciegos: son muy voraces y habitan unos en la mar y otros en los rios: tercero, los siluroides, que no tienen escama sino una piel lisa y algunos una aleta dorsal como los salmones: es el mayor de nuestros pescados de rio y se cria con abundancia en los paises templados: cuarta, los salmoneos, que tienen mucha escama y una aleta blanda llena de grasa, junto á la primera dorsal: es pescado voraz: los salmones y las truchas pertenecen á esta familia: quinta, las clupeas, cuyo cuerpo está cubierto tambien de mucha escama, y tiene las quijadas superiores formadas de maxilares lo mismo que las truchas: á esta familia corresponden los arenques y las anchoas.

En su lugar correspondiente hablaremos con mas detencion de cada una de estas especies.

ABDUL AMID. Nació en Constantinopla por los años de 1714. Hasta los 40 de su vida nada dice la historia de él, porque como príncipe débil y afeminado pasó muellemente sus dias entre los brazos de sus odaliscas y los festines de su serrallo. Pero habiendo muerto su hermano Mustafá III le sucedió en el trono, y fué mas bien de nombre que de hecho, sultan de Constantinopla.

La historia del Oriente ofrece muchos ejemplos de príncipes que como Abdul Amid abandonaron las riendas del gobierno á sus ministros y favoritos para entregarse blandamente á los deleites groseros de la vida oriental, lejos de las intrigas palaciegas y del cuidado de los negocios públicos. El clima, la poligamia, el decaimiento de las creencias, y las costumbres muelles y sibaríticas de los musulmanes, parecen convidar á esa ociosidad placentera, á esa anulacion de la vida del espíritu por la otra grosera y material de los sentidos. De aqui tantos déspotas sin poder, tantos monarcas sin ambicion, tantos que se titulaban grandes señores, y que en realidad lo eran solamente de su serrallo. Porque la ambicion es una necesidad del espíritu, es un goce del alma, y cuando el alma vive en la abyeccion y el anonadamiento, no siente esa necesidad, ni alcanza siquiera á imaginarla. Asi cuando la suerte deparó á Abdul Amid el gobierno del imperio otomano, no fue su anhelo mandar, sino vivir pacíficamente entre sus esclavas y favoritas, ya que le era forzoso resignarse con el nuevo estado que le deparaba la fortuna.

La guerra entre la Rusia y la Puerta Otomana ardía á la sazón; los ejércitos de la emperatriz Catalina asombraban al mundo con sus victorias, y el poder de los musulmanes de Oriente se desmoronaba por su natural flaqueza, víctima no tanto de la enemistad de los Czares, cuanto de los vicios internos de su constitucion, y de la decrepitud de su propia existencia. Abdul Amid deseando vivir tranquilo, procuró ajustar paces con la Rusia; pero bien porque esta potencia no juzgase conveniente admitirlas bajo ningunas condiciones, ó bien porque los ministros del nuevo sultan anduviesen tibios y reacios en el cumplimiento de aquel deseo, no solamente quedaron las paces sin estipular, sino que el gran visir del imperio reunió un ejército de 400.000 soldados en la inespugnable posicion de Schumla y se dispuso á hostilizar con ellos las tropas rusas. El general Romantzow que las mandaba, trató de pasar el Danubio reforzado con nuevos regimientos: trabóse encarnizado el combate, pero en vano lucharon los turcos con heróica obstinacion, pues los rusos atravesaron el rio y se acamparon delante de Silistria. A pesar de este desastre hubiera podido el gran visir detener la marcha del enemigo obligándole á consumirse en su propia inaccion, si se hubiese limitado á guardar sus posiciones de Schumla desde las cuales le impedia de estenderse hácia las costas del mar Negro, las riberas del Danubio y las vertientes del Balkan; pero fiando demasiado en la superioridad numérica de sus tropas envió destacamentos que hostilizaran en sus propios reales á Romantzow y todos fueron derrotados y puestos en fuga, logrando regresar muy pocos á la fortaleza de Schumla. Perdiendo asi los turcos su superioridad de número y de posicion, no pudieron resistir el ataque del ejército moscovita, y fueron derrotados en dos forzosos encuentros. Y como el ejército musulman se compusiese de dos razas diversas y enemigas, la de los turcos asiáticos y la de los turcos europeos, el infortunio comun despertó sus odios, levantáronse unas contra otras, y aprovechándose Romantzow de sus disensiones las sitió en su propio campamento y las obligó á solicitar la paz. Ajustóse esta en efecto por medio de un tratado segun el cual quedaron comprometidos los turcos á dejar libre á los rusos la navegacion del mar Negro, el canal de los Dardanelos, el Archipiélago y demas golfos de la Turquía, y á no tener nunca mas que un buque armado en las cercanías de Constantinopla; se obligó la Czarina á restituir á la Turquía, los principados y la Besarabia, conservando no obstante á Azof, Tagaurok y Kilburun; la Crimea debia quedar independiente del poder de la Puerta. Fácil es descubrir en este tratado los proyectos del gabinete ruso sobre la Turquía y el influjo que la creciente autoridad de los Czares debiera ejercer sobre los destinos futuros de esta nacion. Allanóse por él

la barrera del mar Negro que desde los tiempos de Mahomet II servía de defensa al Asia menor, á las costas de Bulgaria y Tracia y al canal de los Dardanelos. Los tártaros de la Crimea, amigos leales y desinteresados de la Puerta, pasaron á ser vasallos de la Rusia: los principados quedaron descubiertos y sin defensa, y los súbditos esclavones y griegos del Sultan fueron entregados á las sugerencias de los agentes rusos, que procuraron mantener entre ellos el espíritu de la rebelion. Al imponer la Rusia sus condiciones á la Turquía, no tuvo ciertamente por objeto concluir para siempre aquella guerra desastrosa, entablado relaciones de cordial alianza, sino reponerse de sus propias victorias (que las victorias fatigan asi como las derrotas) y abrirse paso para nuevas invasiones; conservar en muchas provincias de la Turquía una influencia necesaria y tener siempre en la Crimea un pretesto plausible para la guerra.

Para no cargar con la deshonra de semejante tratado ó para eludir la pena que los emperadores de Oriente solian imponer á sus generales vencidos, se fingió enfermo el gran visir y pidió licencia al divan para que su kiaya lo firmase en lugar suyo. Negó-sela el divan reconviniéndole no tanto por su timidez, cuanto por su mala estrella en la pasada campaña, y ultimamente aconsejado por su muger que tenia mucho influjo en la corte como hermana de Abdul Amid, se decidió á firmar el convenio.

Entretanto la guerra civil devoraba los estados del Sultan. En Morea se habian insurreccionado contra él los albaneses y dueños de casi todas las fortalezas rehusaban obedecerle y le privaban de las rentas del Peloponeso. En Egipto se hacian mutuamente la guerra los veinte y cinco beyes entre quienes estaba dividido aquel territorio, sin que el bajá del gran Señor conservase sobre ellos bastante autoridad para reprimirlos. En Siria por último ardía tambien la interior discordia, y aunque el nuevo gobernador puesto por el Sultan logró sofocarla, fue para mandar independientemente, y no para restablecer el imperio de su soberano.

Aunque la Crimea debia ser tan independiente de la Rusia como de la Turquía, queriendo esta última potencia ejercer sobre aquella una especie de protectorado supremo, nombró un kan que la gobernara; y la Rusia deseando tambien conservar en dicho pais su antiguo y poderoso influjo, dióle otro gobernador, deudo suyo, vendido á su interés y dispuesto á secundar sus intenciones. Estas dos autoridades se disputaron obstinadamente el gobierno. encendióse en la Crimea el fuego de la guerra civil: la Rusia y la Puerta vinieron en socorro de sus protegidos y trabado el combate sucumbieron tambien las indisciplinadas huestes de Mahoma. Pero como aun no fuese decisivo el término de esta

guerra, entabláronse entre uno y otro gobierno activas negociaciones para concluir la, y últimamente habiendo mediado la Francia que necesitaba de la Rusia para continuar su guerra en la América del Norte, ajustose un tratado por el cual la emperatriz Catalina renunció á sus injustas pretensiones, prometiendo evacuar la Crimea y el gran Señor reconoció por kan legítimo de este pais al nombrado por la Rusia, á cuyo comercio concedió además ventajas muy considerables.

Mas fuese por sugerencias de la Puerta, ó porque Catalina deseara un pretexto para volver á la guerra contra el sultan, el nuevo kan de Crimea no disfrutó mucho tiempo de su gobierno. Una insurreccion popular le privó del trono y dió ocasion á Abdul y á Catalina para invadir nuevamente sus estados. La rebelion fué sofocada fácilmente, mas como no era este el único propósito de la Rusia, sus tropas ocuparon á Cafa, Budziak y Cuban; cuya usurpacion fué ratificada al año siguiente por el débil Abdul, en un solemne tratado, término y complemento del firmado pocos años ántes en los campos de Schumla.

En este mismo tiempo depusieron sus antiguos odios la España y la Turquía, ajustando un tratado de paz y comercio.

Envanecida de su triunfo la poderosa Czarina visitó las principales ciudades de su nueva provincia, y cuando llegó á Kerson dejó descubrir sus posteriores designios en una inscripcion que mandó poner sobre una de las puertas de esta ciudad que decia: *por aquí se va á Constantinopla*. Y como los turcos no dejasen de penetrar los ocultos proyectos de la Rusia, aliáronse con Gustavo III, rey de Suecia, que deseaba vengar la derrota de Putalva y le declararon la guerra. José II, emperador de Alemania hizo amistad entonces con la Rusia. Era el plan de Catalina restablecer la nacionalidad de la Grecia, nombrando emperador á uno de sus nietos y dar al Austria en caso de necesidad algunas de sus provincias occidentales. Los ejércitos aliados se presentaron en campaña: una escuadra sueca fué derrotada por la de Catalina: el influjo de la diplomacia europea separó á Gustavo de su alianza, las tropas turcas fueron vencidas por donde quiera, y el ejército ruso se apoderó de Ozacow despues de un combate largo y sangriento.

Pero Abdul era extraño á todos estos desastres: entregado á la disolucion y á los placeres ni comprendia la importancia de sus pérdidas, ni se curaba del mal estado de sus reinos. La noticia de la ocupacion de Ozacow que costó la vida á 25,000 musulmanes, apenas hizo impresion en su ánimo. Abdul odiaba á los rusos, mas no como enemigos poderosos á quienes era necesario combatir, sino como á rivales osados y omnipotentes de

quienes era necesario guardarse; admirable poder de la Providencia que da á los imperios que se arruinan monarcas envilecidos y estúpidos, incapaces de sentir su vergüenza, y de comprender su infortunio, dignos en una palabra de los pueblos que le obedecen. Quince años reinó de esta suerte el miserable Abdul hasta que en 1780 bajó al sepulcro sentido de sus eunucos y odaliscas, pero despreciado altamente de sus vasallos

ABEDUL (betula) es un árbol de la especie de las betulinas y familia de las amantaceas, que comprende diez y seis variedades de individuos diferentes en magnitud, segun los climas en que se producen. Los abedules son mayores y mas numerosos en los paises del norte donde forman bosques espaciosos y de grande espesura, que en los paises cálidos donde se producen muy pocos y estos de menguada corpulencia. En España se conocen apenas dos ó tres especies de ellos. El abedul ó betula blanca de Cataluña se cria con mucha abundancia en todo el resto de Europa: su corteza exterior está cubierta toda de hojas nacaradas algo vizcosas y sus ramas son colgantes y delgadas.

Este árbol tiene infinitas aplicaciones á la industria: su madera es excelente para sacar carbon y para labrar varios utensilios: sus ramas sirven para hacer cestas y cuerdas muy resistentes y flexibles. En muchos paises del Norte se emplea la corteza del abedul en la techumbre de las casas y en otros los pescadores forman de sus troncos unas pequeñas canoas muy propias para su ejercicio. Del corazon de este árbol suele estraerse tambien un liquido que mezclado con el lúpulo forma un licor muy parecido á la cerveza.

ABEJA. Insecto del órden de los *himenópteros* segun Cuvier, es decir, de los que vuelan ayudados de cuatro alas membranosas desunidas, desiguales y con venas. Segun la clasificacion de Latreille, pertenece este insecto á la familia de meliferos apiarios denominados *authophilas* ó amigos de las flores. La abeja vive en sociedades numerosas, dispuestas con admirable órden tanto para su gobierno y reproduccion, como para el ejercicio de la industria á que se dedican. Pertenece al antiguo continente, puesto que ya Virgilio hizo mencion de ella, pero hubo de ser trasladado al nuevo mundo, al poco tiempo de su descubrimiento.

El cuerpo de la abeja está cubierto por unas partes de pelo y por otras de un vello muy delicado y casi imperceptible. Su color es por lo comun poco variado. La sociedad á que pertenece se compone de tres castas: 1.^a la de los machos: 2.^a la de las neutras que se dividen en dos clases, obreras y criadoras: y 3.^a la de las hembras. Los machos son mas gruesos y velludos que las neutras, tienen la cabeza triangular, los ojos dilatados y juntos por la par-

te superior de la cabeza, y mucho pelo en los pechos: carecen de aguijon y son inútiles para el trabajo. Juntan en el aire con la hembra y no cesan de volar mientras dura el coito. Concluido este queda la hembra fecundada para un año entero, y aun para toda su vida si hemos de dar crédito á algunos autores. Pero el macho deja sus órganos genitales en los de la hembra, y muere inmediatamente sin ver el fruto de su alianza. Y como en cada sociedad no hay mas que una hembra para la cual basta un solo macho, todos los restantes son objeto de animadversion para la muchedumbre desde que los hijos de la hembra fecundada salen á luz y reclaman el alimento de las criadoras. Las obreras entonces temiendo que falten los alimentos devoran á los machos: esta matanza suele verificarse en el mes de agosto, y dura á veces tres dias. El número de los machos en cada enjambre suele ser de trescientos á ochocientos.

La hembra suele ser del mismo tamaño que los machos, excepto cuando está fecundada que parece mucho mayor, porque su abdomen está dilatado á causa de los huevos que encierra. Su cabeza no es triangular ni sus ojos se tocan en la parte superior de la cabeza como sucede en los machos; pero tiene un aguijon en la estremidad posterior del cuerpo, cuya base dicen algunos naturalistas, es una ampolla venenosa. Esta arma se compone de tres hilos escamosos dentro de los cuales hay un estuche redondo por arriba acanalado y abierto por abajo, y en cuyos extremos se ven otras dos piezas escamosas guarnecidas cada una de diez y seis puas. Cuando el insecto hace uso de su arma separa las piezas del estuche y como suele romperlas al hacer esfuerzo para sacarlas, queda muerto en el acto. Los naturalistas conocen con el nombre de reina á la hembra de cada enjambre.

Las abejas neutras son mas pequeñas que las dos anteriores: su estructura y constitucion no dejan duda alguna de que la naturaleza las ha destinado al trabajo. Las mandíbulas de su boca tienen forma de cuchara: en el extremo de sus patas posteriores hay una concavidad cubierta de pelos dispuestos á manera de brocha. En este lugar es donde recogen el polen de los estambres preparado en pelotas muy pequeñas: y en otras brochas que revisten el lado interno del primer artículo de los tarsos posteriores, reúnen un polvo que por medio de cierta preparacion viene á ser el alimento de las crias.

Las abejas criadoras son mas pequeñas y están menos acostumbradas á volar que las obreras: preparan los alimentos de las crias segun quieren producir neutras ó hembras, pues tan maravillosa ha querido mostrarse la naturaleza en la produccion de estos animales que les ha dado un instinto negado al hombre y á to-

dos los otros séres, el de variar la proporción de los sexos sin sufrimiento ni riesgo de los individuos.

Espongamos ahora detalladamente el orden, las costumbres y las ocupaciones de esta sociedad industrial, describiendo la historia de un enjambre desde que entra por primera vez en la colmena hasta que después de haber criado una nueva generación la abandona.

Cuando las abejas entran en el corcho que se les destina se ocupan ante todo de barnizar perfectamente sus paredes interiores con una especie de resina muy consistente llamada *própolis* que recojen las obreras en los árboles. Esta materia se endurece, se hace impermeable, y hé aquí á la república puesta á salvo de los rigores de la intemperie. Con el mismo *própolis* suelen cubrir los cuerpos extraños introducidos en la habitación, y que no pueden extraer por su demasiado peso. Concluida esta operación se dedican las obreras á construir los almacenes que han de contener las provisiones del año, y los alveolos destinados á los huevos de la reina. Estas habitaciones son todas de cera. No están conformes los naturalistas sobre el origen y formación de esta sustancia: unos aseguran que las abejas revolcándose en lo interior de las flores dejan caer el polen con su movimiento, lo recogen en el pelo del pecho, forman con él unas bolas muy pequeñas, lo llevan á la colmena donde lo entregan á los otros individuos de su especie, estos lo tragan y después de algun tiempo lo arrojan por la trompa convertido ya en cera. Pero otros que han hecho con mas detenimiento la disección de una abeja y han encontrado en los anillos del abdomen pedazos de cera formados en este lugar, afirman que las sustancias animales entran en la formación de aquel producto en mayor cantidad que se creía: y fundados en otras nuevas esperiencias, han descubierto que no en el polen y si en la sustancia azucarada de la misma miel es donde se halla la primitiva de la cera.

El edificio es de un orden muy sencillo: compónese de panales paralelos entre sí y separados por ciertos espacios. Cada panel tiene dos superficies que contienen con poca diferencia un número igual de celdillas exágonas colocadas las unas sobre las otras. Estas son de tres clases, las mas pequeñas que son tambien las mas numerosas, contienen miel y entonces están cerradas herméticamente ó sirven de cuna á las larvas de las abejas neutras: otras algo mayores pero de forma parecida, contienen los huevos donde están los machos y otras mas espaciosas y sólidas sirven de habitación á las reinas.

Cuando la hembra conoce que está concluido el edificio y preparadas las celdillas, recórrelas todas asomando la cabeza en cada

:

una como para examinar si está bien acabada la obra. Vuelve luego á visitarlas introduciendo en ellas la estremidad del abdómen, y deponiendo en cada una un huevo oblongo, algo corvo, de color blanco azulado y una línea de largo. Todos los que pone durante los seis primeros meses contienen engalladuras de neutras: durante el mes próximo pone los de los machos, y por último muy pocos de los que contienen las hembras. A los tres dias se abren estos huevos saliendo de ellos un gusano sin pies, blanco, blando, arrugado que permanece inmóvil en el fondo de su alveola, y se llama la larva. Cuando las criadoras se enteran de su nacimiento acuden presurosas á alimentarlo con una papilla espesa é insípida, pero que va adquiriendo un sabor mas dulce á medida que va creciendo el gusano. A los cinco ó seis dias, hila este en derredor de sí una seda muy fina, en la cual se enreda y deja la piel, tomando una nueva forma que se llama de ninfa. Cuando la larva empieza á hilar las criadoras dejan de traerle alimento y cierran herméticamente la puerta de su alveola con una capa de cera. Incomunicado así de todas las abejas, á los tres dias ha tomado ya el gusano su forma decisiva, pero hasta los siete ú ocho no tiene fuerza bastante para romper el techo de su habitacion y venir á posarse sobre el borde de ella. Cuando esto sucede rodéanle multitud de criadoras, que le secan con su lengua, llevan á su boca el alimento y le cuidan de manera que á los pocos dias le ponen en estado de poder ayudarlas en sus tareas, y de acompañar á las obreras en sus expediciones. En el espacio de dos meses suelen criarse de este modo hasta 10 y 12,000 abejas.

Las larvas de los machos, son criadas del mismo modo, pero gastan mas tiempo en desarrollarse. Sin embargo, cuando han adquirido fuerzas para volar, abandonan la colmena y acuden á las plantas en busca del alimento. Salen por la mañana y no vuelven sino de noche, ó á las horas de mas calor; siendo de notar que durante este tiempo se curan poco de los intereses comunes y atienden solo á su peculiar provecho.

Pero las larvas de las hembras ó reinas, son tratadas por las criadoras con mayor distincion y cuidado. Alimentanse desde luego de una papilla, mas espesa y sustanciosa que la de las neutras y cuyas propiedades son tales, que en ellas consiste hacer de la larva una hembra fecunda ó una neutra trabajadora. Hase demostrado este aserto tomando una colmena y estrayéndole la reina: entonces las criadoras se han apresurado á ensanchar la alveola de una larva neutra á la cual han suministrado el alimento real; y como no estando separada esta alveola de las otras hubiesen caido algunas gotas de aquel alimento en las habitaciones

vecinas las abejas criadas en ellas han participado proporcionalmente del sexo femenino. Suministrado pues irregularmente el régio manjar, ha producido hembras incompletas, que habiéndose juntado con los machos solo han procreado individuos de este sexo. Habiendo un naturalista extraído la reina de una colmena, é introducido en su lugar una de estas hembras incompletas, observó que al principio y durante la postura, todos respetaron al monarca intruso, pero que apenas llegaron á entender las criadoras que las larvas eran todas de machos, cesaron de alimentarlas y las fueron ahogando en sus propias alveolas.

Cuando la larva de la reina comienza á labrar el hilo que la transforma, las criadoras cubren tambien su alveola, pero con una techumbre mas consistente que la de las neutras; y como si el régio insecto no debiese aparecer á la vista de sus súbditos, sino con todo el aparato de su poder y de su majestad, permanece encerrado diez y seis dias, y no rompe las puertas de su prision hasta que ha adquirido todo su desarrollo y se encuentra en estado de ostentar su preeminencia. Entonces sale repentinamente de su palacio y vuela á los de sus rivales que son como si dijéramos las otras princesas de la sangre, las reta á mortal pendencia: acométense con gran furia las combatientes: á la media hora de lucha ya está el campo sembrado de cadáveres, pero sin desmayar por eso las que sobreviven, sino que al contrario continuan peleando con mayor encarnizamiento hasta que una sola queda dueña del campo. La hembra vencedora empuña en seguida el cetro, y cuando conoce que todos sus súbditos han adquirido el conveniente desarrollo, les ordena abandonar la patria. Cuando esto sucede, las neutras dejan repentinamente de trabajar, óyese en la colmena un rumor sordo, presagio de memorable suceso, y á los pocos instantes sale de ella parte del enjambre, precedido por la reina y formando por su disposicion y por su órden un verdadero cuerpo de ejército. Si entonces se les presenta otro corcho frotado con plantas olorosas y algo embarrado de miel, el enjambre se acoge á él inmediatamente y lo dispone en la misma forma que el anterior dando principio á una nueva cria. Asi una colmena puede producir hasta tres enjambres por año, teniendo cada uno de cinco á seis libras de peso.

La miel que se halla en los panales y que sirve de alimento á las mismas abejas, no es otra cosa que el jugo de ciertas glándulas de las flores, al cual han dado los botánicos el nombre de nectario. Digerido este jugo por la neutra, queda despojado de su aroma y de la materia viscosa á que estaba unido, y por medio de una operacion particular verificada en el estómago del insecto queda convertido en miel. La abeja deposita despues este líquido en las al-

veolas dispuestas al efecto, tapando cuidadosamente con una capa de cera aquellas que deben conservar las provisiones para el invierno, y dejando descubiertas las destinadas para los alimentos del día. Sucede á veces que en lugar de depositar la miel en las alveolas la llevan á las neutras trabajadoras, y se la ofrecen alargando la trompa para evitarles la precision de abandonar su ejercicio.

La vida de las abejas suele durar dos años, á pesar de que algunos naturalistas pretenden que se prolonga hasta siete. El otoño y la primavera son períodos mortales para estos insectos: en ellos suele morir casi la tercera parte de cada enjambre, fuera de los que son devorados por otros animales sus enemigos. Cuéntanse entre estos las golondrinas, los abejarucos, los pavos, los gorriones, y las avispas que se alimentan ora de sus cuerpos, ora de la miel encerrada en sus estómagos. El turon es sin embargo el mas formidable de sus enemigos: en una noche de invierno y cuando las abejas están entorpecidas por el frio, suele destruir la mas poblada colmena. La mariposa que nace del gusanillo de cera suele introducirse de noche en los corchos, deposita sus huevos en el rincon de una alveola, y los transforma en gusanos que destruyen toda una cria.

El origen de la asociacion de las abejas se pierde en la oscuridad de los siglos, pues algunos monumentos que nos quedan del antiguo Egipto dan á entender que en los tiempos mas remotos existian ya estos insectos del mismo modo que los conocemos hoy. Con este motivo se ha suscitado entre algunos naturalistas la cuestion de si la sociedad es el estado innato de dichos animales, ó bien si comenzó mas adelante perfeccionándose sucesivamente hasta llegar al estado de firmeza con que la conocemos. Es muy probable, dice un naturalista, que las abejas permanecieran largo tiempo en estado salvaje, como todavia suelen hallarse algunas que viven solitarias ó reunidas en corto número en las cavidades de las rocas ó en los oscuros huecos de los árboles. En un estado social tan precario y tan imperfecto es probable que estos animales conocieran hasta que punto estaba amenazada su existencia: machos que no querian ó no podian trabajar, y neutras que veian perecer la casi totalidad de su progenie por no poder alimentarla, eran malos elementos de conservacion. No es pues imposible que las abejas madres llegaran á comprender la influencia del alimento dado á las larvas de su sexo sobre el desarrollo de los órganos de la reproduccion, é idearan un estado social en el cual distribuido este alimento con la medida conveniente estableciese la debida proporcion entre los individuos de su descendencia, haciendo de ellos en vez de séres independientes pero miserables, animales útiles y trabajadores aunque sumisos vasallos: es decir, que inventáran para sus

hijos una especie de castracion, administrándoles ciertos alimentos. Privados estos seres de la facultad de reproducirse sin experimentar ninguna sensacion desagradable, pudieron reconocer una gran ventaja en esta modificacion de su existencia, y querer hacerla estensiva á las generaciones futuras. Dueñas asi las neutras criadoras de cambiar el sexo de sus pupilas, fuéronlo tambien de la eleccion de su soberana, y hé aquí un monarca verdadera hechura de su pueblo y cuyo poder sin embargo es inmutable, necesario, eterno, inherente á su propia naturaleza; hé aquí una reina sacada de la nada por su pueblo, y cuya superioridad sin embargo es de tal naturaleza que no puede ser blanco de privadas ambiciones, ni motivo de encarnizadas discordias.

Oigamos ahora al célebre naturalista Lenorman sobre el modo de reunir los enjambres y de disponer los panales para lograr buenas cosechas de miel y de cera.

Para detener un enjambre de los que acostumbran salir en la primavera, se le arroja al aire tierra, agua ó arena, y luego que se ha logrado hacerle parar sobre algun árbol, se coloca debajo el nuevo corcho; sacúdense fuertemente las ramas del árbol, caen al suelo las abejas posadas en ellas, y se acojen á la próxima morada. Mas para asegurarse contra todo riesgo debe el cultivador hacer por sí mismo la separacion de las abejas, anticipando la época de su partida. En los primeros dias de mayo á las diez de la mañana que es cuando están fuera del corcho la mitad de las trabajadoras, debe dirigirse contra la entrada de la colmena una columna de humo. No bien advierten el riesgo las guardas de servicio, llevan la noticia á sus hermanas, muchas de las cuales acuden á cerciorarse de la verdad del suceso. Entonces debe dirigirse contra ellas una nueva humareda que las obligue á volar y remontarse en compañía de la reina: levántase entonces la colmena sin peligro alguno, se coloca á alguna distancia, se vuelve de arriba abajo y se le pone encima otra colmena vacía humedecida con agua. Las abejas entonces se apresuran á entrar en su nueva habitacion, y verificado este tránsito, se coloca cada colmena en su lugar respectivo. Las obreras de la nueva colmena se ocupan en seguida de arreglar su edificio y de labrar nuevos panales: las de la colmena antigua se emplean en la crianza de una nueva reina, eligiendo para esta dignidad alguna de las larvas que siempre abundan en la primavera.

Las colmenas que empiezan á usarse en el dia son muy superiores á las antiguas. Consisten en cuatro cajoncitos colocados exactamente unos sobre otros en forma de paralelepipedo y cubiertos superiormente por una tabla. Estos cajones están atravesados por barras horizontales que sirven para sostener los panales. Cuando llega el otoño, que es la época de recojer la cosecha se rompe la

pasta resinosa con que las abejas han cubierto los dos cuadros superiores y tapado sus junturas, y así quitando un cuadro cada año y poniendo otro vacío en su lugar, se recoge la mejor miel que es la que está en la parte superior, sin necesidad de matar el insecto como generalmente se hace hoy.

Los antiguos esplicaban de una manera prodigiosa todo lo perteneciente á las abejas. Así, suponían que un toro muerto podía producirlas, de la misma manera que del tuétano podrido de un cadáver humano salían en su juicio serpientes venenosas, y de la carne de asno muerto los caracoles. No se necesitan en verdad semejantes fábulas para admirar los secretos designios de la Providencia.

ABEJARUCO. Un pájaro del orden de los sindáctilos que se distingue de los demás por tener el dedo esterno adherido al de en medio en casi toda su estension, y cuyo pico es largo, arqueado y sin escotaduras en los bordes. Es delgado, de cola y alas largas, pies cortos y pluma azul ó verde con manchas amarillas ó encarnadas. Este pájaro segun Buffon se alimenta de avispa, abejas, cigarras, mosquitos, y otros insectos que coje al vuelo del mismo modo que las golondrinas. Habita en los países cálidos y templados en agujeros que abre con el pico y los pies en las crestas, en las orillas escarpadas de los rios caudalosos ó en las arenosas playas de la mar. En estos agujeros que suelen tener á veces siete y mas pies de profundidad, y sobre un lecho de musgo deposita la hembra sus huevos y cria sus hijos.

Pero oigamos la descripción que hace un naturalista del abejaruco macho.—Tiene muy pequeños los ojos pero de un rojo vivo realzado por el contraste que forma con una faja negra que le rodea. Su frente es de color verde mar, adorna su cabeza un castaño verdusco que aclara por detras á medida que se estiende hácia el cuerpo cuya parte superior es de un leonado pálido con visos verdes ó castaños: su garganta es dorada y remata en algunos individuos con un collar negruzco: la parte anterior del cuello y pecho, así como la del cuerpo es azul verde mar, cuyo color se aclara en las partes posteriores y prevalece despues en la cola sobre una leve tinta rojiza, declinando luego en verde y con mezcla de rojo en la parte de las alas mas cercana al dorso. Su longitud total desde la punta del pico á la cola es de diez pulgadas: su pico es ancho por su base y algo encorbado: su nariz está cubierta de una especie de pelo rojizo.

Buffon distingue catorce especies de estos animales.

ABEJON. Insecto que tiene grande analogía con las abejas por su trompa larga y sus hábitos sociales pero que se diferencia de ellas por tener en el remate de sus patas posteriores una espina.

de que carecen aquellos insectos, y porque su sociedad es mucho menos numerosa. Oculta su habitacion debajo de tierra y labra dos panales por el mismo método y de la misma forma que los de las abejas. Los naturalistas distinguen siete especies de este insecto.

ABEJORRO. Los naturalistas lo definen de esta manera: insecto del género de los coleópteros de la seccion de los pentámeros, familia de los lamelicornios y tribu de los escarabeidos. Sus caracteres son los siguientes: arterias gruesas, lábio aparente, mandíbulas y máxilas corneas, cuerpo convexo, cabeza corta y ojos globulosos y muy prominentes.—Este es uno de los insectos que mas estragos producen en los sembrados y plantíos, pues cuando está en estado de larva destruye las raices de casi todas las plantas anuales, y cuando pasa á ser insecto roe los árboles y hasta despoja de su verdor los mas poblados bosques.

El abejorro permanece entorpecido de dia debajo de las hojas de los árboles, pero cuando el sol se oculta en el horizonte empieza á moverse y á zumbiar en todas direcciones, volando con suma rapidez, pero con tan poca atencion, que tropieza con cuantos objetos halla por delante. El choque le arroja al suelo donde permanece mas ó menos tiempo, segun que cae de pies ó de espaldas, pues en este último caso cúestale gran trabajo volver á levantar el vuelo.

El coito entre el macho y la hembra dura veinte y cuatro horas, despues de cuyo tiempo pierde el primero la vida, y la segunda cava un agujero en la tierra donde depone sus huevos, muriendo tambien á los dos ó tres dias de concluida la puesta. Al cabo de un mes ó de seis semanas sale la larva del huevo, y si hace frio se esconde en una estancia que trabaja ella misma debajo de tierra. Al principio de cada año vuelve á acercarse á la superficie y muda la piel, y llegado al tercer año en el cual adquiere todo su desarrollo, vuelve á internarse en la tierra hasta la profundidad de uno ó dos pies, y se labra una estancia para el invierno, en la cual se verifica su transformacion en ninfa y en los primeros dias de la primavera próxima sale ya el insecto perfectamente desarrollado.

Los naturalistas distinguen tres especies de abejorros.

ABEL. Cuando Adan y Eva fueron arrojados por Dios del Paraiso, dieron á luz dos hijos; Cain y Abel. Era el primero de carácter duro y violento, sentimientos menguados, y natural envidioso: el segundo por el contrario, era afable, benévolo, modesto, sencillo de corazon, y puro de costumbres. Cain se dedicó á la agricultura, y Abel al cuidado de sus rebaños: uno y otro ofrecian á Dios sus sacrificios, ora de los productos de la tierra, ora de las primicias de sus ganados: pero el Señor que aceptaba siempre

los que le hacia el menor de los hermanos, desechó un dia los que le presentaba el mayor de ellos. Creció con esto la envidia de Cain hácia su hermano, y conociendo Dios sus ocultos pensamientos y secretos designios le dijo: Cain, ¿por qué estás airado? ¿por qué está triste tu rostro? ¿Ignoras por ventura que las buenas acciones merecen recompensa y las malas obras son dignas de castigo? Cain sin escuchar la voz del Señor, siguió alimentando el mismo ódio y envidia contra su hermano, y un dia le sacó á un lugar apartado y arrojándose sobre él le abrió la cabeza con una rama de árbol que habia cortado al intento.

Hasta aquí lo que dice el Génesis de la historia de este santo patriarca. Podríamos añadir ahora los comentarios de los teólogos y las críticas de los impíos acerca de estos sucesos, pero ni unas ni otras pertenecen á nuestro propósito. Las primeras nada nuevo adelantan á los sucesos referidos, las segundas han sido espresamente condenadas por la iglesia.

ABEL. Hijo de Valdemaro II, rey de Dinamarca y hermano de Erico, sucesor de su padre en el trono. En vida de este último obtuvo Abel el ducado de Sleewik, pero como despues de su muerte quisiera arrancar la corona de las sienes de su hermano Erico, le declaró la guerra y viniendo á las manos los parciales de uno y otro príncipe, llevaron los de Abel lo peor del combate, quedando él mismo prisionero y obligado á prestar á su hermano juramento de vasallage. A los pocos años suscitóse una larga y desastrosa guerra entre Erico y el conde de Holstein, hermano de la muger de Abel. Con cuyo motivo habiendo tenido aquel monarca que abandonar la corte, vino á visitar á su hermano á su palacio de Sleewik. El rencoroso Abel que no habia olvidado aun su vergonzosa derrota, no quiso desaprovechar la ocasion que se le presentaba para vengarse, y mandó asesinar á Erico cobardemente. Verificóse asi y el cadáver del desgraciado príncipe fue arrojado al rio Sley que corria próximo al palacio. Abel se apoderó del trono y murió á los dos años en la guerra de Friza. Su reinado no presenta ningun acontecimiento notable.

ABELARDO. (PEDRO) nació en Palais, pueblo situado á cuatro leguas de Nantes, provincia de Bretaña, en 1079, de padres nobles, pero de fortuna escasa. Desde sus primeros años mostró sobradamente la agudeza de su ingenio y la precocidad de su inteligencia: dedicado á la carrera de las letras, fue el estudio su pasion favorita, y dejando la corte de Marte para criarse en el regazo de Minerva, segun sus propias espresiones, salió á los 16 años de su pueblo y recorrió diversas provincias buscando escuelas de fama donde aprender, y adversarios de nombradía con quienes discutir: resolucion propia de su carácter y de un tiempo en

que la disputa escolástica era el medio mas adecuado de ganar sólida fama y duradera fortuna. A los 20 años llegó á París donde dirigia los estudios públicos, en calidad de arcediano, Guillermo Champeaux, el primero y mas célebre de los dialécticos de su época: y enseñaba ademas á un curso numeroso la gramática, la retórica y todo lo que con el nombre de dialéctica se sabia en aquel tiempo de filosofia. Arrastrado Abelardo de la fama del profesor y de su amor á la ciencia y á la disputa, asistia como discípulo á la escuela de Champeaux, quien manifestó grande predileccion hácia él, lisongeadó con el honor que daria á su escuela semejante alumno. Pero la amistad y buena armonía entre ambos no podia ser duradera. Animado Abelardo con la confianza de la mocedad, con la conciencia de su talento y con el recuerdo de sus triunfos; codicioso por otra parte de reputacion; de genio franco, pero poco dócil y buscando en el estudio no opiniones formadas sino la materia de las suyas propias, no podia escuchar con calma ni recibir con indiferencia doctrinas que creia refutables, y aserciones que estimaba falsas é insostenibles. Abelardo ademas, necesitaba distinguirse, queria ostentar su superioridad, y la escolástica le abria el camino de conseguirlo. Pero la escolástica que al principio busca solo pretextos para alimentar las disputas que al esclarecimiento de la verdad estima necesarias, acaba por dudar real y verdaderamente de la certidumbre de las doctrinas y por juzgar concluyentes é incontestables los argumentos que en un principio hiciera para mostrar ingenio y sutileza. No decimos por esto que la doctrina de Champeaux fuera irrefutable: pero sí que Abelardo pudo muy bien comenzar sus argumentaciones sin ninguna mira de reforma ni de innovacion filosófica, acabando por persuadirse á sí mismo de la certidumbre de unas razones que en otro tiempo juzgára artificiosas. Abelardo, pues, comenzó la disputa con todo el ardor de su alma, con toda la actividad de su espíritu. Arguyó con su maestro no como discípulo sumiso y obediente, sino como rival osado y poderoso: no como quien desea provocar una esplicacion mas completa que la que conoce, sino como quien aspira á vencer y á conseguir los honores del triunfo. Y le era tanto mas fácil lograr su intento cuanto que á las grandes dotes de su inteligencia, reunia otras cualidades de que carecian sus adversarios. Era elegante en la diction, fecundo y espedito para improvisar, impetuoso y arrebatado en el decir, y orador con una especie de elocuencia poco comun entonces en las escuelas; pues al mismo tiempo que arrastraba con ella el convencimiento de los inteligentes, cautivaba la atencion de la generalidad del auditorio. Asi es que la superioridad de Abelardo fué poco tiempo dudosa. Indignado contra él Guillermo de Champeaux trasmitió su enemistad á casi todos

:

sus discípulos, y le declaró una guerra obstinada y sin descanso.

A los 22 años, y cuando todavía estaba Abelardo bajo la disciplina de Champeaux, trató de establecer una cátedra; y no pudiendo hacerlo en París, en razón de dirigir los estudios su enemigo el arcediano, se fué á establecerla en Melun que era entonces una de las ciudades mas importantes de Francia por residir en ella la corte una parte del año. Desde sus primeras lecciones disipó Abelardo con su fama la que á costa de mucho tiempo habian adquirido los otros maestros del arte; y queriendo sin duda hacer mas ruidoso su triunfo se trasladó á Corbeil desde donde estrechaba mas de cerca con sus argumentos á la escuela de París. Empero su enseñanza en esta ocasion no pudo ser muy duradera, pues rendido del trabajo cayó gravemente enfermo y tuvo que volver á Bretaña para restablecerse de su dolencia. Logrólo al cabo de algunos años de vida retirada y pacífica, y restituido á París, halló que Champeaux habia hecho renuncia de sus funciones de arcediano y tomado el hábito religioso en el monasterio de San Victor, aunque no por eso habia dejado de enseñar públicamente. Abelardo entonces acudió á sus aulas y siguió sus lecciones de retórica: suceso extraño por cierto atendida la profunda enemistad de los dos dialécticos; pero que sin embargo puede esplicarse por la necesidad que debió tener Abelardo de escudarse con el título de discípulo de Champeaux para poder conservar la escuela que abrió en París por aquel tiempo.

Hacia mas de 25 años que agitaban las aulas de París, la cuestion entre los *realistas* y los *nominalistas*. Sostenian los primeros, que las ideas generales eran sustancias verdaderas que tenian existencia fuera de nuestro entendimiento, al paso que los segundos opinaban que dichas ideas generales no tenian otra realidad sino la de la palabra que las representaban. Esta cuestion al parecer puramente filosófica tenia entonces una grande trascendencia religiosa y social, y era el gérmen de dos doctrinas contrarias que mas adelante habian de conmover á la Europa; porque si las ideas universales no tienen ninguna realidad en el mundo, fácil es de conocer que hombres mas lógicos y atrevidos deducirian de este principio consecuencias nada favorables á la pureza de la fé y á la ortodoxia de la doctrina. Si las ideas generales no son mas que palabras, *flatus vocis*, como decia Roscelino, solo hay realidad en los individuos y por consiguiente deben ser simples abstracciones muchas unidades, entre otras la unidad por excelencia, la que constituye el fondo de la Santísima Trinidad, en la cual pueden ser únicamente reales las tres personas, formando una unidad nominal, signo representativo de su relacion; pues es de advertir que los teólogos mas famosos de aquel tiempo pretendian probar este

sagrado misterio diciendo: que así como muchos hombres considerados como especie no son más que un solo hombre, así también muchas personas cada una de las cuales es un Dios perfecto son un solo Dios. Así pues la doctrina nominalista, aunque no era contraria al dogma de la Trinidad, desvanecía por lo menos este argumento que intentaba probarlo, lo cual era un grave escándalo en aquellos tiempos, en que la filosofía en vez de ser verdadera ciencia, estaba reducida al modesto papel de forma y auxiliar de la teología.

Guillermo de Champeaux, era adversario acérrimo de esta doctrina: enseñaba que las ideas generales lejos de ser puros nombres eran las únicas entidades que existían, y que los individuos en quienes había querido resolverse las ideas generales no tenían existencia por sí mismos sino en cuanto estaban relacionados con ellas: lo que existe, decía, es la humanidad, pues los hombres no son otra cosa que sus partes ó fragmentos. Abelardo sin participar enteramente de todas las ideas de los nominalistas, pues pretendía encontrar realidad en algunas ideas universales, atacó con grande energía la doctrina de Champeaux en la parte que negaba su realidad propia á los individuos: fue pues ecléctico y esta opinión honra tanto á su inteligencia, cuanto que su carácter apasionado y violento era siempre un obstáculo que le alejaba de tomar resoluciones intermedias y poco decisivas. Su disputa sin embargo con Champeaux fué larga y ruidosa: la enseñanza de este célebre profesor llegó á cansar aun á aquellos mismos discípulos que más ardientes se habían mostrado por sostenerle; y sus aulas se vieron desiertas, mientras que las de su adversario estaban ocupadas por una concurrencia numerosa. El sucesor de Champeaux, discípulo suyo, y nombrado probablemente por su influencia vino á ofrecer su cátedra á Abelardo y se alistó en sus banderas. Indignado Champeaux de su derrota, valiéndose de su influjo sobre el gobierno para hacer destituir á Abelardo y nombrar en su lugar á uno de sus mayores enemigos. Abelardo entonces se retiró Melun para continuar sus lecciones, pero al poco tiempo se situó en las cercanías de París, en la montaña de Santa Genoveva, desde donde como en un campamento (son sus propias palabras) tenía cercado á su enemigo. Champeaux vuelve á la disputa: la controversia entre la escuela de París y la de Santa Genoveva, es asunto de todas las conversaciones y de la espectación del mundo sábio. Abelardo sin ser enteramente nominalista, era tenido por tal á causa de esta disputa, suscitando la animadversión que era consiguiente en los hombres enemigos de las innovaciones y de las reformas. Guillermo de Champeaux, aunque tenía en su abono la autoridad de sus años y el prestigio de sus antecedentes, no dejaba tampoco

de tener adversarios: la lucha pues, era empeñada y de dudoso éxito: el antiguo arcediano era el representante de una antigua enseñanza que tenia pretensiones de incontrovertible y de eterna: el joven profesor era el nuncio de una nueva doctrina que aunque entonces prematura, habia de resucitar mas tarde con mayor vida y fuerza: el uno era el hombre de la tradicion y de la fé, el otro era el hombre de la razon y del porvenir: el primero es el doctor que enseña una doctrina, el segundo es el genio activo y pensador que aspira á juzgarla.

Pero aun cuando no habia terminado esta disputa, tuvo Abelardo que volver á la Bretaña porque su padre acababa de entrar en el claustro y su madre que se preparaba á hacer lo mismo, queria al parecer que su hijo fuese testigo de su despedida del mundo. En este tiempo fue nombrado Champeaux obispo de Chalons, por lo que viendo Abelardo mas libre y espedita su carrera, quiso ponerse en estado de adelantar en ella de una manera mas útil y no menos gloriosa, aspirando á su vez á las dignidades eclesiásticas. Al efecto pasó á Laon con ánimo de estudiar teología bajo la direccion de Anselmo, que enseñaba esta ciencia en aquella ciudad, y tenia gran fama de elocuente y erudito entre sus compatricios. Pero bien fuese porque la reputacion de Anselmo fuera inmerecida, ó bien porque Abelardo no tuviese al principio grande aficion á este estudio, el nuevo escolar fue poco asíduo á sus lecciones; y como la negligencia de los hombres eminentes es tachada por lo comun de menosprecio, resintiéronse de este descuido los principales discípulos de Anselmo y trataron de comprometer á Abelardo haciéndole pronunciar alguna palabra imprudente. Para conseguirlo preguntóle un dia uno de ellos que era lo que pensaba de la enseñanza de los libros sagrados. Abelardo aunque no habia estudiado sino las ciencias físicas (nombre que se daba entonces á todos los estudios independientes de la teología) reconoció la utilidad de esta ciencia en lo concerniente á la salvacion del alma y se admiró de que unos hombres instruidos creyesen que para entender los autores sagrados se necesitara mas que á sus propios escritos. Una risa irónica asomó entonces á los lábios de los circunstantes, quienes le preguntaron si seria capaz de probar lo que habia dicho: Abelardo se ofreció á ello, y sus camaradas cada vez con un tono mas burlon le señalaron la profecía de Ezequiel para que la explicara al siguiente dia. Aceptado el reto, comenzó Abelardo su explicacion; y aunque al principio acudieron pocos á oirlo, estos confesaron públicamente la capacidad del catedrático. Hízose mas numeroso el concurso, el cual le pidió una segunda explicacion, y despues una tercera, hasta que alborotada el aula alarmóse Anselmo y le pro-

hibió continuar sus esplicaciones, so pretesto de que podia incurrir en algun error como novicio que era en semejante materia. Esta prohibicion disgustó sobre manera á los estudiantes; ¡pero cuando no ha engrandecido la opresion á los hombres ántes de anonadarlos!

Volvió entonces á París y fué puesto en posesion de la cátedra que tanto habia ambicionado: y nombrado al mismo tiempo canónigo de la catedral, vióse cuando menos lo esperaba favorecido en todo de la fortuna. Prosiguió las esplicaciones de Ezequiel que con tanta gloria habia comenzado en Laon: por todas partes voló su fama: las aulas ordinarias no fueron bastantes á contener sus discípulos, los monarcas le lisongearon con su proteccion, y los sábios del tiempo sino reconocieron su superioridad miráronle cuando menos como rival poderoso y temible. Foulques, prior del monasterio de Deuil, en una carta dirigida al mismo Abelardo le habla en estos términos: «Roma te enviaba sus hijos para que los instruyeses, y no obstante la fama que tenia de enseñar todas las ciencias, confesaba que tu saber era superior al suyo. Ni la distancia, ni la altura de las montañas, la profundidad de los valles, ni el estado de los caminos llenos de facinerosos y de otros mil riesgos, eran parte para arredrar á los que deseaban oírte: ni el mar, ni las tempestades intimidaban á la juventud inglesa, que al tener noticia de tu ciencia acudia en tropel á escucharte. La apartada Bretaña te enviaba tambien sus hijos para que los enseñaras: los orgullosos habitantes de Anjou inclinaban su frente ante tu talento: el Poitu, la Gascuña, la Iberia, la Normandía, Flandes y Suecia ensalzaban y proclamaban sin cesar tu ingenio. Y nada digo de los habitantes de la ciudad de París y de los puntos mas ó menos cercanos de la Francia, donde todos estaban deseosos de escuchar tus lecciones, como si solo junto á tí pudiesen hallar enseñanza.» De esta célebre escuela salieron un pontífice (Celestino II), nueve cardenales, mas de cincuenta obispos ó arzobispos de Francia, Inglaterra y Alemania, y un número considerable de teólogos poco ortodoxos, que como Arnaldo de Brescia y otros, fueron motivo de grave escándalo en la iglesia católica. Afirman algunos que en este tiempo llegaban á 5000 los discípulos de Abelardo.

Ningun vestigio nos queda ya de esta tan celebrada enseñanza; pero no es ciertamente de estrañar su fama, supuesta la superioridad de Abelardo sobre todos los doctores de su época. La escolástica acababa de nacer, aunque no como medio independiente y capaz de conducir por si misma al descubrimiento de la verdad, sino como forma y ausiliar de la teología, como método para aprender y demostrar las verdades de esta ciencia. Los autores clásicos

de la antigüedad no eran apenas conocidos: el *organum* de Aristóteles, algunos libros de los filósofos de Alejandría, y de los padres de la iglesia latinos, era el saber comun á los doctores mas célebres del siglo XII. La aplicacion del método filosófico á la enseñanza cristiana, la alianza entre San Agustin y Aristóteles, era ya un gran paso en la marcha del espíritu humano, pero todavía este método era rudo é informe, y su enseñanza herizada toda de fórmulas, carecia de atractivos y de belleza. Pero Abelardo era mas erudito que todos los doctores de su tiempo, habia leído á Ciceron y otros libros de la antigüedad clásica, era poeta y músico, quizá habia frecuentado las escuelas judías tan numerosas entonces en el medio dia de la Francia. La doctrina que hasta entonces habian espuesto los doctores bajo la forma pesada y dogmática de la enseñanza clerical y en el grosero latin de la edad media, fué presentada por él con la elegancia y claridad antiguas. Con su elocuencia popular daba interés y color á las mas áridas investigaciones científicas, y con su talento profundo y su facilidad en el decir, ponía al alcance de las inteligencias mas comunes los misterios mas hondos y oscuros del cristianismo.

Y si hemos de juzgar de sus esplicaciones por sus escritos, fácil es conocer cuan viva impresion haria en el ánimo de sus oyentes la novedad de sus doctrinas y el atrevimiento de sus investigaciones. Abelardo quiso hacer de la filosofía una ciencia independiente de la religion aunque no en contradiccion con ella, y en vez de un método para esponer y probar las divinas verdades, quiso hacer de la dialéctica, un arte seguro é independiente para llegar al conocimiento; y este arte mas bien que una forma dócil que se plegara á las exigencias de los teólogos y se acomodára á todas sus opiniones, fué en sus manos una ciencia verdadera que juzgó con severidad sus doctrinas y combatió con fuerza sus sistemas. Bástanos citar algunas de sus aserciones para comprender la tendencia de toda su doctrina. *El crimen no está en el acto, decía, sino en la intencion* (1) en la conciencia. *Ni pecaron tampoco los que crucificaron á Jesus ignorando que fuese el Salvador* (2). *El pecado original es mas bien una pena que un pecado. La pasion y redencion de Jesucristo fue un acto de puro amor. Dios quiso sus-*

(1) Operationem peccati nihil addere ad reatum, nihil animam, nisi quod ipsius est, coinquinat hoc est consensus, quem solummodo peccatum esse diximus. (Véase Abælardi Ethica, seu liber dictus *Scito te ipsum*.) Opera indifferentia sunt in se, scilicet nec bona, nec mala, sive remuneratione digna, videntur, nisi secundum radicem intentionis, quæ est arbor bonum vel malum proferens fructum. Comentar. in Epist. ad Roman.

(2) Non possumus dicere martyrum vel Christi persecutores (quúm placere deo crederent) in hoc peccasse.—Es necesario creer, añade, que Dios no les castigó mas que temporalmente y solo para dar ejemplo. (Ethica etc.)

tituir la ley del amor, á la del temor. Abelardo no sacó de estos principios las consecuencias que naturalmente se deducian, pero ellas eran harto trascendentales para que dejára de entreveerlas la iglesia católica. Si el pecado original no era ya un pecado sino una pena, esta pena era injusta y la redencion inútil. Abelardo negaba esta consecuencia, pero justificaba al cristianismo con tan débiles argumentos que lo perjudicaba doblemente cuando declaraba que no sabia dar mejores respuestas. Así quedaban en pie las consecuencias de su principio: el hombre no era ya culpable, la carne estaba justificada. ¿De qué servian tantos martirios voluntarios, tantos ayunos y maceraciones, las vigili- as de los monges, las tribulaciones de los solitarios, y las lágrimas derramadas en presencia de Dios? ¡Vanidad! ¡irrision! pues ese Dios, es un Dios amable y contentadizo que nada tenia que hacer de todas aquellas ofertas. Sigamos empero la relacion de la vida de nuestro doctor que mas adelante tendremos oportunidad de referir los disturbios y las desgracias de que fueron ocasion aquellas doctrinas.

Tocaba ya Abelardo en los 34 años de su vida, sin que los placeres y atractivos del amor, hubiesen interrumpido sus severas ocupaciones; y no porque dejase de tener favor con las mugeres, pues á su prestigio de filósofo y de hombre celebrado, reunia las cualidades de jóven, poeta, cantor y galante, prenda muy poco comun en los austéros sábios del siglo XII. Empero de todas las hermosuras de París que codiciaban su corazon, una sola hubo que lograrse poseerlo. Esta fué Eloisa, jóven de 18 años, notable en hermosura y que á la elevacion de su ingenio, á la nobleza de su alma y á la energía de su carácter, juntaba lo ardiente de su fantasia y su aficion al estudio y á la ciencia. Educada en el monasterio de Argenteuil habia aprendido las lenguas sábias y leído á los poetas y filósofos de la antigüedad. Pero habiendo salido del convento vivia con un tio suyo ó padre natural como otros quieren, canónigo de París, llamado Fulberto. Abelardo entabló con ella una correspondencia literaria en la cual bajo pretesto de dilucidar ciertas cuestiones científicas le declaró su pasion ardiente; pero como deseaba tener mas íntimo trato con ella hizo proponer á Fulberto por conducto de un amigo suyo que le tomára á pension en su casa donde se dedicaría por cualquiera precio á completar la instruccion de su sobrina. Confiado Fulberto en la severidad de costumbres de Abelardo y en la distancia que su celebridad y reputacion interponian entre él y su sobrina, no creyó posibles otras relaciones entre ambos que las de maestro y discípula, y tanta fué su confianza que hasta le autorizó para emplear con ella amenazas y castigos, siempre

que creyese necesarios tales medios para corregir su mala voluntad ó incuria. Entrado Abelardo en casa del canónigo, estrechó sus relaciones con Eloisa. El amor fué entonces el único pensamiento de su vida: su pasión aunque satisfecha no por eso se vió á amortiguada, sino que al contrario mas ardiente y frenética que nunca enagenó su alma, embargó sus sentidos y le hizo olvidar sus glorias literarias y sus triunfos académicos. Cuando al cabo de algunos meses se enteró Fulberto de su desgracia, arrojó á Abelardo de su presencia. El dolor del anciano solo fué comparable á su pasada confianza. Sin embargo, aun así no fue larga la separación de los dos amantes, porque sabiendo Abelardo que Eloisa habia quedado en cinta la sacó de su casa disfrazada de monja, y la condujo á la Bretaña, donde dió á luz un niño que fué llamado Astrolábio. Indignado el canónigo, trató aunque en vano de lavar su afrenta, y Abelardo para repararla determinó casarse con Eloisa: degradación inaudita para un clérigo, un canónigo, un filósofo, esplendente de todas las glorias teológicas y en camino de llegar á las mas altas dignidades eclesiásticas; pero degradación merecida por su perfidia. Propuso pues á Fulberto su matrimonio como único medio posible de alianza, pero con la condición de tenerlo oculto, para salvar su fama de tal escándalo (1). Convino en ello Fulberto y de este modo, aunque no muy á gusto suyo consintió en reconciliarse con el rabador de su honra. Pero Eloisa se opuso á tan costoso sacrificio. Mirábase entonces como inconciliables el matrimonio y la enseñanza científica, y Eloisa no queria privar al mundo de tamaña lumbrera. Por otra parte habia en la edad media, cierta tendencia á despreciar el matrimonio y la vida de familia: muchos teólogos enseñaban que el matrimonio era cuando menos pecado venial: algunos libros galantes de la época, sentaban que entre esposos no podia haber verdadero cariño. Así es que en la resistencia de Eloisa, debieron de influir dos motivos muy poderosos, la exaltación de su propia pasión, que le hacia mirar el matrimonio como ofensivo de su afecto, y las ideas y las costumbres de su época. Oigámosla á ella misma justificarse en una de sus cartas de esta que nos parece estraña resolución.

«¡Sábelo Dios! nunca busqué en tí mas que á ti mismo: yo te ambicionaba á tí, á ti tan solo, no lo tuyo. Nunca pensé en los lazos del matrimonio ni en dote alguna: nunca pensé en satisfacer mis placeres ó en cumplir mi voluntad, sino los tuyos y la

(1) En aquel tiempo no se necesitaban tantas formalidades, como hoy para la validez del matrimonio.

tuya. Aun cuando sea mas santo el nombre de esposa, prefería por mas dulce el de amiga. Cuanto mas me humillaba en tu obsequio mas esperaba ganar en tu corazon. ¡Sí! aun cuando el dueño del mundo, aun cuando el emperador hubiese querido honrarme con el nombre de esposa suya, yo hubiera preferido el título de concubina tuya al de emperatriz, (*tua dici meretrix, quàm illius imperatrix*)..... Y mas adelante «¿No hubiera sido impropio y deplorable que una muger tomase posesion por sí sola de aquel á quien la naturaleza habia criado para todos? ¿Qué espíritu acostumbrado á la meditacion de la filosofía ó de las cosas sagradas podria sufrir los clamores de las criaturas, la charla de las nodrizas y la algarabia y tumulto de los criados?» Fenelon y los místicos han dicho en sus escritos, que el ideal del alma religiosa debe ser el amor puro y desinteresado: Eloisa es el modelo de este pensamiento, Eloisa ama con esa especie de amor, pero no al Dios invisible y eterno de los místicos, sino á Abelardo, á su esposo, que es su Dios visible y terrenal.

Pero Eloisa cedió al cabo á los deseos de Abelardo, regresó á París y le dió la mano de esposa. Separáronse en seguida y desde entonces no se volvieron á ver sino muy raras veces y con sumo misterio. Fulberto y sus parientes no consideraban sin embargo bien reparada su honra con este matrimonio oculto y comenzaron á divulgarlo. Eloisa lo negaba con firmeza á las personas que osaban afirmárselo, por lo que su tio la reprendió y maltrató muchas veces. Abelardo por último deseando librarla de sus continuos padecimientos, la sacó de su casa y la llevó al monasterio de religiosas de Arganteuil donde la hizo tomar el hábito menos el velo. Persuadidos entonces Fulberto y sus parientes, de que la intencion de Abelardo era hacer monja á Eloisa para romper así su matrimonio, tomaron contra él una terrible venganza, venganza vil y cobarde que el pudor no nos consiente referir.....

Divulgóse al momento la noticia de este suceso: el infortunio de Abelardo fue asunto de la pública conversacion: sus discípulos le compadecian, sus amigos le lloraban, sus adversarios se daban secretamente el parabien, y el infeliz entre tanto tan avergonzado de la compasion que le tenian, como de las censuras que le prodigaban, resolvió apartarse del trato del mundo y ocultar su oprobio en el fondo de un claustro. Pero ántes de consagrarse á Dios, y recelando de la constancia de Eloisa, exigió de ella que tomase el velo: sospecha en verdad tan indigna de él, como ofensiva á la ternura de su amada: sospecha que le rebaja mucho á nuestros ojos y que casi nos induce á creer que Abelardo nunca comprendió toda la pureza, toda la generosidad, toda la elevacion del afecto de Eloisa. No merecía tan injusta desconfianza la

que tan desinteresadamente habia sacrificado su hermosura, su juventud, su honor, hasta su existencia por el amor de Abelardo. Eloisa empero se resignó tambien con esta injusticia, tomó el velo segun se le exigia y al subir al altar pronunció aquellos versos de Lucano: «oh tu, el mas grande de los mortales, esposo mio que tan digno eras de mas noble himeneo: ¿por qué ha podido algo contra tu cabeza, la insolente fortuna? El crimen es mio: yo me case contigo para tu ruina; al menos lo espiaré. Acepta esta inmolacion voluntaria.»

Abelardo tomó tambien el hábito en el monasterio de San Dionisio. El tribunal eclesiástico formó causa á Fulberto, por el atentado cometido contra él, y primero parece que le condenó severamente, pero instado luego por los amigos del canónigo, revocó su primera sentencia: Abelardo quiso apelar al pontífice, el monasterio le ofreció pagarle el proceso, mas aconsejado por su amigo Foulques desistió al fin de su propósito.

Restablecido Abelardo de su dolencia, vinieron á rogarle sus discípulos que continuára su enseñanza: el se resistió al principio porque su propósito era pasar el resto de sus dias en la oscuridad del claustro, mas instado tambien por los monges accedió al cabo á sus deseos y abrió su cátedra de filosofía y teología en una casa de campo dependiente del convento. Y tan numeroso llegó á ser su auditorio que como él mismo dice las viviendas no bastaron para alojarlo ni el país para mantenerlo. Las demas escuelas quedaron desiertas. Habiendo muerto Guillermo de Champeaux y Anselmo, Alberico y Lotulfo, les habian sustituido asi en el desempeño de sus enseñanzas como en su rivalidad contra Abelardo. Escribió este entonces su *introduccion* á la teología, en cuyo libro se propuso defender la Trinidad y unidad de Dios contra los argumentos filosóficos. Es muy digno de notar el carácter y pensamiento de esta obra. Escrita en el siglo XII, y cuando la autoridad de la revelacion era el único criterio de la certeza, prescinde de los argumentos de autoridad é invoca solamente el raciocinio: compuesta en tiempo en que apenas era conocida otra erudicion que la sagrada, al lado de muchas citas de santos padres y de los divinos libros, ostenta las no menos numerosas de filósofos antiguos y poetas clásicos: y publicada por último cuando la razon era esclava de la autoridad, dice en una de sus páginas, que para defender la Trinidad y la unidad de Dios es indispensable *apelar á todas las fuerzas de la razon con la mira de impedir que en cuestiones tan dificiles y complicadas como las que forman el objeto de la fé cristiana, pueda alterarse fácilmente la pureza de esta con las sutilezas de aquellos enemigos que hacen profesion de filósofos.*

Aunque Abelardo habia escrito este libro para justificarse de

las acusaciones de los filósofos *realistas*, no por eso dejó de dar ocasion por él á nuevas persecuciones y padecimientos. Alverico y Lotulfo lograron atraer á su partido al arzobispo Raul y que se reuniera un concilio en Soissons para juzgar las doctrinas de este libro. Abelardo vino á Soissons, y aunque el pueblo apedreó á sus discípulos acusándolos de creer en la triplicidad de Dios, no por eso dejó de esponer sus doctrinas sobre la fé sin que nadie osára contestarle. Y como el concilio tocára ya á su fin sin haber tratado del objeto principal de su convocacion, pasó Alverico con algunos de sus discípulos á casa de Abelardo, y le dijo que se admiraba de la siguiente proposicion contenida en su libro: *cuando se dice que Dios ha engendrado á Dios no siendo Dios mas que uno, yo negaré que Dios haya podido engendrarse á sí mismo.* Ofreció Abelardo dar las razones de su aserto. «En tales materias, contestó Alverico, no hacemos caso alguno de la razon humana ni de nuestros propios sentidos, sino de la autoridad. «Abrid pues el libro, repuso Abelardo, y hallareis mis autoridades.» Hízolo asi Alverico y leyendo en el pasaje que buscaba encontró citadas en apoyo de aquella opinion estas palabras de San Agustin: «Cualquiera que piense que Dios con su omnipotencia pudo engendrarse á sí mismo, cae en un error tal que no solo no concibe verdaderamente á Dios pero ni siquiera á una criatura corporal ni espiritual, porque nada existe que se engendre á sí mismo.» Alverico quedó avergonzado, mas como todavia tartamudeára alguna disculpa de su error, contestóle Abelardo que habia caido en la heregia de los que creen que el padre es hijo de sí mismo. Ultimamente despues de muchas y acaloradas disputas entre los amigos y enemigos del acusado, un legado del papa que presidia el concilio consintió en condenarlo. Conducido Abelardo ante la asamblea, dijo uno de los acusadores que se habia descubierto en el libro la proposicion de que el padre es el único omnipotente. Mandaron entonces á Abelardo que hiciese la profesion de la fé, pero queriendo humillarle no le permitieron decirla libremente, sino que le mandaron leer el símbolo de San Atanasio. Abelardo entonces tan apocado de corazon como osado de espíritu, perdió las pocas fuerzas que le quedaban, y entre lágrimas y sollozos acabó la lectura del símbolo. En seguida fué conducido como preso á una abadía de Soissons, donde no permaneció mucho tiempo porque convencido el legado de su inocencia le mandó poner en libertad, permitiéndole volver á San Dionisio. Restituido á este monasterio ocurrióle dudar de que fuese su fundador San Dionisio el areopajita, como aseguraban los monjes, fundados en una antigua leyenda. Tocar á esta tradicion era atacar la ortodoxia cristiana. Los monjes le acusaron á la córte, y la córte que hasta entonces le habia patrocinado le abandonó desde aquel momento. Abelardo se refugió

en las tierras del conde de Champaña en el monasterio de San Ayul; y obligado tambien á salir de este recinto se retiró en compañía de un clérigo á un lugar desierto á dos leguas de Nogent, donde con cañas labró una choza y un oratorio dedicado á la santísima Trinidad, dando á esta morada el nombre de Parácleto que quiere decir *consolador*. Mas apenas supieron sus discípulos el lugar de su refugio acudieron á suplicarle que continuara su enseñanza, y á fin de no separarse de su lado construyeron cabañas donde morar, y con el trabajo de sus manos proveyeron á su subsistencia. Al poco tiempo fué necesario ensanchar el oratorio: á las chozas de cañas sucedieron edificios de piedra, y la modesta capilla de Parácleto llegó á ser una ciudad populosa.

Pero no lejos de este lugar existia el centro de otro movimiento igualmente innovador y reformista pero que tenia no obstante diversas tendencias: hablamos del monasterio de Clairvaux de donde era abad San Bernardo, digno rival del catedrático de Parácleto y quizá superior á él. La civilizacion en el siglo XII se divide en dos distintas tendencias; la una que procura reformar los desórdenes de la sociedad y disipar las tinieblas de la ignorancia, reteniendo no obstante en manos de la autoridad el movimiento progresivo comunicado al mundo; y la otra que aspira á la misma reforma si bien tratando de acelerarla por la concurrencia de todas las fuerzas de la inteligencia: la primera que procediendo de lo exterior al interior y prescribiendo una regla para cada accion, una direccion para cada movimiento, pone la virtud del hombre bajo la custodia de las autoridades encargadas de celar su conducta, y le hace caminar por la senda de la perfeccion atado con los lazos de la obediencia: la segunda que procediendo de lo interior á lo exterior funda los deberes morales sobre la libertad humana, sin darles otra autoridad que la de la conciencia, ni otra regla que la de la conviccion. San Bernardo y Abelardo son los representantes de estas diversas tendencias: el primero es un monge austéro que abandona el opulento monasterio de Cister para fundar el de Clairvaux, donde lleva una vida de penitencia y dolores: el segundo, es un hombre del siglo, de costumbres cultas y maneras elegantes, que se hace clérigo para abrirse el camino de las dignidades del mundo y no toma el hábito de monge, sino despechado por una desventura de amor; cuando el uno predica los hijos se alejan de las madres, los maridos de sus mujeres, y todos marchan no á entretener su ánimo escuchando elocuentes discursos sobre la filosofía, sino á cubrir sus cuerpos de cilicios, y pedir misericordia de sus culpas. Cuando el otro enseña, tambien atrae á sus aulas numerosos discípulos, pero discípulos que no vienen á ganar el cielo, sino triunfos mundanos y lauros académicos. San Bernardo no es filósofo ni humanista,

pero si un hombre de prodigiosa actividad, de incansable energía, de profunda razon y clarísimo sentido: Abelardo es un verdadero dialéctico, sistemático hasta el absurdo, débil de corazon y menguado de carácter. Fácil es pues de conocer que la tendencia de la reforma de Clairvaux era mas conforme que la del Parácleto con el espíritu de la iglesia católica: la primera aspiraba á reformar dominando, la segunda rebatiendo el principio de la autoridad, y colocando en lugar suyo el de la independendencia de la razon humana: el fundador de la una fué un pontífice, (Gregorio VII) el de la otra un hombre del siglo, un músico, un poeta.

Cumplia á San Bernardo refutar las doctrinas de su rival, pero bien fuese porque le llamaran la atencion cuidados de mucha importancia, ó bien porque no hubiesen llegado á su noticia las censuras de su competidor, no entró en liza con él sino despues de algunos años. Entretanto fué nombrado Abelardo prior del monasterio de San Gildas, donde tampoco pudo hallar el reposo que buscaba, porque sus monges no solo se negaron al fin á obedecerle, sino que trataron de asesinarle envenenando el vino que habia de servirle en la misa. Al venir á su nuevo convento hizo donacion del Parácleto á las monjas de Argenteuil, las cuales trasladadas á él se pusieron bajo su patrocinio y nombraron a badesa á Eloisa. Y bien fuese porque con este motivo tuviera Abelardo con ellas un trato mas frecuente, ó bien por otra razon, vino á manos de Eloisa una carta suya en que referia á un amigo sus infortunios, con lo que renovada su pasion comenzó entre ambos esposos esa correspondencia epistolar que traducida á todas las lenguas es tan popular en toda la Europa, y ha servido de asunto á una de las mejores poesías de Pópe. No entramos en el análisis detenido de estas famosas epístolas, porque ni nos lo permite la naturaleza de esta obra, ni aunque quisiéramos diriamos nada que no fuese conocido. Estas cartas si no son en su original un modelo de ciencia, de erudicion, ni de estilo, sonlo al menos de sentimientos delicados de pasion y de ternura por parte de Eloisa, y de prudencia, cordura y dignidad por parte de Abelardo. Eloisa es una muger ardiente en quien, ni el influjo de los años, ni los rigores de la vida monástica han apagado las pasiones de la juventud: Abelardo es un anciano austéro que ha cerrado su pecho á todo sentimiento de ternura y que recuerda con pena la felicidad y los goces mundanos. Asi es que la sola forma de sus cartas basta para comprender la diferencia de sus sentimientos. El encabeza las suyas á *la esposa de Cristo, el esclavo de Cristo; ó á su cara hermana en Cristo, Abelardo su hermano en Cristo*. El tono de Eloisa es muy diferente: *á su dueño, no á su padre; á su esposo, no á su hermano; su sierva, su esposa; no su hija, su hermana; á Abelardo Eloisa*. Asi es tam-

bien que Abelardo no abandona nunca su natural gravedad y circunspección, mientras que la pasión arranca á Eloisa espresiones impropias de la reserva religiosa y de las costumbres del siglo duodécimo. «Dios lo sabe, dice en una de sus cartas la abadesa de Parácleto, en cualquiera situación de mi vida temo mas ofenderte á tí que al mismo Dios: mas deseo complacerte á tí que á él: tu voluntad y no el amor divino, fué lo que me indujo á vestir el hábito religioso.» Y en otro lugar: «me creen casta porque mis costumbres lo son, pero la verdadera castidad es la del alma; me creen devota, porque en estos tiempos de hipocresía son suficientes las exterioridades de devoción; ¿pero qué mereceré de Dios si rebelada contra él me irrito de sufrir su castigo, y me consumo de pesares; é incapaz de aborrecer un tiempo que me fué tan grato no puedo apartarlo de mi memoria»? Eloisa pues, no estaba resignada con su nueva vida, soportábala con despecho y hasta algunas veces censuraba el rigor de la disciplina monástica. No así Abelardo que muerto para el mundo y para las pasiones hallaba en su estado, no la felicidad, pero sí el posible consuelo en sus infortunios. En vano probaba sin embargo hallar reposo en la enseñanza: cualquier frase un poco libre era asunto para sus enemigos de murmuración y de escándalo, y últimamente su nuevo libro intitulado *Teología cristiana* lo fué de una acusación contra él ante la iglesia católica. Reunióse un concilio en Sens para juzgar el libro; y sus deliberaciones no hubieron de ser muy equitativas ni decorosas, pues la mayor parte de los prelados del siglo duodécimo eran poco regulares en sus costumbres y no muy versados en las divinas ni en las humanas letras. San Berardo hubo de temer en un principio entrar en liza con su poderoso rivál, pero desde que conoció la necesidad de la lucha arrostróla con hábil firmeza, aunque no como de igual á igual y para oponer argumento á argumento, sino como padre de la iglesia depositario de la doctrina sagrada, que intima á un teólogo acusado de haberla desconocido que niegue sus escritos, que los justifique, ó que se someta. San Bernardo aparece en este concilio con toda la dignidad, con toda la grandeza, con toda la supremacía del cristianismo: él tiene á su disposición la fuerza, él dispone de la autoridad temporal, el rey de Francia Luis el jóven es un súbdito suyo, y sin embargo no invoca esta fuerza, depone esta autoridad y se presenta á combatir en la liza armado de su fé y de la autoridad meramente espiritual que le daba la iglesia. En vez de amenazar á Abelardo le consuela, en vez de intimidarle le anima, en vez de deprimirlo lo exhorta. Y el doctor que habia alcanzado tantos triunfos con su elocuencia, el maestro que habia agitado las aulas con su doctrina, el filósofo que habia conmovido tantas creencias y mudado tantas convicciones, se con-

funde en presencia del concilio, calla abrumado por la elocuencia de S. Bernardo, se retracta débilmente de sus errores, y quema públicamente sus libros. En ninguna ocasion ha aparecido mas profunda la diferencia entre estos dos gefes del movimiento reformista del siglo XII. Mientras Abelardo llora y se retracta en el concilio de Soissons, San Bernardo levanta monasterios y llama á los hombres á la penitencia: mientras el abad de Parácleto enmudece ante el sínodo de Sens, el abad de Clairvaux proclama altamente su fé y predica su creencia. Abelardo, pues, era un filósofo, San Bernardo era un padre de la iglesia: Abelardo era un hombre del mundo, San Bernardo era un santo.

Condenado por el concilio, dirigióse á Roma para interponer apelacion de la sentencia; pero al llegar á Lion supo que el Pontífice la habia ratificado, escomulgándole ademas, y condenándole á perpetuo encierro. Pesaroso y abatido con este nuevo infortunio se dirigió al monasterio de Cluni, donde era abad su amigo Pedro el venerable, varon eminente en virtud y de grande influjo en la iglesia. Los monjes le recibieron con cariño, y el prelado interpuso su mediacion con San Bernardo y con el papa para que el uno le volviera su amistad y el otro le alzara la censura. El abad no quedó desairado de su empeño, pero cuando Abelardo recibió su perdon hallábase ya á las puertas de la muerte. Una fiebre continua devoraba lentamente su vida. Trasladado al priorato de San Marcelo por mandato de los facultativos, agraváronse mas sus dolencias, y el brillante profesor, el osado teólogo que tanto ruido habia hecho en el mundo, murió como humilde monge en el fondo de una oscura celda, el 21 de abril de 1142, á la edad de sesenta y tres años.

Pedro el venerable escribió al Parácleto la nueva de su muerte. Eloisa le contestó pidiendo le devolviese el cuerpo de su esposo para depositarlo en la capilla de su iglesia, recomendándole á su hijo Astrolabio, que tanta necesidad tenia de un protector, y rogándole encarecidamente que le mandase escrita y sellada de su mano la absolucion de Abelardo para colgarla en su tumba. El abad accedió á las súplicas de Eloisa, la cual despues de haber llorado veinte y un años la muerte de su esposo, bajó á su mismo sepulcro. Los despojos mortales de estos amantes célebres se conservan todavía en París en el cementerio del padre Lachaise, y su monumento sepulcral se vé cubierto diariamente de coronas de siempreviva, testimonio de la simpatía y de la admiracion que inspiran á las generaciones que se suceden. El talento y la ciencia han proporcionado á Abelardo un lugar preeminente en la historia de la civilizacion y de la filosofia: el amor de Eloisa, la inmortalidad en los corazones, y el afecto de las almas sensibles.

ABELIANOS Ó **ABELIANITAS**. Secta herética del tiempo de San Agustín que pretendía observar la misma regla de conducta que nuestros primeros padres en el paraíso. Creía que Adán no había cohabitado nunca con Eva, y deducían de aquí que el matrimonio era una simple alianza de correspondencia y de cariño, pero que no tenía por objeto la propagación de la humana especie. Así es que cuando entraba un neófito en la sociedad de los abelianos contrahía esta especie de alianza con alguna mujer de la misma creencia, y ambos adoptaban en seguida dos niños de diferentes sexos, los cuales adquirían el derecho de sucederles y se ligaban con la misma especie de matrimonio cuando tenían la edad necesaria. Y como nunca escasearan mendigos á quienes la Providencia hubiese concedido mas prole de la que desearán, tampoco faltaban á los abelianos párvulos en quienes cumplir las obligaciones de su regla.

Sin duda hubo de ser algun filósofo alejandrino el fundador de esta mística creencia; porque prescindiendo del absurdo histórico que ella encierra, hay en lo poco que conocemos de sus constituciones algo de ese misticismo sobrenatural, de ese horror á los goces de los sentidos, de esa tendencia á la contemplación y al éxtasis que distinguen á los filósofos de Alejandria. Tan absurda es sin embargo esta doctrina y tan poco ha sido su influjo en la marcha del cristianismo y en los progresos de la civilización, que creeríamos escusado examinarla con mas detenimiento. Bástenos saber que sus partidarios fueron poco numerosos y que concluyeron por unirse á la iglesia en tiempos de Teodosio el jóven.

ABEN-ESRA (Abraham) célebre rabino español: nació en Toledo de una familia ilustre entre los israelitas en 1119. Comentó las sagradas escrituras y fué el primero que se atrevió á defender que los hebreos no habían atravesado el mar Rojo por un milagro, sino que Moisés aprovechando una menguante había pasado el golfo sin peligro. Véase pues como no tuvieron ni el mérito de la invención los filósofos del siglo XVIII que escribieron y propagaron esta misma doctrina. Aben no niega en sus libros la verdad de ninguno de los sucesos que refiere la Biblia, pero se propone explicarlos por la razón humana y por las leyes de la naturaleza. Y aunque los judíos eran en su tiempo los mas libres intérpretes de las sagradas letras, llama siempre la atención que en el siglo XII hubiera un espíritu tan atrevido que osára sobrepone las luces de la razón á la divina luz de las escrituras. Sin embargo, al fin de muchas de sus explicaciones racionales de los lugares sagrados solia poner Aben estas palabras: «á pesar de todo nosotros debemos someternos á la tradición.»

El estudio y los viajes fueron la única ocupacion de su vida. Primeramente vino á Córdoba donde se hallaba el famoso poeta Judas Leví, su tio materno, y se casó con una de sus hijas. Entonces escribió su libro intitulado *de los séres animados* donde pro-
 nó la existencia de Dios por la maravillosa estructura de los séres que pueblan el universo. Esta obra fué traducida del árabe al hebreo por Jacob ben-Alfander.

Despues de haber publicado otros muchos tratados filosóficos fué Aben-Esra á Francia donde permaneció algun tiempo, y luego pasó á Italia residiendo sucesivamente en Roma, en Mántua y Luca. Aquí fue donde compuso sus comentarios sobre la Biblia y el Talmud, una obra de astronomía y dos tratados sobre la lengua hebrea. Tambien regentó una cátedra de interpretacion de las sagradas escrituras.

Siendo ya avanzado en años viajó por Oriente, recorriendo muchas provincias del Asia, entre ellas la Palestina. Curioso espectáculo ofrece á la verdad un sábio del siglo XII, viajando ora por España, ora por Francia, ora por Oriente, hallando en todas partes hombres bastante ilustrados con quienes discutir, y discípulos numerosos á quienes enseñar: un sábio que precedido de su fama es acogido con entusiasmo en las grandes capitales de diversas partes del mundo y á quien las academias abren sus puertas y las escuelas ofrecen sus cátedras para que desde ellas propague su ciencia. Sin embargo, no siempre recogió Aben-Esra en sus viajes palmas y coronas, que tambien le atormentaron algunas veces las tribulaciones y los peligros. Cautivo en Africa sufrió los tormentos de la miseria y del hambre, y aunque la historia no cuenta sus demas padecimientos, él mismo hace alusion á ellos en unos versos hebreos cuya traduccion literal es como sigue:

Si mis lágrimas hubieran de correr á medida de mis infortunios

No marcharia enjuto ningun pie humano;

Dios no hizo alianza tan solo con las aguas de Noe,

Que tambien mis lágrimas han hecho aparecer el arco.

Vuelto de Oriente y habiéndose detenido algun tiempo en Rodas, fué á visitar la Inglaterra regresando despues á Luca donde murió á la edad de 75 años. Ademas de las obras de que hemos hablado escribió otras muchas que no vieron la luz publica. Para dar una muestra de la forma de sus escritos, citaremos el siguiente período de su comentario sobre el Deuteronomio: «Cuan-
 do comprendas el secreto de los doce (pasages) y el del Deuteronomio capítulo XXXI, v. 9; el del Génesis capítulo XII, v. 6; el del Génesis capítulo XXII, v. 16; y el del Deutero-
 :

nomio capítulo III, v. 11, conocerás la verdad.» Estos doce pasajes y los otros de que aquí se trata, son precisamente los que mas han dado que pensar á los teólogos que han tratado de poner de acuerdo la razon y la revelacion.

ABEN HUMEYA (D. FERNANDO DE VALOR), descendiente del linage de Mahoma, y cuyos abuelos gobernaron como Califas el reino de Córdoba y de Andalucía. Habiendo su tio D. Fernando el Zaguer, (conocido tambien por Aben Xahuar), invitado á la rebellion á los moriscos de Granada, les propuso que nombrasen rey y cabeza de la conjuracion á su sobrino Aben Humeya, mozo de gran valor, de poderoso influjo entre los de su raza, y aunque de ninguna instruccion, de claro y perspicuo entendimiento. Los conjurados no creyendo desacertada esta eleccion, se juntaron en una casa de campo para celebrarla. Allí leyó un alfaquí cierta profecia que trataba de la libertad de su pueblo por la mano de un jóven de linaje real, que aunque bautizado por los cristianos habia de ser en secreto fiel á la ley de Mahoma. Conviniendo esta circunstancia á Aben Humeya, y calculando los conjurados que era venido el tiempo anunciado en el vaticinio, vistieron de púrpura al jóven príncipe, rodearon su cuello de una insignia encarnada á manera de faja, y tendieron á sus pies cuatro banderas que miraban hacia las cuatro partes del mundo. Aben Humeya entonces hizo su oracion, prestó juramento de morir por su ley, por su reino y por sus vasallos, alzó el pie del lugar en que lo tenia y uno de los circunstantes llamado Aben Farasax, vino en nombre de todos á postrarse ante él, y en señal de obediencia besó la tierra en que el nuevo rey habia tenido sus plantas: alzáronle despues en hombros algunos de los asistentes y todos á una voz gritaron: *Dios ensalce á Mahomed Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba.*

Puesto al frente de sus parciales el nuevo soberano, reunió una pequeña columna de tropas, la dividió en dos mitades dirigiéndose la una á insurreccionar á Granada, y marchando la otra á hostilizar al ejército cristiano que estaba acantonado en Orgiba. Así tuvo principio la memorable insurreccion de los moriscos en tiempo de Felipe II. No es nuestro ánimo tejer en este lugar toda la historia de aquel grave acontecimiento, porque no haríamos sino repetir lo que deberá ser parte de otro artículo (Véase FELIPE II,) y así hemos de contentarnos por ahora con las indicaciones que sean necesarias para formar idea de nuestro personaje.

Algunos pueblos de la vega y muchos de la Alpujarra, respondieron prontamente al grito de insurreccion lanzado por Aben Humeya. Las leyes imprudentes de Felipe II contra los moriscos,

las arbitrarias exacciones de su gobierno y la discordia entre las autoridades civiles y militares de Granada contribuyeron á facilitar el alzamiento. Una guerra de escaramuzas y de montaña era mas favorable para el enemigo conocedor del terreno y hábil en aprovecharse de sus posiciones, que para tropas regulares acostumbradas á pelear en Italia ó en las espaciosas llanuras de las costas africanas. Sin embargo de estas circunstancias, los rebeldes fueron muchas veces vencidos, pero como nunca combatian juntos procurando siempre no apartarse de sus escabrosas guaridas, ninguna de sus batallas decidia completamente la victoria, y vueltos á sus correrías ó acometian por sorpresa á las tropas cristianas sin dejarles tiempo de defenderse, ó invadian las pequeñas poblaciones, sacando de ellas víveres, caudales y refuerzos. Mas á pesar de todo, bien se descubria desde un principio que la insurreccion no podia prosperar por mas que causase temores y zozobras al gobierno del rey Felipe: propagábase lentamente y no como incendio que corre de un punto á otro, consumiendo ántes el lugar por donde pasára, sino saltando de unas á otras poblaciones sin dejar muchas veces tras sí, la menor huella: poniendo en rebelion á un pueblo y abandonándolo luego á su estado primitivo para introducir en otro la turbacion y la anarquía. Así es que no eran los triunfos de los sublevados lo que mas contribuia á mantener viva la sedicion, sino la esperanza de los socorros de tropas pedidos al rey de Argél y al Sultán de Constantinopla. Verdad es que lo socorros tardaban, que la venida de D. Juan de Austria á Granada, y la llegada de nuevas tropas debia desalentar á los conjurados é intimidar á los pueblos de levantarse contra el gobierno; pero interesado el gran Señor en entretener las tropas de Castilla en tan livianas empresas para poder libremente cruzar los mares de la Italia y poner en consternacion á Venecia, mantenía el aliento de los conjurados, y sino los tomaba ostensiblemente bajo su proteccion, enviábales al menos gefes que les dirigieran y algunas malas tropas de sueldo y enganche.

Pero de los horrores causados en esta desastrosa guerra no fueron menos responsables las tropas rebeldes que los soldados de Castilla: si los unos ponian á saco las iglesias, los otros devastaban los pueblos y robaban las poblaciones: si aquellos inmolaban en holocausto á Mahoma, doncellas inocentes y sacerdotes venerables, estos derramaban tambien la sangre de los cautivos sin perdonar á las mugeres, los niños ni los ancianos. Y á pesar de tantas crueldades preciso es hacer justicia al noble gefe de la rebelion granadina, pues no solamente no se cometieron nunca por mandato suyo aquellas horribles venganzas, sino que fueron prohibidas por él espresamente. Si Aben Humeya fue cruel con sus dos cu-

ñados y con su suegro (1), porque no quisieron abrazar su religion, nunca lo fué con los cristianos que empuñaban las armas para defender la suya: hostilizaba á sus enemigos sin asesinarlos; y no porque su mala estrella le hubiese arrastrado á mandar una turba de foragidos, ha de decirse que fué cómplice de todos sus crímenes. Sin embargo, en los últimos tiempos de su efimero reinado, se enagenó el aprecio de gran parte de los suyos y dió lugar á la murmuracion y á las quejas de sus mas decididos partidarios. Príncipe ambulante, menguado de autoridad y escaso de súbditos, carecia de ese prestigio, de esa superioridad, sin la cual se cae la corona de la cabeza de los principes y se deshacen y desmoronan los tronos.

Tenia Aben Humeya asentada su corte en el pueblo de Andarax, cuando se enamoró perdidamente de una muger hermosa viuda de un pariente de su suegro, pero no tan recatada despues de la muerte de su marido, que dejase de tratar livianamente con un primo suyo llamado Diego Alguacil, y amigo asimismo de Aben Humeya. Y deseando este librarse de competidor tan importuno, mandó tomar á la viuda en matrimonio trayéndola entretanto á su propio palacio so pretesto de evitar el escándalo de su trato ilegítimo. Luego que la tuvo en su dominio la forzó á acceder á sus impuros deseos, de lo que ofendido Alguacil juró tomar contra él una venganza terrible. Al efecto fingió unas cartas de Aben Humeya, en las cuales se] daba orden á Aben Abó de asesinar á los soldados turcos que estaban á su servicio: pasó á verse con el mismo Aben Abó, y en una conferencia que tuvo con él le exagero el peligro que corrian sus vidas, la perfidia del soberano y la necesidad de buscar otro gefe mas hábil para llevar á cabo el levantamiento: ofrecióle tambien su cooperacion contra Aben Humeya y le prometió la corona si le ayudaba á asesinarle. Aceptada la propuesta por Aben Abó, los conjurados vinieron silenciosamente á la casa de Aben Humeya, forzaron las puertas de su aposento, halláronle dormido en los brazos de dos mugeres, una de ellas la amiga del Alguacil, y le prendieron sin que su numerosa guardia ni las tropas de la guarnicion intentasen siquiera defenderlo. Atáronle las manos, hiciéronle cargo por su supuesto delito, saquearon su casa, repartieron su hacienda y sus mugeres, desarmaron su guardia, y al otro dia por la mañana determinaron su muerte. Pero ántes de subir al cadalso el desdichado caudillo, dijo á los que le rodeaban, « nunca fué mi intencion

(1) Les mandó matar segun Mendoza, porque no quisieron tornarse á la ley de Mahoma.

hacerme mahometano pero he aceptado la corona por vengar las injurias que á mi y á mi padre han hecho los jueces del rey Felipe , especialmente quitándome un puñal y tratándome como á villano , siendo de tan noble estirpe: estoy vengado y satisfecho así de mis amigos como de mis enemigos, y ya pues he cumplido mi voluntad, hagan ellos tambien la suya. Tu fin Aben Abó será mas desastroso que el mio. Muero en la ley de los cristianos, en la cual he vivido siempre.» Pronunciadas estas palabras echaron los verdugos una cuerda á su garganta, él mismo hizo el lazo, arregló sus vestiduras y sino murió arrepentido de sus culpas, hizolo al menos resignado con su suerte.

ABEN-ISMAIL. Cuando Muhamad Aben Ozmin fué proclamado rey de Granada (1445) viendo el wazir Abdelbar que no era fácil restituir el trono al monarca legítimo Muhamad el Hayzari, escribió al infante Aben-Ismail que habia buscado un refugio en Castilla contra la venganza del intruso soberano, ofreciéndole el reino de Granada y aconsejándole que abandonase secretamente las tierras del rey cristiano. El infante accedió á sus deseos, aunque no salió de Castilla sin pedir licencia á su protector, el cual se la concedió generosamente y aun le ofreció su ayuda contra sus rivales. Partió Aben-Ismail acompañado de algunos caballeros al servicio del rey de Castilla, y al llegar á Montefrio, fué proclamado rey de Granada por Abdelbar y los de su bando que habian salido á recibirle. Entretenido el ejército Castellano en la guerra contra Aben-Ozmin, no pudo socorrerle por algun tiempo, pero desembarazado al cabo de sus enemigos, auxilió á Aben Ismail con poderosa hueste, y le animó á salir á campaña contra el rey de Granada. Vinieron á las manos los dos ejércitos, y vencido Aben Ozmin huyó á la capital con ánimo de levantar nuevas tropas. Pero sus súbditos que estaban cansados de sufrir sus crueldades se insurreccionaron contra él, le obligaron á salir de la ciudad y proclamaron á Aben-Ismail.

Habiendo tomado este principe posesion del trono envió sus cartas y mensage al Rey de Castilla, se declaró su vasallo, y le mostró su agradecimiento enviándole muchos y costosos presentes. Mas habiendo muerto al poco tiempo el rey don Juan de Castilla con quien estaba ligado por vínculos de gratitud, no creyó Ismail tener con su hijo don Enrique las mismas obligaciones, y dió orden á sus caudillos para que entrasen en las fronteras y talaran las tierras de los cristianos. Sorprendido Enrique de esta violencia marchó con su ejército sobre Granada, quemó las mieses de sus campos, arrasó sus árboles, y entró á sangre y fuego en las cortas poblaciones de sus cercanías. Mas no queriendo Ismail aceptar la

batalla sino desde los muros de Granada, retiróse el ejército cristiano no sin haber sostenido una sangrienta escaramuza que estuvo á punto de comprometerle. Ultimamente Aben-Ismael deseando evitar semejantes desastres en lo sucesivo, ajustó por cierto tiempo treguas con los cristianos, salvo en las fronteras de Jaen, donde era lícito continuar la guerra. Pero estas treguas fueron interrumpidas porque Abul Hacen hijo de Ismael, deseoso de manifestar su valor en alguna jornada contra cristianos, tomó un escogido escuadron de caballería y entró con él en Andalucía robando y talando las comarcas de Estepa, aunque hostilizado por los cristianos de Osuna se vió obligado á huir dejando la presa. Rotas ya las treguas, el duque de Sidonia sitió y tomó á Gibraltar, y don Pedro Giron se apoderó de la fortaleza de Archidona.

Estas pérdidas obligaron á Ismael á pedir las paces al rey de Castilla quien se las concedió en una entrevista que tuvo con él en la vega de Granada. Desde entonces los cristianos entraban y salian libremente en tierra de moros, del mismo modo estos vivian tan seguros y favorecidos como en sus propias ciudades en las que estaban en poder de cristianos. Asi vivió pacíficamente Ismael el resto de sus dias hasta que le asaltó la muerte en 1466. Este monarca no se ha distinguido ni por sus vicios, ni por sus prendas: gobernó con justicia pero sin haber acometido ninguna empresa gloriosa, sin haber anticipado ni retardado la caida del imperio islámico: amáronle sus súbditos, pero nunca pudieron admirarle: restauró algunos edificios destruidos por la guerra civil, pero no emprendió la construccion de otros nuevos; la tendencia constante de su política era la paz á toda costa con los cristianos. Aficionado á las justas y á los torneos los celebró en su corte con gran magnificencia, y aun él mismo solia disfrazarse para tomar parte en ellos.

ABERDDEN (**JORGE GORDON**) conde de.... y vizconde de Formarina, ministro de negocios extranjeros de Inglaterra, y uno de los diez y seis pares de Escocia que en virtud de eleccion son miembros del alto parlamento de Inglaterra. Si hubiéramos de estendernos en la biografia de este personage tanto como seria necesario para apreciar debidamente los sucesos políticos en que ha intervenido, y los dos periodos de su administracion, necesitaríamos engolfarnos en una multitud de hechos que pertenecen á otro lugar y á diferentes artículos. Asi es que pensamos limitarnos á señalar ligeramente aquellos mas indispensables para dar una idea de él como hombre de estado, y como orador que son las dos circunstancias por las cuales merece un señalado lugar en la historia contemporánea.

Guerreaba la Inglaterra contra Napoleon, tanto por la fuerza

y valor de sus armas, cuanto con la astucia y sagacidad de su política cuando en los gabinetes de las naciones europeas sonó por primera vez el nombre de lord Aberdeen. Ansiaba la Gran-Bretaña separar al Austria de la amistad de Napoleon atrayéndola á su propia alianza, pero para tan grave y difícil empresa no era suficiente un diplomático comun, sino que se necesitaba un negociador sagaz, un hombre político eminente. Las banderas del emperador ondeaban victoriosas en casi todas las grandes capitales del continente, el Austria tenia poderosos motivos de temer la enemistad de su aliado, Bonaparte procuraba alejar con no menor astucia todo motivo de desavenencia con su suegro el emperador, temeroso de que se malograra por intrigas cortesanas, ó por la intervencion de extraños intereses un acuerdo que tanto habia codiciado y que acababa de sancionar con su matrimonio. Para contrarestar el influjo de tantas conveniencias, para luchar con tan poderosas ambiciones, sin duda se necesitaba un diplomático de nombradía, un estadista probado ventajosamente en el dificultoso ejercicio de su carrera. Abérdeen aunque dedicado desde muy mozo á la profesion diplomática, mostrando en ella sus altas prendas de negociador y sus grandes dotes de hombre de estado, carecia de aquella circunstancia, pues ni su nombre era tan conocido como debiera serlo, ni su influjo en los negocios públicos habia sido tal que por él pudiera descubrirse el que era capaz de tener en las negociaciones pendientes. Esta circunstancia sin embargo es honrosa para él porque muestra cuan alta idea debieron de formar los ministros ingleses de sus buenas partes cuando le nombraron en 1813 embajador en Viena para ajustar el tratado por el cual debia quedar separada el Austria de la alianza francesa. Su influencia en las negociaciones que precedieron escusado es decir que fué activa y poderosa; disipar los temores del emperador, reanimar el espíritu de la córte, acallar á los numerosos enemigos de la Francia, era una empresa demasiado árdua en aquella ocasion: Aberdeen sin embargo venció todos estos obstáculos, y en 3 de octubre de 1813 firmó en Tœplitz el tratado que habia sido objeto de su embajada.

En otro convenio intervino tambien lord Aberdeen que fué de grande importancia para lograr las miras de su gobierno. Mal avenida el Austria con la Francia, y abandonadas en Rusia de la fortuna las legiones del emperador, convenia á las potencias aliadas enemistar con Bonaparte y con la Francia á aquellos mismos monarcas que les debian mas obligaciones. Hallábase en este caso Joaquin Murat, rey de Nápoles despues de José Bonaparte, y herchura y cuñado de Napoleon: su desercion de la alianza francesa, aunque fuera un ejemplo notable de perfidia, debia de serlo tambien de escarmiento para Bonaparte. Si Murat abandonaba en el

peligro á su antiguo gefe, á su pariente, á su protector, ¿ qué harían los otros monarcas que tenían para con éste menos motivos de fidelidad? Y cuando Bonaparte se hallaba vendido por Murat, ¿ qué podría esperar de sus otros aliados? La conducta en esta ocasión del rey del Nápoles fué desleal, fué inícuca: triste condición de los gobiernos que para alcanzar los fines mas morales, necesitan aprovecharse alguna vez de semejantes injusticias. Así lord Aberdeen como representante de su gobierno negoció el tratado de alianza y de paz entre el rey de Nápoles y el emperador de Austria, sin que por eso pensemos que sea digno de censura: obró en el interés de una política que era la única moral, la única conveniente: si para ello tuvo que aprovechar sucesos harto deplorables, culpa fué de la situación, culpa de la humana naturaleza que no permite nunca gozar el bien, sino á costa de otros males que lo acibaran.

Nombrado luego Aberdeen miembro de la cámara alta, sostuvo constantemente la causa de los torys en las diferentes cuestiones que se suscitaron en ella: orador popular y razonador profundo, dirigíase unas veces al corazón y persuadía conmoviendo: apelaba otras al cálculo y arrastraba el convencimiento de los estadistas. Ni era lo que los ingleses llaman un *speaker* (discutidor sin pretensiones) ni un orador académico; sino un medio término entre estos dos extremos que es en lo que á nuestro parecer consiste la verdadera elocuencia parlamentaria.

Nombrado ministro de negocios extranjeros en 1828 concurrió con sir Roberto Peel á la adopción del bill para la emancipación de los católicos y despues de la revolución de julio se apresuró á reconocer el nuevo gobierno de la Francia. Este acto es sin duda uno de los que mas le honran, porque además de descubrir su prevision y su cordura como hombre de partido, manifiesta su atrevimiento y su audacia como hombre de estado. El reconocimiento de la Francia de julio era un motivo de impopularidad entre el partido tory; pero estaba en el interés de la Gran-Bretaña, y como ya se ha dicho en otra ocasión, « los ingleses son ingleses antes que hombres de partido.»

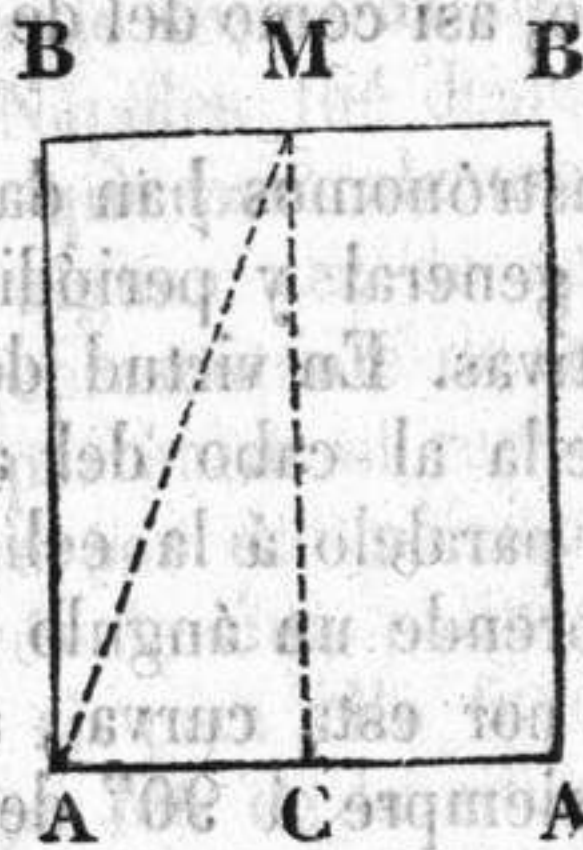
Lord Aberdeen sin embargo no tiene en la república de las letras un lugar tan distinguido, como en la política. Dedicado desde su mocedad á las graves ocupaciones del gobierno no ha podido entregarse á las tareas literarias y á las ocupaciones científicas. Sin embargo es muy conocida en Inglaterra su afición á las antigüedades, en cuyo estudio sobrealia ya en sus primeros años. En 1804 fundó la sociedad Ateniese, destinada á promover el estudio de las antigüedades griegas, y en cuya corporación no puede ser admitido ningun sócio sino prueba haber visitado antes la pátria de Solon y de Pericles.

En el año pasado de 1841 fué llamado ord Aberdeen á desempeñar el mismo ministerio que tuvo 1828, y que desempeña en el momento en que escribimos estas líneas. Sobre la historia y juicio de este ministerio, asi como del de 1828, véase PEEL (sir-Roberto.)

ABERRACION. Los astrónomos han dado el nombre de aberracion á un movimiento general y periódico de las estrellas que altera sus posiciones relativas. En virtud de este movimiento aparente describe cada estrella al cabo del año una circunferencia de círculo cuyo plano es paralelo á la eclíptica, y cuyo diámetro visto desde la tierra comprende un ángulo de $40'' \frac{1}{2}$. La estrella parece que se mueve por esta curva, asi como el sol en la elíptica, pero quedando siempre á $90''$ detras. Esta circunferencia se proyecta sobre el cielo bajo la fórmula de una elipse, que es casi circular cuando la estrella está cercana al polo de la eclíptica, y que se reduce á una pequeña línea recta cuando la estrella está situada en el plano de esta órbita.

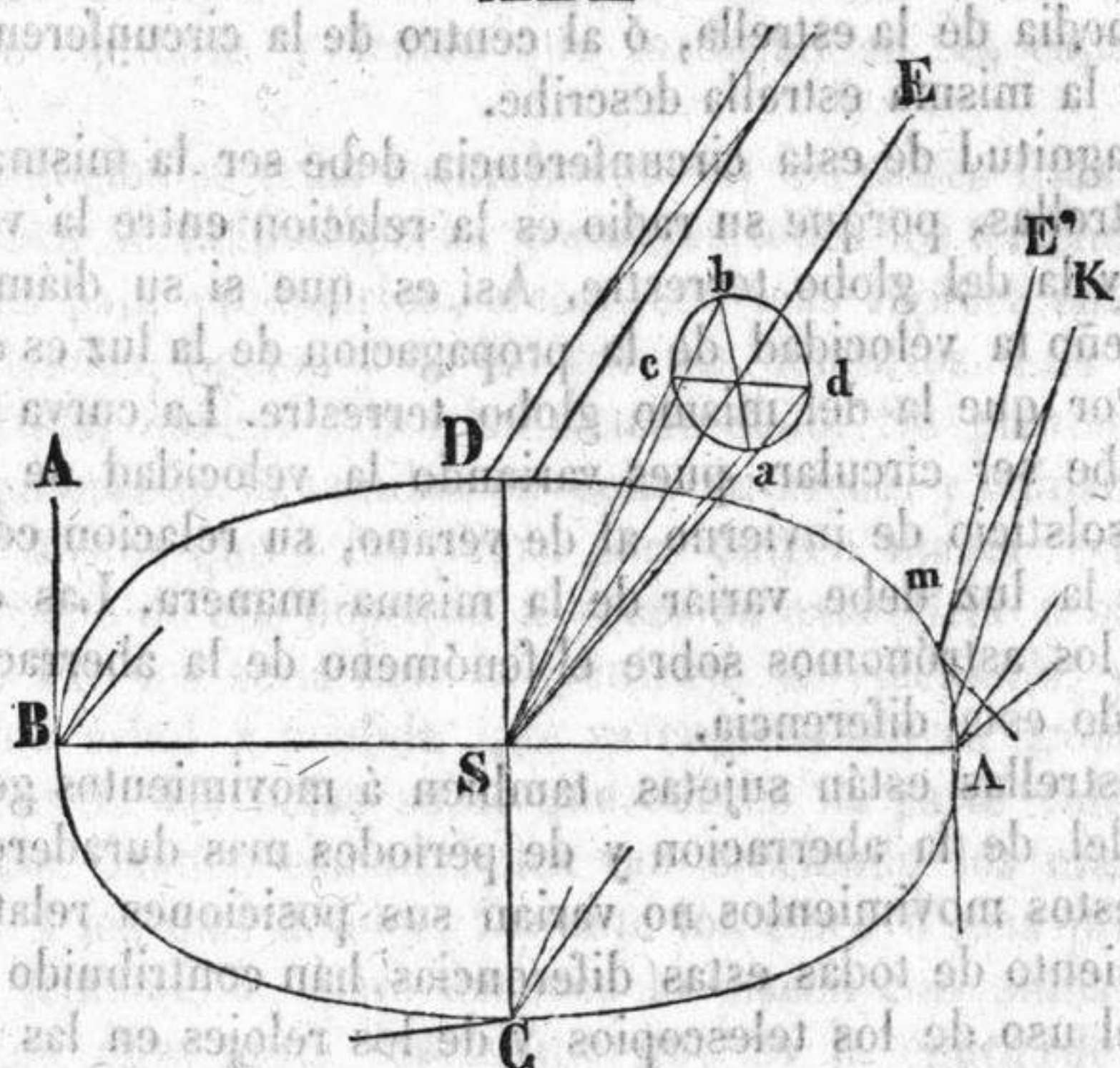
El astrónomo inglés Bradley descubrió en 1728 el fenómeno de la aberracion: dedujo de sus observaciones la ley que se acaba de citar, y halló la verdadera esplicacion de este fenómeno en la combinacion muy sencilla y natural del movimiento de la luz con el de la tierra.

Nuestra vista refiere siempre la posicion de un cuerpo luminoso á la estremidad de la línea recta que la luz emitida por él recorre aparentemente hasta llegar á nuestros ojos. Cuando permanecemos inmóviles en un sitio y la luz no ha sufrido ninguna desviacion antes de llegar á nosotros, el juicio es exacto; pero si creyéndonos en reposo somos en realidad conducidos en direccion diferente de la que sigue la luz, y con una velocidad comparable á la suya, el cuerpo luminoso nos parecerá situado en un lugar diverso del que realmente ocupa. Entonces la luz se mueve con relacion al ojo como si independientemente de su movimiento propio obedeciese á un impulso igual y opuesto al que nosotros llevamos; de manera que el rayo luminoso aparente es la diagonal de un paralelógramo que tuviera por lados la velocidad efectiva de la luz y la nuestra propia, tomada en sentido contrario á su direccion. Esta proposicion será demostrada en el artículo **MOVIMIENTO COMPUESTO**: bástennos ahora algunas esplicaciones que preparen las que reservamos para dicho lugar:



Supóngase que el rectángulo AA, BB representa una torre desde la cual se deja caer verticalmente el cuerpo M: si la torre está en reposo vendrá el cuerpo á la parte inferior C, y un observador colocado en la misma torre viendo pasar el cuerpo por una série de puntos correspondientes entre sí en toda la vertical, juzgará sin trabajo que la verdadera direccion de la caída era tambien vertical. Pero si la torre marchára por sí misma conduciendo al observador sin que él se apercibiera de este movimiento, el juicio sobre la verdadera direccion de la caída no seria tan fácil; pues suponiendo que la torre marchára de izquierda á derecha, desde A á C, el punto que encontraría el cuerpo al llegar á la tierra, no seria el mismo que estaba debajo de él cuando comenzó la caída. Asi es que el espectador viéndole caer y tocar por ejemplo en uno de los ángulos de la parte inferior, creerá sin duda que ha venido por la línea oblicua M A del paralelógramo. Esta línea M A es precisamente la diagonal del paralelógramo, cuyos lados en magnitud y en direccion son las distancias M C, C A, recorridas en un mismo tiempo por el cuerpo y por la torre tomando el movimiento de esta última en un sentido inverso. Hemos hecho la suposicion de la torre para facilitar la demostracion, pues cualquiera que sea la magnitud del cuerpo en que estamos colocados y su velocidad, se observa la misma ley que hemos referido.

Apliquemos ahora estas consideraciones al juicio que un espectador conducido por el movimiento de la tierra, debe formar de la direccion que sigue la luz de los cuerpos que brillan en el espacio.



Sea A C B D la órbita anual de la tierra, y S E la línea que junta el centro de la órbita con la estrella, cuando la tierra esté en el punto *m* de su órbita: la estrella entonces no nos parecerá situada sobre la línea *m E'* paralela de S E como sucedería si estuviera la tierra en reposo, sino sobre la línea *m K* tirada en el ángulo entre el camino de la luz y la senda de la tierra. La desviación angular *E' m K* forma la aberración, la cual es tanto mayor cuanto la dirección de la tierra es mas perpendicular á la dirección de la estrella, y tanto menor cuanto estas dos direcciones están menos separadas. La razón de este fenómeno es harto sencilla: porque mientras es mas abierto el ángulo comprendido entre las dos direcciones, mas se separa de cada uno de los lados la diagonal que los divide; y como no nos apercibimos del movimiento de la tierra en su órbita, todos los movimientos se verifican como si permaneciésemos inmoviles en el punto S y como si refiriéramos á la dirección real S E las diversas aberraciones S a S c S b que pasan en diversas épocas del año. Animado el observador de la velocidad que lleva la tierra por su órbita, cree que los rayos luminosos que parten de una estrella, están situados sobre un cono oblicuo que tiene por base la circunferencia paralela á la eclíptica que describiría anualmente la estremidad móvil del lado que representa la velocidad de la tierra en el paralelógramo de dos velocidades; mientras que la distancia que nos separa de las estrellas, siendo incomparablemente mayor que el diámetro del orbe terrestre (v. ESTRELLA) el lado del paralelógramo que representa la velocidad de la luz, tiene durante todo el año una dirección real constante, paralela á la línea recta que va desde la tierra á la

posicion media de la estrella, ó al centro de la circunferencia que al parecer la misma estrella describe.

La magnitud de esta circunferencia debe ser la misma en todas las estrellas, porque su radio es la relacion entre la velocidad de la luz y la del globo terrestre. Así es que si su diámetro es muy pequeño la velocidad de la propagacion de la luz es diez mil veces mayor que la del mismo globo terrestre. La curva descrita así no debe ser circular, pues variando la velocidad de la tierra desde el solsticio de invierno al de verano, su relacion con la velocidad de la luz debe variar de la misma manera. Las observaciones de los astrónomos sobre el fenómeno de la aberracion han comprobado esta diferencia.

Las estrellas están sujetas tambien á movimientos generales, distintos del de la aberracion y de períodos mas duraderos, aunque por estos movimientos no varian sus posiciones relativas. Al descubrimiento de todas estas diferencias han contribuido poderosamente el uso de los telescopios y de los relojes en las observaciones astronómicas, y sobre todo la perfeccion que en esta última época han recibido aquellos instrumentos.

La esplicacion del fenómeno que acabamos de enunciar ha sido útil bajo muchas relaciones á la causa de las ciencias. Por ella ha sido demostrado de la manera mas incontestable el movimiento de la tierra al rededor del sol, y este aserto que solo tenia ántes muchas probabilidades en favor suyo, ha adquirido hoy una certeza completa.

Siendo igual la aberracion en todas las estrellas, los rayos luminosos que estas desprenden de sí, deben propagarse con la misma velocidad por todo el espacio. Y formándose la luz de estos astros de rayos de colores diferentes lo mismo que los del sol, puede ser descompuesta por el prisma. El fenómeno de la aberracion prueba tambien, que todos estos rayos se mueven con igual velocidad en el espacio vacío de materia ponderable, porque sino fuera así cada una de las estrellas presentaria la imágen del arco iris.

La palabra *aberracion* se usa tambien en física para designar otras dos clases de fenómenos que presenta la luz: la aberracion de esfericidad y la aberracion de refrangibilidad; pero de estos fenómenos nos ocuparemos en el artículo ACROMATISMO.

ABETO (*Abies*). Arbol elevado y magestuoso, abundante en resina y segun Lambert, del género de la manoecia, monadelfia y familia de los pinos. Pero aunque no hay diferencia esencial entre estos últimos y los abetos en cuanto en la naturaleza de sus piñas, de sus semillas y de sus flores, haila muy considerable en cuanto á su aspecto exterior, porque los abetos producen piñas con escamas mas finas y redondas por su borde, hojas recias,

esparcidas, siempre ó verdes ó caedizas, cortas y sin vaina particular en su base y frutos que maduran en el espacio de un año.

Los abetos se crían naturalmente en los países frios sin resentirse nunca de la intemperie, y aunque todos los terrenos son convenientes para producirlos, crecen con mas rapidez en las tierras finas, blandas, ligeras y en los parages sombríos. Los vientos recios del mar suelen causarles mucho daño. Su plantacion se verifica sembrando la semilla envuelta en arena, y cuidándolos despues lo mismo que á los pinos; pero exigen mayor esmero en la poda porque de ella depende á veces su existencia ó su aniquilamiento. Tal vez sería mas conveniente no ejecutarla, y dejar que el mismo árbol á medida que va engrosando su tronco, se desprendiese de las hojas secas que cubren la parte inferior de su superficie. Cuando estos árboles van creciendo los mas vigorosos alogan á los mas débiles. Durante los cinco ó seis primeros años crecen lentamente, pero despues lo hacen con suma rapidez y desde los doce hasta los treinta que es la época de su mayor desarrollo suben mas de una vara. Pero ya á los cinco años es el abeto un árbol perfecto y su madera puede ser destinada á los trabajos de la industria. Cortado una vez no retoña nunca, pues aunque algunas capas leñosas externas crecen junto á él, y forman un rodete que se dirige al centro para cubrir la superficie del corte, el centro se pudre y comunica su corrupcion á las materias vegetales que le rodean.

Donde con mas inteligencia y esmero se cultivan estos árboles, se hacen las talas de la manera siguiente. Se cortan solo los que ó tienen alguna falta ó no dan esperanza de recibir mayor incremento: así se obtienen troncos de dimensiones considerables, algunos de siete pies de diámetro en la base y ochenta de elevacion, y se limpian y preparan los montes para que los nuevos árboles puedan crecer sin ningun obstáculo.

Los botánicos distinguen siete especies de abetos: el *abeto grande*, el *abeto plateado*, el *pinabeto*, el *abeto balsámico*, el *abeto negro*, el *abeto blanco* y el *abeto rojo*. Las tres primeras especies se crían abundantemente en España, en el Pirineo, y en las montañas elevadas de lo interior. De ellos se estrae la trementina que se llama de *abeto*. Las cuatro especies restantes se producen en América.

ABGARO. Soberano de Edessa en Arabia y favorito del emperador Augusto, si hemos de dar crédito á algunos autores que así lo aseguran. Sin duda este insignificante príncipe no debería llamar la atencion de la historia, á no ser por la correspondencia que suponen algunos autores tuvo con Jesucristo, la cual ha dado

ocasion á las investigaciones de los eruditos y á las disputas de los teólogos.

Cuenta el historiador Eusebio, y lo confirman algunos otros autores, que cuando Jesucristo predicaba en la Judea, le escribió Abgaro la carta siguiente, suplicándole que viniese á curarlo de la lepra que padecía:

ABGARO REY DE EDESSA

Á JESUS, SALVADOR BONDADOSO QUE HA APARECIDO EN LA JUDEA, SALUD

«He sabido los prodigios y maravillas que haceis curando á los enfermos, sin usar de yerbas ni medicinas. Me han dicho que dais vista á los ciegos, haceis andar á los cojos y estropeados, sanais los leprosos, arrojais los malos espíritus de los cuerpos que los poseen, dais vida á los muertos y salud á los que padecen largas enfermedades. Por lo tanto he creido que ó erais Dios que habia descendido del cielo, ó el hijo de Dios, por cuyo medio se obran tan grandes maravillas. Así me atrevo á escribiros para suplicaros afectuosamente que vengais á verme y curarme de una terrible enfermedad que me aqueja.—He sabido tambien que los judíos os persiguen, que murmuran de vuestros prodigios y tratan de mataros: yo tengo una ciudad cómoda y bella, que aunque mediana en territorio podrá proveer á todas vuestras necesidades.»

Ocupado Jesus de sus predicaciones en la Judea, dice Eusebio, no pudo acceder á los deseos de Abgaro, pero le contestó con la siguiente carta:

«Bienaventurado sois, Abgaro, en creer en mi sin haberme visto; porque de mi está escrito que *los que me vean no me creerán, á fin de que los que no me vean crean en mi y reciban la vida.* En cuanto á lo que me rogais debo deciros, es necesario que cumpla yo aquí todo aquello para lo cual he sido enviado, volviendo despues al que me envió. Entonces os mandaré á uno de mis discípulos para que os dé la vida y á todos los que estuvieren con vos.»

En cumplimiento de esta promesa Tadeo uno de los 70 discípulos fué enviado por Santo Tomás al reino de Abgaro; y tantos milagros hizo el nuevo apóstol que el rey le reconoció como el discípulo prometido por Jesus. Así Tadeo convirtió al cristianismo todo el reino de Edessa y curó de su enfermedad á Abgaro.

Pero aunque Eusebio y otros historiadores transcriben y comentan dichas epístolas, otros teólogos y autores eclesiásticos de igual nombradía no las tienen por auténticas. Es lo cierto que la Iglesia no las reconoce por canónicas y que el concilio celebrado en Roma en tiempo del papa Gelasio, las declaró espresamente apócrifas. Y en vano algunos teólogos escesivamente crédulos,

han pretendido desvanecer la importancia de esta declaracion, diciendo que la iglesia procedió con tal reserva no porque creyese apócrifas las cartas sino por haberlas recibido por un conducto puramente humano; pues si esta razon no fuese bastante convincente, es incontestable la de que dichas cartas no pudieron ser escritas en tiempo de Jesucristo, puesto que aquellas palabras, *los que me vean no me creerán, á fin de que los que no me vean crean en mí y reciban la vida*, no se hallan en ningun lugar del antiguo testamento, y si en el nuevo, escrito como todos saben despues de la muerte de Jesus.

ABIAM rey de Judá: hijo de Roboam y de Maacha, subió al trono á los 18 años; hizo la guerra á los Israelitas y con 400,000 hombres ganó una batalla contra Jeroboam, que tenia 800,000, matándole hasta 500,000 de ellos. El historiador Josefo está de acuerdo con los Paralipómenos acerca de este crecido número de combatientes: no lo está empero con el libro de los Reyes pues pinta á Abiam como un monarca justo y temeroso de Dios, mientras que las sagradas letras lo describen impío, inmoral y vicioso.

Despues de su victoria tomó Abiam á Bethel, Issam y otras ciudades, y murió en el año del mundo 3049, ántes de Jesucristo 955. Tuvo catorce mugeres, y dejó veinte y dos hijos y diez y seis hijas.

ABIATHAR: gran sacrificador de los judíos. Ejerciendo esta misma dignidad su padre Achimelech, fué mandado degollar con ochenta y cinco sacerdotes por el rey Saul, en castigo de haber hospedado en su casa á David. Habiéndose salvado Abiathar de esta horrible matanza fué nombrado gran sacrificador, en cuyo empleo fué fiel á su soberano aun durante la rebelion de Absalon. Mas despues se juntó con Adonias para conspirar contra él, y abortada esta conjuracion, fué degradado y mandado desterrar por David en el año del mundo 2990 ántes de J. C. 1914.

ABIGAIL muger de Nabal, hombre avaro, y malévolos, que vivia en el desierto de Maon y tenia su hacienda en el monte Carmelo. Cuando David huía perseguido por su hermano Saul, hizo que sus soldados respetasen siempre las posesiones de Abigail. Hostigado un dia por la sed pidió á Nabal algun refresco para él y sus parciales, y como se lo hubiese negado contestándole con palabras ofensivas, amenazóle con esterminarle á él y á toda su familia y con devastar su cuantiosa hacienda. Abigail vino entonces en su busca con los viveres que deseaba y logró con sus súplicas calmar su cólera. Enamórose de ella David, y como Nabal hubiese muerto á los diez dias en justo castigo de su avaricia, se casó con su viuda en el año del mundo 2944 ántes de J. C. 1060.

ABIGEATO. El hurto de bestias y ganados. Derívase esta palabra de la latina *abigere*, esto es, *ante se agere*, aguijar ó arrear las bestias. Porque este delito se comete no cogiendo la cosa que se quiere sustraer y trasportándola de un lugar á otro, sino desviándola y haciéndola marchar delante de sí para utilizarse de ella.— La ley 19, título 14, Partida 7.^a castiga con la pena de muerte al que tiene costumbre de cometer esta clase de hurtos; con la de obras públicas al que sin tener semejante costumbre hurta alguna bestia; y tambien con la de muerte al que hurta, una sola vez diez ó mas ovejas, cinco puercos, cuatro yeguas ó vacas, ó igual número de crias de estos animales. Segun la misma ley debe ser desterrado del reino por diez años el que encubra á sabiendas dichos hurtos. Así es que tanto de las palabras de la misma ley como de la naturaleza particular de este delito, se deduce que no deban considerarse incurridos en él, los que hurtan otros animales que no sean los ya referidos. Mas esta ley debe considerarse derogada por la 2, tit. 40, lib. 12, Nov. Recop., en la cual se previene «que así en los hurtos calificados y robos y salteamientos en caminos ó en campos, y fuerzas y otros delitos semejantes ó mayores, como en otros cualesquier delito de otra cualquier calidad, no siendo tan calificados y graves que convenga á la república no diferir la ejecucion de la justicia y en que buenamente puede haber lugar á conmutacion sin hacer en ello perjuicio á las partes querellosas, las penas ordinarias les sean conmutadas en mandarlos ir á servir á las galeras por el tiempo que pareciere á las justicias segun la calidad de los dichos delitos.» Hase objetado sin embargo que esta ley segunda está derogada por la séptima del mismo título, en la cual se declara que no pueda aquella ley servir de pretesto ni ser traída á consecuencia para la conmutacion ni minoracion de las penas; pero Marina y Escriche observan con mucha razon que esta ley 7.^a es supérflua, habiéndose resuelto en la *décima* del mismo soberano, que las justicias sentencien al servicio de galeras como se practicaba antiguamente á los reos que lo mereciesen. Resulta de aquí que en la manera de castigar este delito no es uniforme la jurisprudencia de los tribunales. Creyendo unos jueces que no está derogada la ley de Partida, ó fundándose en que la segunda ya citada de la Novísima Recopilacion, deja al arbitrio de los tribunales la calificación del hurto, deduciendo de ella si conviene ó no á la república «diferir la ejecucion de la justicia» aplican la pena de muerte á los abigeos: y persuadidos otros tribunales de las razones anteriormente alegadas, no condenan á los reos de este crimen, aunque sean consuetudinarios, sino con la pena de trabajos públicos en presidios, arsenales ó minas que es la que ha sustituido á la de galeras.

Quédanos solamente que apuntar algunas ligerísimas consideraciones, sobre la razon histórica, y los inconvenientes actuales de nuestra legislacion sobre abigeatos. = Ya las leyes romanas castigaron este crimen con excesivo rigor: la ley 1.^a, tít. 14, lib. 47 de *abigeis* dice con referencia al tratado de Ulpiano *pro consule*, que consultado el emperador Adriano sobre el castigo que debía imponerse á los abigeos, contestó: *Abigei cum durissime puniuntur ad gladium damnari solent*: La ley de Partida está tomada de esta disposicion, con la diferencia de que fija el número de animales que bastan para formar grey, y por consiguiente para establecer la cualidad esencial de este delito. Como la ganadería ha sido siempre uno de los primeros artículos de la riqueza de España, nuestras antiguas leyes creían favorecerla asegurando su propiedad con penas mas severas que las señaladas á los que atentan contra otras especies de propiedades. Juzgaban tambien los antiguos legisladores que la gravedad del castigo, debía medirse por la facilidad de cometer el crimen, y como el abigeato, puede perpetrarse con harta impunidad, especialmente en las grandes majadas de ganados, creyeron que el medio mas oportuno de prevenir este crimen era el de conminar á sus autores con severísimas penas.

Pero si la ganadería reclamaba de las leyes constante proteccion, no habia esta de dispensarse con menoscabo de la conveniencia pública ni con detrimento de la justicia: y nada mas injusto ni inconveniente que pagar con la vida de un hombre, el hurto de cuatro yeguas ó él de cinco ovejas. No es tampoco verdad que la medida de la pena debe ser la facilidad en cometer el crimen; ningunos delitos son mas fáciles de cometer que los leves y no por eso son los que merecen castigos mas severos. Así, ninguna razon hay para justificar la cruelísima pena con que castiga la ley á los abigeos: ninguna para no declararla desde luego espresamente abolida ya que la citada de la Novísima Recopilacion da lugar á diversas interpretaciones. La historia esplica el excesivo rigor de la ley de Partida, pero no es bastante para justificarlo. El propósito de aquel legislador era justo, era conveniente; pero sus medios eran absurdos, eran inhumanos.

ABIMELECH rey de Gerara, ciudad del desierto del Sur al poniente de Cadés y al Oriente de la Arabia Petrea. Cuando Abraham entró en este país persuadió á su muger Sara, anciana ya de noventa años, á que pasára por hermana suya. Abimeleck sin embargo la robó una noche con propósito de gozarla y la encerró en su palacio. Mas el Señor se le apareció en sueños para anunciarle que sería castigado con la muerte por aquel delito, del que arrepentido Abimeleck, volvió á Sara á su marido sin haber sa-

tisfecho su criminal deseo, y pretendiendo disculparse de él por el engaño que habia padecido; pues si hubiera sabido, decia, que era esposa de Abraham, nunca hubiera osado robarla. Ademas colmó á sus huéspedes de obsequios y regalos, y les pidió perdon de su culpa. Dios sin embargo le castigó haciendo estériles á todas las mugeres de su familia; aunque aplacado luego por las súplicas de Abraham tuvo misericordia de Abimeleck, y le concedió un hijo. Entonces el rey dió permiso á sus huéspedes para que moráran en el punto que quisieran de su territorio y mas tarde ajustó con ellos alianza de amistad y defensa. Hasta aquí la narracion de la historia sagrada en cuanto tiene relacion con Abimelech; el historiador Josefo añade algunas otras fábulas que no es necesario referir. En sucesos de esta especie la sagrada escritura es el único testimonio auténtico.

ABISINIA.—**GEOGRAFIA.**—**ESTADISTICA.** Es una region del Africa intertropical situada entre el 8º y 16º de latitud septentrional y el 32º y 41º de longitud meridional, comprendiendo una superficie de 18 á 20 mil leguas cuadradas: linda al Oriente con el mar Rojo, al Norte con los bosques que sirven de término á la Nubia, al Poniente y al Sur con pueblos y paises desconocidos todavía de nuestros geógrafos. Es un país elevado, entrecortado por sierras y montañas escabrosas y sito entre las costas del Mediterráneo, las del mar Rojo y las del Océano de la India. Las cimas de sus sierras mas culminantes están siempre cubiertas de nieve, de donde se deduce que su altura debe ser de 16 á 20,000 pies castellanos, aunque á la vista del espectador ofrezcan solo una elevacion de 4 á 5000 sobre los mas cercanos valles. Las mas altas cimas son la de Lamalmon, Amba-Gedeon, Samen y Namera. Su territorio forma un plano levemente inclinado al Nordeste atravesado por dos cordilleras de montañas, una al Oriente hácia el mar Rojo, y otra al Sur hacia el interior del Africa.

No ha sido bien estudiada todavía la constitucion geológica de este país, y por eso no podemos conocerla sino por las noticias á veces contradictorias de los viajeros. En los terrenos primitivos abunda el granito, la esquita y el porfiro. La esquita suele encontrarse mezclada con sustancias calizas y con serpentina. Esta sustancia y las piedras areniscas suelen encontrarse en bancales casi horizontales y en terrenos que probablemente no pertenecen á la época primitiva. En la superficie del suelo se ha encontrado un depósito considerable de sal gemma, por lo que se ha dado á este sitio el nombre de llanura de la sal. Hay tambien en Abisinia esmeraldas, granatas y minas de hierro, cobre y plomo, cuya explotacion es sin duda alguna muy imperfecta. Los naturales sacan

oro muy puro lavando las arenas y casquijo de algunos fosos poco profundos, aunque el mas fino se halla al pie de algunas sierras de las provincias occidentales.

Todas estas montañas abundan en agua, ora retenida en los lagos que forman sus gargantas, ora acanalada en lo mas profundo de sus valles, ora levantándose por numerosos saltaderos que cubren sus escarpadas pendientes, ora corriendo en cristalinos arroyos que acrecientan las lluvias de ciertos meses del año.—El mas considerable de todos estos lagos es el Dem-baya que ocupa en el nacimiento del Bahr Azerq el fondo de un barranco donde descienden innumerables arroyos: hay en él muchas Islas la mayor de las cuales es Ssana de donde el lago ha recibido el nombre de Bahr-Ssana ó Tzana. Los otros lagos mas considerables son Hayk, Aschangi y Zaouaya. El Bahr-Azreq nace al pie de las sierras de Amidamid donde los indígenas le llaman Abaoui ó *paternal*: desciende por el Norte hácia el lago de Ssana que atraviesa de Poniente á Oriente, se dirige al Sur, despues al Oeste, y por último al Norte perdiéndose en el Nilo azul cerca de Halfay. El Teqzé ó Tacazzé, cuyo nombre significa literalmente rio, recibe las aguas de muchos arroyos y forma con ellas el Atbarah, que se confunde en el Nilo azul cerca de Schendy. No se sabe ciertamente si el Mareb lleva sus aguas hasta el Atbarah ó si las pierde en las arenas del Sennar. El Hanazo, el Haouasch y el Zebé corren en direccion opuesta á aquellos tres grandes rios, pues dirigidos los dos primeros hácia el golfo de Aden se pierden ántes de llegar á la costa, y el tercero toca en el Occéano sin que sepamos mas de su curso. Pero la mayor parte de los rios de la Abisinia son torrentes impetuosos sembrados de cataratas: el May-Lumi uno de los que mas acrecientan con sus aguas el Teqzé tiene una de 211 pies de elevacion, y el May-Sbinni que está proximo, contiene varias de poco menor altura.

Las costas marítimas que se estienden desde Arkiko hasta Mandeb están abrasadas por los rayos del sol; pero al otro lado de las montañas que separan estas costas de las orillas del Nilo azul, la elevacion del terreno y la abundancia de las aguas proporcionan á la Abisinia un clima mas dulce y benigno de lo que podia esperarse de su situacion en la zona tórrida. Situado este pais en los límites de las lluvias tropicales sufre frecuentemente las tempestades propias de sus contornos, siendo un fenómeno muy digno de observarse que cuando el invierno acaba en los lugares del interior, comienza en los de las costas.

La vegetacion en todas partes robusta y magnífica: muchos de sus cantones están cubiertos de bosques espesísimos, en los cuales crece el cuso, el vongino, el eritrino de fruto de coral y de

tamarindo, diversas especies de acacias espinosas, la palma, el árbol del café, euforbios leñosos y otros muchos árboles. Los habitantes del campo cultivan el trigo, la cebada, el mijo, los plátanos y unos granos muy delgados de que hacen una especie de tortas. Todos los años recogen dos cosechas: una durante la época de las lluvias en julio, agosto y setiembre, y otra en la primavera. Cultivan también la vid, pero no hacen de ella mucha cantidad de vino porque son más aficionados á otra bebida que es una especie de hidromiel. En los jardines se crían muchas clases de árboles frutales y legumbres, y los campos producen muchas plantas oleosas desconocidas en Europa. Hállase también en la Abisinia el árbol que dá el bálsamo de Judea, y en sus campos se siente el olor suave que despiden las rosas, los jazmines, los claveles y las azucenas.

Siendo este país tan vario en producción y en clima debe criar también muchos y muy diversos animales. Cuéntanse entre ellos el león, los leopardos, las panteras, los linceos, las hienas, la girafa, diversas especies de gacelas, monos, javalíes, búfalos, rinocerontes de dos cuernos é hipopotamos. Afirman algunos viajeros que en las provincias meridionales se crían las cebras y el akkoko. Pero las hienas aunque muy numerosas no causan grandes estragos en el país, pues según afirman algunos escritores, entran en las ciudades para buscar alimento en los muladares ó en los desperdicios de las provisiones sin hacer á los habitantes daño alguno. En los ríos se creían también cocodrilos. Los camellos sirven en el desierto y en los países de la costa para los transportes, pero en lo interior y sobre todo en las sierras, se emplean para estos usos las mulas y los bueyes cuyos cuernos suelen tener hasta cuatro pies de largo. El país de Ifat produce una raza particular de caballos muy estimada de sus naturales. Críanse también en la Abisinia numerosas manadas de cabras y carneros, abejas que producen miel abundante, langostas que causan algunas veces estragos terribles, y otro insecto llamado zemb ó tsaltsalya, especie de mosca cuya vista y zumbido difunde más terror y desorden entre los animales, que podrian causar todos los monstruos del país aun cuando fuesen más numerosos.

La palabra *abisinio* es de estructura europea, y proviene del nombre *Hhabeschyn*, es decir, hombre de *Hhabesch* con el cual designan los árabes á los moradores de esta region; pues según ellos *Hhabesch* fue hijo de Kousch, hijo de Chan que lo era de Noé. Sin embargo otros etimologistas asimilan esta denominación á la de *Abhabysch* que significa lo mismo que la voz latina *convenæ* (reunión de gentes de diverso origen.) Mas cualquiera que sea el aprecio que hagamos de estas investigaciones etimológicas, es lo

cierto que ninguna de las naciones del mundo ofrece mas variedades que la Abisinia, pues sus habitantes unos son blancos, otros son negros con cabellos lisos, unos son de color de cobre con cabellos lanosos, y otros negros tambien con cabellos crespos. El núcleo de la poblacion está formado no obstante de la raza de tez bronceada, cabellos lisos y cuya fisonomía, estatura, carácter, virtudes y vicios son los mismos que los de las naciones europeas. Dánse á sí mismos el nombre de *Ityopyaouyan* ó etiopes y han tomado de los griegos el nombre de *Agazyán* ó libres.

En el centro de la Abisinia habitan naciones bárbaras casi semejantes á los negros que viven en las cabañas y en los bosques. Tales son los Agos, los Founghis, los Gougas, los Gufates y los Gallas. Los Falajas son una tribu judaica que formaba en lo antiguo un estado casi independiente.

La Abisinia tal como la hemos descrito formaba en otro tiempo un solo imperio gobernado por un monarca que se llamaba *Negous Nagast za Itphyopya*, ó rey de los reyes de Egipto. Pero las vicisitudes de los tiempos y el influjo de las revoluciones han cambiado enteramente la faz de este pais. Hoy la porcion de las riberas donde se encuentra Arkiko, llamada Samhara está en poder de los turcos: los otros paises de la costa hácia Bab-el-Mandeb, son independientes ora en manos de los Danakyl, ora en el dominio de los Adayel. En lo interior del pais han invadido los Gallas espaciosos terrenos: los Edjou-Gallas en particular poseen el distrito de Ambara y el reino de Augat, progresando en civilizacion mientras que sus vecinos los Assoubo-Gallas conservan todavía su natural barbarie. Por la parte del Sudoeste los Boreu-Gallas y otras tribus ocupan todo el pais de la ribera izquierda del Bahr-Azreq. Los demas cantones reconocen aunque nominalmente la soberanía del gran Negous pues gobernadores tiranos y ambiciosos nombran ó deponen monarcas á medida de su deseo, y son los únicos y verdaderos señores.

Sin embargo, todas estas porciones de la Abisinia admiten una division principal en tres diferentes estados. El primero es Tigré, que contiene todos los distritos de la ribera derecha del Tebzé, y cuya provincia mas cercana al Samhara se llama Bahr. Los dos ó tres gefes entre los cuales está dividida llevan el título de Bahrnagasch. Sus ciudades principales son *Adona*, poblada por 8,000 habitantes y donde se fabrican telas de algodón: *Antalo* de casi igual poblacion y capital de la provincia: *Chelicout*, residencia actual de los *Ras*, notable por su templo que es uno de los mas bellos de toda la Abisinia: *Absoum*, ciudad antigua, reducida hoy á 500 ó 600 edificios agrupados al rededor de la iglesia. Véanse en ella ruinas numerosas que acreditan su antigua magni-

ficencia, y muchos obeliscos, inscripciones griegas y conventos. En esta ciudad es donde se conserva la crónica del imperio. El segundo estado es *Auchara* que comprende todos los distritos al Oeste del Tigré. Está regido por un *Degousmati* ó gobernador de provincia que con la fuerza de las armas ha conquistado este poder y tomado el título de ras. En este estado se halla *Gondar*, gran capital de toda la Abisinia que tiene una población de 20,000 almas. El palacio del rey es un edificio cuadrado, rodeado de torres y de una gran muralla muy semejante á las de nuestros antiguos castillos. La catedral es muy espaciosa y está ricamente adornada al gusto de nuestras iglesias, por influjo sin duda de los misioneros europeos. Las provincias de Schoua y de Ifat forman el tercer estado, que es independiente y tiene por capital á Aukoher. Pero la ciudad mas importante de Schoua es Tagoulet, casi arruinada hoy, aunque fue en otro tiempo capital de toda la Abisinia. Estas ciudades que son las menos conocidas serian sin duda las mas útiles de examinar, porque en ellas es donde se ha conservado la civilización y la literatura etiope con mayor pureza. El pais ocupado por los Gallas es aun menos conocido.

En el Sauchara y en las costas del Daukaly hay algunas bahías donde se halla establecida tambien una numerosa población, aunque la mayor parte de aquellos moradores llevan una vida errante en medio del desierto. *Massouak*, que es allí la ciudad mas considerable, encierra apenas 2,000 almas; está edificada sobre una isla en una bahía que lleva su nombre hácia el límite Septentrional de Samhara. En el continente frontero está la pequeña ciudad de Arkiko. En la bahía de Aunesley está Zoulla, edificada cerca de las ruinas del antiguo puerto de Adulis, donde se encuentran aun algunas ruinas que conservan el nombre de *Azouly*. Y últimamente, en la bahía de Anfila está *Darora* ocupada por la tribu mas poderosa de los Dauakyl.

Al oriente de las Gallas están los Ssomalys que poseen el célebre puerto de *Zeyla*: al Sur el pais de *Zendjero*; al Poniente tierras desconocidas; y al Occidente de Tigré y al Norte de Amhara, poblaciones negras salvages designadas por los abisinios con el nombre de *Schangala*.

IDIOMA. El idioma mas frecuente de la Abisinia es el ghecz, derivado del árabe. Muchos escritores creen que en los tiempos primitivos fue esta una lengua escrita con la ayuda del alfabeto siríaco; mas otros piensan que desde hace muchos siglos tiene el ghecz un alfabeto propio, resultado de los caracteres arábigos y greco-egipcios con la adición de algunos signos accesorios para las vocales, y combinados de manera que forman una escritura silábica. La misma lengua ha admitido el uso de muchas palabras

griegas. El ghecz puro no se encuentra en los libros, pero se hablan sus dialectos, y principalmente el *tigriano* que es el mas castizo aunque el mas usado en la córte sea el *amhary*, diferente solo del anterior en cuanto á la analogía gramatical pues tiene en gran parte sus mismas raices. Otras muchas lenguas se hablan tambien en la Abisinia que ninguna relacion tienen con las dos anteriores. Hay escritores que admiten hasta ocho idiomas diferentes sin contar el de los Danakyl que tienen un lenguaje particular, ni el de los musulmanes y judíos dispersos en diferentes estados que hablan unos el árabe y otros un hebreo muy corrompido.

RELIGION. En este pais vario en origen y distinto en clima y en idioma, la religion no puede menos de ser diversa. La mayor parte de la poblacion profesa el cristianismo, pero un cristianismo especial que niega la obediencia al Pontífice romano y la concede solo al patriarca de Alejandría. El gefe de la gerarquía eclesiástica en este pais es una especie de obispo ó prefecto apostólico cuyo título es *Abouna* (es decir *nuestro padre*) que tiene bajo su direccion á los *gomosat* que son una especie de arciprestes asignados á las iglesias colegiales donde poseen sus *debterat* ó canongías. Las otras dignidades eclesiásticas son los *gasis* ó curas, los *nesg-gasis* ó vicarios, los *dyagon* ó diáconos, y los *nesg-dyagon* ó subdiáconos. Estos cristianos reconocen el dogma de la Trinidad, creen en la presencia real de Dios en la Eucaristía, tributan á la Virgen un culto particular, tienen en sus iglesias las imágenes de los santos é invocan la intercesion de los bienaventurados: ayunan la cuaresma, están sujetos al celibato, niegan el purgatorio, guardan el sábado á ejemplo de algunos primitivos cristianos y creen que nuestras almas emanan directamente de la de Adan. Los monjes, únicos ministros obligados al celibato son muy numerosos y forman como en los primitivos tiempos grandes comunidades que cultivan la tierra con sus propias manos. Algunos de estos monasterios fueron fundados en el siglo VI del cristianismo. Hállanse tambien muchas iglesias de la misma antigüedad pero la mayor parte de las que hoy se ven en las poblaciones son de época mucho mas moderna. Tan respetados son de los abisinios estos sagrados lugares que nadie puede entrar en ellos sino con la cabeza y los pies desnudos; y hace poco tiempo escribió un misionero suizo que á pesar de las guerras civiles que asolaban la Abisinia, todas las iglesias permanecen siendo asilos inviolables. Los sacerdotes celebran el misterio de la Eucaristía sobre una mesa y no delante de un altar: tampoco conservan el pan sagrado, ni lo esponen nunca á la veneracion pública. Administran la comunión bajo ambas especies concediéndola tambien á los

niños. Al pronunciar la absolución del penitente vapulan sus espaldas con un ramo de oliva.

Sin embargo, el judaísmo que profesaban los abisinios antes de su conversión, cuenta todavía muchos partidarios entre los árabes de color blanco. Estas razas independientes ocupaban muchas provincias, pero sus individuos han sido dispersados, y no quedan reunidos en tribus sino los que habitan las montañas de Samen ó fuera de los límites del imperio, conocidos con el nombre de *Falaysan* ó desterrados. Algunos han creído que eran hebreos de la Palestina que habían emigrado en la época de las expediciones de Nabucodonosor ó de la conquista de Vespasiano; pero es más probable que fuesen judíos de la Arabia que huyeron del proselitismo de los ismaelitas. Hay en el Samen muchas ciudades de refugio semejantes á las de la antigua Judea. La Biblia de los Falaysan contiene el libro de Enoc, además de todos los canónicos.

El mahometismo está también muy extendido por toda la Abisinia. Lo profesan los Danakly y una parte de los Gallas. Pero la mayoría de los hombres de esta tribu y del pueblo de Agaouys han quedado paganos y ofrecen sacrificios al Nilo.

COSTUMBRES, ARTES, INDUSTRIA, COMERCIO. Los abisinios son generalmente poco instruidos: su alimento ordinario consiste en pan de trigo y carne cruda ó cocida. Las personas acomodadas tienen criados cuyo único oficio es ponerles los manjares en la boca; sus bebidas son la *maize*, especie de hidromiel, y el *soue* ó *bouza* que es muy semejante á nuestra cerveza. El vestido de los abisinios se compone de un calzoncillo y una especie de capa de algodón blanco en la cual suelen algunas veces embozarse. Las mugeres usan vestidos talares.

Cuando los abisinios salen vencedores de algun combate, celebran sus triunfos con una ferocidad inaudita, llevando como trofeos las partes sexuales de los enemigos que quedan en el campo de batalla. En sus festines cortan para comerlos al instante, trozos de carne de un buey vivo, y el opio mezclado con el hidromiel anima su brutal alegría. Según otros viajeros comen la carne cruda sazónándola con sangre fresca que sacan en el acto de un animal. Los matrimonios, los nacimientos y todos los sucesos importantes, se celebran con festines y regocijos. Una de las principales diversiones de las clases bajas es el juego del *Kersa* que consiste en una lucha con palos. Para jugarlo se reúnen á veces todos los hombres de un pueblo, en cuyo caso se disputan la partida con grande interés, y aun es necesario un día entero para decidirla. Los vencedores vuelven á su casa bailando con grande algazara, y son recibidos con vivas y aclamaciones de las mu-

geres de su partido. Sucede tambien que acalorados los combatientes, se llenan unos á otros de injurias, se dirigen las amenazas mas terribles y aun acaban por venir á las manos. Creen los abisinios que todos sus males son causados por la funesta influencia de un espíritu maligno. Suponen que todos los herreros tienen la facultad de transformarse en yenas durante la noche, volviendo luego á su forma primitiva, con la particularidad de que si son heridos mientras dura la transformacion conservan la cicatriz en el lugar correspondiente del cuerpo humano cuando de él vuelven á estar revestidos.

Ademas de la agricultura de que ya hemos hablado, hay en Abisinia un principio de industria manufacturera. Fabricanse en ella telas de algodón, tapices, cueros, pergaminos, objetos de hierro y cobre y toda clase de utensilios.

La arquitectura se hallaba en la antigüedad en un estado mas floreciente del que hoy tiene. Existen aun algunas iglesias fabricadas dentro de las rocas á la manera de los templos de Nubia. Entre las ciudades, Aqsoum es la que conserva mas reliquias de su esplendor primitivo. Descúbrese en ella inscripciones, pedestales, altares y sobre todo magníficos obeliscos que formaban dos grandes calles á los dos lados de la colina que domina á la ciudad: de estos unos han quedado en pie y otros están caidos en tierra: Algunos de estos monumentos son de granito y tienen hasta 80 pies de altura. Las ciudades de hoy son aglomeraciones irregulares de casas pequeñas, circulares, de un solo piso y cubiertas de un techo cónico. Una de las mas bellas iglesias modernas de la Abisinia, es la catedral de Aqsoum, edificada en el siglo XVII: está rodeada de un hermoso parque, y hay para subir á ella una escalinata de 180 pies de anchura. Su estilo aunque bastante original no revela grandes adelantamientos en el arte de la construcción ni mucha delicadeza de gusto. Las paredes de las iglesias están cubiertas de pinturas. Pero los pintores abisinios exajeran siempre de una manera extraordinaria las dimensiones de los ojos y nunca pintan caras sino de frente, escepto cuando quieren representar á un judío que lo pintan de perfil.

Los abisinios hacen casi todo su comercio por Adoua, ciudad del Tigré. Traen de Massouah, plomo, estaño, cobre, hojas de oro, alfombras de Persia, seda cruda, algodón, terciopelos, paños de Francia, tafletes de Egipto, vidrios y abalorios de Venecia. Tambien comercian en carabanas con Egipto y proveen á los extranjeros de marfil, oro y esclavos.

HISTORIA. Ardua cuestion sería la de decidir cual ha sido el pueblo primitivo de la Abisinia, y que naciones han venido luego á mezclarse con su raza. Si hemos de atender á los caracteres fi-

sicos de esta y á las tradiciones del país, parece demostrado que la tribu Kouschyta ha predominado siempre en aquel pueblo. Pero Bruce considera á los Agacianos como diferentes de los Kouschytos, y Salt y los autores de las *cartas edificantes* sostienen que los primeros abisinios eran aborígenes que se mezclaron primero con los egipcios y despues con los sirios, de quienes tomaron el idioma ghecz. Resulta de una crónica árabe que los negros formaban parte de la poblacion abisinia muchos siglos antes de la invasion de los Gallas. Pero ninguna expedicion militar ha visitado este país lejano; ni Probo ni los generales de Augusto llegaron hasta él en sus guerras contra la reina Candacia. Herodoto hace mencion de una isla llamada de los Desterrados, en la cual estableció el rey de Etiopia un cuerpo numeroso de los desertores de Psanmetico, rey de Egipto; pero como aquel historiador, siguiendo la costumbre de la antigüedad entiende por isla el territorio comprendido entre dos brazos de rio, esta descripcion debe aplicarse ó al Senzaar ó á alguna otra region situada sobre el Bahrel-Abiad y de ningun modo á la Abisinia moderna. Es tradicion en este país que la reina Saba, aquella que vino de tan lejas tierras á admirar la sabiduría de Salomon era su soberana, y que de la Abisinia fue de donde llevó los regalos con que obsequió á aquel monarca. Los abisinios añaden que Saba volvió á su país en cinta de Salomon, y dió á luz un hijo llamado Menilek, cuya posteridad, salvo algunas escepciones, ha gobernado hasta ahora en Abisinia. Mas esta tradicion es evidentemente falsa, porque las circunstancias mas características del viage de la reina Saba fueron el número de sus camellos y la abundancia de sus aromas y perfumes, y el camello es un animal de la Arabia que no ha podido ser naturalizado en la Abisinia ni puede ser útil en terreno tan escabroso y desigual. Y aunque Saba hubiera poseido camellos en abundancia habria sido imposible atravesar con ellos el golfo de la Arabia en una época en que la navegacion estaba tan poco adelantada. Parece mas probable que aquella princesa fuese la reina de Sabá que gobernó una parte de la Arabia feliz, con la cual segun la sagrada escritura, hacia la Judea un activo comercio terrestre por medio de camellos que viajaban en carabanas numerosas. Por otra parte, nada dicen los historiadores sagrados de la pretendida intimidad entre Salomon y aquella reina en quien fundan los abisinios la genealogía de sus monarcas. Estrabon habla de la Abisinia no con relacion á Egipto ni al Africa, sino con ocasion de la Arabia, y todas sus descripciones tanto de las costumbres de sus habitantes como del aspecto general de su territorio, concuerdan con los caracteres de la Abisinia moderna. Desde el reinado de Menilek hasta la venida de J. C. transcurrieron 108 años y gobernaron diez y siete reyes.

Al acaso se debe el descubrimiento de una parte importante de la historia de este país. Habiendo penetrado en la Abisinia un monge egipcio llamado Cosmas Indicopleustes, fué empleado por el rey Elesbaan en copiar las inscripciones colocadas sobre una columna de mármol del puerto de Adule. Una de estas inscripciones hacía mencion de las conquistas hechas en Asia por Ptolomeo rey de Egipto, y otra, de las que tuvieron lugar sobre mucha parte de la Abisinia, cuyas provincias estaban citadas casi con sus nombres actuales. Mas el principal acontecimiento de la historia moderna de este país es su conversion al cristianismo en el siglo IV, por las predicaciones del monge Frumencio. La corte y una gran parte de los Abisinios abrazaron la fé de Jesucristo, y desde entonces la Iglesia de Abisinia ha continuado bajo la dependencia de los patriarcas de Alejandría á escepcion de un corto intervalo en que prevaleció la religion romana. Poco despues de esta época reinó Elesbaan, príncipe poderoso y único conquistador que ha ocupado el trono de Abisinia. En los años siguientes vuelve á ser oscura é incierta la historia. Los mahometanos pretenden haber predicado su fé en aquella apartada region; pero lo que está fuera de toda duda, es que por este mismo tiempo se establecieron en Abisinia muchos judíos á quienes arrojaban de su país las conquistas de los mahometanos. Las diversas tentativas de la iglesia romana, para convertir á los abisinios á la religion católica, han producido solo discordias, persecuciones y guerras.—Tambien reinó por el mismo tiempo la reina Aeizana de la cual hace mencion una inscripçion griega que copia un viajero moderno. En el siglo VI dirigió el Negons una expedicion victoriosa contra el Yemen, conocida con el nombre de *guerra del elefante*. Las crónicas abisinias disciernen el honor de estos triunfos ya á Kaleb, ya á los hermanos Abreha y Assbeha que ocuparon simultáneamente el trono de Aqsoum en época muy anterior. Salt cree que debe atribuirse á Amda; cuyas contradicciones muestran suficientemente la incertidumbre y la confusion de los documentos históricos de la Abisinia. En el siglo X se apoderaron los Falasyan del trono, al cual subió una nueva dinastía. El conquistador mandó asesinar á todos los príncipes de la supuesta estirpe de Salomon; pero habiéndose salvado uno de estos de la horrible matanza, se refugió á Schoua, donde gobernó independientemente. Tres siglos mas tarde se negoció entre ambas dinastías un tratado de avenencia, segun el cual fué restituido el imperio á los monarcas de Schoua, quienes continuaron residiendo largo tiempo en Tagoulet antes de trasladar la corte á Goudar. A mediados del siglo XIV mandó el rey Quosthanthinos, al superior de un convento de Abisinios en Jerusalem, que enviasen represen-

tantes al concilio de Florencia, y obtuvo permiso del papa para fundar un monasterio semejante en Roma. Además llevó á su corte un pintor veneciano. En este tiempo comenzaban los portugueses sus viages y descubrimientos por la mar. Hablábese ya en Europa, aunque muy vagamente, de un príncipe cristiano llamado el *Preste Juan* que gobernaba unos estados del Asia; mas ignorábase el punto de su residencia y esto escitaba la curiosidad mas viva entre los príncipes europeos. Era aquel personage un sacerdote gefe de la secta de los nestorianos, cuya efímera monarquía derribó Gengis-Kan en sus prodigiosas conquistas. Juan II, rey de Portugal, envió dos embajadores al Asia, con órden de buscarle. Después de muchas investigaciones inútiles uno de los embajadores llamado Covilham oyó hablar en el mar Rojo de un príncipe cristiano que habitaba las montañas de la Etiopia: dirigióse en seguida hácia este país y llegó á la corte del gran Negous situada entonces en la provincia de Sehoua. Noticiosos los abisinios del poder de los portugueses pidieron socorros á Juan II para sus guerras contra los mahometanos. Con los soldados portugueses llegaron misioneros jesuitas, que habiéndose empeñado en convertir á los abisinios, recibieron el martirio ó fueron espulsados de su territorio. Devorado el imperio por las guerras civiles, las conquistas de los turcos y las invasiones de los gallas lo desmembraron y dividieron en muchas é insignificantes monarquías.

Pocos viageros europeos han logrado penetrar en la Abisinia, fuera de los que llevamos mencionados. Un médico francés llamado Poucet fué á aquel país en 1700, para curar al rey de una enfermedad, mortal en el concepto de los médicos indígenas. Poucet le curó y volvió en seguida á Francia. Algunos misioneros han intentado después visitar la Abisinia y han perecido víctimas de su celo. El escocés Jaime Bruce penetró en ella en 1769, recorrió varias provincias y escribió á su vuelta sus *viajes en Nubia y Abisinia*. En 1805 el inglés Salt, logró permiso para visitar este reino con ánimo de establecer entre él y su país relaciones estrechas de comercio, pero se volvió en 1809 sin haber podido lograr su propósito. Sebat misionero suizo y Rappel naturalista, han visitado juntos la Abisinia desde 1830 hasta 1832. De ellos sabemos que divididas sus provincias por la discordia y por la guerra civil, aguardan el cetro de hierro de un conquistador que les vuelva su unidad y su fuerza primitivas.

ABISMO. Con esta palabra designaban los antiguos geólogos las cavernas situadas en el centro de la tierra, donde suponían retiradas las aguas del diluvio, y en comunicacion con el Occéano. Pero hoy no tiene esta voz una acepcion propia en la ciencia, pues solo nos servimos de ella para designar alguna cavidad sin

fondo conocido, alguna abertura de la tierra ó el seno de los mares. Estas cavidades de la tierra proceden de los trastornos verificados en ella, bien por la acción de las aguas ó bien por la de los fuegos volcánicos, y no son mas que ó escavaciones verticales producidas por el levantamiento de las capas geológicas de la masa terrestre, ó cráteres de antiguos volcanes apagados hoy, ó cauces enjutos de algunos lagos cuyas aguas se han filtrado por aberturas subterráneas todavía existentes.

ABLUCION. Llamase así una ceremonia prescrita por muchas religiones, que consiste en borrar por medio del agua la mancha de ciertos pecados. El diluvio fué segun el Génesis la grande ablucion del mundo, porque habiendo viciado los hombres por su corrupcion y por su iniquidad la primitiva pureza de su raza, quiso Dios borrar con el agua esta grande mancha de la tierra, y la tierra recobró de este modo su limpieza natural.

Casi todas las religiones orientales consagran esta ceremonia, porque allí donde la salud del cuerpo exige en razon del clima baños mas frecuentes, los legisladores han elevado á ceremonia de religion, lo que es al mismo tiempo un precepto saludable de higiene pública. En la India son conocidas las abluciones desde los mas remotos tiempos. «La suciedad de los miembros, dice Manou (lib. 5, 109) se laba con agua, la del espíritu con la verdad.» Y como para llegar á la verdad es necesario, segun dicho código, tener el cuerpo limpio, todas las oraciones deben comenzar por una ablucion.» Todos los dias despues de bañarse debe el Brahma ofrecer una libacion de agua fresca á los dioses, á los santos y á los manes. Antes de comer debe el indio practicar una ablucion sobre algunas partes de su cuerpo, las cuales son diferentes segun la casta á que pertenece, pues «un Brahma, dice Manou, debe purificarse por el agua que descende hasta su pecho, un kchatriya por la que baja hasta la garganta, un vaisya por la que llega hasta la boca y un soudrá por la que toca apenas el horde de los labios» (lib. II, 62.) Así es tanto mas difícil la pureza del alma y del cuerpo, cuanto mas elevada la casta á que pertenece el indio.

Moisés prescribió tambien en ciertos casos las abluciones á los fieles de su pueblo, pero no ordenó repetir con escesiva frecuencia esta ceremonia, sin duda porque los campamentos que ocupaban entonces los judíos no eran tan abundantes en agua como las orillas del Ganges. Mandaba Moisés lavar el cuerpo y los vestidos siempre que se tocara ó comiere algun animal impuro, ó cuando se padeciera lepra ú otra enfermedad contagiosa.

El mahometismo cuyas prácticas y ceremonias están tomadas casi todas de la religion judía, prescribe con mas frecuencia

que ninguno otro culto el uso de las abluciones. Todo mahometano está obligado á practicar cinco abluciones todos los dias, las cuales consisten en lavar el rostro, una parte de la cabeza, la barba, las manos, los brazos hasta el codo y los pies hasta el tobillo, si bien no es de obligacion lavar esta última parte mas que en una de las cinco abluciones. Todas estas prácticas deben ir acompañadas de intencion religiosa y de ciertas oraciones, cuya fórmula pertenece al rito de la mezquita. Pero ademas de estas abluciones deben practicar otras muchas los mahometanos siempre que les ocurren ciertos accidentes determinados en su ley. Todos los viernes deben lavarse el cuerpo, ántes de la oracion del mediodia asi como en otros casos, especialmente despues que han cohabitado con sus mugeres: cuando rozan sus vestidos con algun animal impuro, ó con alguna sustancia que segun la ley tenga la misma cualidad, deben lavarlos inmediatamente, sopena de incurrir en la desgracia del profeta.

La ablucion es una de las ceremonias mas respetables entre los mahometanos, como artículo de creencia que fué revelada á Mahoma por el ángel Gabriel, el mismo dia en que por primera vez le fué revelado el Koran. Cuéntase que como no hubiese agua alguna en la gruta en que reposaba el profeta, el ángel tocó con su pie en tierra é hizo saltar en el momento una fuente de agua viva con la cual hizo su ablucion, invitando á Mahoma á que practicara la suya.

Pero cualquiera que sea el origen de esta ley, es indudable que ella ha mejorado considerablemente la higiene pública de los pueblos musulmanes: hasta las mas pequeñas aldeas tienen sus baños públicos, y en las ciudades ademas de los establecimientos suntuosos en los cuales pueden todos bañarse por dinero, hay otros edificios, considerables fundados por los príncipes ó por personas caritativas donde pueden cumplir los pobres, sus deberes religiosos de la limpieza. Así en las ciudades mahometanas son recogidas cuidadosamente las aguas del campo y conducidas á las fuentes que abundan por donde quiera. El agua mas celebrada para las abluciones es la del pozo sagrado Zem-Zem, sito en la Meca: esta agua es respecto á los mahometanos lo que la del Ganges respecto á los indios, ó lo que la del Jordan respecto á los judíos. Cuando las aguas no son bastante puras, ó escasean como en tiempo de sequía pueden practicarse las abluciones con arena ó con polvo ó bien con piedras y metales, que se colocan sobre las partes del cuerpo que deberian ser lavadas. Mahoma en uno de sus viages por el desierto hizo su ablucion de esta manera á la cabeza de sus discípulos.

El cristianismo, que es la religion cuyas prácticas tienen

menos relacion con las necesidades de la vida material, apenas ha conservado del culto judío las ceremonias concernientes á las purificaciones: el bautismo es el único rito en que se hace uso del agua como agente natural necesario para borrar simbólicamente la mancha del pecado primitivo, y sin embargo su fin es muy diferente del de la ablucion por mas que en su forma tenga alguna analogía con ella. Esta ceremonia es una especie de recuerdo del lazo que une á las dos religiones. El bautismo que administraban San Juan á los judíos ántes de la venida de Jesucristo en el rio Jordan, estaba perfectamente de acuerdo con las costumbres orientales. Pero en nuestras iglesias no se hace uso del agua para lavar realmente á los bautizados, sino como figura ó símbolo de la purificacion de la primera culpa. Las aspersiones del agua bendita, la ceremonia que practican los católicos de sumergir en las pilas de las iglesias, las puntas de los dedos, el lavatorio del sacerdote ántes de la consagracion de la hostia, y el de los pies acostumbrado en el Jueves Santo, puede decirse que representan simbólicamente la práctica de la ablucion.

ABOGACIA.—La profesion de abogado: tambien la clase de los abogados.

La Abogacia, tal como actualmente la conocemos, como existe y se ejercita en Europa y en América no asciende de seguro á una muy alta antigüedad: su principio se encuentra en el Bajo Imperio, y su constitucion definitiva pertenece á los últimos años de la edad media. En aquel fué donde primero se estableció, antes de que se fundáran las Universidades de Occidente, una formal escuela de estudios jurídicos, para los que deseasen conocer y practicar la legislacion romana; y en éstos, en los que se organizó del todo el ejercicio de la profesion de abogado, regulándose con sus leyes especiales, instituyéndose los colegios, y prohibiéndose su práctica á los que no estuviesen inscritos en las respectivas matrículas, previas las solemnidades oportunas.

Mas esto es en cuanto á la clase, y á la forma actual de la profesion. Si se prescinde de ello, y se la considera en su esencia misma, si se atiende á su origen, si se buscan sus primeros elementos, sus primeros albores, sus primeros pasos, tales como los permitiera el estado contemporáneo de la sociedad; no hay duda en que hallaremos á la Abogacia existiendo realmente desde los primeros siglos del mundo, mostrándose en todas las naciones, conservándose y durando en todas las época. La profesion de la Abogacia no es esencialmente otra cosa que el ejercicio de la defensa judicial: la defensa de los derechos en los negocios civiles, la defensa de las personas en los negocios criminales. Ahora bien: ¿en qué sociedad, por muy atrasada, por muy tosca que la supongamos, por muy

cercana á su infancia y á sus principios, no ha de encontrarse en sus hábitos, ya que no sea en su legislacion, la defensa de las personas y la defensa de los derechos? ¿En qué sociedad donde se administre justicia, no ha de procurarse por los medios compatibles con su estado, que la justicia sea bien administrada?

Ruda, grosera, material debió ser la Abogacia en los pueblos primitivos, porque eran rudas, groseras y materiales sus costumbres. Sin embargo, desde el momento en que había jueces para dirimir las contiendas, era indispensable que estas fueran discutidas en su tribunal. La constitucion de la magistratura por informe é incompleta que fuese, traia consigo la idea del derecho y la invocacion de la inteligencia. Verdad es que los mismos interesados serían los que presentáran en aquellas primeras edades las defensas de sus respectivos negocios. Tanto el hecho como la ley eran á la sazón sencillos; y la naturaleza y atribuciones del juez mas bien consistían en un arbitraje, que en lo que posteriormente ha sido necesario fundarlas. Cuando no se habia escrito ningun precepto público: cuando ni en estos ni en su aplicacion habia nacido el refinamiento, ni verificádose el adelanto, que debia traer la cultura general: cuando no se necesitaba para dictar buenas sentencias sino la posesion de una mediana sensatez, y de una rectitud conocida; evidente era que los informes de los litigantes mismos podían bastar para completa ilustracion de los derechos que habian de decidirse con aquellos fallos. ¿A qué mas defensor de una causa, que el propio interesado en su buen éxito?

Esta regla, empero, ni aun entonces podia ser universal. De la misma suerte que había personas incapaces para la peléa, no obstante de que el batallar fuese la ocupacion de todo el mundo; de la misma, habia de haberlas tambien inútiles para llevar la voz de sus intereses en las contiendas judiciales. Es esta una pugna, como las de cualquier otro género; y por mas atrasada y material que la supongamos, siempre será evidente la absoluta incapacidad de algunos, y la desventaja notoria de muchos mas, para esa gimnástica de la razon. Había niños, había ancianos, había mujeres, había personas ignorantes por cualquier causa, imposibilitadas las unas, constituidas en inmensa inferioridad las otras, para defenderse á sí mismos. La razon y la historia nos dicen que, en semejantes casos, una persona estraña y capaz se hizo cargo de la defensa abandonada ó mal desempeñada. El pariente, el amigo, el hombre generoso, cuyo corazon se enardecía contemplando la desdicha agena, se sentaron en el lugar del encausado ó del litigante, á llevar su voz, á volver por su causa, á proclamar su inocencia ó su derecho.

En aquel momento hubo Abogacia y Abogados.

Pero el gran desarrollo, y al mismo tiempo el gran lustre de esa profesion, deben buscarse sin duda donde se encuentran sublimadas todas las que corresponden á nuestra inteligencia. Allí, donde se anunció el principio de la individualidad, donde el poder del hombre y de su genio principiaron á ostentarse en mayor altura y con mayor gloria; allí es donde necesitamos acudir, y detenernos un instante, si queremos contemplar cuanto ofrece de mas bello la civilizacion antigua, acerca del interesante punto en que nos ocupamos.

Debió haber sin duda una Abogacia, concordante con su estado social, en las grandes y misteriosas naciones que llenan los primeros siglos de nuestra historia. Los imperios de Babilonia, de Persia, del Egipto, eran paises adelantados en cierta clase de civilizacion, con leyes científicas, con complicados derechos. Es imposible suponer que fueran sus juicios semejantes á los que se observaron con el tiempo en el fondo de la Germania, ó á los que decidían en el instante mismo las sencillas contiendas de los hijos de Ismael. Cuando existen tan populosas ciudades, tan importantes clases civiles y políticas, tan inmensos establecimientos, no puede dejar de existir contemporáneamente una administracion de justicia, ordenada, laboriosa, necesitada del concurso de categorías enteras de la sociedad. En medio de tantos intereses como deben encontrarse en un pais de aquel género, no cabe que esté absolutamente descuidado lo respectivo á su ilustracion y defensa. La Abogacia podrá tener otra forma; pero es necesario que bajo de alguna exista, y preste sus servicios.

Sin embargo, no olvidemos la idea capital que arroja de sí aquella civilizacion; y no estrañaremos de ningun modo el silencio ó la oscuridad de la historia cuando buscamos al abogado en esas sociedades asiáticas. Existe en ellas sin duda el hombre de ley; pero su nombre natural, la idea y la consideracion bajo las cuales se presenta, no son las de defensor, no son las de patrono; son las de juez, las de sacerdote.

La fuerza social dominaba y absorvía en aquellos pueblos todos los derechos individuales: el interés comun, el interés del Estado, ese panteísmo político, era su ley y su naturaleza. Nada era la persona delante de la clase: la razon particular yacía sometida á las reglas generales de la razon pública. Grandes como sus pirámides y sus muros, eran tambien aquellos pueblos inmóviles como los eternos peñascos que formaban los unos y las otras. Nada de pasion, nada de afectos, nada de espontaneidad en semejantes paises: impediálo la constitucion íntima con que estaban organizados. Su justicia debía de ser misteriosa, como lo era su gobierno, como lo era su religion. Solemne, sí, por el aparato grandioso de que se rodeaba; pero distante de nuestras ideas,

como lo están aquellas costumbres de nuestras costumbres.

Si en los países á que nos referimos, hubo, como es forzoso, algo que desempeñase la idea del abogado, esta idea vivió sojuzgada por la de juez; y cuando se ha escrito la historia de tales pueblos, la segunda ha continuado ahogando como una losa á la primera.

Muy de otro modo debía suceder en Grecia, y en Atenas en particular, que es la Grecia entre los mismos griegos.

Todo era aquí absolutamente opuesto á lo que acabamos de ver en las sociedades asiáticas. Otro principio había inspirado á aquel país: organizábale otra íntima constitucion: cuanto era, bajo todos aspectos, procedía de un espíritu diferente. El individualismo pugnaba allí por nacer, adelantándose á la sociedad cristiana; y la independenciam y la soberanía de la razon particular dominaban sin el menor obstáculo. Su política era la democrácia, el imperio de las pasiones, el desprecio de la tradicion, el omnímopoder del número: su religion era un materialismo voluptuoso, sin misterios de ninguna especie: su organizacion social apenas llegaba á la familia, teniendo casi por unidad á la persona. Si se quiere expresar con una sola palabra tanto el estado moral como el material de aquella nacion, nosotros no encontramos una mas propia que la de *movimiento*.

Aquí, la idea de juez no podia sofocar á la de abogado: el hombre de ley, que debía ser al mismo tiempo el hombre público, no habia de recordar al areopagita sino al orador.

Nadie conoce el nombre del magistrado que presidia el juicio cuando Demóstenes y Esquines luchaban por la corona; y los nombres de Demóstenes y de Esquines han atravesado las edades como símbolo de la belleza, y se estenderán todavía de generacion en generacion, mientras nos admiren y arrebatan las sublimes prendas del ingenio.

No se crea sin embargo, que esa brillante Abogacía de Atenas pueda ofrecer gran semejanza con la de la época actual: ya hemos dicho de cuándo datan los principios de la segunda, con el carácter que la distingue, con la esfera que ha tomado por órbita. La Abogacía griega fue principalmente una Abogacía política, porque así fue tambien toda aquella sociedad. La vida de los atenienses era completamente exterior: lanzados en el foro público desde sus primeros años, en el foro vivian y morian, en el foro lidiaban y descansaban, en el foro encontraban á la vez la pátria y la habitacion, el Estado y la familia.

Libre era sin duda entonces esta profesion, abierta como todas las demas á cuantos se presentasen á abrazarla. No conocia la civilizacion griega estas trabas que han venido despues á embarazar el uso de las propias facultades, y que nosotros no decidimos

ahora si proceden de una justa experiencia, ó de una triste preocupacion. Cualquiera podia entonces lanzarse al foro judicial como al exclusivamente político, y dedicarse en él á la ilustracion y defensa de los derechos. El pueblo, juez en muchos casos, los tribunales, verdadera magistratura en otros, escuchaban con mas ó menos interés, con mas ó menos indulgencia, al que venia á demandarles justicia en nombre de un litigante, ó piedad en el de un acusado.

Pero no se crea, por esa libertad de la profesion, que en los buenos tiempos de la Grecia estuviese comunmente desempeñada por hombres zafios é ignorantes. Era aquella una época en que todas las clases de la sociedad inundaban las escuelas de filosofía; y en que si el Derecho no tenia estudios especiales, dedicábanse por lo menos á su culto los ingenios mas eminentes y los caracteres mas elevados que cuenta en sus anales la humanidad. ¡Magníficos juicios por cierto, ostentosa é inmortal Abogacia, la de Pericles defendiendo á Aspasia, la de Platon justificando á Sócrates, la de Focion orando por sí mismo, ante la bulliciosa é injusta, pero brillante y sin igual democrácia de Atenas!

La civilizacion romana, nacida, pero moderadora de la griega, continuadora y perfeccionadora de cuanto habia en ésta grande y generoso, no podia de seguro abandonar una senda ni olvidar un objeto tan importante. La exageracion de los griegos debia estinguirse y acabar en las orillas del Tiber, porque habia un elemento etrusco, un principio de la supremacia social en esta nueva civilizacion. Nada es en Roma completamente semejante á lo que le corresponde en la capital del mundo heleno: ni la religion, ni la constitucion, ni la democrácia, ni la tiranía. Esparta mismo, ese pueblo monástico que rompe el cuadro de la Grecia, Esparta mismo no se parece al pais de Rómulo y de Numa. No es aqui la palabra *movimiento* la que nos ha de dar idea del carácter y el destino del pueblo-rey: si hay algunas palabras que epilogan su historia, es menester buscar las de *grandeza y dominacion*.

Roma en efecto estaba predestinada para legisladora del mundo: Roma debia cumplir el destino del Derecho en la tierra: la civilizacion de Roma se habia de cifrar en la unidad del universo y en el imperio de la ley. Aqui, primero que en ninguna parte, se debió llegar á la verdadera idea de la justicia; porque en las naciones asiáticas la habian confundido con el despotismo, porque los pueblos griegos la habian hermanado con la agitacion. Roma podia comprenderla mejor que los unos y que los otros: justo medio social, en que no dominaba un solo principio, en que no era exclusiva ninguna idea. Por eso duró Roma, cuando los es-

tados griegos fueron insubsistentes; por eso adelantó, por eso progresó, cuando los imperios asiáticos fueron inmóviles.

Esa duracion de Roma acabó de desenvolver las cualidades que cabían en su destino, y dió lugar á la formacion de la ciencia del Derecho. La sabiduría de los siglos fué acumulándose sucesivamente: el progreso y la templanza la dieron vida, y la hicieron subsistir. Atenas no habría tenido nunca tradiciones, ni Memfis novedades; porque ni la democrácia admite los precedentes, ni la teocrácia la innovacion. Roma, constituida en un medio, pudo conservar y pudo adquirir: su Senado y sus Tribunos eran el doble emblema de su inmortalidad y de su progreso.

Así, el foro romano, la justicia romana, ni fueron sepulcrales y misteriosos como entre los egipcios, ni puramente políticos como entre los atenienses. El foro romano fué ya un precursor del foro moderno, por su carácter y su naturaleza, si bien mas grande y ostentoso que éste, ya por la misma importancia universal de Roma, ya por los altos personajes que lo ilustraron con su concurso. Hortensio, César, Catilina, Pompeyo, Bruto, Ciceron.... hé aquí una pléyada brillante, mas allá de la cual nada es posible en la forma, ni en la elocuencia, ni en la dignidad.

Y en tanto que estos reyes de la palabra ostentaban todo su poder delante de los magistrados y del pueblo romano, otros espíritus laboriosos recojían y ordenaban las máximas de la justicia, poniendo los fundamentos de la ciencia, que como hemos dicho, debia nacer en aquella capital del mundo. Cuáles consagraban sus vigilias á la formacion de preciosas instituciones, que debian descubrir á los dos mil años con inmenso júbilo los pueblos ilustrados de la Europa: cuales otros, sentados patriarcalmente á la puerta de su habitacion, esplicaban á la juventud las fórmulas jurídicas, ó contestaban á las consultas que se les dirijieran, mereciendo sus sábias y prudentes reflexiones ser estimadas como leyes en los tribunales, y pasar despues á los Códigos mismos, bajo el nombre de *responsa prudentum*.

Sin embargo de todo, la época mas alta y capital de la jurisprudencia antigua, aquella en que científicamente habia de llegar á su mas sublime esplendor, no es todavía la de que acabamos de hacer mérito con los nombres que hemos copiado. Hay algo de griego, algo de ateniense, algo de deslumbrador y político en la Abogacía de César y de Ciceron: no están separadas aún consideraciones que era forzoso separar: encuéntrase en aquellos discursos mas pasion que ciencia, mas inspiraciones de hombres de estado que observaciones de hombres de ley. Aun los mismos Cayo y Sulpicio, mas bien poseen los fundamentos, que no poseen el Derecho en toda la estension de que era susceptible.

Refiriéndose en diferentes historias de la ley romana que Julio César tuvo el propósito de formar una compilacion de cuanto existia correspondiente á ese objeto, se ha deplorado por lo comun el que no lo verificase, creyendo que su obra hubiera sido muy superior á las posteriores, ordenadas quinientos años despues. El autor de estas líneas se permitió, y permitirá siempre, dudar de semejante juicio. Habría tenido, es verdad, la coleccion de César el mérito de conservarnos muchas leyes de la República, cuya noticia se ha perdido posteriormente; pero ni como libro de aplicacion, ni como libro de ciencia habria podido competir con las colecciones de Teodosio y de Justiniano. Todo el brillo de los hombres de ley en el siglo que precedió á Jesu-Cristo, brillo que tal vez no ha tenido igual, que tal vez no es posible lo tenga despues que pasaron aquellas circunstancias, no debe hacernos desconocer, como ya hemos indicado, que la ciencia se encontraba en su cuna, necesitada de tiempo para crecer, desarrollarse y dominar.

La época de su apogeo en el mundo antiguo, es la de los emperadores. Separada completamente de la política, encerrada en sus verdaderos límites, ocupándose de su objeto propio, fácilmente pudo llegar á toda la altura que eran capaces de darle el ingenio y la constitucion del pueblo romano. Como César y Ciceron habian sido los ejemplos mas insignes de la oratoria forense, así Paulo y Ulpiano lo fueron á su vez de la ilustracion y la ciencia legal. Centenares de jurisconsultos, verdaderamente dignos de este nombre, llevaron la luz á todos los extremos donde podia alcanzar *la noticia de las cosas divinas y humanas.* (1)

Vino despues un tiempo en que Roma cayó, en que la hollaron con sus pies los bárbaros del Norte, en que sus hijos gimieron en la esclavitud y en la ignominia, en que todo el lustre de su gloria se borró y desapareció como un sueño. Pero las grandes conquistas de la civilizacion griega, confirmadas y establecidas para siempre por la romana no habían ya de desaparecer de la sociedad. Las obras de Mario y de Sila habian concluido: Ulpiano y Ciceron tenian su dominio seguro en los pueblos que habian de venir.

En aquel periodo de la historia comienza el origen de las nuevas sociedades, y aparece el principio de las nuevas leyes, de la nueva jurisprudencia, de la nueva Abogacia. Mientras se agita el occidente en completa descomposicion, recoge y ordena Constantinopla los grandes códigos, depósito utilísimo de la ciencia pasada, base y fundamento de la ciencia futura. Despues del

(1) Definicion de la jurisprudencia.

Digesto, del Código, de las Novelas, que presentan la legislación romana con todo su aparato, escríbese la Instituta, fúndase una escuela especial para su estudio, y elévasela completamente al rango de teoría especial, de ocupación académica, limitada en su ejercicio á los que han cursado sus aulas. Poco despues principia en las nuevas naciones sucesoras del imperio occidental un movimiento semejante. Las Universidades, creación inmensa, social y política, comienzan á nacer en Francia y en Italia; y la ciencia del Derecho toma posesion de ellas, como de uno de sus objetos mas principales y grandiosos. Si no brilla y luce aun la Abogacía propia, esto es, la defensa judicial, porque le falta su instrumento necesario, no estando formados los nuevos idiomas; la ciencia jurídica, por lo menos, se cultiva y progresa en el latin que era permitido usar entonces, y bajo las formas escolásticas, que eran á la sazón el obligado acompañamiento de todas las materias científicas.

Otro resultado debia tener el espíritu general de los siglos medios en la profesion de la Abogacía, análogo al que inspiraba en todas las demas profesiones. Desde que constituyó la legislación una ciencia verdadera (y hemos visto que sucedió así bajo el imperio romano) natural fue que no se presentasen á defender ni los derechos ni las personas, sino los que hubiesen seguido su enseñanza y empapádose en sus doctrinas. Aquellos que quisieron dedicarse á la carrera del foro, viéronse precisados á emprender los competentes estudios, para que los litigantes confiaran en ellos, y los jueces los escuchasen con benevolencia. La necesidad iba organizando poco á poco la profesion, mas fácilmente en unas épocas, con mas dificultad en otras, segun abundaban ó escaseaban la enseñanza. Pero el complemento de esa obra, su exageración si se quiere, solo podia corresponder á la época en cuyo recuerdo nos encontramos. El espíritu que organizó en corporaciones todas las clases sociales, que creó los gremios, que dividió y clasificó los trabajos, compartiendo como en un tablero las fuerzas laboriosas de la sociedad; ese mismo debió ejercer en la Abogacía todo el peso de su omnipotente influjo.

Hemos dicho al principio haberse verificado esa nueva faz en los últimos tiempos de la edad media. Hasta entonces, si las Universidades habian dado instrucción, si el Estado proporcionaba medios para abrazar con inteligencia la profesion de la Abogacía, no se cuidaba, como se cuidó despues, de que solo la ejerciesen los que estuvieran inscritos en sus registros, y hubiesen llenado las formalidades fijadas en ciertos reglamentos. Los estudios eran libres y los tribunales no estaban aun organizados, como lo estuvieron despues. En la época que nos ocupa fue cuando se crearon los co-

legios, y cuando se perfeccionó ó se monopolizó la profesion.

Esto por lo que hace á su forma esterna. Su importancia en esos mismos tiempos, desde la caída del imperio romano, hasta la nueva constitucion de la Europa á fines del siglo XV, su importancia fue tan grande como útil y civilizadora. Despues de la Iglesia romana, principio de paz, de unidad, de organizacion en medio de aquel caos, ningun otro elemento puede reclamar la primacia sobre los grupos de hombres de ley, que ya reunidos en las Universidades, ya diseminados por las córtes, predicaban la nocion del Derecho, y reclamaban un lugar para él. La edad media es una batalla entre principios sociales y principios disolventes; y no hay necesidad de decir que los jurisconsultos marchaban á la cabeza de los primeros.

Su consideracion particular correspondia al sacerdocio de sus funciones. Aquella edad fue la que inventó la licenciatura y el doctorado, confiriendo á la primera el carácter de los escuderos, y armando formalmente caballeros á los que obtenian el segundo. Aquella edad fue la que concedió la nobleza, la que colmó de distinciones, á veces estremadas, á los que llevaban el nombre de jurisperitos. Aquella edad fue la que los igualó con los señores feudales, cuyos contrarios eran, cuyos vencedores habian de ser andando el tiempo.

Todo esto era en verdad merecido. Los fundadores de la Universidad de Bolonia, los compiladores de los Capitulares de Cárlo-Magno, y de las Asisas de Jerusalem, los autores del inmortal Código de las Partidas, se hallan en la mas alta linea entre los grandes hombres de la edad media.

Por estos mismos tiempos, la autoridad real fue deudora á los hombres de ley de servicios muy considerables. En la contienda del poder soberano con el feudalismo, de la unidad social con las fuerzas escéntricas que la menguaban, siempre se agruparon en derredor de la primera, y pugnaron por consolidar su soberanía. No hay duda en que contribuyeron para este fin las tradiciones del imperio romano, de que se inspiraban en su legislacion; pero creemos tambien que aun el mero estudio elemental del Derecho y la contemplacion de la idea de la justicia, habian de producir por sí solos idénticas consecuencias. En la monarquía estaba la salvacion del mundo, y la realizacion del desideratum de la ciencia: no debian caminar menos hácia ella los hombres inteligentes por prevision que por recuerdos.

Lo menos brillante y ostentoso de la jurisprudencia en esta época que examinamos, es lo perteneciente á las defensas individuales en cada particular juicio. Ya hemos indicado el motivo, cuya exactitud no se nos podrá negar. Carecian los abogados de

instrumento para esta parte de su profesion, atendido el estado de las lenguas en todos los paises de Europa. El latin corrompido y escolástico, que se habia conservado en la Iglesia y en las Universidades, podia servir para los libros y para las aulas, mas de ninguna suerte cabia que se usase en el foro. El pueblo no lo entendia, y no era la lengua de los tribunales. Los idiomas comunes, los *romances* que á la sazón se formaban, veíanse aun muy lejos de ser medios aptos para la elocuencia. ¿Quién puede figurarse á Demóstenes hablando la lengua en que está traducido el Fuero Juzgo? Y sin embargo, ese castellano del tiempo de san Fernando era tal vez el idioma mas adelantado entre todos los idiomas de Europa durante el siglo XIII.

Habia pues una material imposibilidad para el brillo de la Abogacía; por lo menos para el brillo que se conserva, que traspasa los siglos, que se hace admirar eternamente. El genio de Ciceron no habria levantado esta pesada cadena, que condenaba á la inmovilidad los talentos oratorios. Asi, Bártulo, Baldo, Alciato y otros muchos continúan durante esos siglos la ciencia; pero en la práctica del foro no hay nada que recuerde los bellos tiempos de la Abogacía romana.

Y sin embargo de esto, aun en el foro mismo se hacia sentir el influjo de aquella ciencia, y sus preceptos vencian y desterraban los bárbaros usos introducidos por la ignorancia y la supersticion. El derecho de la defensa sostuvo su mision de humanidad y justicia, y ante él tuvieron que eclipsarse las pruebas del fuego y los combates jurídicos.

No necesitamos repetir, para terminar el cuadro de la Abogacía en los siglos de la edad media, que su ejercicio no era, ni podia ser en ellos político, de la suerte que lo fue en la antigua Grecia, y aun hasta cierto punto en los primeros siglos de Roma. Pero si los discursos de los doctores de Bolonia, de Paris ó de Salamanca no tenian el carácter de los de Demóstenes ó de Ciceron, ya hemos dicho poco hace, y debemos ahora repetir, que el movimiento, la conducta, la obra general de la Abogacía, políticos fueron en la edad media, tanto como científicos y mucho mas que literarios. Cada pleito ó cada causa de por sí no podia dar ocasion á una Filípica ó á un discurso contra Verres; mas el destino entero de las Universidades y de los letrados fue una doble lucha en favor de los reyes y del Derecho, contra el feudalismo y la fuerza material. Tambien es esta una especie de batalla política, y no por cierto la mas descansada. El ejercicio de su profesion estaba rodeado de mil obstáculos, que era necesario vencer antes de entregarse pacíficamente á ella.

Llegamos á una nueva época en los anales de la Europa. Se

habia en fin, terminado la obra de reorganización: las monarquías estaban constituidas, y la noción del Derecho imperaba por todas partes. Veíanse formados los tribunales, establecidos los colegios, encargada la inteligencia de toda obra judicial, con lenguas hábiles, perfeccionadas, para que le sirviesen de instrumento en sus trabajos. ¿Qué debió esperarse de la Abogacía en los tres siglos que hemos atravesado despues de esta situación? ¿Qué ha sido la Abogacía en efecto en nuestra moderna sociedad? ¿Cuáles pronósticos se debían formar de ella, y cómo ha correspondido á los que se formaron?

Desembarazada ya en su ejercicio, sin tener que luchar con los instintos de la fuerza que en la edad media habian dominado encontrando asentada por todas partes la supremacía del Derecho, fuéle dado sin duda el cumplir mejor que en ninguno de los pasados tiempos la honrosa y santa misión que verdaderamente forma su carácter. No podia ostentar, ni de hecho ostentó el brillo de las edades griega y romana: no discurrió como entonces libremente por todos los campos de la fantasía, sin otros límites que los de la pura inteligencia; pero ilustrada con su índole científica, pudo llenar lo que de ella debía esperarse, con mas seguridad, con mas igualdad, con mas constancia que hasta allí. Ya fue posible, y ya existió verdaderamente el modelo ideal del abogado; mas modesto, sí, que los oradores antiguos, pero mas útil, mas amable, mas dispensador de bien, en medio de su propia modestia.

Pudo haber ya un hombre en la sociedad que consagrarse su vida al estudio, á la contemplación, á la defensa del Derecho: un hombre, que destinando sus vigiliás al exámen de lo que la justicia enseña como leyes del mundo, las invocase á la luz del dia, y las proclamase ante los tribunales que ellas mismas han creado para asegurar su santo dominio: un hombre, que sometiendo á la inteligencia todos los adelantos de la civilización, mantuviese á cada cual en el disfrute y plenitud de lo que le pertenecía: un hombre en fin, que con voz de trueno etigmatizara el crimen, y le señalase sobre la frente del malvado, ó que rasgando la máscara de infernales calumnias arrancase del cuello de la inocencia el dogal que la oprimia, y embotase y separase la cuchilla preparada para sacrificarla. Pudo haber este hombre despues que el cristianismo habia promulgado como ley del mundo la caridad; despues que el Derecho se habia ordenado y constituido en ciencia; despues que la fuerza material se habia humillado delante de la ley. Grecia y Roma no pudieron conocerlo: los siglos medios no pudieron conocerlo: la Europa moderna fue la única que pudo conocerlo y admirarlo.

Así, el destino de la Abogacía fue tan bello, como digno en la moderna sociedad. Difundida por toda ésta, plegándose admirablemente á todas las situaciones, ella animó, vivificó, sirvió á

los pueblos, desde los callados límites de la oscura aldea, hasta los mas ostentosos lugares de las córtes mas encumbradas. A veces vergonzosa y humilde, á veces brillante y deslumbradora, por donde quiera ha dejado largas señales de su accion. Las tradiciones de lugar y las crónicas de las Chancillerías y los Parlamentos, son á la vez anales elocuentes de una historia tan digna, tan variada, tan interesante.

Hé aquí lo que distingue sobre todo á la Abogacía moderna: su estension, su universalidad. Asi como el Derecho se ha difundido por todos los accidentes de la vida de las naciones; asi como se ha aplicado á todos sus elementos; asi tambien el ejercicio de ese Derecho mismo se ha dilatado con inmensa proporcion, acomodándose á todas las exigencias de las actuales sociedades. Los hombres que pueden llamarse sus precursores en Atenas, están reducidos á un corto número: los que la fundan en Roma no son tampoco muchos en la Ciudad, y faltan absolutamente en las provincias: durante la edad media solo hay jurisperitos y abogados en las Universidades y en las córtes. La Europa monárquica y organizada es la que los vió estenderse desde la cumbre hasta la base del edificio social, ocupándose de todos sus grados, resolviendo todos sus problemas. La Abogacía se sentó por fin al igual de los reyes en sus consejos, y al lado de los proletarios en sus cabañas.

Llegó pues á hacerse multiforme, siguiendo todos los objetos del Derecho, en sus diferentes ramos; y no pudo calificársela con un epíteto solo, porque habria tenido que carecer de exactitud. A veces se ha mantenido modesta hasta la humildad: á veces se elevó en la consideracion de altas cuestiones civiles: á veces tambien pudo encumbrarse hasta la esfera de la política. No tenia por lo comun, en estos últimos casos, un teatro tan brillante como los de las plazas de Atenas ó de Roma; pero quien contemplase sin prevencion las obras de uno y otro tiempo, y no echase en olvido la disparidad de las lenguas y el carácter que corresponde á la elocuencia de estos siglos últimos, quizá encontraria que no han faltado en los foros modernos ni Demóstenes ni Cicerones.

Y decimos que no tenia por lo comun teatros tan brillantes como la Abogacía antigua; porque en el rigor de la palabra, alguno ha tenido que escediera absolutamente á todos. Van á cumplirse cincuenta años de aquellos dias de luto y de terror, en que hubo que defender, primero á un rey, y después á su esposa, ante los tribunales mas imponentes de la tierra. No era por cierto la causa de Aspasia mas grande que la de la hija de los emperadores, ni la de Sócrates mas trascendente que la de Luis;

asi como no era mas temible el Areópago que el tribunal de la Revolucion, ni los treinta tiranos que los setecientos convencionales. Entonces hizo ver la Abogacia moderna que le era fácil llenar su destino por mas alto y encumbrado que se le ofreciese.

Sin embargo, es necesario confesar que ya este suceso correspondia á una nueva época, al período que principia en fines del siglo pasado, mas bien que al que terminaba en aquellos propios momentos. La suerte de la profesion durante el período monárquico de Europa, es constantemente mas templada, y no se presta á unas agitaciones que en la sociedad no ocurrían. Ella se plegaba, como hemos dicho, á la humildad, á la medianía á la elevacion; pero no podia desarrollarse en un terreno, que era entonces absolutamente desconocido.

La política que hacían los abogados merece solo el nombre de indirecta, porque no la hacian en sus escritos ni en sus discursos forenses. Hacíanla, creando la clase media, á cuyo frente es necesario colocarlos: hacíanla, difundiendo la ilustracion y promoviendo el individualismo: hacíanla, en fin, siendo los primeros sostenedores de la libertad de pensar, cuyas consecuencias habian de ser el trastorno de lo existente, y la gran reforma de las sociedades. Verificábase aquí un trabajo semejante, aunque en otro sentido, al que siguieran los siglos anteriores. Entonces se habian agrupado para sostener la monarquía; ahora se esforzaban tambien con su influjo en reprimirla y moderarla.

Y este influjo, de que usaban como entonces en sentido progresivo y popular, no hay necesidad de decir si era importante en las naciones europeas. La Abogacia formaba ya una clase numerosísima, no solo la primera entre las letradas, por su estension, sino la única cuyos estudios tuviesen una relacion próxima con las materias de Estado. Ella animaba, dirijía, representaba al pais: ella se enlazaba de tal modo con la existencia de éste, que donde quiera que se presentase, podiamos decir que estaba él. No se trataba ya de unos cuantos oradores ó de unos cuantos doctores: eran Abogacia todos los hombres que pensaban, y puede decirse que pensaba toda la sociedad.

Entonces vino la época de las modernas revoluciones, en las que los hombres de ley tenian que hacer un papel tan importante, y que ademas, habian de abrir nuevos caminos al ejercicio de su profesion, volviendo á hacerla política, sin despojarla de su carácter científico ó literario. La revolucion francesa fué la terrible introduccion á este período social; y la primera que nos presentó á la Abogacia ejerciendo un imperio sin partícipes, despues de su victoria sobre los otros poderes sus rivales.

No queremos detenernos en consideraciones puramente políti-

cas que están á la vista de todo el mundo. La importancia que tienen hoy los jurisconsultos, los abogados, en todos los países de la raza europea, es un hecho de los mas perspicuos en la presente organizacion de los imperios. El triunfo de la clase media ha sido su triunfo; la soberanía de la razon es su soberanía propia. Así, la clase, que apenas formada y merecedora de este nombre, combatió contra las fuerzas feudales y en apoyo del poder real; la que despues se volvió contra este, y le hostilizó, ya de un modo mas claro, ya de un modo mas encubierto, segun las circunstancias lo permitian; esa clase ha venido á ser, si no la completa sucesora de la autoridad real y feudal, porque eso era imposible, por lo menos la fundadora y posesora de otra autoridad propia de nuestro tiempo, y que tiene su sólio multiforme en las cátedras, en las tribunas, en los salones, en las plazas, en los periódicos, en el millon de voces y de ideas que constituyen la opinion pública.

Vanamente se han querido levantar contra este dominio algunas imaginaciones exaltadas, algunas fuerzas que en aquel momento se desconocían á sí mismas, y no pertenecían al siglo XIX. Sabida es la aversion de Napoleon contra los abogados: conocidos sus dichos contra la profesion y contra los hombres. Tambien otros que no han sido Napoleones quieren hacerse un mérito de repetir sus bruscas palabras; y se figuran que son genios, porque copian los extravíos de un hombre grande.

Equivocábase ciertamente Napoleon cuando se espresaba de aquel modo, y dominábale el instinto de la fuerza, el sentimiento despótico, ageno de nuestra edad, que tantas veces le dirigió. Irritábase contra ellos porque encontraba que eran un obstáculo á sus invasiones sobre el poder del pueblo; y hubiera querido á veces esterminarlos, como si fueran enemigos que pudieran combatirse en formales batallas. La pasion le hacia olvidar que lo mas puro, lo mas permanente, lo mas indisputable de su gloria, era gloria de la Abogacia. Sus victorias campales pudieron ser y fueron el azote del mundo: su verdadero lauro está cifrado en los códigos, en la administracion, en el sistema gubernativo con que dotó á la Francia.

Y despues de todo, Napoleon, el enemigo de los abogados cayó, y los abogados quedaron, y permanecen los verdaderos dominadores de Europa.

Pero vengamos al ejercicio actual de la Abogacia, terminada ya la historia que hemos debido consagrarle; y digamos algunas palabras sobre su índole ó naturaleza, sobre su estension, sobre las dotes y conocimientos que requiere, sobre los peligros que como á cualquiera otra ciencia la amenazan. No hablamos ahora

del influjo ni del poder de la clase; hablamos solo del carácter y circunstancias de la profesion misma.

Hemos dicho ya que los objetos de la Abogacía se han dilatado inmensamente en estos últimos siglos. No hay un grado social, no hay un acontecimiento humano, en donde no se presente el Derecho, y consiguientemente ella, para reclamar su aplicacion. El mas mínimo contrato, la mas ligera desavenencia, el perjuicio mas insignificante, la encuentran siempre preparada para darles fin por los medios que señala la ley. Desde que esta lo ordenó todo en nuestra vida social, el campo de la Abogacía se convirtió en un campo sin límites. Todo el órden civil, todo el órden comercial, todo el órden de los crímenes comunes, todo el órden de los delitos políticos, caen bajo la jurisdiccion del abogado. Verásele aquí discutiendo una servidumbre, allí examinando una venta, mas allá litigando un mayorazgo, á este lado acusando á un asesino, del otro, defendiendo á un conspirador, á un escritor, á un ministro tal vez. Jamás ha caido bajo profesion alguna un objeto mas extenso, mas variado: la inmensa aplicacion del Derecho, y las nuevas y diarias conquistas de la razon humana, han debido producir esta consecuencia que señalamos. La Abogacía es hoy enciclopédica, por decirlo así, incomparablemente mas que lo ha sido en ningun otro siglo. Comprende cuanto habia sido ántes de ahora, y todo lo que exige el desarrollo de nuestra cultura, que nunca cesa ni retrocede.

Infiérese de esta estension en sus aplicaciones, que ha de ser por necesidad varia y desemejante en sus formas. No hay precisión de hacerse grandes argumentos para convenir en que no pueden ser parecidas las obras de quien discute un arrendamiento, de quien acusa á un seductor, ó de quien defiende una cuestion administrativa. En el fondo y en los accidentes se ha de variar, sin remedio, cuando son tan vários los objetos de que se trata.

Sin embargo, algun punto de union debe haber, alguna concordancia y armonía deben distinguir con su sello á todas las obras del foro. Puesto que en todas ellas existe el principio general de la aplicacion de las leyes; puesto que todas han de estar inspiradas con la idea del Derecho, teniendo entre sí esta relacion oculta; necesario es que se encuentre alguna relacion esterna y de forma, que justifique su parentesco, y haga conocer que no se ha perdido la indispensable unidad de carácter que conviene á los efectos de una misma profesion.

Esta índole propia que la razon demanda á los actos de la moderna Abogacía, se cifra, á nuestro entender, por lo que hace al fondo de los mismos, en la ciencia; por lo que hace á las formas, en la severidad.

La ciencia distingue en verdad á la profesion de que tratamos, desde los tiempos del Bajo Imperio; y no sería lícito á los siglos presentes el abandonarla, para volver á situaciones enteramente concluidas. No era necesaria la ciencia cuando el Derecho no merecía este nombre, y bastaba con la sensatez para la decision de los negocios judiciales. Hoy sería un absurdo, un imposible, el restaurar semejantes tiempos. Hoy la Abogacía no puede menos de ser científica; y mas científica aun de lo que fué en los siglos pasados. La universalidad de los conocimientos, el enlace que tienen entre sí, obliga á que se fortifiquen con árduos estudios los que han de consagrar su vida á la defensa de los intereses de sus ciudadanos. Lo que ya exigía Ciceron de los oradores, es mucho mas indispensable aun en nuestro tiempo que en el suyo; principiando por la ciencia misma del Derecho, que entonces no existía, y que tanta estension y perfeccion ha recibido posteriormente.

En cuanto á las formas con que ha de revestirse la profesion de la Abogacía, hemos manifestado que su carácter permanente, el que no puede variar en ningun caso, debe ser la severidad. La naturaleza del Derecho, que es por sí propio una cosa severa, el aspecto de nuestros tribunales, la índole de los objetos mismos sobre que recaen sus reflexiones, todo exige una gravedad, que puede ser mas ó menos templada, segun estos objetos, pero que nunca habrá de desvanecerse, que nunca deberá dejarse sustituir por exterioridades menos sérias, menos acomodadas á la idea de la justicia tal como los pueblos modernos la concebimos.

Ahora, toda la vez que cumpla la Abogacía esas dos condiciones, que sea como hemos dicho científica en su fondo y severa en su espresion, creemos que no puede reclamársela ninguna otra cualidad general, y que tendrá que acomodarse para proceder con perfeccion, á los respectivos casos que deba ilustrar con su ejercicio. Cuándo deberá ser paciente, discutiendo pequeñas minuciosidades, que constituirán toda la importancia del negocio; cuándo deberá ser templada, razonadora, examinando las frases de donde se ha de deducir la realidad de los derechos; cuándo deberá apasionarse por los grandes intereses de cosas ó de personas, que estén encomendados á su proteccion; cuándo, en fin, se podrá y deberá remontar á altas consideraciones sociales y políticas, que deban tenerse presentes en la decision de aquellos negocios, ó en el terrible fallo de aquellas causas. Toda esa escala inmensa, desde la disputa de un jornal en una aldea miserable, hasta la defensa de un ministro en las cámaras del Parlamento, con sus mil grados diferentes y multiformes; toda esa escala que recorre hoy la Abogacía, está matizada de mil colores diversos, que le es forzoso

tomar, para el legítimo desempeño de sus deberes. Por eso no nos atrevemos á fijarle mas caractéres comunes, y preferimos decir que tienen su índole en su universalidad, que es una porque es infinita.

Hemos indicado algo de los conocimientos que requiere, cuando hablábamos de que habia de ser científica, sin escepcion de ocasiones. Añadiremos, con todo, para mas espresion, que no solamente las ciencias propias del Derecho, en sus diferentes ramos, sino todas las intelectuales, morales y políticas, deben ser conocidas del jurisconsulto. No puede merecerse este nombre en la época en que vivimos, sin una suficiente noticia de los sistemas filosóficos, sin poseer la lógica y la moral, la historia, la economía y las letras humanas. Aun de las ciencias exactas y naturales deberá tenerse mas que mediana tintura; y no estará demas, ni será inútil, algun conocimiento de las físicas y las médicas. La prodigiosa estension con que se aplica el Derecho á todas las relaciones humanas, estension que cada dia crece y se aumenta mas allá de todo limite, trae por resultado esa enciclopedia general en que han menester empaparse sus profesores.

Pero no basta, para que desempeñen bien su mision, toda esa larga série de estudios que acabamos de trazar: las cualidades ingénitas y personales les son tan necesarias como los conocimientos del arte y de la ciencia. Error seria el proponerse hacer un abogado digno de este nombre de la primer persona que se ofreciese á nuestras miradas. Si hubo un tiempo en que bastó la sensatez, porque la ley no era otra cosa que ésta misma; ese tiempo cesó tan luego como se dieron algunos pasos, y las legislaciones se ostentaron mas laboriosas y complicadas. Hoy se necesita la especialidad del talento, y aun pudiéramos decir del carácter, para elevarse á una regular altura en el ejercicio de la Abogacía. No son suficientes cualesquiera luces, asi como no es á propósito cualquier disposicion de ánimo para ejercerla.

La rectitud del sentido es tan indispensable como la del corazon. Tratándose siempre de la justicia y de sus aplicaciones, no se puede nunca olvidar cual es su verdadero origen, de donde toma su principio y fundamento. No es el genio, sino el Juicio, donde ha de mostrársenos toda base moral de las acciones y relaciones humanas: asi, menos es la trascendencia que la seguridad en el talento, lo que debe distinguir á quien se dedique al estudio de la ley. Reuna á esa seguridad, á esa rectitud, á ese aplomo, la claridad y el órden para percibir y formular todas las ideas que han de agruparse en los grandes problemas forenses: reuna tambien la imaginacion, que ha de suministrarle armas en los combates á que se tiene que entregar, y sin las cuales se hallaria

siempre á merced de los contrarios, sin poder parar los golpes que le dirijan, sin poder en su caso dirijírselos con soltura y prontitud.

Esta dote de la imaginacion, no de una fantasía desordenada y saltona, sino de una regular presteza para encontrar razones y argumentos, es una preciosa cualidad en los abogados. Ya hemos llamado á su ejercicio gimnástica de la razon; y claro está por consiguiente que se ha menester desembarazo en los miembros de ésta, para sostener sin desventaja la lucha. El que carece de semejante dote podrá escribir libros profundos, y tratar con maestría materias que no se discutan; pero no las podrá discutir. Un argumento inesperado le fatigará, le abrumará, le dejará sin contestacion. Tal guerrero no sirve para estas batallas.

Otra dote, que tiene mucha analogía con la que acabamos de referir, es la que consiste en la facilidad de palabra, ó llámese talento oratorio. Siempre ha sido ésta una cualidad de inmenso mérito; no digamos cuando ella sola formaba el arte de la Abogacía, sino aun en los tiempos mas científicos, en los que se daba menos parte á la publicidad: aun entonces, *informábase* alguna vez, y las ventajas del *informe* no podian menos de corresponder al que era orador. Pero en los momentos actuales, esa ventaja va siendo cada dia mas notoria. El procedimiento oral reemplaza por donde quiera al procedimiento escrito: los tribunales se van componiendo de mayor número de personas: la política y sus pasiones invaden al foro por todas partes. ¿Cuánta no debe ser la inferioridad de los que no sepan presentar sus argumentos con orden, con claridad, con elegancia?

Indicamos, por último que habia peligros anejos á esta profesion, de la misma suerte que los hay en todas. Su historia, en efecto, puede referir grandes caidas, y todos los que observemos cuanto nos rodea, habremos podido presenciar hechos tristes y vergonzosos. Pasiones de mala índole han arrastrado á veces al hombre flaco y miserable, y en vez de los altos ejemplos que podian y debian esperarse de su concurso, se han presentado en ocasiones dolorosas muestras de debilidad. Se ha cedido al miedo, cuando afrentar el peligro hubiera sido una gloria: se ha caido en la seduccion, cuando podia aguardarse fortaleza para despreciarla: se ha cometido el sacrilegio mas grande que puede cometer el entendimiento humano, cual es la prostitucion del talento á la defensa del error y de la injusticia.

Mas no son estos solos, reales y verdaderos crímenes, objeto de execracion para todos los hombres, los peligros que acompañan á la Abogacía actual: otros tiene tambien de distinta índole, los cuales no se pueden pasar en silencio en una noticia como la que trazamos.

Basta que una profesion cualquiera tenga sus hábitos especiales, para que pueda caer en notorias exajeraciones. Todos los estudios, todos los ejercicios, volvemos á decir, las ofrecen á nuestro entendimiento. Cualquiera ciencia particular, constante y esclusivamente desempeñada, produce una tendencia que se aleja de la rectitud del juicio, de la completa absoluta sensatez. Aun pudiera decirse que la práctica del Derecho espone menos á semejante peligro que los demas estudios profesionales, por la razon de tener objetos tan diversificados, y de exigir tantas noticias accesorias; mas á pesar de todo, es necesario reconocer que el hábito de la disputa produce sus consecuencias necesarias, y que los hombres que lo toman por ejercicio están espuestos á peligros inminentes. En la forma corren el peligro de hacerse difusos y declamadores: en el fondo llegan alguna vez hasta perder toda idea de la justicia, ora creyendo que no existe sino un probabilismo vergonzoso, ora dejándose llevar de tal prevencion que les hace creer siempre justa la causa que se les viene á encomendar.

Todos hemos visto semejantes hechos: todos hemos podido considerar y deplorar ese insigne ejemplo de la debilidad humana, que sella hondamente aun lo mas alto y glorioso de nuestras facultades y nuestras obras.

El, sin embargo, no puede rebajar á la Abogacía: su nobleza, su importancia, su grandeza misma, no decaen en la opinion del mundo por los yerros ni aun por los crímenes de algunos de los que la profesan. El mundo sabe distinguir entre lo que es propio de su índole, y lo que le asocia la flaqueza de algunos hombres. El mundo honra á una profesion, encargada hoy mas que nunca de conducirle hácia el porvenir, al propio tiempo que desprecia y escupe á los farsantes que la enmascaran con su envilecimiento. El mundo honra á una profesion, que si puede citarse como ejemplo de lo bello, desde sus tiempos mas antiguos, no menos puede citarse en el dia como ejemplo de lo libre y de lo independiente. La libertad, que es el carácter de esta nueva época, la tiene vindicada la Abogacía, de bien antiguo, en su favor. Ninguna clase de hombres públicos la goza tan real y tan entera; y por eso ninguna es tan brillante, ninguna cautiva tanto la atención de la sociedad.

Tal es en los momentos actuales la Abogacía; tal es su destino, tal es su situacion. El porvenir que la espera, en cuanto estas cosas pueden calcularse, no es menos importante, ni menos ostentoso.

En medio de un océano de confusiones, y sin descubrir amigas playa adonde encaminarse, navega incierta nuestra sociedad

hacia un destino que la es desconocido. Sus elementos actuales se disuelven; y nuevas necesidades, y nuevas ideas se preparan á reemplazarlos por do quier. En vano se agita el entendimiento para calcular esa forma futura, que nos aguarda, como á toda la Europa, de aquí á un tiempo no muy remoto. Todo lo que puede preverse sobre este particular está reducido á puras negaciones. No será, de seguro, ni la presente ni ninguna de las pasadas; pero el conocimiento de la que ha de ser es un arcano de la Providencia.

Ahora, en esta transición, en este cambio que se nos presenta, y que el filósofo no puede contemplar sin estremecerse, un grande y poderoso influjo está reservado á la Abogacía. Como primer clase de la sociedad, ella marcha á su frente, y continúa llevando la bandera de su civilización. Sea pues voluntaria, sea involuntariamente, ella tiene que empujarla hacia el nuevo orden de cosas; ella tiene que repetir lo que ya hizo en la edad media y en el siglo último; ella tiene que señalar y abrir el sendero, por donde se lancen las masas de la generación que nos va á seguir. ¡Tan grande es su destino, y tanta es asimismo su responsabilidad!

No le aconsejará nunca que la decline, que falte y se niegue á ella, el que tiene la honra de escribir estas líneas. Las clases, como los hombres, deben tener el valor de su posición, y cumplir con serenidad el destino que les cupiere en suerte. Lo que la pedirá, sí, es que llene ese otro hacia el cual se adelanta con la dignidad y la nobleza con que ha llenado los anteriores. Recuerde siempre que su índole ha consistido y no puede consistir en otra cosa que en la exaltación del Derecho, y que á esta sola idea ha debido la consideración que la presta el mundo. Distinga siempre la obra de los hombres de la ley, de la obra de los hombres de la fuerza, para que no se confunda jamás lo que por su naturaleza es disolvente de lo que por la suya es civilizador. ¡Cuánta sería su gloria, y cuánto el beneficio que prestase á la sociedad, si ejerciese para este saludable fin todo el poder de que la revisiten su historia y su presente estado!

En resumen, la Abogacía, como profesión de la defensa, ha progresado desde el origen de las sociedades por una inmensa escala de perfección. En Grecia y en Roma llegó á la cúspide de lo bello en las formas: posteriormente, llegó en las Universidades al complemento de lo científico: en el día, después que los sucesos contemporáneos han vuelto por segunda vez la política al foro, en el día, decimos, reúne mas que nunca ambas cualidades, y excede, de seguro, en mérito á todo lo que los siglos anteriores dejaron para admiración de los que habían de seguirles.

La Abogacía, como clase social, influyente, poderosa, no presenta menos la misma progresion. Ya hemos dicho cual fue su origen, en qué lugar se colocó desde luego en las sociedades, cómo sufrió la rigorosa ley de asociacion, propia de aquellas épocas. Ya hemos dicho tambien sus tendencias y alianzas durante los siglos medios, terminados por su victoria sobre la feudalidad; sus tendencias tambien en los posteriores, terminadas por la revolucion que principió hace cincuenta años, y que todavía experimenta la Europa. Ya hemos dicho por último cuan grande es la representacion que le corresponde en los futuros destinos de esta parte del mundo; y cuan bella corona será la que ciña á sus sienes, si cumple todo lo que puede esperarse de sus antecedentes y de su situacion.

Esta esperanza, por lo menos, es tan fundada como legítima.

J. F. PACHECO.

ABOGADO. (*Véase Abogacia.*) El origen de la palabra *Abogado* (de donde ha venido la de Abogacía) es evidentemente latino: *advocatus*. El defensor se suponía llamado por el cliente, en cuya defensa se había de ocupar. Nuestras leyes de Partida le llaman *bozero*, y dicen que es *hombre que razona el pleito de otro en juicio, ó el suyo propio, demandando ó respondiendo*.

Para ser Abogado entre nosotros han sido necesarios estudios y actos especiales desde los últimos tiempos de la edad media. En el día se ha menester haber cursado tres años de instituciones filosóficas; y siete ú ocho de Derecho, según se reciba ó no el grado de licenciatura. Los que le reciben, obtienen luego el título para la profesion, con solo presentar el de dicho grado académico: los que no lo obtienen, necesitan un exámen en la Audiencia.

Las leyes de Partida señalaban 17 años de edad para poder ser Abogado; mas débese advertir que esta palabra entonces no significaba lo que ahora: aun no existía verdaderamente la clase, ni se requerían los actuales estudios. Una práctica universal, y que sin duda estaba acorde con el espíritu de nuestra legislacion, exigió despues 25. Hoy se ha derogado esta costumbre por un decreto de 1833, y está de hecho vigente la citada ley de Partida, que señala los diez y siete años.

Respecto al ejercicio de la profesion de Abogado, hay en nuestras leyes diferentes prohibiciones, unas mas y otras menos estensas. Personas hay, á quienes les está prohibido serlo en cualquier negocio; y otras, á las cuales se les permite en algunos como por escepcion ó gracia particular.

Las prohibiciones absolutas son: la del que careciese de juicio ó estuviese dementado, la del sordo que no oyese nada, la del

pródigo, á quien se hubiese nombrado curador para sus bienes, la del que lidiase por precio con bestias bravas, sino es que lo recibiese por lidiar con alguna que fuese dañosa á la tierra. Como pena, existe tambien una prohibicion general en nuestras leyes para los que hubiesen celebrado el pacto de *quota litis*.

Hay prohibiciones que no son absolutas, pues los que son objeto de ellas pueden al menos abogar por sí. Tales son la del ciego; la de los condenados por traicion, alevosía, adulterio, homicidio, ú otro crimen semejante; la de la mujer. A todos estos permite una ley de Partida que aboguen por sí propios, pero les niega el derecho de hacerlo por los demas. Por sí y sus parientes muy inmediatos pueden hacerlo los condenados á virtud de mejores delitos; y por sí y sus iglesias el religioso regular. Los Abogados clérigos necesitaban una dispensa del Consejo, segun otra ley de la Recopilacion. Por último, estaba prohibido abogar á cualquiera persona en toda causa en que fuesen escribano ó juez, su padre, hijo, yerno, suegro, hermano ó cuñado.

Ademas de estas prohibiciones de abogar, hay otras impuestas á los que abogan: pactos vedados, que mira con ceño nuestra legislacion, y que á veces castiga con penas demasiado graves. El principal de estos es el pacto llamado de *quota litis*, conocido ya y prohibido por la legislacion romana, vuelto á prohibir por nuestros códigos. Consiste en tratar el litigante con el Abogado que le dará una parte de lo que es objeto del pleito. Nuestras leyes, no solo lo han prohibido, sino que castigan al Abogado que lo celebrare con perpetua y absoluta inhabilitacion.

Otros tres pactos semejantes á éste prohiben tambien á los Abogados las leyes recopiladas. El primero es el de concertar un partido en dinero por razon de la victoria, ó en el caso de obtener la victoria su pena consiste en una suspension de seis meses al Abogado que lo contrate.—El segundo que se prohíbe es el del seguro de la misma victoria por cierta cantidad; penándose con el duplo en caso de hacerse.—El tercero es el de ajustar por una suma cualquiera el seguimiento de los pleitos, obligándose á satisfacer todos sus costos. Tiene por pena una multa de 50,000 maravedís.

Los Abogados están en el dia organizados en colegios en todas las poblaciones importantes, teniendo al frente un decano que eligen ellos propios. Su traje para los actos de ceremonia, es decir cuando informan en estrados, consiste en una toga negra, que ponen sobre el frac, y una gorra de seda ó terciopelo. Su obligacion se estiende á defender á los pobres, segun el turno ó reglas que en cada ciudad estuviese establecido. Sus distinciones son las de la nobleza, cuya cualidad poseen personalmente.

Véase sobre este particular las leyes de los títulos 5.º y 6.º

de la Partida 3.^a, y los títulos 12 y 31, libro 5.^o de la Novísima Recopilación.

ABOGADORES. Llamábanse así tres magistrados de la república de Venecia, con quienes el Senado y el Consejo Supremo debían asesorarse en todas sus resoluciones. Su encargo era velar por el cumplimiento de las leyes: y á fin de que estas no fuesen olvidadas por los nobles del Senado; tenían obligación los abogados de leérselas de cierto en cierto tiempo. Nada podían decidir aquellos dos tribunales sin haber escuchado ántes el parecer de los *abogadori di comune*, que así llamaban los magistrados, de quienes tratamos, y si algo hacían sin su consejo era ineficaz y nulo. Para que los abogados ejerciesen su oficio con independencia, estaba mandado que no pudiesen serlo los hijos, ni los hermanos, del dux reinante, y su encargo duraba solo diez y seis meses. (V. VENECIA.)

ABOMA. Reptil del género de la boa y tribu de las serpientes *no venenosas*. Su longitud suele ser de 20 á 35 pies. Así como las serpientes venenosas matan derramando en su mordedura parte del veneno que encierran en un aparato particular situado debajo del ojo y que consiste en una glándula y un conducto por el cual se comunica aquella con los dientes, así la aboma y todos los reptiles de su género lo hacen estrujando entre sus roscas la presa por enorme y corpulenta que sea. La voracidad de estos animales no ha permitido á los naturalistas estudiarlos profundamente, á fin de conocer todas sus propiedades, sus costumbres y sus inclinaciones. Sin embargo, merced á algunas peligrosas observaciones se sabe que la aboma traga animales enteros de volúmen mucho mayor que el suyo; lo cual no puede concebirse sin suponer que sus mandíbulas están unidas al cráneo, por medio de ligamentos flojos y elásticos, que permiten á las ramas de aquellos huesos una dilatación considerable. Otro tanto debe suceder en ciertas partes del canal intestinal, donde debe verificarse asimismo un ensanche extraordinario. La aboma hace la digestión tan difícil y lentamente, que el animal tragado se corrompe en su estómago, y arroja una fetidez capaz de advertir al viajero cuando está aún distante, del lugar en que se abriga alguno de aquellos animales. Así es que mientras dura la digestión está la serpiente entorpecida y casi sin movimiento, habiendo tenido que buscar un lugar apartado y oscuro donde esconderse, temerosa de ser sorprendida por algún enemigo.—Durante el invierno permanece también entorpecida, y por eso se acoge á los subterráneos donde vive casi sin movimiento hasta que llega la primavera: entonces muda la piel; cuya transformación dió lugar á que creyesen los antiguos que las serpientes se rejuvene-

cian todos los años siendo por consiguiente eternas.

ABONO (*Agricultura.*) Las tierras puras no proporcionan ningún alimento á la nutrición de las plantas, pero son el medio ó el escipiente de las diversas sustancias, por cuya descomposición y resolución en principios elementales, se alimenta y crece la vegetación. Háse notado sin embargo desde muy antiguo que ciertas sustancias minerales inorgánicas como la sal marina, la cal y sus compuestos, contribuían eficazmente en ciertos casos á acelerar el crecimiento y desarrollo de los vegetales; y aunque estas sustancias no obran proporcionando como otras jugos alimenticios á las plantas, lo hacen estimulando ó irritando el sistema orgánico del vegetal, ó como escipiente de la humedad que conservan y suministran á la planta en proporción á la mayor ó menor sequedad del sitio en que esta se halla.

Los abonos se dividen según la clasificación de Davy en *vegetales, animales y salinos*; pero son abonos propiamente dichos todas las sustancias orgánicas sean vegetales ó animales. Estas materias sólidas ó líquidas que constituyen el abono son ó getalinosas, ó mucilaginosas, ó sacolácticas, ú oleosas ó extractivas. El agua que también contribuye muy eficazmente á vegetación constituye una clase especial de abono: el ácido carbónico forma el abono gaseoso.—El *carbono* que entra como parte integrante en casi todos los abonos, es preferible á todos los demás por su virtud de alimentar los vegetales. Así es que siendo el diamante el carbono más puro que se conoce, adoptado como abono sería también el más eficaz, al paso que el carbono de madera siendo infinitamente menos coherente que el diamante, tiene sobre las tierras una acción muy limitada.—Convienen casi todos los modernos *geopónicos* en que las materias orgánicas vegetales que sirven de abono, pasan por un estado medio, formando una sustancia llamada genéricamente *ulmina*, antes de resolverse en sus elementos primitivos. Esta sustancia que los antiguos llamaban *humus vegeta'*, es más ó menos abundante en todas las especies de estiércol.—La acción del abono carbónico se verifica de la manera siguiente. El oxígeno del aire penetra el carbono, lo convierte en ácido carbónico gaseoso, soluble en el agua que embebe la planta, la cual por su intermedio recibe el carbono dividido en partes infinitamente pequeñas. Entonces los elementos de este ácido carbónico obedecen á otras fuerzas disolventes dando por resultado la fijación del carbono alimenticio sobre las sustancias vegetales. Mas aun no puede explicarse la fijación del carbono, del oxígeno y del hidrógeno en la planta por la sola descomposición del ácido carbónico, y así es que los químicos especulativos afirman que la *ulmina*, sustancia muy carbónica é insoluble en el

agua, pero que puede llegar á ser soluble agregándole una pequeña porcion de álcali, halla esta sustancia junto á sí, desprendida del amoniaco por medio de la putrefaccion de la materia que tienen esta calidad, y confundida con ella en el sistema orgánico de la planta sufre una segunda descomposicion y provee al alimento del vegetal, colocando separadamente en él carbono é hidrógeno. Pero aunque esta aplicacion es conforme con otros hechos de la misma clase profundamente estudiados por los químicos, no pasa de ser una hipótesis plausible. El laboratorio de química que presenta un vegetal vivo es mas largo y difícil de inspeccionar que la multitud de instrumentos, retortas, crisoles, cápsulas, y alambiques que el químico experimental coloca en la chimenea de su laboratorio. En puntos de química agronómica no puede haber ciencia especulativa sino por la analogía que suelen tener sus hechos con otros de semejante naturaleza. Si los límites de este artículo nos lo permitiera espondriamos todas las opiniones en pro y en contra que se han defendido sobre tan importante cuestion; mas no siéndonos posible estendernos demasiado, diremos por lo menos que habiendo examinado detenidamente todos estos distintos pareceres, encontramos que ninguno tiene en su favor mas que razones de probabilidad, y que de ellos el que mas parece acercarse á la certeza, es el mismo que ántes espusimos calificándolo sin embargo de hipótesis.

El abono contribuye tambien al alimento y desarrollo de las plantas, por otros medios distintos del de la accion del carbono, del hidrógeno y del oxígeno. La nutricion de la planta puede ser favorecida: 1.º por la elevacion de la temperatura que resulta de la fermentacion de los abonos: 2.º porque el agua que resulta de esta fermentacion queda reducida al estado de vapor, ó es absorbida por ascension capilar por todo el sistema orgánico: 3.º por la naturaleza ácre y estimulante de las sales alcalinas y ferruginas contenidas en el estiércol.

Habiendo indicado aunque ligeramente la teoría de la accion fecundante de los abonos, réstanos hacer algunas aplicaciones.— Los agrónomos han solido dividir los abonos en *cálidos* y *fríos*. Los primeros son aquellos cuya accion es muy rápida, ó porque son propensos á la fermentacion ó por la extrema solubilidad de muchos de sus componentes, ó bien por las materias saladas y escitantes que contienen. A esta clase pertenecen el estiércol de carnero y la palomina. Distingúense los segundos porque su accion es lenta á causa de que los tejidos de las sustancias de que se componen, son difíciles de romper ó de separar, ó tal vez porque en su composicion entran pocas sustancias ácras ó escitantes. A esta clase pertenecen la freza de cerdo y el estiércol de vacas.

Entre los diversos métodos para la formación de los abonos ninguno ofrece resultados mas ventajosos para la agricultura, que el de extraer instantáneamente de los cuerpos puestos á descomposicion, esto es, próximos á resolverse en sus elementos primitivos, los principios aplicables al abono de las tierras. Esta industria es tanto mas digna de proteccion, cuanto que al mismo tiempo que beneficia los productos de la agricultura, aleja de la respiracion las emanaciones deletéreas de gas hidro-carbónico, tan nocivas á la salud. El horror y el asco que nos causan los animales en putrefaccion sería un motivo suficiente para inhumarlos, cuanto mas, si esta inhumacion los transforma como necesariamente sucede, en los abonos mas útiles y eficaces que se conocen en la agricultura. Mas para que las sustancias animales sean verdaderamente provechosas, es necesario que hayan sido inhumadas en las circunstancias y con las condiciones que exija el objeto á que se las destina. Habíanse obtenido resultados ventajosos para la agricultura, empleando en los abonos la materia conocida en el comercio con el nombre de *residuo negro*, ó desperdicios que resultan en la purificacion del azúcar. Esta sustancia es un fosfato de cal, mezclado con un poco de carbonato de la misma base y aglomerado por la albumina de sangre, y la clara de huevo, ó la leche empleada en la descoloracion y defecacion del almivar, de la remolacha, ó de la caña dulce. Pero no bastando todo el negro residuo que producen los ingenios de azúcar para proveer á las necesidades de la agricultura, comienza á usarse en Francia un abono carbónico, semejante al anterior, que se llama *negro animalizado*, cuya principal virtud se la dan las materias orgánicas y carbónicas que contribuyen á formarlas. Estas materias primeras, despues de calcinadas en hornillos, se muelen y reducen á polvo: y así las sustancias orgánicas compuestas de productos fecales, sangre y carne muscular mezcladas, forman instantáneamente una sustancia negra, semejante al residuo negro de la purificacion. Durante la mezcla y calcinacion, apenas arrojan fetidez las materias fecales y animales, pues solo por espacio de dos ó tres minutos se desprende de ellas un poco de amoniaco.

Observaciones generales sobre los abonos que puedan prepararse y conservarse en todos los lugares.

La descomposicion ó putrefaccion de las materias animales, es siempre mas pronta y corre mas rápidamente todos sus periodos que la de las materias vegetales. Las sustancias animales abonan con mas eficacia los terrenos, pero su accion fecundante es menos duradera que las de las animales, y es necesario emplear

mucho cuidado en la conservacion de los estiércoles en que ellas predominan. Asi es que debe retardarse cuanto sea posible su fermentacion y conservarlos en un lugar seco y apartado en cuanto sea posible de la corriente del aire. En cuanto á la formacion de los estiércoles vegetales debe advertirse que pudriéndose fácilmente las plantas verdes y suculentas, es necesario inhumarlas sin dilacion alguna, teniendo cuidado de no colocarlas á mucha distancia de la superficie, porque la contraccion y el peso del suelo podria ofrecer á su fermentacion algun obstáculo. La paja de los cereales, abono muy provechoso para las tierras de pan sembrar, y los despojos de las hortalizas, solo deben emplearse en combustion y en estado de humo. Para obtener abonos provechosos de sustancias animales, no debe emplearse la infeccion que resulta de la descomposicion de los cadáveres que quedan abandonados en medio de los campos, sino que deben estos cubrirse con una porcion de tierra mezclada con cal que tenga al menos el quíntuplo de su peso, y despues de algunos meses queda impregnada esta tierra de una materia soluble que la convierte en uno de los abonos mas útiles. Pero lo que mas activamente beneficia los terrenos es el pescado podrido y el aceite de ballena. En Inglaterra y en Escocia suelen aplicarse á estos usos los huesos de animales pulverizados. La sangre es tambien un abono muy útil. El excremento de las aves y principalmente el de las aves marinas, es un abono excelente: á él debe el Perú la lozanía de sus frutos y la prodigiosa fertilidad de sus campos.

ABORDAGE. Esta palabra que, segun su genuina y mas exacta acepcion, designa el choque, union ó contacto de dos buques en el mar, en el sentido que aqui la usamos, significa uno de los trances mas críticos y terribles de la guerra marítima. Cuando dos buques enemigos se han batido largo tiempo y á distancia por medio de su artillería, suele ser éste el término del combate, si el que se decide á intentarlo, conociendo su inferioridad en este género de lucha, cree tener de su parte la fuerza y el denuedo necesarios. Mas el que se decide por este terrible medio, debe contar, no solo con la fuerza numérica y el valor de su tripulacion; á estos elementos indispensables, ha de unir las buenas cualidades marineras de su buque, con la inteligencia y precision en las maniobras que debe emplear para llevarlo felizmente á cabo; y por otra parte, calcular la distancia, aparejo, fuerzas y posicion del buque que se propone rendir, asi como la respectiva altura de bordo. Si el buque abordado tiene menos altura, la ventaja será del primero; pues sus fuegos lo dominarán antes de llegar á juntarse. Pero en todas circunstancias, el buque mas andador, será dueño de dar el abordage, si tiene de su parte al

:

fuerza numérica y demas condiciones espresadas, ó de eludirlo con la huida, que es en el caso contrario lo que le conviene.

El abordage viene á ser en la mar lo que el asalto en una plaza; y militan del mismo modo las probabilidades de vencer ó ser vencidos en este trance de guerra, suponiendo iguales entre los que combaten el ardor y la inteligencia. De parte del abordante están sin duda la impetuosidad del ataque y su imponente actitud de agresion; mas si el que lo aguarda, inmóvil y dueño de sus actos, aprovecha con serenidad y prontitud los descuidos y accidentes fortuitos que casi siempre acompañan á un movimiento tan difícil; si adoptando una vigorosa y prudente defensiva, emplea sus medios de resistencia contra un enemigo descubierto; si se vale á tiempo de sus fuegos y redes de abordage para embazarar ó frustrar las disposiciones del contrario, no es posible desconocer en él una positiva ventaja. Pero ademas de lo difícil que es reunir en tales momentos estas circunstancias, es evidente que en las lides navales, como en la guerra terrestre, es casi siempre la fortuna compañera de la audacia.

En el plan general de combate que toda embarcacion de guerra lleva formado desde su salida de puerto, están designados del modo mas conveniente los gefes, oficiales, trozos de marinería armada y tropa que deben emprender en caso necesario el abordage, asi como los que desde á bordo han de cooperar á este movimiento, señalando siempre los primeros puestos á aquellos que, á su destreza y agilidad, reúnen conocido valor y determinacion.

Resuelto ya el ataque y distribuida la gente, asi de maniobra como para el asalto, en los puntos necesarios, distribuidas las armas, y dispuestos los arpeos de abordar, (instrumentos de fierro con garfios, que sirven para aferrar y detener al buque enemigo) se emprende el movimiento con el aparejo mas manejable y la vela absolutamente necesaria, jugando entonces la artillería con mayor frecuencia, hasta el momento mismo del contacto; llegado el cual, conviene al abordante cerrar su portería para impedir que el contrario pueda introducirse por ella, ó lanzar combustibles. Cuando cesa el fuego de cañon, le sucede el casi seguro y mortífero de fusilería, en que se emplea toda la gente que se retira de las baterías, inútiles en aquel momento, apostando los mejores tiradores en las cofas y castillos, desde cuyos puntos, y antes del momento crítico, arrojan tambien granadas, frascos de fuego y otros proyectiles con el objeto de destruir, ó de separar infundiendo terror al enemigo.

Son diversos los pareceres de los marinos experimentados acerca del modo mas ventajoso de embestir ó abordar el bajel enemigo.

Creer unos preferible la posición en que el bauprés del buque abordante, penetrando por entre la obencadura y jarcias de sujeción del palo mesana, y dominando de este modo el alcázar enemigo, sirve aquel de paso á los asaltantes para caer sobre cubierta: y otros opinan por una posición y movimiento enteramente inversos. No es posible en una obra de esta clase entrar en el exámen facultativo de esta cuestión, que se debate y esplica con la extensión debida en los tratados de maniobra; y así nos ceñiremos á decir que la regla mas acertada en caso tan importante, es procurar la unión, eligiendo una posición tal, que haciendo infructuosos en lo posible los fuegos de la opuesta artillería, facilite el pronto paso de un buque á otro.

Llegado el momento terrible, inflamada la tripulación por el ejemplo y exhortaciones del comandante; puestos en juego los poderosos estímulos del honor nacional y de la gloria, los trozos destinados al asalto, guiados por sus oficiales, solo aguardan en tan grave expectativa, á que el estruendo y crujido de las maderas anuncien el choque tremendo de los cascos enemigos, y entonces, repitiendo como grito de guerra, la voz de *¡al abordage!* todos se precipitan procurando cada cual ser el primero á lanzarse al buque contrario por el camino mas corto. Cruzadas las vergas, confundidas las maniobras de ambos buques, otros marineros emplean simultáneamente su destreza y agilidad trepando á la arboladura del bajel enemigo, desde donde cualquier cabo, firme ú oscilante, les sirve de conductor y vehículo para deslizarse en él con velocidad. Armados todos de pistolas, de chuzos, de hachas de mano, sables y cuchillos, hechos los primeros disparos á quema ropa, el combate toma pronto un carácter de ferocidad que le es propio y al que no es comparable trance alguno de la guerra. No es aquel ya un combate, donde la táctica y la recíproca defensa, regularizan, como en los comunes, los movimientos del ataque y retirada: es una espantosa revuelta, una lucha y duelo general de cuerpo á cuerpo, en que cada combatiente escoge á su adversario; en donde el esfuerzo del ánimo, la destreza en el manejo del arma corta, la agilidad y prontitud en la arremetida, han de decidir de la victoria: es una escena de formidable aspecto en que el choque de las armas, los tiros, las carreras, el humo de la pólvora, la voz de los gefes, las imprecaciones de los combatientes, los lamentos de los que sucumben, y por último, lo instable y vacilante de aquel teatro de sangre y la incertidumbre misma de la retirada, ofrecen un conjunto de horrores y confusión difícil de describir. El choque de dos regimientos de infantería atacándose á la bayoneta, ofrecería una imágen imperfecta de este terrible encuentro marítimo.

Los conatos de los abordantes se dirigen á apoderarse de los puntos de mas importancia del buque, obligando á sus defensores á rendirse, ó á descender bajo cubierta; y así todos impulsados por un mismo espíritu, se dirijen á popa, donde tremola el pabellon enemigo, compitiendo en ardor y anhelando la gloria de ser el primero para abatirlo y sustituirle la bandera victoriosa que los guia; y allí es por lo regular donde la lucha se termina.

Tambien acontece, en ocasiones, que los primeros asaltantes no pueden ser seguidos de sus compañeros; ya por impedirlo la violencia del viento, ó porque la maniobra de abordaje, no se verificó tan perfectamente como convenia; contratiempo que produce la pérdida de algunos valientes, y suele imposibilitar una segunda tentativa.

Tal viene á ser este género de combate, desde la invencion de la pólvora, la cual sin duda ha modificado en beneficio de la humanidad, el modo de combatir por mar y tierra. Por otra parte, los adelantos en la maniobra y táctica naval han hecho menos necesario y mas raro este terrible desenlace en los combates, (sobre todo, en los buques de gran porte) fiando menos al acaso, el éxito de las batallas. Pero ántes de aquella época, cuándo los buques ó las escuadras se hallaban en presencia, cada galera ó nave armada, provista de su terrible espolon acerado, escojía su adversario, y al modo que dos paladines de los antiguos tiempos corrian á rienda suelta y lanza en ristre á encontrarse en mortífero choque, los buques enemigos, movidos por muchos y vigorosos remeros, tomaban un arranque violento, empleando toda la destreza en el manejo del timon, ya para esquivar el espolon contrario, ó ya para clavar el suyo en la parte mas débil de la opuesta nave. Luego seguia una lucha al arma blanca, de que era teatro uno de los buques, en la que el número y el valor decidian únicamente del resultado. No era desconocido de los antiguos el uso de los proyectiles lanzados de buque á buque; pues que muchos de estos llevaban torres que servian de parapeto y defensa á los soldados, y para arrojar desde ellas dardos y piedras; y á este propósito, citaremos el hecho de *Annibal*, que en la batalla naval que dió á *Eumeno*, rey de Pérgamo, hizo encerrar serpientes vivas en vasijas de barro que lanzadas á los buques de los contrarios, pusieron á estos en no menor confusion que si hubiesen sido granadas.

No de otro modo se decidieron el famoso combate de Salamina, los numerosos encuentros de las flotas de los romanos y cartagineses, en que tanta parte tuvieron los marinos españoles como aliados ó auxiliares de los últimos, y aquella batalla, memorable entre todas de Accio, donde feneció de todo punto la libertad

romana. De este género fueron también los innumerables combates dados por nuestra marina (una de las primeras del mundo), contra sarracenos, ingleses, franceses, holandeses, napolitanos y portugueses, aun después de introducido el uso de la mosquetería, siendo en la mayor parte nuestra la preza; y los nombres de los *Laurias*, *Niños*, *Bazanes* y de otros muchos héroes, recuerdan y atestiguan los copiosos laureles cogidos por los marinos españoles en aquellas lides.

Pero entre tantas victorias descuella por su importancia, así como por su influencia en los destinos y aun la libertad de Europa, como uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, la gran batalla de Lepanto, lucha gigantesca, inmenso abordaje, en donde más de cuatrocientas cincuenta galeras y buques armados de toda especie, disputaron entre sí el imperio de las olas, y fue al fin abatido para siempre el insolente orgullo de los otomanos: triunfo que llevó al templo de la inmortalidad los preclaros nombres de *D. Juan de Austria*, y de tantos héroes españoles y aliados que en aquella célebre jornada se distinguieron.

Los recuerdos gloriosos, los estímulos del honor nacional, ayudados y sostenidos por la disciplina, pueden producir héroes en cualquiera de las naciones que hoy figuran en el vasto teatro del Océano. Hay sin embargo autores, que llevados de un excusable amor por su país, se adelantan á calificar en reiterados escritos, la respectiva aptitud y grado de valor de la suya y otras naciones para este género de combate; y cediendo desde luego generosamente la primacía marítima y la superioridad en el manejo de la artillería á los ingleses, se declaran á sí propios sin rivales y como los más aptos para el abordaje. No pensamos que la opinión de estos escritores franceses deba considerarse como un fallo sin apelación. Nosotros, sin negar el valor guerrero de que indudablemente está dotada su nación, sostendremos con el testimonio histórico de nuestras comunes contiendas navales, que los marinos españoles han sido en todo tiempo, no solo por el pasajero ardor del entusiasmo, ni por los apremios de una severa disciplina, sino por un valor natural y reflexivo, tan valientes é impetuosos en el ataque, como los primeros soldados del mundo.

ABORDAGE: en su segunda acepción, espresa el «choque de buques» como lo define el Diccionario marítimo español. Tomado en este sentido, el abordaje es siempre involuntario, de consecuencias más ó menos graves según las circunstancias en que se verifica, y sucede de distintos modos.

Pueden abordarse dos buques estando ambos en movimiento, ó bien moviéndose uno de ellos y encontrándose el otro en reposo. En el primer caso, si navegan en direcciones ó rumbos

opuestos, el choque tendrá lugar con un impulso igual á la suma de los productos de sus masas por sus velocidades respectivas; si en una misma direccion ó á un mismo rumbo, dicho impulso estará representado por la diferencia de estos productos, y por un valor intermedio, variable segun su desvío de aquellas direcciones, cuando se choquen moviéndose en cualquiera otra. En el segundo caso y siguiendo tambien la ley general de los cuerpos, el buque que se halle parado recibirá un choque cuyo impulso dependerá de la masa y la velocidad del que viene á chocarlo.

Fácil es inferir de aquí las diversas modificaciones que sufren aquellos acontecimientos por muchas y distintas causas. El tamaño de los buques, los rumbos á que navegan y la fuerza del viento, tienen una influencia muy directa, como se vé por lo que ya llevamos dicho; pero hay ademas otras no menos importantes, no menos dignas de consideracion. En efecto; el mal estado de los cascos contribuye de un modo muy notable á aumentar los desagradables resultados de dichos encuentros; porque tal choque, que á un buque recién construido, con buenas maderas y bien ligado no causaría daño alguno, lo causará y muy grave á otro de igual clase cuyas largas navegaciones hayan podrido sus maderas ó debilitado la ligadura de sus miembros. Por otra parte, la mayor ó menor agitacion de la mar que multiplica y repite los choques entre los buques abordados hasta que se consigue separarlos; que con sus desigualdades los impele incesantemente uno sobre otro, enredando sus jarcias, partiendo sus vergas y causando continuos destrozos en sus arboladuras, no es menos digna de tomarse en cuenta para tales casos. De todos modos, estos sucesos, consecuencia unas veces del descuido ó la ignorancia, y otras de una combinacion de circunstancias que no es dado superar al mas diestro maniobrista, son siempre precursores de averías cuya magnitud alcanza en ocasiones hasta á producir la pérdida de los buques, que se van á pique en el acto, se estrellan despues sobre una costa ó caen en poder de un enemigo que, aunque sea inferior en fuerzas, puede batirlos y apresarlos si los encuentra desmantelados é incapaces de maniobrar.

Por desgracia los abordages son tan frecuentes como difíciles de evitar en ciertos casos. Las escuadras, los comboyes y toda reunion de buques, presentan á cada instante esta especie de acontecimientos, por mas que la esperiencia haya dictado las medidas preventivas mas convenientes para alejar las probabilidades de que puedan ocurrir. Desde luego se establece á la salida del puerto el órden de marcha asignando á cada buque su puesto, del cual no puede separarse sin que se le prevenga: el oficial de guardia en cada uno procura con el cuidado mas asiduo

conservar con los demas las distancias que se le han prescrito, acortando ó aumentando de vela, segun se hace necesario: el gefe de la escuadra ó convoy, al disponer ciertas evoluciones, toma muy en cuenta la direccion del viento, la distancia á que se navega y las demas circunstancias, para señalar el modo y el momento de ejecutarlas sin riesgo de tales contratiempos: por último, se colocan faroles en los topes durante la noche para indicar cada buque su situacion; y cuando las densas nieblas, que suelen esperimentarse en la mar, no permiten que la vista alcance otra cosa que lo que existe á bordo mismo, se emplean con igual objeto el cañon y la campana. Pero nada de esto basta; nada es suficiente para evitar que la falta de una virada, un contraste, una calma ó uno de esos chubascos violentos que sobrevienen repentinamente, causen los efectos mas desastrosos.

El contraste, que no es otra cosa que un cambio súbito de viento á la parte opuesta de su primera direccion, pone á los buques en gran riesgo de desarbolar, y cuando los encuentra desprevenidos y muy próximos unos á otros, como en aquel instante no son dueños de sus movimientos, es muy casual el que no produzca alguno de esos choques tan temibles en todas situaciones. Tambien las calmas, que los dejan sin gobierno, flotando á merced de los golpes de mar y de las corrientes, que dan lugar á los efectos de su mútua atraccion de un modo muy visible, rara vez dejan de causar abordages, principalmente sino han podido preverse. Entonces no hay mas recurso que apelar á los remolques dados á tiempo con los botes, ó al empuje con los botalones de desatracar: mas estos recursos son siempre ineficaces cuando las mares son gruesas, y si alguna vez producen efecto, es despues de estar causada la mayor parte del daño. Esta es una de las circunstancias en que el marino coge el fruto de los modernos progresos del ingenio humano. Cuando en la mar no se conocia otro principio motor que el de la agitacion atmosférica, ó el débil é ineficaz de los remos, solo contaba el arte con aquellos pobres recursos para alejar muchos de los grandes riesgos que suelen ocasionar las calmas: mas en el dia el gran paso dado en las ciencias mecánicas, aplicando la fuerza elástica del vapor á la navegacion, ofrece un medio poderoso de superar la mayor parte de los inconvenientes, asi en este como en otros muchos casos. En el que nos ocupa, desde luego se echará de ver la grande utilidad de los vapores, ya para separar los buques abordados, ya para impedir que otros se aborden, dándoles oportunos remolques; y esta es una de las razones porque en la actualidad apenas se mueve una division naval, por reducida que sea, sin que forme parte de ella uno ó mas buques de aquella clase.

Pero si son probables los abordages en los casos de que hemos hablado, no lo son menos cuando un chubasco violento, de esos que con frecuencia sobrevienen repentinamente de noche ó con tiempos cerrados, encuentra los buques sin preparacion, y obliga á algunos de ellos á variar de direccion con el objeto de desahogarse, por no poder aguantar la fuerza del viento. En gran riesgo se hallan entonces los de sotavento de experimentar los efectos terribles de un choque, cuya violencia pueden concebir únicamente los que han visto la prodigiosa rapidez con que en tales circunstancias corren los buques. Cuando esto sucede, se aumenta en todos ellos el cuidado, se redobra la vigilancia, la gente repartida en la maniobra, espera con la mayor atencion las órdenes del oficial que manda, todas las miradas están fijas á barlovento; cada cual quiere ser el primero en avisar el peligro y la direccion en que se presenta, y la idea de este, el ruido atronador del viento, el de los golpes de mar y la voz del comandante, que de cuando en cuando se deja oír como la de un oráculo, dan á tales momentos un aspecto de solemnidad sobre manera imponente. Las maniobras que en este caso deben practicarse para evitarlo, y las que despues de sucedido conviene ejecutar para disminuir sus consecuencias, varían tanto como distintas pueden ser las situaciones de los buques y las averías que se causen; pero es preciso que sean tan prontas que un minuto de retardo, de duda ó vacilacion, es suficiente para producir la pérdida de alguno de ellos.

En un conflicto de esta clase se vió la corbeta de guerra *Záfiro*, al venir de la Habana en junio de 1825, escoltando un convoy de buques mercantes. Navegaban ordenadamente durante una noche obscura los buques del convoy, cuando les cargó una de esas turbonadas tan comunes entre trópicos y á quienes acompañan siempre vientos impetuosos: una fragata que estaba á barlovento y que no pudo aguantar mas su posicion, amolló en popa sobre el chubasco y en la arribada abordó á la *Záfiro*, que seguia su rumbo sin temer tan inesperado encuentro. El choque fue de los mas terribles que se experimentan, así como las averías que sufrió la corbeta en casco y arboladura, y no hubo que lamentar la pérdida de un buque del estado y la de muchas vidas, gracias á sus prontas y acertadas maniobras. No se contentaron con eso el comandante y oficiales de la *Záfiro*; habian salvado el buque es verdad; pero les quedaba otro deber no menos sagrado que cumplir; el de salvar los intereses que custodiaban, y tambien este le llenaron completamente: armaron sus bandolas, repararon provisionalmente sus averías con esa pericia y actividad que en tales circunstancias despliegan los marinos de

un modo tan sorprendente, y no abandonaron al convoy hasta que lo vieron libre de los muchos corsarios que lo acechaban.

Mas no solo los buques que navegan en union con otros, han de temer los abordages; tambien los que lo hacen aislados ó escoteros van espuestos al mismo incidente. A veces en la noche ó en la obscuridad de una gran cerrazon, dos buques que se dirigen á diferentes destinos, sin recelo de encontrarse, porque cada uno de ellos ignora la situacion y aun la existencia del otro en aquellos mares, coinciden casualmente en un punto sin haberse visto y chocan sin remedio. Otras y en iguales circunstancias uno de ellos por cualquiera causa, se ve forzado á ponerse á la capa, es decir, á preparar su aparejo del modo conveniente para permanecer casi sin movimiento; en cuya situacion otro que no ha podido verlo; lo aborda con toda su salida ó velocidad, tanto mayores, cuanto esto sucede generalmente con malos tiempos. La capa es la peor de todas las posiciones para evitar ó disminuir los efectos del abordage; porque estando el buque, como hemos dicho, casi parado, no tiene gobierno y le es imposible separarse con la prontitud necesaria de la línea en que le amenaza el choque, principalmente si lo coge en los momentos de la orzada; momentos en que su salida es nula y el timon de ningun efecto.

Desde luego se conocerá que en todos estos casos, los buques mas pequeños son los que mas sufren, ya en razon al mayor choque que reciben, ya porque su construccion menos robusta los hace mas penetrables en sus cascos y menos resistentes en sus arboladuras. Así es que los marineros cuando navegan en buques mayores y se ven muy inmediatos á otros de menor tamaño, suelen no cuidarse tanto del abordage como en el caso contrario, fiados en que el mas susceptible de averías procurará desviarse con tiempo. No han faltado ocasiones en que de resultas de este descuido haya sido echado á pique alguno, sin poderse salvar ni un solo hombre de su tripulacion. Pero tan lamentables acontecimientos, no muy raros entre buques mercantes, es muy difícil que ocurran con los de guerra, donde la exactitud con que se hace el servicio y la continua vigilancia, solo permiten que suceda bajo la influencia de un temporal, ó cuando el estado nebuloso de la atmósfera impide ver aun los objetos mas próximos, hasta en las horas mas avanzadas del dia. No parece fuera de propósito el hacer aquí una observacion: todas las marinas mercantes del mundo adolecen en mas ó menos grado, del defecto de no tener en la mar aquel celo que el rigor de la disciplina mantiene constantemente en las de guerra, y es tan preciso para la seguridad de la navegacion; pero la menos descuidada en esta parte, la que se dis-

:

tingue por una atencion hasta escrupulosa, es indudablemente la española. Esta ventaja, que habrán podido notar cuantos en sus viages hayan encontrado buques de diferentes pabellones, no es debida únicamente á nuestro carácter: el sistema de nuestra marina mercante es de los mejores, digan lo que quieran aquellos á quienes duele encontrar en su pais algo digno de elogio. La organizacion de las matrículas de mar, á las que han de pertenecer precisamente los marineros que doten los buques de comercio, al mismo tiempo que los pone en camino de adquirir la instruccion necesaria para que puedan emplear útilmente sus brazos en arte tan difícil, les inspira desde sus primeros años, desde que en ellas se inscriben, cierto grado de subordinacion hacia sus superiores, que lejos de debilitarse en lo sucesivo, crece en sus navegaciones; porque sostenida con los preceptos de las ordenanzas de los tercios, llega á formar en ellos un hábito de obedecer á sus capitanes con la misma exactitud y puntualidad que pudieran hacerlo en el servicio militar. De aquí ese órden y regularidad que se observa en los buques españoles de comercio, y que algunos extranjeros se han complacido en elogiar; y de aquí, tambien esa vigilancia en la mar de que hemos hablado y que tanto los distingue de otras naciones.

Mas volviendo á los abordages; tambien en el interior de los puertos ocurren con frecuencia, á veces por la impericia marinera, á veces por los temporales. Cuando la fuerza del viento y los impulsos repetidos de los golpes de mar hacen faltar los cables de uno ó mas buques, ó vencer la resistencia de sus anclas, removiéndolas y arrastrándolas (que es lo que se llama *garrar*), caen sobre los que se encuentran fondeados á su inmediacion, se chocan y destrozan entre sí, causándose mutuamente daños considerables, así en los cascos como en las arboladuras; y no siempre sin la pérdida de algunas vidas. En los grandes temporales, en esos sacudimientos extraordinarios que hace la naturaleza de vez en cuando y que tan caros suelen costar á los marinos, se multiplican en los puertos estos sucesos desastrosos; y es ciertamente bien triste la escena que presentan entonces, al que contempla desde tierra un acontecimiento que compromete á un mismo tiempo la existencia de tantos hombres y tantos intereses. Funestos recuerdos dejó el que se hizo sentir en nuestras costas en marzo de 1810, así para la marina de guerra, que perdió en Cádiz el navío *Montañes*, el *Concepcion* y la fragata *Paz*, como para la mercante que sufrió terribles descalabros; y no fueron los abordages los que menos contribuyeron al conflicto de los buques que á la sazón se hallaban fondeados. Sin embargo, por apuradas que sean estas circunstancias, por difícil que parezca el apartar sus

consecuencias, no faltan mil poderosos medios para evitar que se desamarren los buques, y aun ya desamarrados para impedir que lleguen á abordarse. Entre otros, se van arriando los cables á medida que crece el viento y la mar, se da fondo á nuevas anclas, se disminuye el impulso del viento sobre el aparejo calando ó echando abajo los masteleros y vergas; y por último se dá la vela para hacerse á la mar, si las circunstancias locales de los puertos lo permiten.

Tambien en las entradas y salidas de estos, aunque sea con tiempos bonancibles, pueden ocurrir tales encuentros: una maniobra mal ejecutada, la falta de ojo marineró, el no tomar bien en cuenta las corrientes, ó un cambio repentino de viento, hacen que el buque á la vela, abordando á otros, les cause diferentes daños con perjuicio de sus expediciones, y ocasionándoles los gastos consiguientes á la reparacion de sus averías. Pero en estos casos si ha tenido parte la ignorancia, el descuido, ó la obstinacion, dichos perjuicios no quedan sin ser subsanados, á costa del que haya tenido la culpa; y solo cuando se prueba que el suceso fue inevitable, es cuando el perjudicado sufre las consecuencias de su desgracia. A este fin las ordenanzas generales de la armada en el artículo 118, tít. 7, trat. 5, previenen, que siempre que ocurran abordages con averías, por desamarradero, entrada, salida ó traslacion de un parage á otro, el capitan de puerto, acompañado de cuatro ó seis capitanes de los buques fondeados, sin aguardar requisicion de parte, pase á bordo de las embarcaciones dañada y causante, y actuando de escribano uno de dichos capitanes, forme sumario breve de las circunstancias, situacion de los dos buques, fracaso ó maniobra del dañador, y omision ó imposibilidad del daño para evitarlo, recibiendo al instante declaracion á los tres ó cuatro individuos principales de ambas partes: que á continuacion de lo declarado y con presencia del local y viento con que ocurrió el abordage, esponga cada uno de los capitanes asociados, su concepto de culpa ó acaso irremediable en el dañador, y que en vista de todo estienda dicho capitan de puerto su juicio de responsabilidad ó absolucion de las averías al que las causó, entregando el documento original á la parte interesada para su resguardo ó reclamacion donde corresponda. En el art. 119 del mismo título y tratado, señalan el tribunal donde debe fallarse, que es el de matrículas de la provincia: y finalmente, en el 120 se ordena que si el parecer del capitan del puerto conviene con el de la mayoría de los capitanes peritos, sea este juicio irrevocable en dicho tribunal, y se proceda con arreglo á él; pero en caso contrario, que no se mire mas que como un informe, y se admitan á las partes las

pruebas que les convenga producir. Por este método sencillo, con esta especie de jurado, no solo se logra indemnizar los perjuicios indebidamente sufridos, sino castigar la negligencia, y arredrar á los que sin poseer los conocimientos necesarios, quieran arrojarse á cargar sobre sus hombros el grave peso de mandar un buque.

No hemos agotado los casos en que pueden tener lugar los abordages involuntarios; porque para conseguirlo sería preciso otros límites que los de un artículo: tampoco hemos hecho mas que indicar ligeramente algunas de las maniobras que se practican para evitarlos ó para atenuar sus resultados. Lo haremos, sin duda, con estension en el lugar destinado en esta obra, para esa parte brillante de la ciencia de mar, que enseña á producir los movimientos de los buques, á triunfar con ellos del furor de los elementos, que asegura la victoria en los combates, y de la cual pende el poder y esplendor de las naciones marítimas.

M. POSSE.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO PRIMERO.

	<u>Páginas.</u>
<i>Prologo.</i>	9
<i>Introduccion.</i>	57
<i>A.</i>	58
<i>Aalbory.</i>	id.
<i>Aar.</i>	id.
<i>Aaron.</i>	62
<i>Abaceria.</i>	71
<i>Abadejo (V. Bacalao).</i>	id.
<i>Abadesa.</i>	73
<i>Abadia.</i>	77
<i>Abandono.</i>	84
<i>Abarca. (D. Sancho Garcés).</i>	86
<i>Abdalah.</i>	93
<i>Abdalah (abu).</i>	105
<i>Abdalah Ben Jahsim (origen de los Almoravides).</i>	107
<i>Abdalah el Mahadi.</i>	118
<i>Abdelazis.</i>	123
<i>Abdelmelek.</i>	126
<i>Abdelmelek Ben Cotan.</i>	129
<i>Abdelmoumen.</i>	145
<i>Abdelrahman (ben Abdalah el gasfeki).</i>	148
<i>Abdelrahman I.</i>	165
<i>Abdelrahman II.</i>	175
<i>Abdelrahman III.</i>	191
<i>Abdelrahman IV.</i>	192
<i>Abdelrahman V.</i>	193
<i>Abdicacion.</i>	195
<i>Abdomen.</i>	197
<i>Abdulamud.</i>	201
<i>Abedul.</i>	id.
<i>Abeja.</i>	208
<i>Abejarruco.</i>	id.
<i>Abejon.</i>	209
<i>Abejorro.</i>	id.
<i>Abel.</i>	id.

<i>Abel.</i>	210
<i>Abelardo.</i>	id.
<i>Aben-esra.</i>	226
<i>Aben Humeya (D. Fernando de Valor).</i>	228
<i>Aben Ismail.</i>	231
<i>Aberdeen (Jorje Gordon).</i>	232
<i>Aberracion.</i>	235
<i>Abeto. (Abies).</i>	238
<i>Abgara.</i>	239
<i>Abiam.</i>	241
<i>Abiathar.</i>	id.
<i>Abigail.</i>	id.
<i>Abigeato.</i>	242
<i>Abimelech.</i>	243
<i>Abisinia.</i>	244
<i>Abismo.</i>	254
<i>Ablucion.</i>	255
<i>Abogacia.</i>	257
<i>Abogado.</i>	277
<i>Abogados.</i>	279
<i>Aboma.</i>	id.
<i>Abono.</i>	280
<i>Abordaje.</i>	283

Abel.	210
Abelardo.	211
Abasco.	212
Aben Humeya (D. Fernando de Valer).	213
Aben Ismail.	214
Abirdeen (Jorge Gordon).	215
Abirvación.	216
Abita. (Abiel).	217
Abjura.	218
Abim.	219
Abimhan.	id.
Abimil.	id.
Abimilla.	220
Abimisch.	221
Abimma.	222
Abimno.	223
Abimten.	224
Abimtia.	225
Abimyo.	226
Abimadaria.	227
Abimur.	id.
Abimna.	228
Abimora.	229





ENCICLOPEDIA

DEL SIGLO

XIX.

69